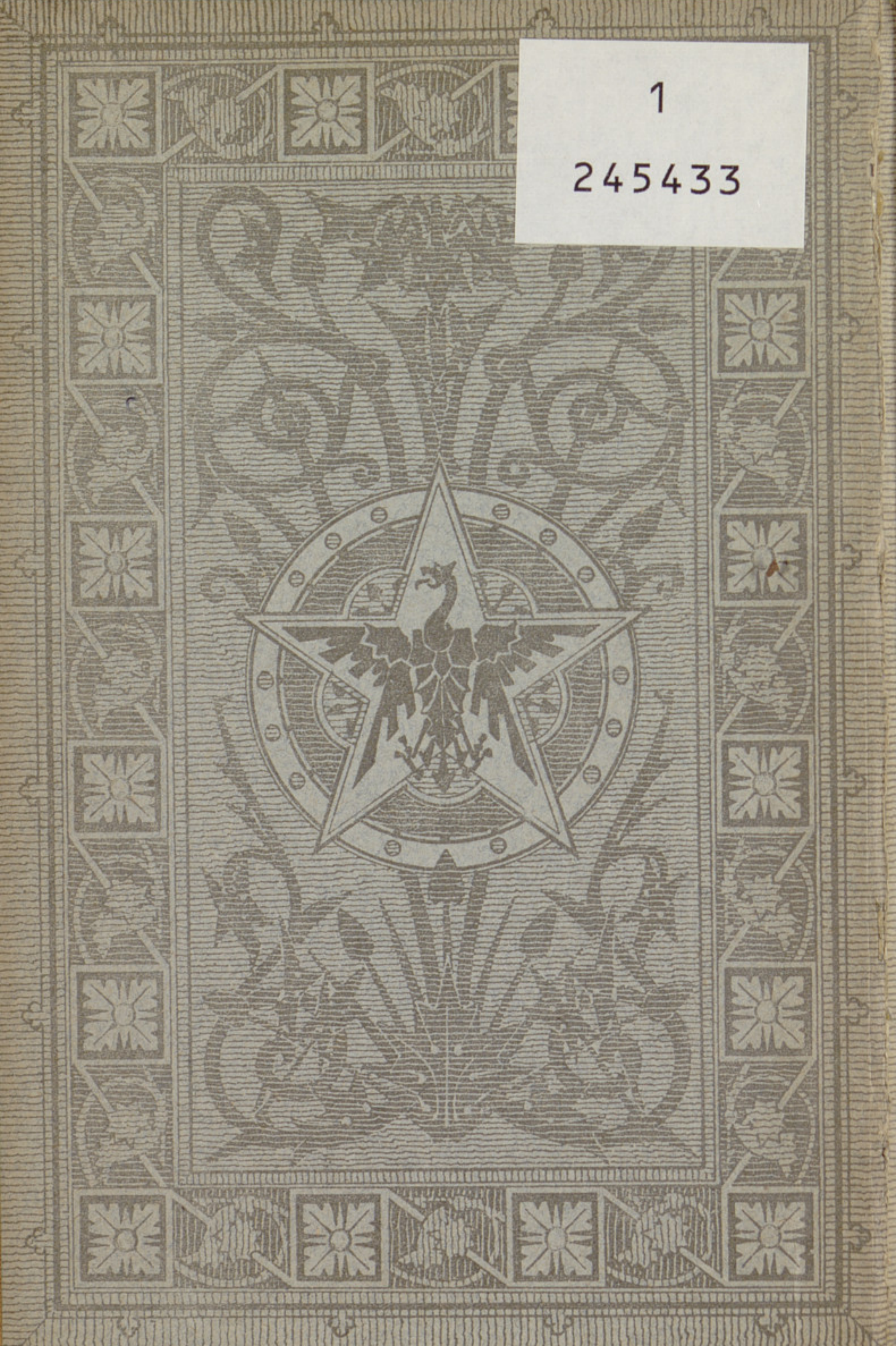

PER·ANGUSTA·AD·AUGUSTA·
Cabellos rubios
Cabellos Rubios
F. JORBA





CABELLOS RUBIOS

SALVADOR FARINA

CABELLOS RUBIOS

NOVELA ITALIANA

TRADUCIDA AL CASTELLANO Y PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

POR

LUÍS ALFONSO

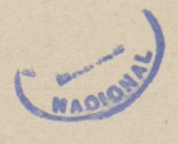
ILUSTRACIÓN DE M. FOIX

GRABADOS DE GÓMEZ POLO



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
DANIEL CORTEZO y C.ª Calle de Pallars (Salón de S. Juan)
1886





Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª



PRÓLOGO

Dos razones, sobre las demás, me han movido á dar de mano á otras tareas para traducir en lengua castellana la novela que se denomina en italiano *Capelli Biondi*. Una, difundir en España el conocimiento de escritor tan preclaro como Farina; otra, parangonar su estilo con el estilo que priva actualmente.

He predicado repetidas veces, ya que no con elocuencia, con fe y perseverancia, contra el mal gusto literario de hoy que, semejante á la gota de aceite, se dilata y filtra manchando cuanto toca; pero el sermón fuera ocioso si á la par que condeno los libros que conceptúo ó dañosos, ó desagradables—ó uno y otro, que es lo más frecuente—no presentase algunos exentos de tales vicios, y propios, por lo tanto, para servir de solaz y provecho á los lectores.

Bien hubiera yo querido que fuese de mi cosecha el vino simple y puro que conviene beber á los amantes de las letras, en lugar de los adulterados y sobrado alcohólicos licores que les sirven, y acaso me aventurase á vendimiar algún majuelillo

de mi caletre para exprimir el zumo de sus vides en un librejo. ¿Pero quién tan sandio que deje lo cierto por lo dudoso? ¿Y qué más dudoso que la novela propia y qué más cierto que las novelas de Farina?

Aquella—siguiendo el símil enológico,—es uva que ha de dar más raspa y hollejo que vino y el que diere desabrido ó agrio; mientras que considero la novela del italiano cual legítimo *Chianti*—ya con destreza elaborado y embotellado lindamente—el cual, ni tan ácido como el *Burdeos*, ni tan ardiente como el *Jerez*, ni tan pesado como el *Oporto*, ni tan estrepitoso y vano como el *Champagne*, es ligero, agradable y digestivo, y á la vez que conforta, lisonjea.

Tales son, en efecto—trasladando al lenguaje natural el lenguaje figurado—las cualidades propias de las obras de Farina.

Cúmpleme añadir, para mejor caracterizar al autor, que en ninguna de las susodichas obras se hunde, cual minero, en negros y peligrosos abismos, á la demanda de una veta de experimentación filosófica; ni en ninguna se pierde como aereonauta en las alturas siderales—también muy arriesgadas—á caza de nubes de fantasía. Mantiénese sobre la superficie de la tierra y por ella camina con suelto paso. Ora canta, ora suspira; llora algunas veces, ríe á carcajadas pocas, sonríe dulcemente muchas y prefiere los arroyos á los barrancos, y los jardines á los corrales.

Opina, sin duda—y yo por ello con todas mis fuerzas le felicito—que entre pintar de memoria y sacar mecánicamente fotografías, hay un medio: copiar del natural, siempre que el natural sea bello. Y en este medio, no solamente consiste la virtud, sino también el arte.

Salvatore Farina, que es todavía joven—pero que ha experimentado ya una crecida parte de los dolores más amargos

de la vida—lleva publicados diez y siete libros, unos breves, extensos otros, y alguno, como *Mio figlio*, que es armónica recopilación de ocho narraciones.

Diez años hará próximamente que hube á las manos uno de estos libros, el que se titula: *Amor vendado*. El autor, desconocido entonces para mí y para la mayoría de los españoles, apareció á los ojos de cuantos leímos y estimamos la obra, como eximia personalidad literaria donde, por feliz acaso, la viveza del ingenio y la delicadeza del sentimiento se equilibran.

Otras producciones de Farina conocí luégo y en todas noté que sobresalían iguales prendas. Y no era por cierto esta opinión ni única ni insignificante, como mía, pues poco á poco iban traduciéndose á todas las que se llaman lenguas cultas, las novelas del autor de *Amor vendado*, y la circunspecta *Revista de Ambos Mundos*, autoridad en la materia por todos reconocida, examinó las facultades y los trabajos de Farina, y por virtud de este examen, y mediante título extendido de puño y letra de uno de sus redactores de más fuste, lo revalidó de novelista europeo.

Salvatore Farina, como su compatriota Edmondo de Amicis—otro escritor que ha ganado y merecido honra y fama en el antiguo y en el nuevo mundo—tiene el defecto—¡ y vaya si por defecto lo tendrán muchos literatos á la moda !—de inclinarse á lo bueno y lo bello, y de entusiasmarse además con las bellezas y las bondades. De tal defecto dimana que Amicis se conmoviera y abrazara al guardián de la torre de Zaragoza al recordar desde aquella altura la heróica defensa de la ciudad contra los franceses—acto, el del escritor viajero, que habrá de semejar extraño, sino ridículo, á los que hoy cifran su orgullo en ensalzar, imitar y obedecer la literatura que prevalece en Francia.—De tal error también procede que Farina.

al pintar una cortesana, no la pinte abyecta y prepotente á un tiempo, como la han pintado, v. g., Daudet, Zola y Goncourt, sino maliciosa, comedida y astuta primero, anhelosa y dolorida después, cruelmente castigada por último; lo cual es el colmo del convencionalismo y de la sensiblería para los naturalistas en boga.

Y aquí volvemos al punto de partida y al objeto determinante de este PRÓLOGO; á la novela *Cabellos rubios* y á las novelas de ahora.

Tocante á aquella debo insistir en que, cuando habíamos convenido en que, al presentar un novelista á una cortesana, había de ser sudando depravación ó chorreando vicio; cuando tenemos á la vista el «noble» ejemplo de *Nana, Safo* y *Elisa*, ha tenido Farina el atrevimiento de presentarnos á *Inés,* que empieza por hacernos reir con sus burlas y acaba por hacernos llorar con sus veras, y que á la postre todos los sentimientos que despierta se funden en uno solo que se nombra lástima.

Claro está que á esta Inés no pueden admitirla en su familia—ni darle por tanto el pase de figura real y verdadera—las tres insignes perdidas ya citadas, y las otras singulares pecadoras, como *Tormento*, *La Tribuna* y *La Hijastra del amor*. Cada una de estas tiene apercibida una sutileza fisiológica ó psicológica para explicar su afrenta, al paso que Inés declara paladinamente que cayó en el vicio por falta de recato y sobra de vanidad. Á mayor abundamiento reconoce, llegado el caso—como la *Coralía* de Delpit reconoció más adelante—que no hay sutilezas en virtud de las cuales una cortesana, por sincero y hondo que su arrepentimiento sea, logre convertirse en madre respetable y respetada.

Y no paran aquí los desvaríos de Farina. Ninguno de los personajes de ésta, como de otras novelas suyas, es aborreci-

ble ó despreciable. Ni siquiera padece de achaque ó dolencia rara y repulsiva, de esas que convierten en sala de clínica cada capítulo de la novela, y ponen á prueba el estómago y los nervios del lector. ¿Pero qué más? Presenta una niña enamorada, Gracieta, y un libertino de calidad, Conrado, y ni siquiera los induce á impuro enlace, mediante uno de esos impulsos morbo-sensuales que en los libros á la moda hay siempre dispuestos para el caso.

Tampoco atiende, como es de rigor, el ignorante del novelista á poner en ocasiones los personajes femeninos, de modo que queden, no con la artística desnudez de las estatuas, sino con los paños menores de las mujerzuelas; ni se acuerda, al tratar de enfermedades y de muertes, de «enriquecer» la descripción con pormenores técnicos y menudencias asquerosas.

Nada, Farina en *Cabellos rubios*, como en sus demás novelas, ha tomado á empeño enlazar gentilmente lo tierno y lo donoso de tal suerte, que lleve al ánimo del lector suave impresión de melancolía, aminorada con algunos recuerdos festivos y dominada por el cariñoso interés que los seres creados por el autor le inspiran.

No ve, al modo de los naturalistas de allá y de acá de los Pirineos, sólo gérmenes morbosos ó neuropáticos en el hombre físico, sólo deseo, debilidad, perversión ó pasiones ruines en el hombre moral—inmoral sería más propio.—¿Cómo, pues, ha de pretender un puesto de honor entre los novelistas al uso?

De manera alguna; antes bien tengo por lógico que haya quien en tono de desdén afirme que las novelas de Farina huelen á tocador, cuando es sabido que la novela (la novela experimental, por supuesto, que es la verdadera) debe ante todo oler á heces.

Ello es, dando tregua á la ironía, que si el numeroso y selecto público de lectores de la BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS no se aficiona á los libros de Farina, después de conocer *Cabellos rubios* (1); si no prefiere uno solo de los capítulos, ya risueños, ya melancólicos, de esta novela, á tomos enteros de una gran parte de las que ahora privan, declaro y confieso que soy un orate ó el más torpe y desdichado de los traductores.

Y por cierto que no ando tan seguro por este terreno, como al ponderar abiertamente las delicadezas y primores de la obra de Farina. Tiénese por cosa fácil y aun baladí el convertir en dicción castellana una oración escrita en francés ó en italiano, y en Dios y en mi ánima juro que he pasado grande, muy grande aprieto para interpretar fielmente muchas páginas de este libro.

En otros tiempos (desde hace medio siglo para atrás) no se imprimía en España traducción que no fuese buena, y la razón presto se alcanza. Sólo poseían entonces idiomas extranjeros personas entendidas en el propio y de instrucción excepcional; la tarea del traductor era, pues, tarea de erudito, casi de sabio. En cambio hoy, como cualquier mozalbete sale del colegio chapurreando el francés ó del Teatro Real chapurreando el italiano, considérase punto menos que apto el último zascandil para traducir en idioma parecido al castellano este ó esotro libro extranjero, y ha dado en ser oficio mecánico—y como tal se retribuye—el trabajo del traductor... Así abundan por esas librerías de Dios tantos y tantos volúmenes nacidos allende el Bidasoa y vestidos en Barcelona ó en Madrid de «jerga».

Yo, pues, declaro, no humilde sino francamente, que consi-

(1) Ya conoce además *Hijo mío!*, no há mucho publicado.

dero por extremo difícil traducir bien una novela de Farina (como una novela de Gautier, Feuillet, Halevy, Daudet, Goncourt, Zola y otros muchos), y que para ver de lograr, en lo posible, mi propósito, me he atenido siempre más al espíritu que á la letra, porque en leyes como en traducciones «la letra mata y el espíritu vivifica». Pero al fin y á la postre de mis esfuerzos, temo y no poco, que al presentarle el libro al autor, diciendo ufano: *Ecco già fatto il becco all' oca* (1), me deje aquél mohíno, abochornado y maltrecho, aplicándome con ceño adusto la consabida sentencia de su país: *traduttore, ¡ traditore !* (2).

LUÍS ALFONSO.

Madrid.—Junio de 1885.

(1) Literalmente: «Ya está hecho el pico del pato»; modismo italiano que se usa para significar que ha sido terminada una faena de poca monta, pero que ofrecía alguna dificultad.

(2) Traductor, traidor.



I

Siete herejes festejando á un Santo

Un Santo, guapo chico, que ha sabido ingerirse, así, á la buena de Dios, en el Calendario; un Santo que gusta de fuegos artificiales, de máscaras, de tertulias y de cenas, después de las tertulias; un Santo que promueve un alboroto si en vez de caer en cuaresma cae en carnaval... Me parece que lo estoy viendo... Esta mañana ha bajado del nicho y ha ido á darle las gracias á San Ambrosio, al cual debe tener hoy un rinconcillo en el mundo católico donde

escapar de sermones y de ayunos. San Ambrosio le ha dado un apretón de manos y le ha dicho: que entre los santos más...

Viendo que nadie ríe, Aniceto interrumpe el tosco hilo de sus herejías, se encoge de hombros, vacía de un trago una copa de Champagne y se recuesta en la butaca, bajando una octava el tono de la voz para decir:

—¡Viva San Conrado!

Está el ancho salón lleno de luz: una hidra de bronce que pende del techo saca por sus cinco cabezas otras tantas lenguas de gas que susurran confusas palabras; en la espaciosa chimenea cuatro corpulentos troncos se abrasan, resplandecen, saltan y vacilan con intermitente vocerío, cual chiquillos que prolongan el tumulto de sus juegos. Sobre la mesa, entre los residuos de un pastelón y las derruídas pirámides de frutas y de dulces, centellean copas de diversas hechuras—ya robustas, ya sutiles, ya grandes, ya chicas—algunas henchidas aún de vino; y sobre el aparador, las botellas puestas en fila, parecen otros tantos entes tiesos y vanos que consideran inmortal el glorioso cuarto de hora que ha pasado.

En todos los ángulos de la lujosa estancia las doradas molduras brillan con alegres reflejos; en torno á las paredes, tapizadas de blanco y oro, vense alineados muebles de gran precio, divanes cubiertos de costosas telas, con pintorescos dibujos de vivos matices que representan amorcillos gordezuelos suspendidos de guirnaldas de flores y follajes. Aquella turba inquieta

de desnudos rapazuelos se encarama por todas las sillas, se calienta en la chimenea y viene y va por las amplias cortinas que cubren los huecos de las ventanas. Y como para hacer más jovial la risueña fisonomía de la sala, óyese á cada punto el sordo mugir del viento en la desierta calle, y vese caer la blanca nieve por delante de las ventanas, cuyos cristales golpea suavemente, cuando el viento la empuja.

Cada objeto parece reclamar de los comensales una sonora carcajada, una frase mordaz, una desvergüenza chistosa; brindis, versos, chascarrillos... palabras.. Y nada más; han dado todo cuanto dar podían. Poco há chocábanse en el aire ataques y respuestas, revolaban los dichos agudos. Filiberto y Félix habíanse propuesto experimentar la fuerza persuasiva de sus pulmones, á propósito de rubias y morenas, y esto con tal fervor, que siete veces había intentado Aniceto producir un retruécano de su invención, sin que nadie reparase en él. Bárbara y Fanny, entrambas morenas, manifestaban ahínco extraordinario en discutir, por salvar las apariencias, la forma de las bandas escocesas, que ya empiezan á no estar en moda y de los sombreros de taza rota que acaban de asomar por el horizonte de la elegancia.

Domingo, *el Dominiquino* (1) como todos le llaman, tanto porque es pequeño como porque, según es fama,

(1) Este era el mote del ilustre pintor boloñés Domenico (Domingo) Zampieri, conocido en el mundo del arte por *il Domenichino*. (N. de L. A.)

suele alguna vez ensuciarse los dedos con el lápiz, no dormitaba aún en la silla, y Conrado, como buen anfitrión, para animar con el ejemplo á sus amigos, encendía en sus ojos el relámpago de la orgía. Pero aquel relámpago desapareció tras de una nube, y la animación y el regocijo bajaron un tono. Hubo un instante, cuando Conrado arrimó una silla al fuego, en que los comensales cayeron en la cuenta de su propia sosería y trataron de salir de ella. Chispeó todavía alguna que otra ocurrencia humorística. Aniceto soltó al fin el retruécano, y envalentonado por el éxito, emprendió animosamente el viaje para pronunciar las cuatro impertinencias ya citadas acerca de San Conrado.

Pero, como hemos visto, hubo de pararse á mitad del camino en razón á la indiferencia lastimosa del auditorio.

Y ya todo calla. Amortíguanse á la vez el viento que en las esquinas de la calle se retuerce, los recios troncos que en la chimenea gruñen y se arañan, y las cinco lenguas burlonas de la hidra.

El aspecto de Conrado es deplorable. No es cosa de convidar á cinco amigos para enfriar la broma á lo mejor; en este caso más valía apagar las luces y decir «buenas noches.» Es lo cierto, sin embargo, que la fatiga del silencio la experimentan todos excepto el *Dominiquino*.

Aniceto, que por ser el de menos años, se conceptúa en ocasiones obligado á mostrar más tino que los demás, opina que no hay escape, que es preciso afrontar la *situación* cara á cara y vencerla. ¡Con tal que no se

le rebele el genio de los retruécanos! No se le rebela, no, ya dió con él... Pero no basta concebir un retruécano, hay que darlo á luz, lo cual es á menudo más difícil. Si alguno dijera: «¿Qué tiene Conrado?»

Lo dice alguno, y Aniceto salta:

—¡Oh! yo sé lo que Conrado tiene.

—¿Y qué tiene Conrado?—pregunta este mismo levantando distraidamente la cabeza.

—Una *erre*, que le ha jugado una mala pasada.

Pero Conrado no lo oye. Aniceto mira á los demás compañeros; ninguno repara en él. Filiberto, que tenía fija la vista en el fondo de la copa, es el único que ha oído la enigmática afirmación, pero ¡ay! tampoco muestra curiosidad por hallar la clave del enigma. Levanta los ojos, los vuelve á bajar y sonríe compasivamente. Félix, aparentando estar pensativo, escucha las futilezas de que hablan Bárbara y Fanny.

Fanny dice:

—... Hará un mes, no, tres semanas... no, un mes... debía de ser la víspera de no sé qué... sí, no hay duda, era la víspera de no sé qué... «Conrado, le dije, hace tiempo que no me regalas nada.»—«Es verdad, respondió.»—«Pues á comprarme algo.»—«¿Y qué?»—«Una trenza, una buena trenza, toda de cabello natural... El peluquero... ese famoso peluquero (¿cómo se llama? lo tengo en la punta de la lengua) tiene una en el escaparate que parece hecha adrede para mí; es un poco oscura, pero ya sabes que los cabellos postizos pierden algo de color.»

2

—¿Y él qué dijo?—pregunta Bárbara dirigiendo una mirada fugitiva á Conrado.

—Me dijo: «¿Para qué necesitas más cabellos si tienes tantos?»—«Mira á Beatriz, le dije yo, Beatricilla la rubia; tiene muchos menos que yo, la pobre; casi está calva, y sin embargo lleva el doble.»

—Ya, ya — interrumpe Félix — lleva el doble. — He aquí—añade imitando el acento nasal de un predicador —he aquí, en dos palabras, el estado de las cabezas en la humanidad femenina: *¡lleva el doble!*... y no ya el doble de los que tiene, sino el doble de los que tendría, si los tuviera.

Imposible parece que se haya roto por fin aquel silencio glacial. Filiberto se pone de pié, y exhalando por vía de exordio un gran suspiro, añade siempre con el mismo acento nasal:

—Sí señoras, lleváis el doble, y esta es la sentencia bajo la cual inclináis vuestras lindas cabezas... No os lo habíamos dicho por no horrorizaros, pero es lo cierto que estáis condenadas á llevar cabellos de personas muertas y á llevarlos en la calle, en el teatro, y hasta en brazos de vuestros adoradores. Hora es ya de que lo sepáis, porque lo que debía ser suplicio horrible se ha convertido en sacrílega porfía de vanidades...

Aniceto reconoce en Filiberto un obstáculo formidable para la enunciación del retruécano preparado; diríase que él solo ha leído en su mente el deseo de pronunciarlo, que él solo ha oído la frase sacramental que lo anuncia, y que acaso él solo ¡ay! lo ha adivinado. Así, pues, para tenerlo de su parte, declara que

lo que Filiberto ha dicho es una verdad como un templo.

Bárbara se encoge de hombros y Fanny se ríe.

—¡Ah! te ríes, Fanny, ¡desgraciada Fanny!—exclama Aniceto poniéndose en pié—pues bien, sabe cuánto es el horror de tu infausta suerte; sábelo, llevas los cabellos de una virgen...

—¡Oh! ¡oh!—dice Filiberto—¡fuera lirismo!

—... de una joven—corrige dócilmente Aniceto—de una joven muerta en el hospital; la tuberculosis que le deshizo los miembros, respetó el cabello; pero lo que la tuberculosis y la muerte respetan, no lo respeta la vanidad.

No hay cinismo que iguale al de la indiferencia; Fanny mueve su graciosa cabeza y prosigue dirigiéndose á Bárbara:

—«Sí—afirmé insistiendo—insisto en ello, Beatriz casi está calva».—«Tendrás la trenza»—dijo Conrado.

—¡Bien por Conrado!

—Espera, que también yo he esperado y aún no la he conseguido. Conrado, lo sé, no es tacaño, pero ¿sabes lo que se me ha metido en la cabeza?

Mira en torno, y observando que nadie la escucha, y que el tono de las conversaciones es muy alto, no se cuida de bajar la voz para revelar sus secretos. Pero justamente en aquel punto la conversación general cesa, y se oyen distintamente estas palabras:

—Temo que me deje plantada.

—¿Quién?—pregunta Félix.

—Nadie.

—Pues ten en cuenta que si él te deja, aquí estoy yo — dice Aniceto — Mi corazón es tuyo.

— Y el mío — salta Filiberto.

— Y el mío antes.

Félix nada puede decir porque le dominan las celosas miradas de Bárbara.

— Gracias — dice Fanny riendo, y continúa alzando la voz: — siempre he tenido el presentimiento de lo rubio; no trato de haceros creer que Conrado ha sido el primero...

— ¡Noble sinceridad! — observa Filiberto.

— Lo sabemos, lo sabemos...—protestan los demás.

— Tengo ya alguna experiencia y he visto siempre que á las morenas se las deja por las rubias, y á las rubias por las morenas. Así, cuando el momento llega, ¿lo entendéis? tengo el presentimiento de lo rubio. Y entonces...

—Entonces para que no te dejen, dejas—dice Aniceto.

— Hijo, no siempre; á veces hay que esperar.

— Claro, no es cosa de echarse en brazos del primero que llega; el decoro de casta lo prohibe.

Filiberto se adelanta solemnemente:

— Escucha; no soy un cualquiera y te ofrezco un corazón...

— ¿Virgen?

—Viudo, completamente viudo. Y además una cabellera rubia; Conrado es moreno.

Aniceto se vuelve bruscamente hacia Conrado; el corazón le palpita, va á dar á luz el retruécano... No se atreve á creerlo todavía.

Filiberto se entrega.

—¿Qué diantres tiene Conrado?—pregunta sonriendo.

—Te lo he dicho; una *erre* que le ha jugado una mala pasada.

—¡Una *erre!*

—¡Una mala pasada!

—Sí—dice Aniceto fijando los ojos en el melancólico anfitrión, y con voz recia:—denuncio solemnemente á la culpable; es la segunda *erre* de su nombre (1) que ha saltado por encima de la *a*, aburrida de vivir al lado de su gemela, y de Corrado ha hecho *Cor ardo* (2).

Domingo se ha despertado á tiempo para aconsejar al público entre dos bostezos:

—¡Que lo maten!

—No, ¡pobrecillo!—dice Bárbara:—hace lo que puede.

—Bárbara, eres muy compasiva—exclama Aniceto—pero, sea lo que fuere, Conrado está enamorado.

—¡Enamorado!

—¡Enamorado!

—¡Enamorado!

—Y si no lo está, que se explique!

—¡Que se explique!

Alza Conrado el moreno semblante, enrojecido por

---

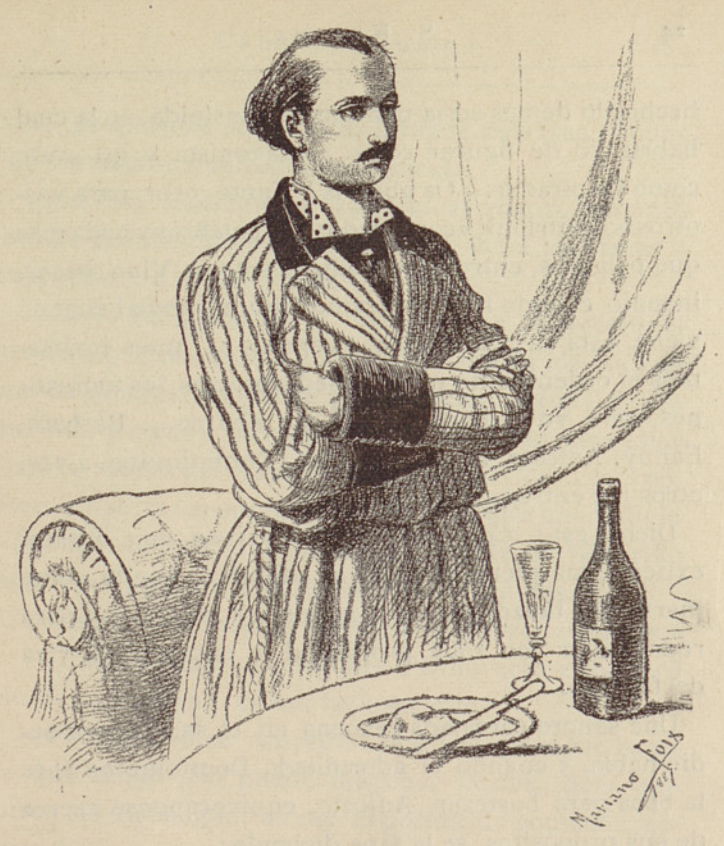
(1) Importa tener presente que Conrado en italiano es *Corrado*. (N. de L. A.)

(2) El juego de palabras, harto baladí, de Aniceto, sólo tiene significación en el idioma original del libro. *Cor, ardo*, «corazón ardo.» (N. de L. A.)

calor de la llama, mira á sus amigos, y por única respuesta vacía de un sorbo una copa henchida de vino que tiene junto á sí. Después se levanta, y con los brazos cruzados se yergue ante la alegre tropa.

—¡Oíd! ¡oíd!—grita Filiberto.





II

Cháchara

Oíd! ¡Oíd!

—¿Qué habéis de oir? Nada tengo que deciros—exclama Conrado con extraño acento; —no tengo explicaciones que dar. Hemos devorado una cena exquisita... todas las cenas son exquisitas;... hemos vaciado no pocas botellas; mi deber de anfitrión era aconsejaros que destapaseis más todavía, y lo he

hecho; lo demás sería una comedia insípida, en la cual habría yo de figurar como protagonista y mi santo como inspirador. ¿Os aburrís? Tanto peor para vosotros. «Anfitrión», «convidados»,... palabras y nada más que palabras, entre gente como nosotros. Vino, besos, ingenio cuando lo encontramos, humor jovial cuando viene, esta es la vida. ¿No os agrada?... pues invirtamos el orden, tanto monta: sed vosotros los anfitriones, seré yo el convidado... Me aburro.... Bárbara, Fanny, Aniceto, Filiberto, Félix, Dominiquino, á vosotros me entrego, regocijadme...

Dicho esto, Conrado se deja caer en una butaca, extiende las piernas sobre la alfombra, suelta como inertes los brazos y adopta la postura más propia para representar con toda propiedad la encarnación viva del fastidio.

Una sonora carcajada resuena en el salón, pero nadie habla, y cuando el adormilado Dominiquino abre la boca para bostezar, Aniceto, equivocándose acerca de sus propósitos, se la tapa diciendo:

—Estáte quieto, aún no ha concluído.

—¿Aún no he concluído?—repite Conrado sin moverse, fija ante sí la mirada y arrastrando las frases;—¿Aún no he concluído? Ignoro si no he concluído aún; sólo sé que tú, Aniceto, me has dejado decir cien veces sin contradecirme: «mi casa es tuya,» y que á la primera coyuntura demuestras que no has tomado en serio mi oferta y me adviertes que en serio no debo tomarte, cuando me digas que tu casa es mía.

Otra carcajada, ni universal ni ingenua, una carca-

jada inexplicable acoge estas últimas palabras. Todas las miradas se vuelven hacia Aniceto.

Éste, sin asombrarse, acaricia el rostro lampiño, recoge cuantas fuerzas puede poner sobre las armas y responde con desenvoltura:

—Ni lo he dicho ni lo diré, porque el bueno del tendero que me puso en el mundo, me ha dejado algunos géneros coloniales por liquidar, alguna deuda privada y alguna otra pública—lo bastante para estar bajo la tutela del Estado—pero casas ó castillos, no. Poco importa; siempre podré decir lo que ahora digo: «Mis tres cuartos amueblados de la calle de Solferino son tuyos; son de ustedes, señores y señoras.

Los señores y señoras responden en coro: «Gracias.»

—Gracias—repite Conrado.—Tú no eres rico, pero no es culpa tuya; ¡es tan fácil ser rico!

—Protesto—dice Aniceto—rico soy, pues me basta lo que tengo. No puedo disponer fiestas, dejo que otros las dispongan; no me es permitido convidar, espero á que me conviden; no está á mi alcance pagar cenas, cómo las que me pagan. Vosotros os encontráis bien conmigo, yo me encuentro bien con vosotros; peleamos contra el mismo enemigo: la vida; vosotros tenéis más dinero de qué disponer en esta guerra; yo más experiencia y más valor; estamos en paz.

—¡Bravo!—gritan los compañeros.

Las mujeres, en cambio, callan; casi, casi parece que temen hallar en el machucho Aniceto un rival de sus gracias juveniles.

Y Fanny dice á Bárbara:

—Deben producirle mucho sus chistes, ¿no es verdad?

—Mucho... todo lo que no valen.

—¡Mi casa!—profiere Conrado siguiendo el hilo de su razonamiento y con rara fatuidad de expresión; —¡mi casa! ¿Y qué hay de mío en ella? Me han puesto muebles y alfombras, es decir, he dejado que los pusieran; me han hecho saber cuánto han costado... mil, dos mil, diez mil... total, cero; y como no me han costado nada, los encuentro desabridos y vulgares.

—Pues á mí me agradan—dice Bárbara mirando al rededor.

—Son de buen gusto—añade Fanny.

—Tampoco ese buen gusto es mío; es del tapicero.

—Y tu gusto, ¿cuál era?

—El del tapicero.

—¡Vaya! eso es jugar á los acertijos?

—Quizá... Una noche volví tarde; había olvidado la llave... Llamo... el portero se levanta de la cama para abrirme, se quita el gorro y me pide perdón por haberme hecho esperar, me alumbra y me da las buenas noches temblando de frío. Yo, que á fuerza de beber *champagne* casi tenía calor, pensé: «Valiente chasco se lleva y no lo ha notado: nadie le ha dicho aún que él y mi viejo Antonio son los amos de la casa, y que hacen muy mal en soportar un inquilino tan impertinente como yo.» Este desvarío me acomete alguna otra vez... Entonces cruzo las habitaciones como si me estuviese prohibido detenerme; toco apenas los objetos, me miro en los espejos á hurtadillas y siento ten-

taciones de darles las gracias por la molestia que se toman en reflejarme; las paredes se me antojan frías, los techos sordos, las alfombras mudas... Los cupidillos de la tapicería esperan á que yo haya pasado para hacerme burla y recobran su posición habitual si me vuelvo con la cara fosca... Sigo, y desde atrás me gritan: «¡véte! ¡véte! ¡véte!» Y me voy; salgo al aire libre; respiro; ya estoy en mi casa.

Conrado se ha producido en un tono cuya ligereza contrasta con su mirada grave y melancólica. Cuando termina, suelta una risotada, seca y nerviosa, que no engaña á la amistad escrutadora de Aniceto.

—Ya lo ves—dice éste al cabo de un instante de silencio—nadie ríe, ¿y sabes por qué? porque tu carcajada no contiene el número de vibraciones que la carcajada genuina encierra. Permíteme que te lo diga: no eres franco; te aburres, juras y perjuras que no existe desacuerdo entre anfitrión y convidados, y después, para tenerlos contentos, te crees obligado á contraer los labios y producir un sonido que pretendes hacer pasar por una explosión de...

—No, no, no—interrumpe Conrado—te equivocas; no me río para vosotros. ¿Qué sabes tú si esta risa, que produce para ti el ruido de moneda falsa, no resuena cual música aquí dentro?... Se empieza por un acto convencional, por una risa que no es risa, por tonterías sin concierto, y á veces se llega al espasmo de la alegría. Lo que hago ahora es ensayar; no otra cosa.

—Pues bien, seré yo franco ya que tú no lo eres—

prorrumpe Aniceto con voz solemne;—tú ocultas algo, sea realidad ó fantasma, aunque tengo para mí que fantasma.

—No he visto nunca un fantasma—dice Fanny—hazme ver el de Conrado.

—¡Veamos el fantasma!

—¡Veamos el fantasma!

—Salvo error—prosigue Aniceto sin hacer caso de las observaciones—tienes treinta y siete años cumplidos; cuando estás de buen talante demuestras treinta y dos; pero ahora, por ejemplo, tienes todos los treinta y siete sin que falte uno; es la edad de la crisis. Yo que la he pasado felizmente...

—Veinte años hace, salta una voz...

—Yo que la he pasado felizmente, sé á qué atenerme, y te digo que es la edad de la crisis matrimonial.

—¡Horror!—exclama Filiberto.

—¡Horror!—repiten los demás en coro.

—Sí señores, cuando lleguéis á esa edad, como mi amigo Conrado, sentiréis en la sangre, en los nervios, en el cerebro, una preocupación, un prurito que no acertáis á explicar: es la supuesta necesidad de tomar estado. Oiréis en la música de todos los teatros, de todos los pianos, de todos los organillos; oiréis en el soplo de todos los vientos, en el centellear de todas las ascuas, en el murmullo de todos los mecheros de gas, en el zumbido de todos los mosquitos, el mismo traidor consejo: «Toma estado.» Por supuesto, resistiréis, lucharéis cuerpo á cuerpo con esta idea, que después de haberos hecho reir tanto os anubla por primera vez

la frente; pensaréis en vuestras novias de otro tiempo, en las de hoy, en las del otro día... invocaréis los desinteresados besos de las botellas, los consejos de un buen amigo, y si la Providencia no os abandona, os curaréis. Pero...

—¿Hay un pero?—pregunta Félix, el más joven de la compañía, y por lo tanto el más enemigo del santo nudo.

—Sí, muchacho, sí, hay un pero. Si á los treinta y siete años has atrapado un reuma, que te promete la gota; si has engordado tanto que temes el asma, entonces estás perdido; las paredes de tu casa te parecen frías, los techos sordos, las alfombras mudas; temes molestar al portero, al criado y á los espejos; tu casa no te parece tuya; oyes la burla de la tapicería; los cupidillos te dicen «¡véte!» y te vas; corres en busca del ebanista, le encargas una cama de matrimonio, haces en la misma noche la elección y á la mañana siguiente vas á ofrecer tu mano á una colegiala que toda la noche ha soñado con un ángel bajo las blancas cortinas de su cama. Haces lo que se llama un «matrimonio por miedo.»

—¡Bah!—dice Filiberto—así se casa uno á tu edad, cuando se tiene un pié en los sesenta.

—Te advierto que tengo cuarenta y siete años.

—Esa es tu opinión, y no te arguyo porque desespero de convencerte.

—Así pues—concluye Aniceto fingiendo que no oye—para curar la gota se acepta el matrimonio.

—Como para curar la tisis se toma el arsénico—observa el Dominiquino bostezando.

—Con la diferencia—añade Félix—de que quien toma el arsénico para curarse la tisis, muere de tisis...

—Mientras que el que toma matrimonio para curarse la gota, enferma de matrimonio—dice Bárbara.

Fanny nada dice; tiene los ojos fijos en Conrado, el cual mira uno tras otro á todos sus comensales, excepto á Fanny.

—¿Y á dónde vais á parar con estas historias?—pregunta el anfitrión.

—Voy á parar—repite Aniceto con la misma solemnidad que antes—á que debes de tener reuma en un hombro ó en una rodilla.

—Calumnia—dice Fanny.—Conrado no tiene reumas.

—Gracias, Fanny. Mi querido Aniceto, envejeces; la prueba es que empiezas á regalar tus alifafes á los amigos. Yo no tengo reumas, y suplico á las señoras presentes que lo hagan saber á aquellas de sus amigas que no buscan marido. Ni tengo reumas ni tendré nunca mujer. Ya conocéis mis ideas sobre el matrimonio...

—Las conocemos—dijo Bárbara;—el matrimonio es una institución inmoral; si no hubiese matrimonio, no habría adulterio.

—El matrimonio es contrario á la naturaleza—añade Fanny;—ved sino á los animales... ¿Dónde he leído yo esto?.... ¡Ah, sí! en aquella novela que se titula.... ¿Cómo se titula?... De aquel francés que se llama... ¿cómo se llama?... En fin, no importa: ved los animales como siguen el instinto natural: no se casan.

—El matrimonio—añade Félix poniéndose en pié con radiante fisonomía—es una indecencia.

—¡Una indecencia!

—¡Una indecencia!

—Es muy posible—dice Aniceto.—Creo al matrimonio capaz de todo... Siempre he sospechado que era una indecencia.

—Sí, ¡oh señores míos! sí; el matrimonio es una indecencia... y ofende al pudor...

—¡El pudor!

—¡El pudor!

—Silencio; escuchad.... os digo que es capaz de todo.

—¿Qué es la mujer? El símbolo de la gracia, de la belleza, de la bondad; un pedazo de paraíso envuelto en lana y algodón, ó en terciopelo y algodón (el algodón entra siempre.) ¿Qué es el hombre? El símbolo de todo lo que es fuerte, bizarro y generoso. Emparejad á un hombre y á una mujer; ya no es posible verlos juntos sin pensar en que... sin trasladaros con la imaginación á.... en fin, sin perder de vista cuanto había de paraíso. ¿No os ha ocurrido nunca, caminando detrás de una hermosa dama, cubierta de terciopelo y pieles, levantarle con el pensamiento las pieles y el terciopelo, y enseguidita verla, sin que ella lo note, en el mismo traje de Venus... de aquella Venus... ya sabéis, de aquella Venus que... en fin, ya me habéis entendido. Gozáis de una fiesta íntima que en nada se trasluce al exterior; los papanatas que pasan rozándoos y que os dan un codazo sin despertaros de

vuestro ensueño, os creen tan papanatas como ellos; mientras que sois dioses; el dios más audaz del Olimpo... Pues bien, si por acaso esa dama se encuentra con su marido, os aconsejo que á la primera esquina toméis las de villadiego...

Félix observa que de todos los semblantes brota una sonrisita que no sabe cómo tomar; empieza á temer que no producirá el afecto apetecido y se interrumpe:

—En suma: para mí el marido es el sér más brutal que hay en el mundo; le preguntáis: «¿Cómo está usted?» Os responde: «He dormido mal esta noche; padezco de insomnios; no he hecho más que dar vueltas en la cama...» Vosotros maliciáis. La mujer malicia que maliciáis vosotros... Se pone colorada y hace como que no oye... Cambiad de conversación; sí, sí, cambiadla cuanto queráis, tarea inútil; cuantas palabras salgan de la boca de aquel hombre brutal, de aquel hombre cínico, esto es, del marido, son otras tantas indecencias.

Una risotada unánime, una de esas risotadas solemnes, acompañadas de gestos y contorsiones exageradas, propias de inmoderado buen humor, hace enmudecer al desgraciado Félix.

Una voz falta al concierto, la de Conrado. Á él se vuelve el orador para saber lo qué significa aquella hilaridad.

—Significa que tienes veinte años—dice Filiberto.

—Y tú veinte y dos.

—Veinte y dos no son veinte; lee los poetas clásicos y los románticos, los románticos especialmente; cuan-

do quieren citar una edad cándida, hablan de los *veinte años*, nunca de los veinte y dos.

—Significa—dice Aniceto—que tú de la cámara conyugal, de las damas cubiertas de terciopelo y de pieles, haces la regla general, siendo la excepción.

—Significa — dice Bárbara — que este caballerito, cuando está delante de las bellas, fantasea como un colegial... por lo cual le felicito.

—Félix no ha dicho *delante*—observa Domingo.

—Significa—dice Conrado, respondiendo al cabo á la pregunta de Félix, y fijos los ojos en los dibujos de la alfombra—significa que tú comprendes todavía aquella exageración del pudor que ordinariamente se pierde á los diez y seis años y que á los diez y ocho es ya un geroglífico... Ahora bien, al ocultar tus asomos de delicadeza de sentido tras de cínicas apariencias, haces reir á tus buenos amigos, que no saben llorar. Yo no, mi querido Félix, yo no me río.

—¡Ta! ¡Ta!—responde con petulancia el mismo Félix.—¿Vas á predicarme moral?

—¡Guárdeme el cielo!

—¿Entonces, por qué no te ríes?

—Me aburro.

—Y nos aburres—exclama Aniceto.

—Lo comprendo; pero no sé qué hacer.

—Pues yo sí, voy á cortarle el cuello á una botella.

—Córtaselo.

Aniceto se levanta, ase una botella, se afirma sobre las dos piernas con solemne expresión y blande un cuchillo, frunciendo las cejas con furor burlesco.

—Atención: ¡Una, dos... tres!

Simulado temblor agita los miembros de los horrorizados espectadores, después estalla un tumulto de copas que se entrechocan, de espumante champagne que se desborda sobre la alfombra, de risas argentinas, de voces, de ¡¡Ah! de ¡Oh!... Las dos mujeres se echan atrás el vestido, los hombres se curvan para llenar las copas, sin exponer los pantalones.

Aniceto adelanta muy grave hacia Conrado y le dice trágicamente:

—¡Bebe!

Conrado acepta y bebe de un trago; después repite, arrastrando las palabras:

—Me aburro, sí, me aburro; debo de estar harto de mis riquezas, ahíto de guisos, de champagne, de amoríos; creo que quisiera ser pobre y poderos decir: «Aniceto, Filiberto, Domingo, Félix, prestadme una peseta» y que vosotros contestarais: «Amigo, pídenos la vida porque la tenemos, pero una peseta, no.» Me parece que me gustaría aconsejarme de un amigo pintor, por ejemplo, del *Dominiquino*, para teñirme de negro las medias con objeto de que no se viesen los agujeros de los zapatos, y que se viesen tanto, sin embargo, que me viera obligado á meditar melancólicamente antes de salir de casa, sobre el degenerado cuero de las suelas contemporáneas; creo que quisiera tener por todo almuerzo castañas secas, como le sucedió á aquel novelista... Esto quisiera, á lo que me parece; y en cambio...

—¿Enamorarte por lo serio?

—No, escribir yo también un libro que hiciera llorar á las mujeres y á los hombres nerviosos.

—Y después morir á los treinta años.

—Este peligro ha pasado hace la friolera de siete años, nueve meses y diez y nueve días.

—Muy bien—dice Aniceto.—¿Y te aburres, porque no haces una novela?

—¡Bravísimo!—agrega Filiberto—¿quién no hace novelas?

—Hacerlas es fácil—observa Domingo—lo pesado es escribirlas; yo lo he intentado, es un aburrimiento; mejor es dibujar paisaje ó figura... cuando no hay nada mejor.

—Ea, pues, escribe una novela.

—Nosotros tenemos mucha práctica del mundo. Cuanto sucede en Milán se sabe en nuestro círculo... Toda la filosofía social que se agita en la vida cotidiana, la columbro en mi copa de ajenjo. Un día ú otro me lanzaría yo, si no te lanzases tú; pero es mejor que tú te lances; fía en mi experiencia. Cuando un hombre como tú se fastidia, no tiene más remedio que hacer gemir á la prensa... Una pequeña obra maestra no es ningún inconveniente.

—Tienes razón—dice Conrado.

Y lo dice con tanto ímpetu que Aniceto, aturdido, pregunta:

—¿Estás seguro?

—Sí, tienes razón; nosotros conocemos el mundo, á nosotros corresponde escribir las comedias y las novelas; has puesto el dedo en la llaga; antes de ahora lo

he pensado, toda la noche estoy pensando en ello.

—¿De veras?

—De veras. ¡Y ved qué rareza! cuando el Dominiquino dormía, á mí, que lo miraba, me ha ocurrido el capricho de leer su ensueño... He soñado por él con los ojos abiertos. Mi novela andaba muy bien, el Dominiquino prometía dejarme llegar al fin, cuando me lo habéis despertado... entonces me he despertado también yo.

—Oigamos el sueño del Dominiquino.

—Sí, el sueño del Dominiquino.

—¿Mi sueño?—dice éste con apagada risa.—¡Oigamos mi sueño!





III

El sueño del Dominiquino



CONRADO sonríe, sacude su oscura cabellera, mira en torno titubeando y por fin clava los ojos en Domingo. Éste no pestañea; el otro empieza:

«—Estabas delante de mí; la llama de la chimenea te daba en el semblante, matizándolo de negro y rojo, y tú, impasible, la dejabas estar. Luégo cerrabas un ojo y me mirabas con el otro guiñándolo; después cerrabas los dos; más tarde los volvías á abrir; al cabo los cerrabas. Esperé. La procesión de sombras que te pasaba por la frente, apeándose por la nariz, te indicaba el camino. Tú volvías ligeramente la cabeza para decir

que no; la dejabas caer sobre el pecho para decir que sí, la levantabas bruscamente, apretabas los ojos, los guiñabas; decías que no y que sí. Por último soltaste un gran suspiro. Ya estabas de viaje hacia la región del sueño... y yo detrás.

»Al principio te hallabas en un pórtico y vacilante; nevaba como ahora y faltaba muy poco para el alba. Á tus espaldas sonaba alegre música que parecía llamarte:—«¡Dominiquino! ¡Dominiquino!...»—Todos tus amigos estaban en el baile de la Scala y en los gabinetes del *restaurant*. Después de haber empleado la noche en adivinar, bajo del antifaz, el secreto de las sonrisas picarescas y de los ojos brillantes, cenaban. Tenías delante de ti un cochero, un coche y un caballo—único borrón negro sobre el fondo blanco. El cochero recibía estóicamente el nevasco y te ofrecía sus servicios con un movimiento de cabeza que te obstinabas en no ver y que él se obstinaba en repetir. Pensabas.— Alguna vez ocurre que pienses, ¡pobre Domingo!...»

—Adelante; no me tengas lástima.

«—Pensabas... Era uno de estos momentos, raros por suerte, en que el baile te parece más tétrico que una sepultura; te hubieras ido no sé dónde antes que volver á entrar en el salón. Estabas inapetente, cansado, soñoliento, como te sucede á menudo, y (¡oh milagro!) no querías dormir... probablemente porque dormías... En virtud de aquel, entre vigilia y sueño, se te aguzaban los sentidos, se te centuplicaban las sensaciones! Y no sé de qué manera, ni tú tampoco...»

—Seguramente que no.

«... recogías en un solo haz los hechos todos de tu pasado y de tu porvenir. Del presente no te cuidabas porque el presente era un punto negro en la nieve; un átomo de greda que soñaba. Tienes treinta y seis años, pobre Domingo, ya no eres un muchacho... yo te lo puedo decir, que ya he cumplido treinta y siete. Hojear, día por día, treinta y seis tomos de vida como la nuestra es tarea larga; pero tú los hojeaste con impaciencia febril en pocos minutos, y cuando llegaste al tomo en blanco, te asaltó extraño terror y loco anhelo de escribir algo que en nada semejase á las páginas anteriores.»

—Es singular este Dominiquino—dice Bárbara á Fanny—¿le hubieras tú creído capaz de tales reflexiones?

Fanny apoya el índice sobre los labios y no contesta.

—«Huías de aquellas imágenes, vagabas con los ojos por la desierta calle, para volver al punto de partida. Entonces insistías en aquella idea; le dabas vueltas por todos lados, buscando la manera de explicarte el secreto temor que te inspiraba, para combatirlo, para vencerlo, para olvidarlo y olvidar á la vez tu vida y el mundo en que vives, para olvidarte de ti mismo, para reposar en el quieto sonambulismo que constituye el nebuloso fondo de tu existencia.»

—Exacto—dice Aniceto—exactísimo. Presento una proposición para que cambie Domingo su apodo de Dominiquino por el de Sonámbulo, que le es más propio. El que lo apruebe que levante el dedo.

—Aprobado.

—Aprobado.

—¿ Y tú, Fanny, no apruebas ?

—Aprobaré todo lo que queráis, con tal de que no interrumpáis á Conrado.

Éste, no bien restablecido el silencio, continúa en estos términos:

—«Tratas de vencer tan necios terrores, pero uno más necio que los demás te coge de improviso ; miras en torno, ves la plaza y te parece una página en blanco; ves las calles prolongarse como fajas de papel que aguardan los renglones, y te dices á ti mismo que toda tu vida pasada estaba escrita en aquellas hojas y miras medrosamente la nieve que poco á poco lo va borrando todo. Sufres, y aquella idea te da un temblor que no te había dado el frío ; quisieras, y no sabes cómo, quisieras escribir una página con letras tan profundas que nunca pudiera borrarlas la nieve... y en esta lucha imaginaria contra el frío, tú, naturaleza insensible, te agitas como en una lucha verdadera... Mientras tanto despunta el alba.»

—Menos mal.

—«Despunta el alba. Alguno que otro grupo de máscaras cansadas del baile pasan rozándote, te dirigen miradas como relámpagos desde el fondo de la capucha, y á través de la careta cuelgan del brazo de sus parejas y se dispersan entrando en los carruajes que les aguardan. Después el silencio, roto un instante por agudas voces, se restablece. Estás solo, frente á frente de tu hermosa página blanca; álguien, no sabes quién,

te ha dicho que debes también marcharte ; das un paso, recibes un copo de nieve en la nariz y lo dejas; llevando por delante el paraguas abierto á guisa de escudo, arrostras valerosamente la nevada que te rocía la cara y se adhiere á las faldas del gabán, marchas desembarazadamente poniendo el pié donde la nieve está más intacta. De este modo, en un cuarto de hora lírico, estropeas, pobre poeta, una página blanca en la cual no sabes qué escribir. En esto te ocurre una extraña idea, una voz secreta te dice al oído que es empresa memorable robarle la dama á un amigo... ¿cuál?... desde luégo piensas en mí... gracias... Dices: «Fanny es guapa ; desde hace una semana tengo el corazón desalquilado. Conrado usurpa la fama de galán con suerte ; si cumplo mi intento, grande es la victoria, ó así al menos lo dirán, que para el caso es lo mismo;» y recordando de pronto que Fanny me había pedido como regalo una trenza de cabellos algo más negros que los suyos, que había visto en el escaparate del célebre *Cómo se llama*, te parece soberbia idea la de atar la dama al carro de tus triunfos, con una trenza de cabellos algo más negros que los suyos. Sonríes. Tan donosa idea, que te asalta con los desvergonzados ademanes de un mico, pone en derrota la turba de ideas tristes. Aprietas el paso...»

—Haz tú lo mismo.

—«Hete aquí delante de la tienda ; está cerrada. Pero el baile te favorece ; en el afamado laboratorio se trabaja noche y día para satisfacer las demandas. Á través de la cerradura divisas un rayo de luz. Das vuelta

á la esquina y te metes por el primer portal. Un portero muerto de frío te pregunta lo que quieres. Nombras á *Cómo se llama* y sigues adelante. No cabe duda, estás en el vestíbulo del templo.»

—*Deo gratias*—dice Domingo.

—*Deo gratias*—repiten los demás en coro. Sólo Fanny se calla.

—«Entras; dos personas peinan, á la luz de una lámpara, los cabellos prendidos á una cabeza de palo. Al verte, se levantan y te preguntan lo que deseas; no lo sabes. Te cohibe la presencia de una mujercilla graciosa que te mira con unos ojos cansados de velar; haces una seña al hombre y pasas á la tienda. El peluquero te sigue con una luz, te pide mil perdones, te dice mil fruslerías inútiles é inconexas, como por deber profesional, y tú le manifiestas tu propósito con una cara muy seria. Él, aunque tiene gana de reirse, tiene más gana aún de hacer negocio y no se ríe. Dice únicamente que la hora no es la más á propósito, pero que puede muy bien serlo; que es preciso ver los cabellos á la luz del día, pero que á la luz artificial también se pueden ver perfectamente; sin contar, y lo cuenta, que después de comprados, si no gustan, se cambian; la tienda está siempre allí, no se mueve... y ahora mismo levantará el cierre y se verá muy bien...

»Tú escuchas aquel zumbido, sonríes distraídamente y piensas en la alegría que preparas á Fanny y en la alegría que Fanny te prepara. Desde el escaparate te sonríen dos bustos de cera y desde la consola otros dos.

»En esto oyes dos voces femeniles que hablan en la trastienda: una indolente y monótona, la otra abatida, sumisa y dulce. Después las voces callan y de pronto ves un busto más, que aparece entre las cortinas y que dice con voz algo temblorosa: «—¿ Puedes venir un instante ?»—«Ya ves que no puedo»—replica *Cómo se llama*—pero el busto no se va, su muda insistencia parece preocupar al peluquero, el cual te mira.—«Atienda usted á sus negocios»—le dices—«esperaré».

»Una vez solo, te acercas al escaparate que á poco aparecerá al exterior por el hueco correspondiente, dando tentaciones á las pobres mujeres, que pisando nieve pasan por allí á las ocho de la mañana. ¡Cuántos misterios en aquel escaparate! Al cruzar por el mundo con nuestra propia superficial indiferencia y tu soñolencia, además, has dividido las mujeres en dos categorías: las morenas y las rubias; los cabellos castaños y rojizos son para ti subclases; los blancos, una degeneración del bulbo capilar. Tras de estos cristales hay cabellos plomizos, verdes, anaranjados, de color de limón. ¿Dónde viven las mujeres que los llevan? Hay en este escaparate trenzas tan largas como jamás las viste caer sobre los hombros de una hermosa. Alguna, sin embargo, debe de haber llevado estos tesoros.

»Vuelves á filosofar; todas aquellas cabelleras, ya sueltas, ya anudadas, te proponen un melancólico acertijo, cubren tu corazón de cierta tristeza, que la risa constante de los dos bustos de Venus no basta á desterrar. Paseas, tocas los cepillos, te miras en los espejos, contemplas las pirámides de jabones, de ca-

jas, de frascos;... piensas en hacer provisión de tales objetos... cuando,... ¿ pero qué es lo que sucede ? Pones atención, álguien llora; te acercas á la cortina... sí, álguien llora ahogando los sollozos, y dos voces quedas hablan con acento de bondad. No puedes contenerte, descorres la cortina, y ves... ¡ oh espectáculo que á todos supera en hermosura !... y ves... no ves nada, no veréis nada, sois todos indignos de verlo.—Bebamos.»

—Protesto—dice Domingo—no te es permitido hacerme soñar á tu antojo y despertarme cuando te acomoda ; he visto un espectáculo que á todos supera en hermosura, y quiero saber al menos de qué se trata. Estoy en mi derecho.

—¡ Está en su derecho !

—Bebamos—repite Conrado con extraña sonrisa.

—Imposible ; figúrate que estás en el desierto de Sahara.

—Queremos saber qué es lo que ha visto el Dominiquino.

—Yo sé lo que ha visto—dice Fanny con indolencia. —Ha visto una rubia.

—«No una rubia—dice Conrado con entusiasmo mal disfrazado por énfasis burlón—no una rubia, sino un ángel con destrenzados cabellos de oro. Está sentada, frente á ti, pero las lágrimas tejen un velo ante sus ojos y no te ve; la blanquecina luz de la mañana ilumina sus hombros, celosa de la lámpara, que contempla desde lo alto aquel portento. Por el contraste de ambas luces, los cabellos, que casi arrastran por tierra,

producen cambiantes, ya de oro, ya de fuego; el pálido y gentil semblante revela pesar intenso pero cándido; si el dolor es bello como afirman, aquella niña es la imagen viva del dolor. La ves llorar, y sientes el frío de una mano de acero que te oprime el corazón... El peluquero es un pobre diablo y su mujer una buena mujer, pero el pobre diablo antes que todo es peluquero y la buena mujer es mujer suya. Óyelos: «Créelo, chiquita—dice el hombre—no podemos darte más; los cabellos son una maravilla; largos, abundantes, sedosos, de un rubio precioso, pero veinte pesetas es una bonita cantidad... es una bonita cantidad. La competencia que hay entre los del oficio nos agobia; en otro tiempo, no digo que... ¡pero ahora!... Me dirás que hoy todas compran trenzas postizas, pero también todas las venden, y los hospitales son una mina para algunos peluqueros. Me dirás que el rubio de tus cabellos es raro, y que debe por lo mismo valer más; ciertísimo, pero aún es más raro encontrar quien los compre. Te juro que hago un verdadero esfuerzo al darte veinte pesetas. Dirás...»

»La mísera no dice nada; llora, y cuando el comprador se calla, balbucea con voz desgarradora: «¡veinte pesetas!». No puedes resistir por más tiempo aquella escena; el corazón te palpita de un modo inusitado, te asomas y dices: «Yo compro los cabellos de esta niña.» Tres exclamaciones te responden; la muchacha esconde la cara entre las manos y llora más fuerte, tan sólo distingues su frente enrojecida de vergüenza. Te parece que vas á desmayarte, nunca creíste que una

buena acción, tu primera acción buena, te trastornase tanto; tratas de pronunciar alguna palabra generosa y conoces que al pronunciarla te temblará la voz: «Señorita, repites, le compro á usted los cabellos y le doy cien pesetas.»

»Los dos peluqueros, macho y hembra, te miran estupefactos; la muchacha sigue llorando fuertemente; y cuando abres la cartera, sacas un billete de cuatrocientos reales y se lo pones entre los dedos, notas que llora más que nunca, pero no levanta la cabeza. Haces una seña al peluquero, el cual se acerca á la muchacha con las tijeras, pero se las tomas y hundes tú mismo la mano en aquel río de oro. Entonces sientes el temblor de todo el lindo cuerpo; escoges un rizo, el más pequeño, lo cortas á raíz de la nuca, te lo arrollas en torno á un dedo y murmuras conmovido: «¡Ya está!». Entrambos espectadores creen llegado el momento oportuno de reir. Y piensas que hay risas que son una buena obra y que es muy grato enjugar las lágrimas riendo.

»La jovencilla comprende al cabo, descubre el lindo semblante y te mira con unos ojazos que tienen el color y la profunda transparencia de un cielo sin nubes. Tratas de sonreir, y como has aprendido á balbucear continúas balbuceando: «Señorita, sus cabellos de usted me pertenecen; guárdemelos usted que es la mejor manera de emplearlos.» Una melancólica sonrisa asoma cual relámpago de luz en aquel rostro angelical. —«Gracias—dice después la joven con acento tristísimo —gracias. ¿Cómo se llama usted?» Le dices tu nombre

y le preguntas que por qué quiere saberlo, y entonces, con voz que tiene el eco de inexorable destino, te responde: «Mi mamá morirá esta noche; el médico lo ha dicho; no hay esperanza; y yo le diré que cuando esté allí arriba, ruegue al Señor que premie á usted por su generosidad.»

»¿Lo oyes? eres generoso. Y lo dice ella, ella, que sacrificaba el orgullo de sus encantos por comprar quizá un medicamento ya inútil á su madre que se muere. No bien deja de hablar se pone en pié y se arregla del mejor modo posible los cabellos; tú sigues extático los movimientos de un cuerpo digno de una cabeza de hada y te pasmas de contemplar sin deseos tanta belleza. Pero claro es, estás aturdido. Y cuando la muchacha quiere marcharse y hay en tu interior algo que quisiera detenerla, no te mueves; con una mirada, con una triste sonrisa, ella te dice una vez más: «Gracias»; no habla porque la emoción le embarga la voz; da un paso para salir, se detiene irresoluta; se vuelve todavía: «Me llamo Gracieta (1)», dice, y desaparece.

»El peluquero tiene un volumen de tonterías en la punta de la lengua, pero no le dejas abrir la boca. Mientras estabas allí has examinado los cabellos negros. Son demasiado negros, demasiado. Encargas un repertorio completo de pomadas y de polvos, das tus señas y sales al aire libre, henchido el corazón de una

---

(1) *Grazietta*, diminutivo de Gracia. He «españolizado» la ortografía del nombre pero he dejado el diminutivo, que es español, supuesto que en Cataluña y Valencia se usa. (N. de L. A.)

vanagloria que te era desconocida; te sientes más joven, más gallardo y oprimes con los dedos la trenza de oro que produce milagro semejante. La nieve te azota el rostro, te cubre el gabán... ni siquiera lo notas; bien puede caer nieve, por mucha que caiga nunca llegará hasta tu corazón!...»

Conrado, que ha ido acalorándose poco á poco, enmudece de súbito y mira uno tras otro á sus oyentes. Durante unos momentos nadie habla. Aniceto es el primero.

—¿Y después?

—Después, nada; me habéis despertado al *Dominiquino*, he despertado yo también, nos hemos encontrado entre caras, halagos, copas y agudezas conocidas... ¿no es verdad, Domingo?

—Yo no entiendo una palabra—confiesa Bárbara.

—Ni yo tampoco—afirma Domingo.—Bárbara ha oído decir que los sonámbulos no recuerdan nunca lo que han soñado.

—¿Será cierto?

—Cierto será—responde Domingo—mas no lo sé, porque yo no soy hombre soñador, sino muy positivo, y nada hago, ni aun en sueños, sin su cuenta y razón; cuando no tengo otra cosa que hacer, duermo, pero no sueño. Esta vez, no obstante, he soñado, y me acuerdo perfectamente de lo que era el ensueño.

—¿Qué era?

—¿Qué era?

—He soñado que no podía ponerme una bota demasiado estrecha; mi criado y yo sudábamos la gota gor-

da sin conseguir que entrase. Y la causa de este mal sueño (porque siempre en mis sueños hay alguna causa) era que mi pié servía de taburete al pié de Conrado, el cual no reparaba en la equivocación.

Esta explicación parece á todos triunfante.

—Así pues—pregunta Bárbara, que comprende aún menos que antes, —así pues, la novelilla es toda obra de Conrado?

—Entonces oigamos el fin.

—Sí, el fin, queremos saber el fin.

—El fin—dice Conrado con risa nerviosa.—¿El fin? Sed vosotros mis colaboradores, sacad á un novelista del apuro... tú, Aniceto, cuenta tú ese fin.

—Para mí es claro como la luz del día—contesta Aniceto;—haces que el protagonista vuelva á la peluquería para pagar la cuenta de jabones y de frascos; el peluquero, por lo mismo que lo es, no espera á que su generoso parroquiano abra la boca para preguntar lo que desea, y no oculta el deseo que él tiene de responder. Sabe ya en dónde habita Gracieta, cuánto pasan de ciento los escalones que separan aquella divinidad rubia de la turba mortal, negra ó castaña. La madre ha curado... por virtud del último medicamento; Gracieta está agradecida en grado superlativo absoluto. Consagras un capítulo á otra entrevista—es imposible hacer menos—y tu héroe queda más que nunca persuadido de que los cabellos negros, castaños, bermejos, cenicientos, pajizos y demás, son todos degeneración del bulbo capilar, como los blancos; de que los únicos cabellos tolerables son los rubios; de que Eva

era rubia, de que el rubio más bello de todos los rubios tiene reflejos combinados de oro y fuego, y que cabellos de ese color y con esos reflejos no los hay en el mundo más que en la cabeza de su Filis. Una vez tu supuesto protagonista esté muy convencido de esto, verás cómo ningún lector tiene nada que decir si en vez de catástrofe pones como desenlace matrimonio.

—¡Bravo!—exclama Fanny.

—Ahora tú, Filiberto—repite Conrado con la misma sonrisa nerviosa—veamos tu final.

—Á mí no me gustan las novelas que dejan adivinar el fin. El de Aniceto es por su inverosimilitud inexorable como el destino; yo en tu caso haría algo nuevo, por ejemplo, que el peluquero engañara á la graciosa mujercita de los ojos fatigados por el insomnio, se enamorase de Gracieta y pusiera un sitio en regla á su virtud, valiéndose de su charla y descuidando pelucas y parroquianos. Los celos del noble y rico protagonista darían lugar á un contraste de tintas, ya cómicas, ya feroces... Mira, un desafío á navaja de afeitar sería de mucho efecto.

El plan de Filiberto no gusta á nadie y se lo dicen todos; él replica que no le importa un pito.

—Á ti te toca, Félix.

—Pues yo estoy conforme con Aniceto hasta la catástrofe matrimonial, donde me paro porque no quiero catástrofes. Oye; la madre que se muera, nada se gana dejándola con vida, es un estorbo y no otra cosa; haz que ofrezca el galán á Filis cuatro bonitas habitaciones amuebladas, una escritura y hasta un vitalicio

si resiste; tu protagonista se aprovechará de la rubia para hacer desesperar á las morenas y rendirlas por despecho. Verás cómo no tiene ya miedo de la nieve. Piénsalo.

—Lo pensaré—dice Conrado con acento ligeramente zumbón—lo pensaré, joven amable.

Hay después un instante de silencio. Da la hora un reloj á lo lejos, otro más cercano la repite; es tarde, son las dos.

—El día de San Conrado pasó ya—dice Aniceto—hemos usurpado dos horas á San... ¿Qué santo es mañana?... mejor dicho, hoy... ¿Nadie lo sabe? Tanto monta, hemos usurpado dos horas al santo que viene después. Tengo sueño. ¿Nos vamos?

—Vámonos,

—Adiós, Conrado.

—Adiós.

Salen todos, sólo Fanny se queda; lleva el abrigo al brazo y balancea el sombrero sosteniéndolo por las cintas. Acércase á Conrado, que sentado junto al fuego le vuelve la espalda y...

—Me voy—dice con voz sumisa, tras de un instante de silencio.

—¿Te vas?—pregunta Conrado, sin volverse.

Fanny busca una respuesta.

—¿Debo quedarme?

—Haz lo que quieras.

—Adiós, pues.

Conrado se vuelve y mira durante un momento á aquella mujer donosa cuanto vana, que por primera vez habla con acento melancólico. «Tenías buen cora-

zón, dice como hablándose á sí mismo, merecías ser amada, pero ¿quién de nosotros püede amarte?»

— Me voy con Domingo.

Conrado ve asomar dos lágrimas á los negrísimos ojos de la hermosa, le coge una mano que el ocio ha dejado blanca y fina, después la besa en el rostro con transporte, la suelta y se deja caer de nuevo en la butaca.

— ¡Gracias! — balbucea Fanny.

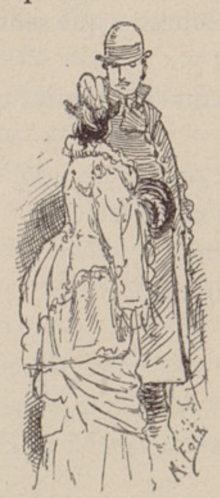
Y no sale, huye.

En la antesala encuentra á Aniceto y á los otros que la esperan, y se cuelga riendo del brazo de Domingo.

— ¡Pobre Conrado! — dice ya en la escalera;—había adivinado que me cortejabas y que yo me dejaba cortejar... pero nos hemos separado como buenos amigos... Hubo un tiempo en que lo quise de veras... Creo que fueron dos meses, no, cinco semanas; quizá más... desde el día de... Vaya, no me acuerdo.

—¿Y á mí hasta cuando me querrás de veras?

—¿Á ti?... ¡siempre!



IV

Un ramillete de violetas en la oscuridad



UEDÓSE Conrado mirando de hito en hito los negros cristales de la ventana, y mientras una parte de su sér acompañaba los pasos de Fanny y prestaba atención por si llegaban á él todavía desde la calle las voces de la alegre tropa de sus amigos, la otra parte permanecía muda, helada, indiferente, como sin memoria ni conciencia de la vida.

Rodó un carruaje sobre la nieve, al mismo pié de la

ventana, se detuvo un instante, después se movió otra vez, y aquel sordo rumor se alejó, se extinguió... reinó después profundo silencio... y Conrado seguía con atenta mirada los copos de nieve que, merced á los vivos reflejos de la estancia, al caer por delante de los cristales se teñían por un instante de encendidos reflejos y se perdían después en las tinieblas.

La puerta por donde poco antes había salido la parlera comitiva, giró sin ruido sobre sus goznes, y apareció una cabeza cana sobre un cuerpecillo seco. Conrado no se movió, no profirió palabra, no separó los ojos de los cristales. Entonces la cabeza cana pareció vacilar sobre su base, el cuerpecillo semejó querer hacerse más pequeño para no causar molestia, y la puerta que no estaba enteramente cerrada, se volvió á abrir.

—Antonio...—dijo Conrado sin volverse.

—Perdóneme el señor si...

—Apaga las luces.

Y como el criado vacilase, repitió con suave acento:

—Apaga las luces, Antonio.

—¿Todas?

—Todas.

El viejo no insistió, tomó del aparador una palmatoria, que encendió en un mechero de gas, alargando el brazo, y se subió sobre un escabel.

La hidra retiró una tras otra sus cinco lenguas, y quedóse muda. Antonio bajó, recogió del suelo no sé qué, puso la mano por aquí... luégo por allá... buscando un pretexto para no marcharse sin decir nada:

miró por tres veces á su amo, otras tantas abrió los labios para dar libertad á un tenue suspiro, y otras tantas balanceó la cabeza... Por fin dió un paso, aunque vacilante, luégo otro... Ya estaba junto á la salida.

—Antonio—dijo Conrado.

El fiel servidor acudió presuroso.

—¡Pobre Antonio!

Breve pausa.

—¿Por qué no te has ido á acostar? Te recomendé sin embargo que lo hicieras.

—No tenía sueño.

—Como de costumbre... Proto, en cambio, dormiría de pié... también como de costumbre.

—No tiene él la culpa, ¡es tan joven!

—¿Y lo has enviado á la cama?

—¡Se duerme tan mal en una silla!

—¿Lo sabes por experiencia?

El viejo se puso algo colorado sin contestar.

—Véte á la cama, pobre Antonio—agregó Conrado.

—Y el señor conde ¿no va?

—Iré ahora mismo.

—¿Y quiere el señor permanecer aquí... á oscuras?...

—Sí.

Antonio no replicó, se encorvó hacia la chimenea, á los piés de su amo, y se puso á arreglar los tizones y añadir leña. No quedó contento hasta que vió una llamarada. Entonces dijo:

—¡Cómo alegra!...

Permaneció perplejo por un instante, y luégo, de pronto, se dió una palmada en la frente como para castigarla de imperdonable olvido.

—¡Ah! el ramillete!—exclamó, y salió presuroso para volver al momento.

Conrado no se había movido, y seguía mirando el fuego. Antonio dió entre los dedos muchas vueltas á un ramillete de violetas, esperando una pregunta; al cabo adoptó una resolución heróica, y dejando las flores sobre el mármol de la chimenea, dijo:

—No se sabe quién lo ha enviado.

Alzó el joven el moreno semblante, acariciado por los reflejos de la llama, miró distraídamente las flores, y dando á su voz mayor dulzura aún de la usual, dijo:

—Gracias.

—¿De qué? El ramillete no es mío. Verdad es, que si lo hubiese pensado... si hubiese creído que le complacería al señor... pero, en fin, no lo he pensado. Á mi edad no cree uno que en invierno haya flores.

—¿Pues quién las ha enviado?

—No se sabe.

El viejo pronunció estas palabras con todo el misterio que le fué posible, y añadió á las palabras un ademán misteriosísimo, que suscitar debía una verdadera fiebre de curiosidad. Pero el infeliz Conrado no reparó en las palabras, no vió el ademán é inclinó de nuevo la cabeza sobre el pecho. Poco después dió una sacudida y repitió.

—Véte á dormir, Antonio.

—Voy... voy...

Y no se iba.

—Llévate la luz.

El viejo quiso probar á resistir y reunió todas sus fuerzas para desobedecer, pero no lo consiguió. Tenía que irse, que dejar á su amo solo, en la oscuridad, con la pésima compañía de cuatro tizones, capaces de hacerle pensar, Dios sabe en qué... Suspiró con fuerza, dijo por lo bajo que amo y tirano son sinónimos, dió un paso para salir, luégo otro, después dos y se marchó al cabo llevándose la luz.

Conrado, una vez solo, reclinó el cuerpo en la poltrona, dobló la cabeza sobre el pecho y clavó la mirada en el hogar. Aprisionada entre cuatro tizones una gran llama se revolvía inquieta gimiendo y sin poder desaprisionarse; hacíase pequeñilla para acariciar los negros brazos que la sujetaban; después rompía en una llamarada de rebelión y nuevamente se contraía, se replegaba, gimiendo, callándose, despidiendo chispas cual rayos minúsculos de cólera; todo en vano: los cuatro tizones, cuando más distraídos parecían, abrían de improviso un ojo, dos, cuatro, diez, y replegábanse un instante para acomodarse en más firme postura.

Conrado seguía los incidentes de la lucha, encerrando todo su sér en aquel reducido hueco; incapaz de desprenderse un momento de allí para vagar por la oscuridad sin límites; aturdido, sin ideas, sin deseos, sin afanes, como espectador indiferente, como beodo de tedio que vacila sólo por haber olvidado el equilibrio.

Quizá algo en su interior combatía, como la llama, contra brazos invencibles; quizá aquel hogar se le figuraba otro en el que ardía una parte de sí mismo. Quizá no tenía conciencia de nada.

Al dar las llamas ciertos brincos, corría por la parda techumbre un remolino de sombras; relámpagos de luz surcaban la oscuridad de la anchurosa estancia, y en las paredes, ora aquí, ora allá, asomaban amorcillos.

Conrado no tenía ojos para aquellas fantásticas escenas; continuaba inmóvil, con la barba apoyada sobre el pecho, y los ojos fijos en la llama.

Poco á poco, una sensación casi inadvertida lo sacó de aquella especie de olvido de sí propio, y entonces, en el vacío infinito y en la infinita oscuridad, se abrió camino algo que se asemejaba á un pensamiento. Una voz preguntó dentro de él:

«¿Qué es esto?»

Y otra voz también dentro de él repuso:

«Es un perfume de violetas, un perfume que ha venido de lejos.»

Conrado se incorporó en la butaca, alargó la mano y halló á tientas sobre el mármol de la chimenea el ramillete; lo miró un instante á la luz del hogar, después dejó caer los brazos de manera que las violetas parecían formar parte de las flores de la alfombra.

Y la misma voz de antes se aventuró á preguntar:

«¿Quién habrá pensado en ti? ¿Alguna de tantas como se te han llevado un pedacillo de corazón y dos meses de vida, se acuerda todavía del santo de

tu nombre? Ángela no será, Cándida menos, Beatriz tampoco... las demás son demasiado remotas... ¡Ah! quizá Juanilla, aquella Juanilla tan especial; sólo ella es capaz de estas ternezas póstumas... Ó tal vez... No, Ángela no es, Cándida menos, Beatriz tampoco...»

Un murmullo prolongado de la llama hizo enmudecer aquella algarabía; después otra voz apuntó tímidamente:

«¡Pobre Fanny!»

«¿Á qué viene sacar ahora á Fanny á plaza? Cállate... no puede haber sido más que la Juanilla. ¿Conservas memoria de Juanilla? ¡Qué bonita era Juanilla!... ¿Te acuerdas de aquel día...? y de aquel otro... y de aquella vez... y de aquella otra...? ¡Pobre Juanilla...! Cándida, que te la hizo olvidar, no valía lo que ella, pero era *otra*. ¡Ah! las *otras*, Conrado, las *otras*... Un ramillete de violetas, he aquí las únicas flores que este año has recibido; este año tienes amigas que se ríen de las flores como los amigos. Tan sólo á Fanny le gustan... Si la hubieses querido un mes más, ella te hubiera mandado un ramillete. La has querido demasiado pronto; pero, en fin, ¿á quién puede haberle ocurrido la idea de las violetas? Á Cándida no será, á Angela menos, á Beatriz tampoco.»

Conrado, que oía sin escuchar aquel vocerío, alzó lentamente el brazo y mantuvo por un instante el ramillete frente al fuego: las violetas destacaban en negro del fondo rojizo de la llama. De súbito se desprendió un tizón y produjo una luz más viva; corrió por todo el aposento una larga procesión de sombras, y mediante

aquel resplandor vió Conrado brillar, entre los dedos, una cosa en que no había reparado. Entonces arrancó, una tras otra, las violetas del ramo, y de los cortados tallos desprendió absorto una larga trenza de cabellos rubios.

Una llamarada que relampagueó ante sus ojos, encendió su abatido semblante; quiso mirar mejor, pero en aquel mismo instante otro leño rodó de los morillos, y la llama, no sujeta ya más que por dos brazos impotentes, se desprendió de un salto y escapó.

El instinto fué más rápido que el pensamiento. Había tirado apenas del cordón de la campanilla, cuando ya estaba arrepentido. Apareció Antonio trayendo luz.

—¿No te has ido á la cama?—preguntó Conrado impaciente.

—Me iba ahora—balbuceó el viejo, y no sabiendo ya qué decir miraba en torno.

—¿Han traído ayer un ramillete...?

—Sí, señor; un ramillete de violetas... ¿dónde estará? Lo puse sobre la chimenea y...

Se calló al ver por el suelo las violetas arrancadas de sus tallos.

—¿Y quién trajo ese ramillete?

—No lo sé, se lo dejaron al portero.

—¿De parte de quién?

—¿De parte de quién? Es verdad, debía haberse preguntado de parte de quién; lo preguntaré esta mañana.

—No lo preguntarás.

—No lo preguntaré.

—Y te irás á dormir en seguida, pobre Antonio, no quiero que te pongas malo.

—También el señor...

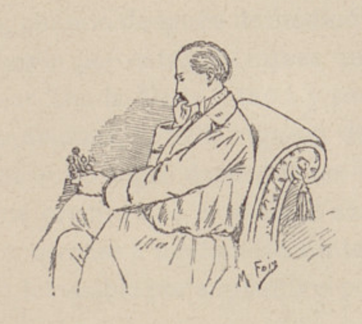
—Yo no, no tengo sueño.

—¿Y qué es eso de no tener sueño á su edad? Al señor le pasa algo.

—Sí; algo me pasa... Sí, me pasa algo, algo que no me ha pasado nunca... pero no tengo sueño y tú no puedes tener los ojos abiertos; véte á la cama, pobre Antonio.

El pobre Antonio reunió, como acostumbraba, todas sus fuerzas para intentar de nuevo la desobediencia; reavivó el fuego de la chimenea, lanzó en torno del aposento rebeldes ojeadas y se marchó, diciendo entre dientes que no hay remedio, que ha de ser así, que siempre ha sido y será siempre, esto es, que tirano y amo son sinónimos.

Conrado, una vez solo, recogió, una tras de otra, las esparcidas violetas y permaneció mirándolas al fulgor de la llama, hasta que el alba asomó por los cristales.



V

En que el tirano se ve obligado á almorzar

L sueño, que Conrado rechazara por importuno, apoderóse de él á traición, de modo que, cuando después de mediodía, el sol resplandeciente envió por entre las nubes uno de sus rayos á juguetear con la nieve intacta y con los carámbanos de los canalones, aquella riqueza de luz que llenaba el aposento no logró despegar las pestañas del durmiente. Fué preciso que el antiguo servidor entrase de puntillas, cerrase á medias las ventanas y se alejase, haciendo lo posible por suprimir el peso específico

de su cuerpo; fué todo esto preciso para que Conrado se agitase mohíno en su butaca. Antonio, que daba en aquel momento vuelta al picaporte con la sutileza de un ratero, cogido *infraganti* se quedó inmóvil, contuvo la respiración... todo en balde; desde la butaca, oculta en la sombra, partió un ¡oh! que lo dejó frío... ¡Ah, pobre Antonio! razón tienes; los amos obran á su antojo; amo y tirano son sinónimos.... ¡hasta cuando duermen!

Conrado se incorporó, levantó los brazos con un movimiento enérgico y se puso en pié.

—Buena señal—pensó el criado, y aunque un poco á regaña dientes, se dirigió á la ventana para que entrase el sol.

Una pregunta lo detuvo á mitad del camino.

—¿Qué hora es?

—Temprano; hace poco dieron las doce: aún tiene el señor caliente la cama.

—¿Y tú has dormido, Antonio?

—Sí, señor; pero el señor conde...

—También he dormido.

—Mal.

—Te engañas.

—No digo que no. ¿Abro las ventanas?

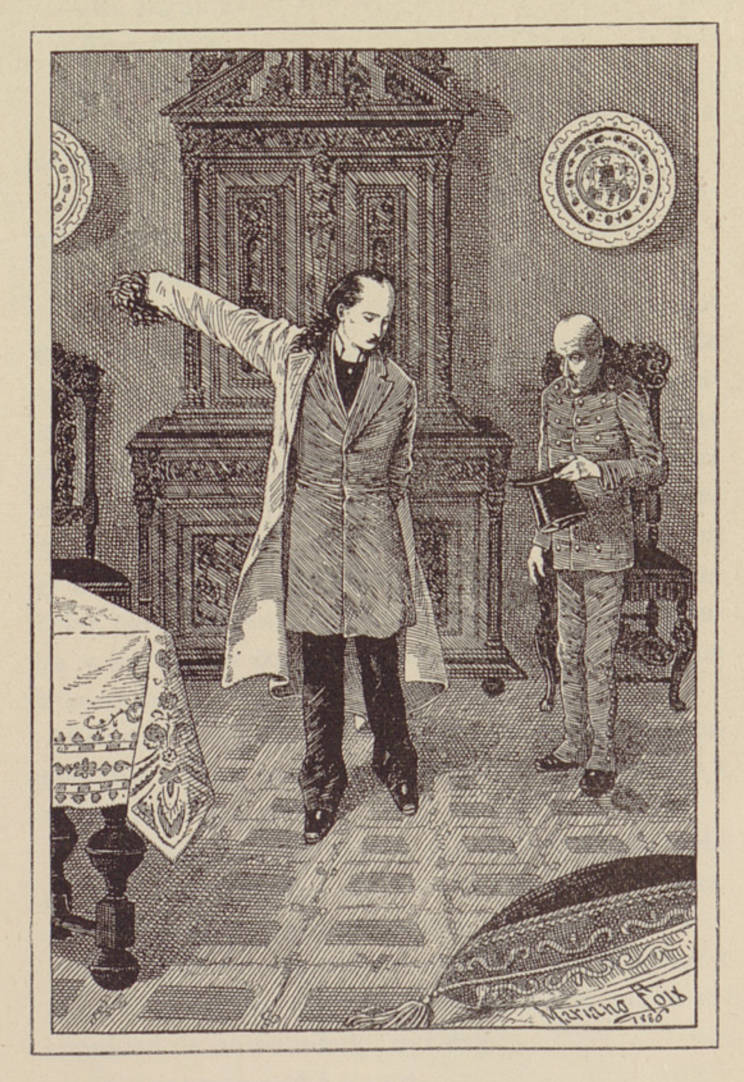
—Ábrelas.

Entró el sol.

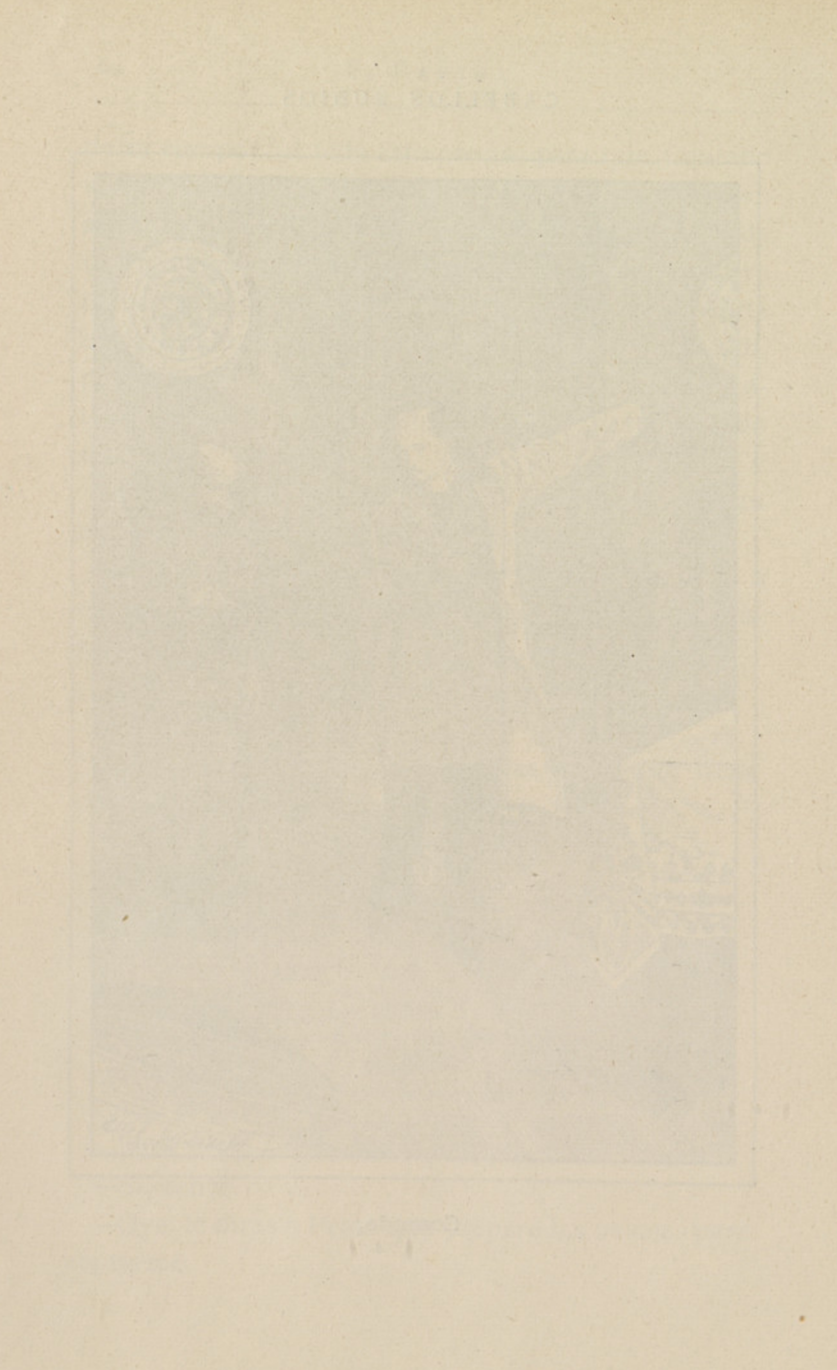
—¡Qué fiesta—dijo Conrado—¡qué fiesta, Antonio!

—Sí, señor.

—Oye; le dirás á Proto que prepare las navajas para afeitarme.



Conrado.



—¿En seguida?

—En seguida.

—Sí, señor.

Pero Antonio se mantenía tieso, adoptando el aire de víctima que soporta noblemente su infortunio.

—¿Y, al fin, no va el señor á la cama?—preguntó, armándose de valor extraordinario.

—No, viejecillo mío, no voy; no tengo sueño.

«Viejecillo mío» era un apelativo irresistible; no podía ya tratar de rebelarse. Sentía el pobre dentro de sí como una oleada de ternura que lo ahogaba; acometíanle á Antonio vehementes deseos de dar al traste con el decoro, con el respeto, con las conveniencias sociales, con todo, y estrechar entre sus brazos á su legítimo dueño, al hijo legítimo de su general; pero en el mismo punto acordábase de que no era más que cabo, parecíale tener aún los galones cosidos á la manga y los brazos cosidos al pantalón... y se quedaba más tieso que nunca.

Conrado medía la estancia á grandes pasos, y Antonio, que estaba parado en medio, le seguía de una á otra parte con la mirada.

De pronto aquel se detuvo, permaneció un instante pensativo y salió después por la entreabierta puerta. Antonio le siguió; barruntaba un peligro.

Cuando un cuarto de hora después iba el señor á ponerse el abrigo, entró el criado y le dijo con la solemnidad de un triunfador modesto:

—El almuerzo está á punto.

Conrado fijó la mirada en el grave semblante del viejo; tuvo lástima de sus canas, y se detuvo.

—Viejecillo mío, no puedo complacerte... Tomaré un caldo.

Echó el sobretodo sobre una silla y fuése al comedor, donde estaba dispuesta la mesa.

Proto, un jovenzuelo flacucho y como descoyuntado, por cuyos gruesos labios asomaba perpetuamente la sonrisa, entró con una sopera humeante.

Pero la victoria del anciano servidor obtuvo escasos trofeos; Conrado bebió, sí, una taza de caldo pero al momento se levantó de la mesa y se encaminó derechamente á su cuarto. Antonio detrás.

—Las navajas están á punto—dijo.

—No me afeito... tengo prisa... Vaya, no te pongas serio; estoy de buen humor esta mañana, ¿no lo has notado?

—Sí, señor.

—¿No sabes decirme otra cosa? Haces mal.

—Sí, señor.

Ya Conrado habíase endosado el gabán y estaba á punto de salir, cuando apareció Proto con las navajas y el agua caliente.

—No sirve—gritó Antonio, y como el otro volviera las espaldas para irse, lo llamó:

—¿No ves que el señor sale?

Proto abrió tamaños ojos y quedóse mirando á su amo con la bacía de agua caliente, que humeaba debajo de su nariz, entre las manos. Aquel espectáculo, aquel humo, aquel vaho tibio y la gravedad del canoso servidor, el cual, al pasar junto á él, le había lanzado un rayo con la mirada, parecían dar un resplandor insólito á la perenne iluminación de su cara.

Cuando Conrado hubo salido, Antonio volvióse apresuradamente á Proto, el cual le dedicó su más amable sonrisa.

—Proto—exclamó el viejo, alzando solemnemente una mano—Proto, yo te lo digo, nunca harás nada de bueno; pones el pié en falso desde el principio de tu carrera; sales con el derecho en lugar de salir con el izquierdo; piénsalo bien.

Proto continuaba sonriendo.

—Piénsalo bien y cambia de oficio; no hay en ti vocación de criado: si no tienes algo de soldado en la sangre, serás un criado por *reformar;* si al ver de lejos á tu amo no sientes dentro de ti así como la voz del cabo que te grita *¡atención!*, serás un criado que come el pan de la casa sin merecerlo.

Proto intentó protestar entre burlas y veras, pero el viejo le hizo enmudecer con estas memorables palabras:

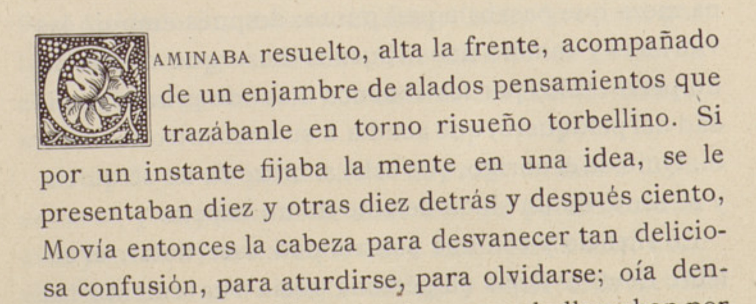
—Proto, tú has nacido para millonario.

Dicho lo cual, le volvió la espalda con aire de profunda conmiseración.



VI

«Cómo se llama» en el ejercicio de sus funciones



Caminaba resuelto, alta la frente, acompañado de un enjambre de alados pensamientos que trazábanle en torno risueño torbellino. Si por un instante fijaba la mente en una idea, se le presentaban diez y otras diez detrás y después ciento. Movía entonces la cabeza para desvanecer tan deliciosa confusión, para aturdirse, para olvidarse; oía dentro de sí mil vocecillas tentadoras que lo llamaban por

su nombre:—¡Conrado! ¡Conrado!—pero se hacía el sordo y caminaba resuelto, alta la frente, cual un gigante entre muchedumbre enana.

En el tumulto de su corazón había penetrado un sentimiento generoso, que le aconsejaba la paz. ¿Qué sentimiento? El mismo no acertaba á explicárselo todavia, pero sentía que se agrandaba por momentos. Seguramente que no asemejaba á los otros y que nada tenía del pasado; no era fiebre de los sentidos, no era espasmo del tedio, ni mucho menos delirio amoroso; no era nada de esto y lo era todo. Mientras tanto lanzaba una mirada á la muchedumbre miserable, y alguien en su interior le decía:—No hay que perder tiempo; se trata de hacer el bien.

Cuando se halló cerca de la peluquería famosa detuvo el paso, procurando mostrar su indiferencia habitual, y cruzó junto al escaparate sin dignarse dirigir ni una ojeada á las cabelleras puestas en fila con arreglo á una sabia gradación de matices. Muy tieso y envarado se detuvo un instante en el umbral, haciendo como que miraba, ó mirando efectivamente á una buena moza que pasaba aquel punto; después empujó las vidrieras y cambió unos «buenos días» que no valían un perro chico por los «buenos días» de primera calidad del peluquero, que acudía á su encuentro sonriente. Quitóse el abrigo, que echó al brazo de no sé quién, y se sentó en un sillón delante de un espejo.

En silencio y con una solemnidad sacerdotal, el célebre *Cómo se llama* en persona roció suavemente las manos y el rostro de su parroquiano con olorosa esen-

cia; después, ciñéndole al cuello el paño de afeitar, le dijo:

—¿ Afeitar?

—Afeitar.

Aquel laconismo era falso según costumbre, porque en el rostro de entrambos se leía el deseo de trabar conversación.

Tras de un instante de silencio, el barbero tomó delicadamente por la nariz á su mudo interlocutor y le hizo notar que no había que fiarse de aquel sol y que el mal tiempo amenazaba durar mucho. Una vez pagado el correspondiente tributo á la metereología, puede decirse que ya está entablada la conversación entre dos personas decentes.

«Sí señor, el mal tiempo amenaza durar mucho; ha caído tanta nieve en los Apeninos que el correo viene retrasado. ¡ Y es tan curioso el leer las discusiones del Congreso sobre la cuestión religiosa! *(Cómo se llama*, liberal hasta la herejía, expone su profesión de fe). «¡Oh! la cuestión religiosa, sólo Bismark entiende cómo anda. ¡ Vaya un hombre, el tal Bismark! Pero cuidado con fiarse... El señor Conrado estará por la alianza italo-germánica. ¡ Ah! Bien lo decía yo: la alianza italo-germánica nos enemistará con los franceses...»

Habladle de un pacto entre las razas latinas á *Cómo se llama*, y os pondréis de acuerdo; su periódico dice esto y lo otro; hasta aquí tiene razón, más allá, no... «Francia es nuestra mejor amiga y tiene todavía un gran porvenir; Francia es la reina del buen gusto y

de la moda; es la que nos manda la *tournure* y el *chignon*. ¿Qué harían los peluqueros sin la Francia? ¿Qué harían, señor Conrado, qué harían?»

El señor Conrado, que no sabía cómo entrar en materia, se consideró dichoso al llegar á ella cuando menos lo esperaba, y convino de muy buen grado en que amenazar al *chignon* era tanto como amenazar el porvenir de los peluqueros de Italia y del mundo entero. «¿Y quién lo amenazaba? Una moda comodísima. Sin embargo, á cada momento se anuncia, como para hacernos burla, que la famosa princesa X ó la duquesa Z han declarado la guerra á los cabellos postizos. Por fortuna, la mayoría es calva.»

Conrado no abría la boca; tenía fijos los ojos en el escaparate. El otro, de improviso, exclamó:

—Vea usted mi escaparate: es de los mejor provistos; en todo Milán encontrará usted otro que le aventaje; tenemos las tintas más raras y vamos desde el negro carbón al blanco nieve, pasando por todas las gradaciones del castaño (que es una degeneración del negro), del rojo (que deriva del castaño), del rubio (que es una degeneración del rojo)...

Conrado le detuvo; no estaba conforme en que el rubio fuese una degeneración. *Cómo se llama*, por su parte, no daba valor científico á este aserto, antes bien confesó al señor Conrado, que era poco entendido... «Es cuestión de pareceres; por otra parte, hay rubios... rubios...»

Conrado tenía á su alcance un periódico y alargó la mano para cogerlo. Pero no era esto lo que quería de-

cir *Cómo se llama*. Conrado dejó el periódico donde estaba. *Cómo se llama* quería decir que aquel escaparate, que era el escaparate de la abundancia para todos, representaba, sólo para él, la carestía del *artículo*.

«¡Cuánta fatiga para encontrar cabellos que merezcan gastar algunas pesetas! En la mayor parte de las cabezas femeninas no sabe uno qué cortar; no hay dónde dar un par de tijeretazos... Crea usted que es muy raro que se presente una muchacha con una cabellera...»

Conrado había vuelto á coger el periódico y *Cómo se llama*, temiendo ser indiscreto, rogó á su parroquiano que levantase la cabeza para afeitarle debajo de la barba.

—Ya está... ¡Calle! el sol se ha escondido! ¡No lo decía yo! Sigue el mal tiempo.

Sigue—y el monólogo del peluquero apenas interrumpido ó encauzado por el parroquiano, comienza con más brío durante el manejo de los cepillos y los peines. Ocurren mil cosas; el baile de máscaras de ayer, el Carnaval y su Comité, las orgías y, por vía de antítesis, la miseria de tanta pobre gente que sufre, que tiene mucho frío, poco pan y nada con qué comerlo. ¡Si el señor Conrado supiese! ¡Hay casos! pero bien sabe el señor Conrado...

Conrado creyó que era llegado el momento de adoptar una determinación heróica; agarró por tercera vez el periódico, y á la insignificancia de la acción unió la indiferencia del tono para decir:

—¡Ahora que me acuerdo! ¿Qué ha sido de aquella muchacha?

—¿La señorita Gracieta, la rubia, aquella rubia?— se apresuró á decir el peluquero para que no hubiese lugar á dudas ni equívocos.

—Precisamente. ¿Se le murió la madre?

—Sí señor; al siguiente día de aquel, esto es, de aquella mañana.

Cómo se llama cortaba las frases, arrastraba las palabras; evidentemente no pensaba en lo que decía.

—¿Y... ha...? ¿y... ha...?

Algo muy importante debía de haber saltado á los ojos de Conrado en el periódico, porque pareció distraerse. Al cabo levantó la cabeza y repitió:

—¿Y... ha... quedado sola la pobre chica?

Cómo se llama no lo sabía.

—¡Quién sabe cómo vivirá!

¿Quién lo sabe? No por cierto *Cómo se llama*.

—Sería lástima que la miseria diese ese nuevo tributo al vicio.

—Seguramente que sería lástima.

En suma, el peluquero, además de que nada sabía, soltaba con gran trabajo las palabras.

Conrado, ya decidido, le interrogó:

—¿Dónde se fué Gracieta?

—No se lo pregunté.

—¿La ha visto usted?

—Sí... ¿pero el señor no ha ido á verla?

—No.

—Es raro.

—¿Por qué es raro?

—Porque ayer vino la señorita Gracieta á preguntar por sus señas y me asombró que no las supiese, como me asombra...

—¿No sabe usted tampoco dónde vivía antes de que se le muriese la madre?

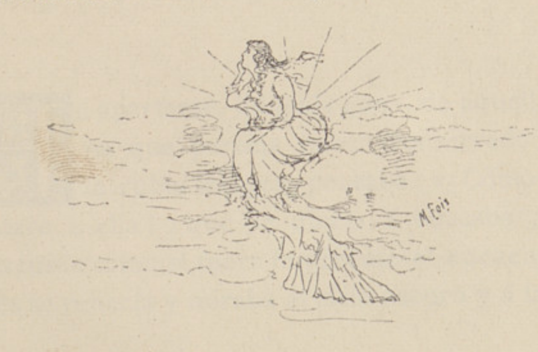
—Tampoco.

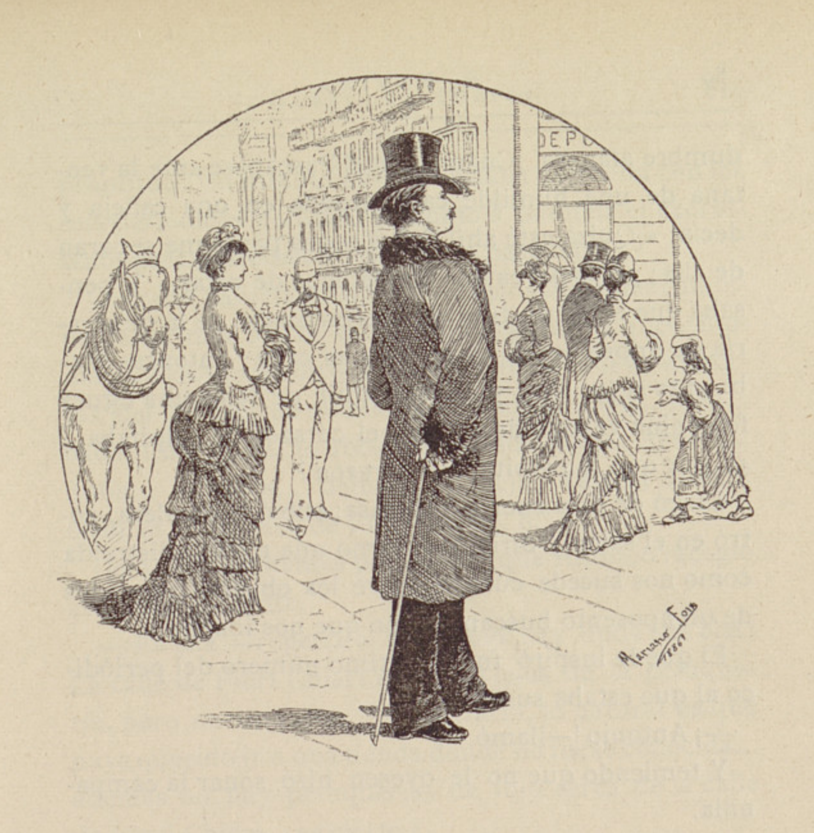
Después de estas frases empezó Conrado á notar que se alargaba mucho la cuestión del peinado: dignóse aceptar un poco de pomada, pero rechazó el cosmético; el sillón de terciopelo le parecía ya un asiento de espinas...

El peluquero, después de contestar á tantas preguntas, hubiese querido á su vez hacer alguna. Pero no había ya ocasión, y por más que le contrariase hubo de pronunciar la frase sacramental:

—Servidor de usted.

Habíase ocultado el sol y también la alegría de Conrado; derecho junto á la esquina miraba á un lado y á otro, sin darse cuenta de ello. Después fijó los ojos en el oscuro cielo, donde poco á poco se disfumaban los contornos de una visión querida.





VII

Muertos del día 9...

Al apartarse, de mala gana, de aquella esquina que parecía haber conservado algo de la rubia imagen, pensaba: «¿Cómo me presentaré á ella? ¿qué le diré?» Y buscaba pretextos y excusas como si fuera inminente el encuentro. Después se rehacía y miraba al cielo oscuro y á la muche-

dumbre afanosa. ¡Cuánta gente! Paseábase ante la ventana de una humilde casa situada en una calleja y decía: «¡Quizá esté ahí! Quizá pocos pasos me separan de ella; por aquí es por donde debe de estar.» Y pensaba que el acaso, tras de atormentarle, se la mostraría de improviso al volver de una calle; entonces fijaba ante sí los ojos, y al distinguir de lejos una figura femenina vestida de oscuro, el corazón le palpitaba... ¿Y por qué le palpitaba el corazón?

Llegó de esta suerte á su casa; subió la escalera, entró en el salón y dirigió en torno una mirada distraída como nos sucede cuando entre los objetos conocidos de un aposento buscamos uno que nos inspire.

El que le inspiró fué el último número del periódico al que estaba suscrito.

—¡Antonio!—llamó.

Y temiendo que no le oyesen hizo sonar la campanilla.

Acudió el criado.

—¿Dónde colocas los periódicos después que los he leído?

Diciendo «dónde los colocas» se le antojaba que excluía la posibilidad de la destrucción.

—Los coloco—repuso Antonio—uno sobre otro, en un rimero, hasta fin de año.

—¡Bravo! ¡bravísimo! Si ahora me encuentras los números del 10 al 15 de Enero, digo que eres la perla de los criados.

La recompensa era tanta por tan poca cosa, que Antonio quiso al menos merecer una parte de ella por la

prontitud. Un minuto después estaba de vuelta con los seis periódicos pedidos, y pronto á percibir el exorbitante precio prometido que no le pagaron.

Conrado parecía medir con los ojos la última columna del primer diario, que arrojó al punto y que Antonio recogió; tomó otro, lo miró también y leyó «Muertos del día 9 en su domicilio.... Tomás... nada, Juan... nada, Lina Dolci, 30 años, demasiado joven. Arturo... Sofía... 68 años... demasiado vieja. Valeria Nobili, edad 38 años, calle de Fiori Chiari, n.° 8.

Dejó caer los demás periódicos, que Antonio recogió escrupulosamente.

—¡Es ella!—repetía el amo;—no hay duda; es ella! La calle de Fiori Chiari está algo lejos de la peluquería, pero no importa... al contrario, lo natural es que haya querido ir á una tienda donde no fuese conocida... además no hay peluquerías de lujo cerca de la calle de Fiori Chiari, ¿es cierto?

—Ciertísimo—replicó el fiel servidor sin entender una palabra.

—Valeria Nobili, edad 38 años, calle de Fiori Chiari, núm. 8—repitió Conrado, y dejó caer también aquel periódico.

Antonio lo recogió como los demás y manifestó que iba á volver á colocarlos en su sitio. Pero viendo que su señor iba de arriba abajo por la habitación sin atenderle, en vez de salir, permaneció inmóvil en la actitud del que quiere descifrar un acertijo, pensando en mil cosas y aventurando de vez en cuando una ojeada indagadora.

—Á mí no me está bien ir—decía Conrado hablando consigo mismo—no, no me está bien; tendría que interrogar al portero, que suscitar sospechas, que dar lugar á murmuraciones... y además, ¿ qué haría si me dijesen lacónicamente: «Escalera de la derecha, piso tercero, la puerta de enfrente?» No había de encajarme allí sin más ni más... No, á mí no me está bien. Irás tú, viejecillo mío—añadió volviéndose al criado.

—Sí, señor.

—¿ Sabes dónde ?

—Sí señor; calle de Fiori Chiari, número...

Y al mismo tiempo abrió el periódico:

«Valeria Nobili, edad 38 años, calle de Fiori Chiari, n.° 8.—Felicia Garulli, edad 42 años, calle del Conservatorio, n.° 10...»

—¿ Qué dices ?

—Lo que está escrito aquí.... «Hermenegildo Luvini...

Conrado se le acercó y leyó por encima del hombro:

«Felicia Garulli—es verdad—Hermenegildo... Sempronio... Catalina, de 96 años.—Menores de 7 años: 3.»

—¡Gracias á Dios! No hay más.

Y permaneció un momento reflexivo,

Antonio rompió el silencio:

—Iré á la calle de Fiori Chiari, número 8.

—Y á la del Conservatorio, número 10.

—Los dos extremos.

—Harás enganchar el coche.

—Sí señor.

—En la calle de Fiori Chiari preguntarás al portero

si está allí la señora Valeria Nobili, y en la calle del Conservatorio te informarás de la señora Felicia Garulli.

—Sí señor, y me dirán que han muerto.

—Justamente, y tú dirás que *tus señores*, atiende bien, *tus señores*, necesitan conocer los herederos, y pregúntales si las pobrecillas han dejado hijos. ¿Te has enterado?

—Sí señor.

—Una de las dos ha dejado una hija; averiguarás dónde está, qué hace, cómo es, y dónde se puede verla.

—¿Y luégo?

—Luégo, nada más. Vienes á contármelo todo.

—Sí señor.

—Te vas en seguida, ¿eh?

—Sí señor.

No se movía.

—¿Hay una hija?...—preguntó.

—Así lo creo.

—Y esta hija, ¿es joven?

—Diez y siete años.

—¡Hermosa edad! ¡yo tengo sesenta cumplidos!

Y exhaló un suspiro harto prolongado.

—Entiendo; tienes escrúpulos... no quieres ir...

—¿Cree el señor?... Iré, iré; si me lo manda...

—No acabo de comprenderte.

—Si se empeña el señor, lo diré: no me lo mande...

Antonio sonreía para templar su rebelión.

—Corriente—dijo Conrado—yo me arreglaré solo.

—No me mortifique el señor... me he explicado mal... no son escrúpulos; es temor de no acertar con lo que convenga... Cuando tiene uno la cabeza cana...

—Mira, viejecillo mío—interrumpió Conrado;—no me digas que no. Se trata de hacer bien á una pobre criatura que desconfiaría de mis intenciones y confiará en tus cabellos blancos. Vé con el ánimo tranquilo; no tendrás por que avergonzarte de nada, te lo prometo; ayúdame á realizar una buena acción; ¡es tan difícil para quien, como yo, no está acostumbrado!

Al oir aquel lenguaje, Antonio sintió el corazón oprimido, y se tiró de los bigotes como hacía en las grandes emociones.

Y mientras hacía enganchar el coche pensaba:

«Vean ustedes lo que uno gana con rebelarse. Mientras dice usted que sí á todo, va bien... pruebe usted á decir que no al tirano y tendrá usted que decir que sí, balbuceando, llena el alma de remordimientos y los ojos de lágrimas.... ¡Qué vergüenza! ¡un cabo primero!»

Proto llegó en esto muy á punto para recibir la rociada de exortación á la obediencia que el viejo se echaba á sí propio. El coche estuvo dispuesto al instante. Había que ver á Proto, al boquirrubio Proto, cuando metía los brazos en las mangas de la librea y se calzaba los guantes; ¡qué apostura! Apenas Antonio subió al pescante y se sentó á su lado, no pudo menos de decirle: «Mire usted, mire usted qué vuelta!» Y con el cuerpo erguido, fija la mirada y tirantes las riendas, chascó la lengua; los caballos arrancaron.

—Qué vuelta, ¡eh!

—¡Vanidosillo! no está mal.

—¿Lo hubiera usted hecho mejor?

—Quizá sí, si quisiera, pero no quiero.

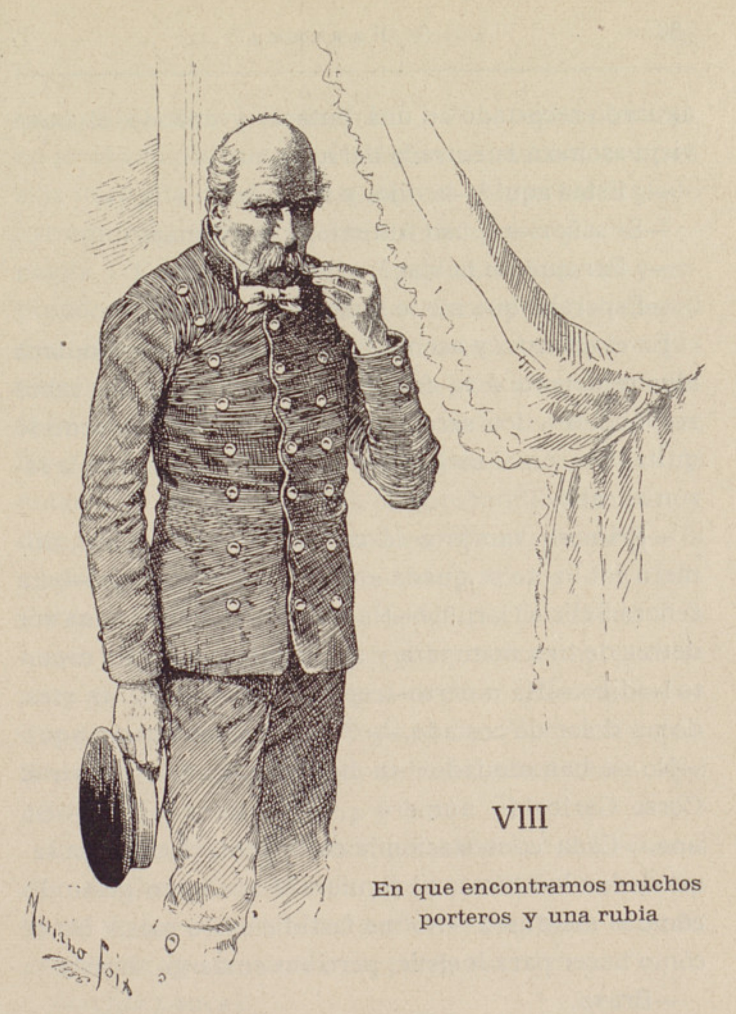
—Ya sé de memoria por qué: porque para ser cochero hubiera usted tenido que afeitarse los bigotes y le ha faltado á usted valor... ¿Tanto aprecia usted sus bigotes?

—Te contestaré de aquí á algunos años, cuando los tengas tú, si los tienes... Cuidado, que no es este el camino...

—¿Dónde vamos?

—Calle del Conservatorio, n.° 10... y silencio! Aprende á callar cuando vas en el pescante...





VIII

En que encontramos muchos porteros y una rubia

Media hora hacía por lo menos que atendía Conrado al menor ruido de coche, cuando oyó al cabo abrirse el portón merced á un silbido de Proto, y retemblar los cristales. Su primer impulso fué salir al encuentro de Antonio y agobiarle á preguntas; mas supo contenerse, no se movió, lo

aguardó recostado en una butaca, y cuando el buen viejo asomó á la entrada del aposento:

—¿ Estás aquí ?—le dijo, y nada más.

—Sí señor—repuso Antonio, y nada más.

—¿ Por qué no hablas ?

—Esperaba que me lo mandasen.

En el ademán y acento del antiguo criado se notaba algo semejante á la fría pasividad con que los cabos responden á los sargentos, cuando el buen sentido quita la razón al sargento y la disciplina quitaría la razón al cabo.

—Primero vamos á la calle del Conservatorio, número 10. Proto se queda en el pescante; yo bajo.—¿ La señora Felicia Garulli ?—Ha muerto—responde una voz detrás de una mampara y sale una mujer.—¡ Ha muerto !—digo.—Ha muerto—repite—hace más de un mes, de un dolor de costado.—¿ Sus parientes siguen aquí? —No, se han mudado: su hermana ha ido á vivir al Corso Garibaldi, número 4.—¿ No tiene hijos ?—Sí, uno.—Cada contestación la da la portera con más sequedad; á la última, ni siquiera le añade un gesto. Es como si me dijera: «No me fastidie usted más.» No sé cómo hacer para insistir, pero sin embargo, insisto.

—Bravo.

—¿ Su hijo estará inconsolable ? ¿ Y qué hace ?—La portera no sabe si estará inconsolable ó no ; sabe únicamente que es soldado y está de guarnición en Lucca. Para no perder más tiempo, al oir esto me marcho.

—Bravo.

—Vamos á la calle de Fiori Chiari, número 8.—¿ Vi-

ve aquí la señora Valeria Nobili? «No—replica un enano jorobadillo al que álguien ha encaramado sobre una silla muy alta donde está cosiendo—no, se ha mudado extramuros, entre la puerta Garibaldi y la puerta Tenaglia.» Comprendo, pero hago como que no comprendo. «¡Bah!—dice él mismo—demasiado sabe usted que está en el cementerio. Con usted van cuatro que vienen á preguntar por la muerta para saber dónde está la viva; haga usted el favor de mirar en ese cuadro; lea usted esas señas: Calle del Oso, número 5.» Al notar que no me marcho, el jorobadillo me mira y dice:—«¡ Calle! ¿ habrá usted venido solamente por la madre? ¡Hum! Como es usted viejo, bien pudiera ser. Perdone usted, pero todos vienen por la rubia.» Balbuceo algunas palabras. «La pobre señora ha muerto muy de veras, y puede usted decir á quien le envía que ya la pobre no necesita de nada.» Vuelve la espalda, la vuelvo yo también, subo al pescante, y aquí estoy.

Imposible era desconocer que Antonio estaba de mal humor. Conrado, pensativo durante un momento, levantó de nuevo la cabeza, y adivinando en la cara del ex-cabo lo que le sucedía, le preguntó:

—¿ Qué tienes?

—Si me lo manda el señor, lo diré. Tengo que no he representado un papel muy airoso; esa rubia es una de tantas rubias con las cuales los ex-soldados viejos nada tienen que hacer.

—¿ Te quejas?

—No me quejo, respondo.

Conrado no se cuidaba ya de él; á poco tomó el sombrero y el abrigo, y al llegar á la puerta preguntó:

—Calle del Oso, has dicho?

—Justamente, número 5. ¿Va el señor?

—Voy.

Y salió á la calle. Apretaba el paso é iba meditando en las palabras de Antonio; no lo podía creer. ¡Bah! la malicia de un enano no alcanzaba á herir á tan celestial criatura. Además, ¿se trataba verdaderamente de ella? ¡Oh, sí, ella era! Que los moscones zumbasen en torno á una linda rubia y agotasen la paciencia de un portero jorobado, se comprende; pero Gracieta era honrada, era pura, la más pura y la más honrada de las rubias. Ninguna hubiera hecho lo que ella hizo. Si se avino á despojarse del único ornamento de su carita de Virgen, era señal cierta de que se había propuesto hacer perder el tiempo á los abejorros y conservar su propio y virginal perfume. ¿Pero era verdaderamente ella?... ¿Por qué no le había dicho su nombre á Antonio? Cierta vergüenza le había detenido. ¡Vergüenza estúpida! ¿Acaso se trataba de otra cosa que de hacer un poco de bien? ¡Vergüenza estúpida! ¿Y ahora? ¡Oh! la rubia era ella! ¿Quién, sino, podía ser? Seguramente que no sería el señor Garulli, soldado... De fijo era ella...

—¿La señorita Gracieta Nobili vive aquí?

La portera de la calle del Oso, número 5, una mujerona como un castillo, repuso con voz de vaca:

—No señor;—y quedóse mirando con maliciosa sonrisa.

—¡ Cómo ! ¿ no se ha mudado hace poco aquí una joven ?

—¿ Rubia ?

—Rubia.

—¿ Guapa ?

Conrado intentó reir, mas le pareció muy feo reirse y se detuvo.

—Sí, vino, estuvo aquí ocho días y luégo se marchó. Pagó el mes completo, es decir, ella no lo pagó, sino un señor viejo...

Á Conrado le mordían á la vez el despecho, la impaciencia y el dolor.

—Después vinieron por los muebles, pocos, muy pocos, un mozo de cordel bastó para transportarlos en un viaje. ¿ Le pesa ese cofre ?—pregunté—¡ Ca ! está casi vacío, y además voy cerca.—¿ Dónde ?—Calle de Solferino, número 9.

—¿ Y la señorita Gracieta ?

—¿ Se llama Gracieta ? No lo sabía; aquí la llamaban la *Rubilla*... no recibía cartas... ¡Ah! espere usted... sí... no, me parece que la llamaban también Inés... pero no estoy segura; su casera debe de saberlo. ¿ Quiere usted que vaya á preguntarlo ?

—No, gracias.

Conrado dió una propina á la portera y anduvo hasta la esquina. Allí se paró.

Estaba aturdido, como si le hubiera ocurrido una desgracia. Cruzaban por su mente mil retazos de ideas...

«Calle de Solferino, número 9... ¿ Debo ir ?... ¡ Inés ! Luego no es ella... Rubia, bonita, con la madre muer-

ta aquel día... ¡Ella es!... Gracieta era un nombre falso ó Inés será un nombre de guerra... ¡ Voto á... !»

Tras de estos lamentos venía una visión : Gracieta, apenas vestida, esparcidos los rubios cabellos, de los cuales destaca el rostro, pálido y gentil, como el semblante de una Virgen del fondo dorado de un tríptico ; luégo la luz de una lámpara que la cubre de resplandores de fuego y el blanquecino albor de una mañana de invierno que llega á los cristales...

«¡ Ah !—le gritaba una voz—has llegado tarde ! ¿Qué podía ella hacer, abandonada, sola, en un mundo que tiende mil insidiosos lazos á la juventud y la inexperiencia de una hermosa niña ? ¡ Ah ! Si has llegado tarde !»

Después, decíase con amargura:

«Calle de Solferino, número 9. Vas, la ves, te dejas querer, la posees. Tanto mejor. Su ramillete de violetas no es un recuerdo, ni un saludo, ni una tierna promesa ; es una invitación. Tanto mejor.»

Movió la cabeza para alejar un pensamiento importuno, caminó á grandes pasos con el atrevimiento de la negligencia, llegó á la casa indicada y entró.

—¿ La señorita Inés ?

—Cuarto segundo, derecha, la puerta de enfrente.

Subió la escalera, tiró de la campanilla y sólo entonces se pasmó de su propia audacia. Abrióse la puerta y asomó una criada joven, mas no bonita.

—¿ La señorita Inés ?—preguntó Conrado.

—La señorita no recibe ; acaba de levantarse.

—No importa ; dígale usted que vengo de parte de la señorita Gracieta.

La doncella dirigió una mirada curiosa al visitante y se alejó diciendo:

—Probaré. Tome usted asiento.

Casi al momento volvió é hizo un gesto á Conrado. Éste, estupefacto todavía por su propio proceder, la siguió. El corazón le palpitaba agitado.

Á mitad de un rico salón, cubierto de alfombras, cuadros y muebles de precio, se paró, dirigió una mirada asombrada en torno y fijó luégo los ojos en una puerta de doradas molduras; bello marco que esperaba una figura aún más bella.

La puerta se abrió, y una lindisísima mujer se detuvo un breve instante en el hueco. Cubríala por completo una elegante bata de lana azul celeste; sus largos cabellos caían esparcidos por la espalda; era rubia, diafana, espléndida como una visión.

Dió un paso.

Conrado, que atónito la miraba, no pudo contener una exclamación de estupor y de júbilo.

¡No era Gracieta!





IX

Escena de comedia

La gentil criatura avanzó sin apartar los ojos del incógnito visitante. Pintábase en su rostro la seriedad extraña, propia de la curiosidad, cuando esta es de tal grado que hace olvidar el disimulo. Extendía un tanto el cuerpo y apretaba los labios.

Entre los diez propósitos que cruzaron rápidos por la mente de Conrado había uno prudente en demasía; tal era balbucear cuatro palabras para excusarse por la equivocación, volver la espalda y apelar á la fuga.

Pero Conrado no había sentido nunca miedo de una mujer hermosa.

Reunió cuantos elementos componían su moribunda fatuidad de conquistador, hizo una cortesía, levantó con desenvoltura la cabeza y dejó asomar al semblante una sonrisa que demandaba perdón.

Inés sentíase ó no dispuesta á perdonar, según el caso; lo expresaba así el ademán con que se sentó señalando al desconocido una butaca. Era cuestión de audacia y desenfado; no había que tartamudear en una frase ni que prolongar el silencio, so pena del ridículo. Conrado no podía elegir; sabía que le tocaba representar el papel de un enamorado que apela á un partido heróico para declarar su pasión: papel singular en una comedia llena de atractivos, porque Inés era en verdad muy linda.

—No busco excusas—dijo osadamente—faltas como la mía ni conocen arrepentimiento ni se satisfacen con el perdón.

—¿Y qué falta es la de usted?—preguntó Inés.

—La de estar aquí, la de mirar á usted, resistir su mirada, decirle que es bonita, que...

—¿Y que me quiere usted?... Es una vulgaridad; todos me lo dicen.

Al pronunciar estas palabras la donosa criatura cruzó una mirada escrutadora con una petulante de Conrado, el cual, sin bajar los ojos, replicó:

—Me hace usted decir lo que no he dicho todavía.

Y como Inés hiciese un mohín, prosiguió:

—No señora, no le he dicho á usted que la quería;

si la quisiese no se lo diría tampoco... Es una vulgaridad; todos se lo dicen... Lo que digo es que es usted bonita, muy bonita, pero mucho... nada más.

Inés, si bien avezada á otro lenguaje, no parecía asombrada.

Sonrió. Las mujeres bellas tienen sonrisas que desarman á los más diestros en la esgrima galante; pero nada hay que logre enmudecer á un comediante que lleva estudiado su papel.

Conrado continuó impertérrito:

—Es usted bonita y se lo repiten á usted todos; esto es lo que me he dicho á mí mismo; como yo también vivo en el mundo, también yo le digo á usted que es bonita. No estoy loco, tranquilícese usted, ni tampoco sobradamente cuerdo.

—Lo creo—dijo riéndose Inés.

—Así, pues, ¿no se da usted por ofendida?

—¿Y de qué? Es un modo de presentarse como otro cualquiera, ó más bien que no se parece á otro cualquiera... me gusta. Tengo una verdadera satisfacción en conocer á usted... ¿y cómo se llama usted?

—El conde Germinati, soltero; edad, la que manifiesto.

Inés echó atrás los cabellos con un leve movimiento de cabeza y soltó la carcajada.

—¿Es decir, treinta y dos años?

—Creía ser más joven.

—Treinta y dos años no es mucho...

—Especialmente cuando tiene uno más... ¿Es esto lo que quería usted decir?

—Justo; veinticinco es demasiado, si sólo tiene una veintidós.

—Á usted le daba yo veinte.

—Gracias, señor conde.

—No me llame usted señor conde; los amigos y las amigas me llaman Conrado.

En verdad que aquel *amigas* venía una semana, un día ó un cuarto de hora demasiado pronto; la osadía, afortunada hasta aquel momento, había dado un paso en falso, y—paradoja dinámica—frente á una mujer bonita, y poco más ó menos frente á todas las tentaciones de la vida, cuando se deja de avanzar, se retrocede. Á Conrado le pareció preñada de altanería la nube que oscureció la frente alabastrina de Inés. Pensaba en el modo de disiparla, cuando ella mirándole fijo, con la escrutadora mirada de antes, y dejando caer una á una las palabras con la lentitud del áburrimiento, dijo:

—Para que yo le recibiera ha nombrado usted á Gracieta... ¿La conoce usted?

Transportado al recuerdo de la otra, Conrado vaciló en responder, y viendo que de hito en hito le miraba Inés, alzó los ojos al techo, como quien reflexiona. Después dijo:

—He conocido algunas Gracietas; pero confieso que he pronunciado el primer nombre que me ha venido á los labios... El caso era romper la consigna y hacerme anunciar, que era el primer paso para hacerme recibir.

Inés semejaba distraída, habíale caído un rizo de ca-

bellos hasta acariciarle la mejilla, y lo dejaba; después lo echó atrás con ademán brusco, el sonrosado semblante apareció, por un momento, circundado por un remolino de oro, y volvió á sonreir.

—Es singular—dijo—Gracieta es amiga mía.

—¿ De veras ?

—De veras. ¿ No la conoce usted ? Una morena, ya matrona ; adorable, según afirman sus adoradores ; algo vana, caprichosa como un ídolo... pero hermosa ; pondera su comitiva de galanes, que forman una procesión según ella cuenta... dice que posee fascinación, que ninguno la resiste...

Conrado, á quien el nombre de Gracieta habíale transportado á su predilecta visión, creyó que cada palabra de Inés le arrancaba un pedazo de aquella; primero se le llevó los cabellos, la tez, la estatura; después, la índole ; luégo los modales... al llegar la última frase ya no quedaba nada... Sólo sobrevivía el despecho de saber que usaba otra el nombre de ella.

—Vaya, dígalo usted—añadió Inés con gesto encantador—las morenas no le gustan... esta galantería me pertenece, la quiero.

—No me gustan las matronas vanas ; no me gustan los ídolos enormes y huecos.

—Porque no conoce usted á Gracieta ; le gustaría. Y á propósito, ¿ cómo me conocía usted si yo nunca le he visto ?

—Soy uno de tantos, lo he dicho. Cuando una mujer es tan bonita como usted, no puede atravesar la calle ó asomarse á la ventana sin encontrar la admiración apos-

tada á la vuelta de una esquina ó en el balcón de enfrente. Vea usted, pues, en mí uno de tantos como han comentado el rosicler de sus mejillas, su paso ligero ó tardo, la hora y sitio de sus paseos, el corte y la tela de sus vestidos; uno de tantos á quienes ha atraído usted sin querer..

Decididamente Inés estaba distraída, y cuando Conrado, reparando en ello, quedóse sin hablar, murmuró como hablándose á sí misma: «¡Es singular!» y sonrió con el canto de los labios.

—¿El qué?—preguntó Conrado.

—Lo que usted dice.

Conrado empezaba á no saber qué decir: la inexplicable distracción de Inés amenazaba prolongarse acreciendo las dificultades escénicas de su papel. Tartamudeó fragmentos de frases, y no recibiendo otra respuesta que fragmentos de palabras, enmudeció á su vez y quedóse contemplando lánguidamente los ojos de la hermosa. Esta cómica adoración fué más feliz, pues arrancó una carcajada á Inés.

—Perdone usted—dijo—me preocupa un pensamiento importuno; lo ha conocido usted, no lo niego, pero le escuchaba; lo he oído todo; me encuentra usted bonita, me ha visto usted desde el balcón de enfrente... no, no, á la vuelta de una esquina; le gusta á usted el corte de mi vestido; lo he atraído sin querer; no ha resistido usted á la tentación y helo aquí. Ya ve usted que no se me ha escapado nada. Y cuando usted se detuvo iba á decir... ¿qué iba usted á decir?

—No tenía que decir ya nada; temía parecerle á usted impertinente.

Un reloj de pared dió las cuatro.

Inés miró al rededor algo turbada.

Conrado se levantó de un salto; tenía que hacerse perdonar su atrevimiento no pasando plaza de importuno; esto al menos significaba claramente su acción; pero la verdad era que no veía el momento de hallarse fuera de allí, al aire libre, dando fin á la comedia.

—¿Me permite usted que vuelva á darle las gracias por la cortesía con que me ha recibido?

—¡Oh! sí, sí, se lo permito; tanto más cuanto que usted haría lo propio sin mi permiso...

Inés, al reir, mostraba unos dientes iguales, apretados y brillantes; relampagueaban sus ojos; los rizos de oro de su cabellera despedían chispas: todo su lindo rostro era una luminaria.

Conrado no respondió, estrechó entre las suyas una manita muy suave, saludó y salió de espaldas.

¿No experimentó en el umbral de la estancia ni un remordimiento, ni un deseo? Si por ventura lo experimentó, hallábase en la antesala, la doncella le ayudaba á ponerse el sobretodo... y ya no era tiempo.

Mientras volvíase á uno y otro lado buscando la salida y la muchacha con cierta risita le decía: «por aquí», oyó el sonido de la campanilla encima precisamente de su cabeza.

Abrióse la puerta y apareció una jovencilla vestida de luto. Conrado no pudo reprimir un movimiento de estupor.

Aquella jovencilla tenía la cara blanca como la nieve, matizada de vivo sonrosado, dos ojos grandes y asombrados, color de cielo, dos labios hechiceros, una expresión, entre irresoluta y sonriente, donosísima, y sobre su semblante de Virgen un cúmulo de cabellos del más precioso rubio.

¡ Era ella ! ¡ era ella !

Conrado se apartó para dejarla pasar, y Gracieta pasó, sin pronunciar palabra, levantando por un momento los ojos é inclinándolos al punto, con gracioso embarazo. Cruzó la habitación, dió dos golpecillos en la puerta de enfrente y desapareció.

Conrado, que acompañando con la mirada á la visión, habíase distraído horriblemente, se rehizo, sonrió á la doncella y salió...

La puerta se cerró tras él.



X

Gracieta

OLVIÓSE, é inmóvil, sin ideas, sin voluntad, permaneció durante algunos minutos, mirando, sin saber lo que miraba, la puerta que encerraba tras sí un hermoso ensueño.

¡Qué hermoso ensueño! primero la belleza esplendorosa de Inés, su risa sonora, su mirada profunda, el trémulo ondear de sus rizos de oro en torno á su semblante voluptuoso y diáfano; luégo una gentil figurilla, un trajecillo enlutado y modesto, que no acertaba á

ocúltar las formas, una carita de hada... ¡Sí, un ensueño, un hermoso ensueño!

Giró Conrado al rededor los ojos; los bajó después; á sus plantas estaban los escalones; descendió lentamente. Cuando llegó al último rellano, levantó la cabeza para mirar hacia arriba, escuchó si alguno bajaba, y como no pudiese prolongar aquella expectación sin dar pasto sobrado á dos ojuelos que chispeaban en la portería, hizo como que se daba cuenta de su distracción, y salió.

Ya en la calle, se detuvo; mirando hacia donde suponía que estaban las ventanas de Inés, parecióle que álguien estaba detrás de los cristales, pero no quedó seguro; como quiera que fuese, echó á andar todo derecho y á paso largo.

Al volver la esquina se paró cual si hubiese llegado á la meta; trató de recoger sus ideas y de adoptar una determinación. Vió inmediato un café y estuvo á punto de entrar, pero temió que mientras tanto saliese Gracieta y se le perdiese de nuevo.

¿Á qué había ido Gracieta á casa de la cortesana?

¡Y cuán linda estaba con su vestidillo negro! Tal como la había él evocado, pálida, delicada, gentil... así reaparecía. Con una sola mirada había leído en su semblante el breve tiempo transcurrido, y con la imaginación tejía en aquel instante la breve tela de su gran dolor.

Sí, pero ¿á qué había ido Gracieta á casa de la cortesana?

Cuantos pasaban por cerca de Conrado y lo veían

allí, pegado á la esquina como un guarda cantón, volvíanse para mirarle y para mirar hacia donde él miraba.

Al notar que era objeto de curiosidad, movióse lentamente, deteniéndose ante todos los carteles y ante todos los rótulos, pero con los ojos en otro lado. De pronto se separó de un escaparate y apretó el paso. Un poco más allá había divisado un vestidillo negro, una cabellera rubia estrechamente anudada, pero no tanto que no se hubiese soltado una guedeja que caía por la espalda... había reconocido á Gracieta.

Ésta se volvió un par de veces y no dió muestras de haberle visto, porque en vez de apresurar el paso lo acortó. Esto, al menos, pensaba Conrado, quien pudiendo ya irle á los alcances sin chocar á los transeúntes, se contuvo, arreglando su andar al de la joven.

Mientras tanto la medía con los ojos. No era Gracieta chiquita, tampoco de esas muchachas que prometen ser matronas; tenía esbelto el talle sin dar en flaco, y al andar, sus formas elegantes se movían airosamente.

Cuantos cruzaban junto á ella, mozos ó de edad madura, miraban con asombro aquella cabecita de nieve y oro que destacaba del vestido negro; los más audaces probaban á sonreir, á decirle algo; entonces Conrado adelantaba dos pasos con premura... pero ya Gracieta estaba lejos del atrevido, el cual, tras de quedarse algunos instantes con la boca abierta y acompañarle con la vista, seguía su camino, exclamando en voz alta, por vía de consuelo: «¡Vaya un bocado!» ú otra semejante atrocidad.

Y Conrado, cuando lo tenía á tiro, dirigía al sacrílego una mirada fulminante, pero sin perder de vista á la graciosa criatura, que caminaba delante de él á paso de gacela.

Al doblar una esquina, Gracieta se volvió otra vez, y lo mismo al llegar á otra; por fin tomó por una callejuela solitaria y apretó el paso, andando con más soltura, cual si hubiese salido de la muchedumbre y del mundo.

«Aquí debe estar su nido,» pensó el conde; y seguro de no perderla ya de vista, no se cuidó de apresurar á su vez el paso.

Desapareció la joven por una puertecilla de la última casa; más allá estaban ya los bastiones de la muralla; nadie pasaba por la calle, hacía frío y no asomaba alma viviente á las ventanas. Conrado, tras corta irresolución, siguió adelante. Al llegar frente á la puertecilla, levantó la cabeza para mirar el número, y en una ventana del primer piso, entre dos tiestos de violetas, vió una cara que sonreía. Parecióle á Conrado que el rayo de sol, que debía calentar aquellas plantas, no tenía besos sino para la encantadora cabecita.

Breve fué la incertidumbre; ¿no era por ventura invitarle aquel asomarse á la ventana y sonreir? ¡Ay! Gracieta era una muchacha bonita como otras tantas, y sólo más bonita que tantas otras! Al penetrar por el reducido oscuro hueco de la puerta, dejábase Conrado en la calle una ilusión querida.

Los latidos de su corazón nada tenían ya de generosos, pero redoblaban como á los veinte años; sin

embargo, al hallarse ante una escalera que se dibujaba apenas en la oscuridad, detúvose titubeante, y dirigió, volviéndose, una larga mirada hacia la puerta de la calle como para buscar la ilusión que le había abandonado. Á estar seguro de hallarla, hubiera quizá salido... pero había desaparecido del todo.

Tornó á mirar la escalera, que subía rápida y derecha, y cuando se acostumbraron sus ojos á aquella oscuridad, distinguió en lo alto, en el último peldaño, un cuerpo más negro que las negras sombras, y sobre aquel cuerpo un rostro blanquecino.

—¡Gracieta!... ¡Señorita!...

Y una voz argentina repuso:

—Cuidado con tropezar...

Conrado hallóse en la meseta de la escalera junto á la joven, y luégo tras de ella en un corredor más oscuro que la escalera todavía, y luégo, siguiendo un hilo de luz que pasaba por la cerradura de la puertecilla, cual guía discreto, en un cuartito bañado por el sol. Parecíale soñar.

Miró á Gracieta. La hermosa niña tenía encendido el semblante y parecía algo turbada al verse objeto de curioso examen, pero no mostraba ni la confusión de la vergüenza, ni la falsa desenvoltura de las mujeres que no están nunca avergonzadas.

—Perdone usted...

—Perdone usted...

El haber empezado á un tiempo y con la misma palabra, hizo callar y reir á entrambos.

—Perdone usted—repitió Conrado—perdone usted,

señorita, si la he espiado, si la he seguido por la calle, si me he permitido llegar hasta aquí...

Y la miraba de hito en hito.

—Yo soy—dijo la muchacha, procurando sostener la mirada, pero inclinando después los ojos al suelo—yo soy quien debo pedir á usted perdón por recibirle en este cuartuchillo... ¡pero es usted tan bueno! Hágame el favor de sentarse.

Diciendo así le señalaba un sofá. Conrado se sentó. No sabía qué pensar; dudaba aún y no se detenía ya á contemplar su duda.

Cuando vió Gracieta sentado á su huésped, desató las cintas de su modesto sombrerillo; pidió mil excusas con infinita gracia, y desapareció apresuradamente por otra puerta, tras de la cual sonó al punto el regocijado gorjeo de un canario.

Cesó el gorjeo y reapareció Gracieta, sin el mantón negro y con la cabeza descubierta, más linda que nunca.

—Dispénseme usted; ya estoy á sus órdenes.

Y sentóse también en una silla.

Conrado, si hubiera sido ingenuo, le habría pedido que no reparase en él; que obrase como si estuviese sola y que lo dejase allí, en aquel sofá, un cuarto de hora, contemplando una cosa que jamás había visto y que le parecía, no obstante, reconocer: la inocencia, ó su más parecida imagen.

Y no sabiendo él mismo á qué había ido á aquella casa, imaginó que la joven lo habría adivinado.

—¿Usted ha comprendido?...



Y sentóse también en una silla.

—Sí señor, al bajar á la calle y verle á usted á distancia, he tenido alguna duda; cuando he reparado en que me seguía usted, he adivinado que necesitaba hablarme y me he dicho: «el señor Conrado tiene algo que decirme, ¿le espero? ¿no le espero?» Pero conociendo que un señor como usted no acompaña en público á una pobrecilla como yo, he echado á andar... además que tampoco está bien que las muchachas se detengan á hablar en la calle con los señores. Me he vuelto, sin embargo, dos veces para ver si perdía usted la paciencia ó apretaba el paso para alcanzarme, en cuyo caso me hubiera detenido. ¿He hecho mal?

Y confortada por el sonido de su propia voz, Gracieta clavó en el rostro de Conrado dos ojazos azules y serenos. ¿Cómo no quedarse extático ante la pureza de aquellos horizontes? ¿Dónde estaban las dudas, dónde las negras nubes? Desvanecidas, alejadas.

—Ha hecho usted muy bien—respondió Conrado—ha hecho usted muy bien.

Y no sabía cómo seguir adelante.

—Me alegro—dijo la joven;—prueba de que no es verdad que siempre se yerra cuando se obra como dicta el corazón.

—No se yerra nunca cuando el corazón es bueno.

El que hubiese predicho que Conrado había de pronunciar con tal sosiego tan solemne frase, hubiera hecho reir, y no poco, á sus amigos; y el que hubiese pronosticado que, cara á cara con una linda niña, en un hermoso día de Febrero, Conrado había de irritarse por parecer demasiado joven y demasiado mun-

dano, ese tal le habría hecho morir de risa á él mismo. Pero Conrado no reía; meditaba muy seriamente en que su traje era demasiado á la moda; en que su camisa estaba sobrado reluciente y almidonada y los botones harto pretenciosos... y se pasaba la mano por los cabellos para librarlos del cosmético de *Cómo se llama*, doliéndose de no poder que, por un esfuerzo de voluntad, le creciese una barba por lo menos de dos días.

—Ha hecho usted muy bien—siguió;— el mundo es malévolo, y si bien entre usted y yo media un abismo por la edad; si bien yo podría ser su padre...

Conrado pronunció de muy buena fe estas palabras, mas apenas las hubo proferido esperó, de buena fe asimismo, que Gracieta le contradeciría. Pero la muchacha continuó mirándole con tranquilos ojos.

Al fin y á la postre era cierto, podía ser su padre; ¡tanto mejor! Sin embargo, no repitió la frase. Explique quien pueda esta flaqueza.

—Si es cierto—siguió—que entre usted y yo media, en punto á edad, gran distancia, la maledicencia no se pára en pelillos. Además, sabemos...

¿Qué iba á decir? Ello es que se turbó. Gracieta lo miraba con cierto arrobamiento, entre respetuoso y amante.

Conrado, mientras, apretando los puños, abriéndolos después y poniendo las palmas de las manos sobre las rodillas, logró, bien que mal, serenarse.

—Ha adivinado usted que tenía una cosa que decirle; si no fuese así, no me hallaría en este sitio. Y lo

que tengo que decirle á usted va á parecerle muy raro: he hecho un voto.

—¡Un voto!

—El día en que la ví á usted afligida, desesperada, dispuesta á sacrificar las únicas galas de su juventud por... por una obra santa... aquel día me sentí más bueno y empecé á creer en algo que antes no creía...

—¿En qué?

—En que existen ángeles en la tierra—contestó Conrado sonriendo.

Gracieta inclinó los ojos y se ruborizó.

—Y en mi alegría por haber recobrado esta fe he hecho voto de ejercer las funciones de la Providencia para con la buena hija que quedó sin madre.

Las manos de la joven no acudieron con bastante rapidez para sofocar un sollozo.

Conrado enmudeció por un instante. Después añadió con voz más lenta y suave:

—Me duele haber despertado memorias que acongojan á usted, que la hacen llorar, que le causan pena...

—No causan pena los recuerdos—dijo Gracieta alzando un poco la cabeza.—¡Me han hecho tanto bien las lágrimas!... Perdóneme usted... ya pasó... mire usted; no lloro ya.

Y apartando sus blancas manos, mostró el enrojecido rostro y en él unos ojazos brillantes de los que brotaban aún dos lágrimas rebeldes... las últimas.

Trató de sonreir y cayó una de las lágrimas, pero Conrado llegó á tiempo para recogerla con su propio pañuelo, que acercó al semblante de la niña.

Gracieta lo aceptó ruborizándose, secó los ojos, devolvió el pañuelo, y sonrió por fin.

—Mi madre murió aquel mismo día—empezó á decir sin titubear—murió repitiendo el nombre de usted y bendiciéndole. Yo era rica, porque poseía las cien pesetas; mandé que le pusieran una corona sobre el ataúd, la hice enterrar en un jardincillo, en una sepultura por diez años, y sobre la sepultura hice escribir con piedrecillas de mosaico: «*¡Madre!*» Estará contenta ¿no es cierto? Le parecerá que la llamo. Cuando llegue la primavera, le llevaré las flores que tanto le gustaban.

Conrado hubiera escuchado por largo tiempo, sin fatigarse, la música melodiosa de aquella vocecita, pero Gracieta dijo: «Dispense usted,» y se calló.

—No me cansa—apresuróse á decir Conrado—hábleme usted de su madre, hábleme.

—Gracias—dijo la muchacha sonriendo;—lee usted en mi corazón, pero aguarde usted; antes haré que usted la conozca.

Cruzó el aposento, desapareció tras de la puerta de enfrente, y volvió á aparecer; llevaba en la mano un cuadrito, y tanto como había estado ligera para salir, estaba ahora lenta en avanzar. Frotó con la manga del vestido el retrato antes de ponérselo á Conrado ante los ojos, y mantúvose al lado de éste, en pié, para no perder ni un instante de vista aquella querida imagen.

La madre de Gracieta mostrábase allí joven y hermosa; su semblante era de aquellos, todo ojos, apesa-

rados y dulces, que hacen pensar en el cielo. Conrado miró por largo espacio el retrato con cariñosa seriedad y procuró involuntariamente establecer el parecido con el rostro de la joven, la cual proseguía dirigiendo al trasunto de la pobre muerta, esa mirada profunda que es á la vez compasión y deseo.

Recobróse, por fin, sonrió á Conrado y á su madre, y dejó el cuadrito sobre el velador.

—¡Pobre mujer! ¡cuán buena sería!

—También usted lo reconoce. Todos lo dicen. ¡Oh! ¡si era buena! Quería á las flores, á los pájaros, hasta á la gente mala, y á mí más que á todos. Sufrió mucho; la idea de dejarme sola, hacía que le causara espanto el morir. En los últimos momentos, me dijo con el hilo de voz que le quedaba: «Gracieta, me voy, pero vendré á verte.» Siento todavía en los labios el prolongado beso que me dió... Y ha mantenido su promesa; por la noche la llamo antes de dormir, y viene á mí en sueños... Volamos juntas por los campos, y vamos lejos, lejos...

Gracieta hablaba ya de la muerta sin llanto ni congoja, con acento de suave y resignada melancolía; cuando calló no empañaba su frente nube alguna.

—¿Y vive usted sola?—preguntó Conrado.

—Mario me hace compañía—respondió la muchacha.

—¿Quién es Mario?

Gracieta hubo de esforzarse para contener la risa.

—Un famoso tenor á lo que dicen.

Y soltó una alegre carcajada, á la cual Mario «en per-

sona» respondió desde el cuarto inmediato con un trino de la escuela antigua.

—¿Lo oye usted?—dijo Gracieta, riendo cada vez más.

—¿Y le basta á usted con el canario?

—Mario me hace muy buena compañía; además tengo mi madre... porque una madre muerta es todavía una madre... Si no la hubiera conocido, como no conocí á mi padre, no me bastaría pensar en ella para sentirla á mi lado... En este mismo instante me parece que está aquí, que lo oye todo, que todo lo ve... No es lo mismo que verla, y oirla, y besarla, y esconder la cabeza entre sus rodillas, pero algo es, y muy bueno...

Conrado no se atrevía á pronunciar palabra, casi temeroso de que el sonido de su voz profanara tan ingenua fe. Tras de unos instantes de silencio, hizo una nueva pregunta:

—Perdone usted la curiosidad: ¿cómo es que usted conoce á aquella señora, á Inés?

Vivo rosicler tiñó las mejillas de Gracieta. No respondió. Conrado, á fin de no conservar su amarga duda, insistía con el silencio y con la mirada.

Entonces Gracieta dijo:

—La señora Inés no quiere que se sepa que yo la conozco; me ha recomendado que no lo diga á nadie.

—Pero yo lo sé.

—Es cierto.

—Así, pues, es inútil ocultármelo; además ¿no ha dicho usted que tiene confianza en mí?

—Es cierto.

Pero no contestaba á la primera pregunta.

—¿Va usted á menudo á casa de Inés?

—Á menudo... Voy á llevarme trabajo y á devolverlo cuando lo he concluído. No ha querido que fuese á trabajar á una tienda. Así, estoy en mi casa; Mario canta y yo trabajo.

La curiosidad de Conrado no estaba satisfecha, pero la duda al menos habíase aplacado. No quiso insistir más.

—Y ¿qué trabajo es el de usted?

Esta pregunta, que daba otro sesgo á la conversación, iluminó con un resplandor el rostro gentil de la niña, la cual, sin disimular su contento, levantó el índice de la mano izquierda é hizo ver la yema del dedo picada por la aguja.

—Mire usted.

Á Conrado se le antojó aquel ademán sobrado repentino, casi afectado. ¿Por qué no había dicho sencillamente «Me ocupo en coser?...» ¡Ah! ¿por qué la ingenuidad toma á veces aspecto de malicia?

Sin embargo, viendo aquella mano blanca y afilada y aquel dedito levantado en alto como una amenaza chancera, el incorregible escéptico no pudo menos de exclamar:

—¡Cáspita!

—No es nada—repuso Gracieta;—estoy acostumbrada á ello, no hace daño.

En el ánimo de Conrado iba y venía un columpio de dudas y credulidades; después de haber pasado cuarenta años con cierta clase de muchachas, cree uno poco en las muchachas y menos en el candor.

Las inocentes no son otra cosa generalmente que bellacas no adiestradas aún; esto es sabido. Pero Gracieta no; resplandecíale toda el alma en los ojos; su propia belleza era el testimonio de su inmaculada virtud. Bastaba, para convencerse, considerar el pavimento rojizo y desigual, las paredes desnudas, las viguetas del techo y los humildes muebles que circuían tanto lujo de formas, de juventud y de gracia, y así lo consideraba Conrado.

Gracieta, siguiendo la curiosa mirada de aquél, miraba también, sonriendo, el pavimento encarnado, pero limpio; las viguetas, de las que no pendía una sola telaraña; las paredes desnudas, pero enjalbegadas de nuevo; y viendo sobre la mesa una miga de pan que no debía estar, levantóse apresuradamente para quitarla.

Conrado se levantó también sin notarlo; apenas lo hizo se arrepintió; hubiera querido volverse á sentar para prolongar la visita.

La joven, no comprendiendo sus propósitos, le preguntó sonriendo:

—¿Quiere usted ver toda la casa? ¿quiere usted conocer á Mario?

Conrado la siguió.

—Mire usted—dijo Gracieta cuando llegó al aposento inmediato—no hay más, pero tengo de sobra.

Era un cuartito primoroso á pesar de su pobreza; Conrado detúvose en el umbral, como en el de un santuario; vió en el fondo la cama, la mesita de labor junto á la ventana, y en el hueco la jaula de Mario.

No pronunció palabra; aquella simplicidad le produ-

cía como aturdimiento; pensaba en mil cosas; y cuando un trino prolongado, vibrante y terminado por un salto atrevidísimo á la octava lo despertó de su éxtasis, apenas acertó á decirle «¡bravo!» al cantorzuelo.

Poco después ponía el pié en el rellano de la escalera para marcharse, cuando dióse una palmada en la frente y volvió á entrar.

—Oiga usted—dijo tomando entre las suyas las dos manos de la joven;—oiga usted: yo podría ser su padre, tengo derecho á su confianza, y quiero obtenerla; concédamela usted amplia.

Gracieta lo miraba sin desplegar los labios.

—Usted—prosiguió Conrado—no puede estar en esta casa.

—¡Cómo!

—No, no puede usted estar. Á su edad no se debe vivir sola.

—Hay vecinos.

—Gentes curiosas, mal intencionadas, indiferentes....

—No, señor.

—Sí, señor; déjeme usted á mí que entiendo de estas cosas... Usted debe habitar en casa de personas honradas que la tengan como una hija, y donde no le falten los cuidados propios de su edad. Permítame usted que me ocupe en ello... no me diga usted que no.

Gracieta no sabía qué responder; pintábase en su rostro una turbación extremada.

Conrado prosiguió con dulzura y pronunciando las frases lentamente:

—El día que ví á usted por primera vez fué un día hermoso tras de una noche horrible. Usted me infundió consuelo, sincera alegría, la primera, la única quizás. He hecho voto de ayudar á usted á ser feliz... porque sé que se puede ser feliz.

Y parecía, al decir esto, que le comunicaba una noticia importante.

—Feliz lo soy—respondió sencillamente Gracieta.

—Ahora sí, pero ¿y más adelante?

Gracieta no contestó y fijó los ojos muy abiertos en Conrado con serenidad no exenta de arrojo. Aquella mirada quería decir: «Á los diez y seis años el porvenir es un hermoso ensueño que no atemoriza; dejemos en paz mi porvenir.»

Pero Conrado no supo leer aquella mirada. Adaptó su semblante y su persona toda á la mayor gravedad, y preguntó vacilando:

—¿Duda usted todavía de mí?

—¿Y por qué había de dudar?

—Gracias, no diga usted más... pero antes de aceptar lo que le ofrezco, es necesario que sepa yo mismo lo que le propongo... Adiós.

—¿Volverá usted?

—Probablemente no.

—¿No?

—Pero pensaré en usted.

—¿Y es esto lo que tenía usted que decirme?

—Esto. ¡Ah! Olvidaba darle gracias por su ramillete.

—¿Se lo dieron á usted? ¿comprendió usted que eran mías las violetas?

—Reconocí sus cabellos.

Gracieta se ruborizó.

—Lo até así para darme á conocer. Además, mis cabellos eran de usted... lo son—añadió sonriendo;—cuando usted los quiera, no tiene más que decirlo.

—Por ahora me basta con esto—dijo Conrado; é inclinándose sobre aquella graciosa cabecita, imprimió un casto beso en sus trenzas de oro.

Después bajó la escalera, lleno de alborozo el corazón. Y al llegar á la esquina de la calle, después de cerciorarse de que nadie le veía, volvióse á mirar la ventana. Entre las violetas distinguíase todavía un lindo rostro bañado por el sol.



XI

La señora Valentina hace los honores de su casa



No sabía Conrado aún el cómo, pero estaba seguro del qué y el cuándo: colocar á Gracieta con una familia honrada donde estuviese como hija, y lo más pronto posible.

Familias honradas conocía pocas, pero con una bastaba. Había de ser familia sin hijos, de edad madura y compuesta de gentes que tuviesen á dicha llevarse consigo una niña hechicera de diez y seis años, una aurora. Sobre todo era menester que no hubiese so-

brinos jóvenes y morenos que mareasen aquella cabeza rubia.

Buscaba y buscaba, y aunque no hallaba cosa alguna, sonreía á sus solas, á la manera de un niño á quien se dirigiese una pregunta difícil cuya clave tuviese un papá bondadoso que había de comunicársela al cabo. La verdad es que ante el destino somos unos niños todos, y cuando se trata de hacer bien, siempre es un papá bondadoso ese destino tan calumniado por los poetas.

Apenas llegó Conrado á su casa, la cabeza cana de su antiguo servidor despertóle un recuerdo adormecido.

—Dime, Antonio—empezó con acento jovial;—tú tenías en otros tiempos una hermana.

—Y la tengo todavía—repuso Antonio considerando la jovialidad de su señor con el recelo de un criado que sabe muy bien lo que se pesca.

—¿Cuántos años tiene?

—Se ha estacionado; va pasando de los cincuenta, pero pasa muy poco á poco.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Valentina.

—Bonito nombre; ¿tiene marido?

—Tenía; murió.

—¿É hijos?

—Ni sombra de ellos.

—¿No le gustan, pues, los hijos?

Aquel *pues* hizo asomar á la cara del viejo una discreta sonrisa que al punto se ocultó; y como para co-

rregir la mala impresión que semejante debilidad pudiera producir en el ejercicio de sus funciones, contestó gravemente y en tono de bajo profundo:

—Si no tiene hijos no es por culpa suya; precisamente los niños le encantan.

—¿Vive sola?

—Sola... con los gatos, con el perrillo, con los pájaros, con las tórtolas...

—¿Y dónde tiene esa arca de Noé?

Esta vez no sólo era lícito el reirse, sino que hubiera sido falta de subordinación no hacerlo; Antonio, pues, se rió.

—En el fin del mundo, al extremo de *Puerta Victoria,* en dos cajitas de fósforos, á las que llama habitaciones.

—Dos habitaciones es poco; por lo menos debe tener cuatro.

Antonio abrió ojos tamaños.

—¿Y de qué vive tu hermana?

—Tiene una pensioncilla, porque aquel buen hombre, su marido, era militar. Cose á máquina y gana sus seis reales al día; y como trabaja también los domingos, logra estar un poquillo desahogada.

—Y viene á verte de cuando en cuando, ¿no es verdad?

—Pocas veces.

—Mal hecho; debería venir con frecuencia.

—Si el señor lo manda vendrá: no desea otra cosa; sólo que el día que viene no gana más que una peseta... por lo cual los domingos voy yo á verla en vez de venir ella á verme.

—Pues hoy es sábado, é irás.

—Iré.

—Y te acompañaré yo.

Al notar el estupor del viejo, Conrado le dió una palmadita amistosa en la espalda, á riesgo de escandalizarle.

Y Antonio, sin abrir la boca, sin respirar siquiera, se decía: «¡Pobre chico! Está verdaderamente de buen humor; va á hacer alguna de las suyas... ¡tiene un corazón de oro!»

—¿Lo has entendido?—preguntó Conrado.

—Sí, señor, pero...

—¿Pero qué?

—Pero si el señor me lo permite, le diré que no lo he entendido.

—No importa, haz que dispongan el coche para ir á casa de tu hermana; lo demás ya lo sabrás luégo...

Y Conrado salió riendo con su alegría juvenil de siempre.

No había exagerado Antonio; la señora Valentina, costurera, vivía en dos cajitas de fósforos llamadas *habitaciones* por una de esas hipérboles atrevidas que los caseros se permiten con los inquilinos pacatos. La primera cajita servía á un tiempo de sala, de comedor y de cocina; contenía una mesa, cuatro sillas, un embrión de sofá, y detrás de un biombo, un anafe. En el hueco de una ventana había una jaula, sobrado chica para el número infinito de pájaros que la poblaban; sobre la cornisa de una y otra puerta manteníanse, inmóviles casi siempre, dos parejas de tórtolas, y

cuando había gente, veíase, refugiado entre las patas de una silla á un gato, preocupado con la suerte que pudiera caber á su cola... La otra caja de fósforos contenía un lecho que procedía en línea recta del de Procusto, una rinconera, un sillón acolchado, dos cuadros, un espejo y una máquina de coser.

¡Lástima que la habitante de las dos cajitas no tuviese la suficiente naturaleza fosfórica para hacer honor al símil de su hermano! Mas era, por el contrario, una mujercilla redonda, metida en carnes, con la mirada muy viva; aunque en las palabras y en los ademanes, plácida y solemne. Iba pasando de los cincuenta, y como había dicho Antonio, sin gran prisa; no rodaba al precipicio, no bajaba de cuatro en cuatro los escalones, ni tampoco se enfurecía como algunas, aferrándose á la barandilla para no apartarse del rellano; descendía paso á paso, con el semblante terso y luciente, iluminado por bondadosa sonrisa.

Antonio hubiera querido que la estupefacción de su hermana por la visita del conde, estuviese á la altura de tan extraordinario acontecimiento; pero como sabía que Valentina era muy capaz de no quedarse estupefacta poco ni mucho, se lo arregló de manera que su amo lo enviase delante para prevenirla, con objeto —decía Antonio— de que no perdiese la cabeza.

Al llegar á la puerta y en el punto en que cogía el llamador, detúvose al oir la voz, tan conocida, de su hermana. ¿Con quién hablaba? Dijérase que pronunciaba un discurso y que lo interrumpía, de vez en cuando, con interpelaciones é interrogaciones que no

tenían respuesta. Su tono de cariñosa amonestación y las mismas inflexiones de su voz, inducían á creer que hablaba con algún chiquillo malhumorado, obstinado en no contestar.

Decía: «Has dejado la sopa por robar la carne; doble pecado, hurto y glotonería. Ya no me fiaré de usted nunca, señorito; ¿lo ha entendido usted? No haga usted como que no me entiende. Abra usted esos ojazos torcidos, y míreme cara á cara si se atreve... ¡Ah! ¿no se atreve usted?... ¿se avergüenza?... Más vale así...»

Á punto estaba Antonio de adivinar cuál era el mudo interlocutor de su hermana, cuando oyó escalera arriba los pasos de su señor. Empujó la puerta y entró como una bomba en la primera caja de cerillas.

La señora Valentina levantó los ojos sin asustarse, y un gato negro que tenía sobre las rodillas aprovechó la distracción para saltar al suelo y ponerse á buen recaudo entre las patas de una silla.

—¿Qué viento te trae por aquí?—preguntó sonriendo Valentina á su hermano.

—No es viento sino mi amo, que me ha dicho: «vé delante, te sigo,» y me sigue, ¿lo entiendes? Sube la escalera, llega ya... míralo...

¡Quién sabe! quizá la buena costurera se hubiera asombrado si hubiera tenido tiempo, porque todo es posible en este mundo; pero en el momento en que Antonio decía:—Míralo,—aparecía el conde en el umbral, por lo que la dueña de la casa se puso en pié, disimulando perfectamente la emoción, si acaso la sentía, y dijo, sonriendo afablemente:

—Señor Conrado, siéntese usted.

Antonio miraba á su hermana con el propio estupor con que se mira á un fenómeno.

Sentóse Conrado pero no Antonio, ni hubo modo de que lo hiciera. Y como la señora Valentina insistiese con amabilidad, pero no con exceso, para que tomase su hermano una silla, éste se apoyó en una de ellas, diciéndole que era muy dueño de quedarse en pié si así le parecía.

El buen viejo aguzó la mirada y la clavó en el rostro de Valentina, pero en vano la punzaba con los ojos y la llenaba de pellizcos con la voluntad; ella no se cuidaba de él poco ni mucho, atenta solamente á hacer los honores de la casa.

«El señor Conrado, decía, debía de tener algo muy importante que decirle, supuesto que se había molestado en subir tanta escalera; si el señor Conrado se lo hubiera advertido, ella hubiera ido al instante á casa del señor Conrado»...

Cada vez que su hermana pronunciaba el nombre de Conrado, echándole encima como un harapo aquel *señor* que lleva sobre los hombros cualquier zascandil, Antonio sentía el efecto de uno de los pellizcos que hubiera querido dar á su hermana. Al tercer pellizco no pudo aguantar más, se adelantó, olvidando todas las reglas de disciplina doméstica, y á pesar de que nadie le preguntaba, contestó:

—*El señor conde*, mi amo, ha tenido el capricho de subir la escalera; quería yo venir solo para prevenirte, pero el *señor conde* ha dicho «voy» y ha venido,

porque el *señor conde* cuando dice una cosa la hace.

El «señor conde» reía para sí; Antonio se calló, pero sin apartar los ojos de su hermana.

Aquella mirada, larga, insistente, aunque suave, quería decir:—Hija, perdona si te he mortificado, pero me has apurado en tales términos, has dicho tales cosas... ¡por Dios santo! mira lo que dices.

—Señor Conrado...—continuó Valentina.

La carcajada, no contenida ya, saltó de los labios del conde; el antiguo servidor dejó caer los brazos desfallecido. Valentina calló por un instante, miró á uno y á otro, preguntando la causa de aquella risa, y como no obtuvo respuesta, reanudó de esta suerte el hilo de su discurso:

—Señor Conrado, me alegro mucho de verlo de tan buen humor; señal de que lo que tiene que decirme, ni le da pena ni ha de dármela á mí. Tanto mejor, y adelante; dígame lo que quiera y disponga de mí. Si es cosa posible, hágase cuenta de que he dicho «sí, señor». Ya se sabe que en el mundo estamos para servirnos unos á otros...

Esta vez lo que mostraba escrito Antonio en sus miradas, comentado y explicado por los movimientos convulsivos de su cuerpo, llegaba casi á la evidencia; pero la señora Valentina no hacía el menor aprecio de la mímica, y profesaba la opinión de que tenemos la lengua en la boca para hacer uso de ella en las circunstancias más delicadas de la vida.

—Me miras, encoges los hombros, mueves la cabeza, haces muecas y gestos, y maldito si entiendo nada—

dijo Valentina.—¡Bah! ¿Para qué quieres que te salgan los pensamientos por los dedos y por los ojos, cuando no tienes más que abrir los labios? ¡Anda! Ahora te has quedado inmóvil; estás... Mire, señor Conrado, hágame el favor de decirle que hable como usted y yo.

Antonio trató de resistir pero no lo consiguió, porque como su señor tomaba la cosa á risa, no había más remedio que reirse.

No bien la señora Valentina hubo obtenido este triunfo, mediante el sabio empleo de la lengua, calló para no abusar de él.

Conrado, presumiendo que la petición que había de dirigirla debía ir precedida de un poco de historia, relató á un oyente cada vez más atónito y á una oyente siempre inalterable, todo el episodio de Gracieta.

—Me parece que ya quiero á esa pobre criatura—dijo Valentina.

—Yo no debía hablar porque no me corresponde—se aventuró á manifestar Antonio—pero estoy seguro de que la adoraré.

No fueron necesarias más negociaciones.

He aquí la idea del señor conde aprobada sin discusión:

La señora Valentina dejaría las dos cajas de fósforos para ir á ocupar una casita, rústica, pero muy aseada, que poseía Conrado en la calle Lesmi en medio de un huertecillo. Tendría dos cuartos en el primer piso; la cocina y la sala en la planta baja; el uso del jardincillo y el disfrute del huerto.

Gracieta iría á vivir con la señora Valentina; se le haría creer que se ganaba la vida trabajando, pero en realidad el conde proveería á todo....

Esto último era lo único que no resultaba claro; la señora Valentina estaba segura de que el señor Conrado tenía honestísimos propósitos, y no hubiera puesto el menor obstáculo á que realizara tan buena acción, una de esas acciones que abren las puertas del paraíso... pero... pero... no sabía cómo... de qué manera.... había de pagar el alquiler.

—Lo pagará usted—dijo Conrado—mermando un poco la mensualidad.

—¿Qué mensualidad?

—La que recibirá usted como aya de Gracieta.

—¡Vaya! Madre sí; aya no; y las madres no cobran salario.

Salían las palabras sin precaución ni cautela, pero el acento de las mismas las hacía dulces, como todas cuantas salían de su boca.

Cuando quedó todo convenido, Antonio que miraba temeroso los labios de su hermana, pareciéndole que de un momento á otro se abrirían para dar paso á una *impertinencia* mayor que las anteriores, respiró como un fuelle y bajó la escalera, libre de un gran peso.

Al día siguiente la casita de la calle Lesmi, limpia como un espejo, esperaba á los nuevos inquilinos.

Antonio, encargado de la solemne embajada, dirigióse hacia el domicilio de Gracieta. La confianza de su amo le había quitado diez años de encima y caminaba erguido como en los buenos tiempos en que era cabo.

Llegó frente á la casa en cuestión. Reconoció las ventanas, la puerta, el oscuro patinillo, la escalera, el rellano... detúvose un instante perplejo, después llamó á una puerta; pero en vez de la cabecita rubia apareció una arrugada y canosa.

—¿La señorita Gracieta?

—Era el otro cuarto.

—Gracias.

—Era el otro cuarto, y digo era, porque ya no está; se ha mudado esta mañana muy temprano.

—¡Esta mañana!—balbuceó Antonio, desconcertado é incrédulo.

—Pruebe usted á llamar y verá si es cierto.

—¡Oh! puesto que usted me lo asegura... ¿y dónde se ha mudado?

—No lo ha dicho.

Apenas cerró la vieja la puerta de su habitación, corrió Antonio á la de enfrente, y llamó una vez, dos... nada.

Entonces se inclinó para mirar por el ojo de la llave, mas no vió otra cosa que la ventana marcada oblicuamente por el sol en el pavimento. Llamó otra vez y escuchó con atención... Silencio completo.



XII

Lección de esgrima



CONRADO leyó una mala noticia en el rostro del viejo, y no hallando palabras para interrogarle, aventuró con la mirada una interrogación muda, á la cual dió el criado una respuesta, muda también, dejando caer los brazos.

—¿No quiere venir?—preguntó Conrado mascullando las palabras.

—Así me lo figuro.

—Debía de esperarlo... Ha cobrado tanto cariño á su casita que no quiere dejarla, dándome, por supuesto, muchas gracias, ¿no es cierto?

—No, señor.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada. La señorita Gracieta se ha mudado esta mañana.

—¡Se ha mudado!—exclamó Conrado con las mejillas inflamadas...—y ¿por qué no me lo decías?

—Porque el señor no me lo preguntaba.

—Está bien... la encontraré... ¿qué hora es?... cerca de las dos... la encontraré... dame el sobretodo... no, lo tomaré yo mismo.

Y se dirigió á la puerta.

Antonio permaneció inmóvil esperándole, y cuando lo vió de nuevo á su lado con el abrigo abrochado y el sombrero puesto, oprimíale el corazón haber de atajar su generoso impulso. Pero era forzoso ahorrarle una caminata inútil, y otro desengaño más amargo que el primero: hizo un esfuerzo, y se decidió.

—Señor... es que la señorita Gracieta se ha mudado.

—Ya me lo has dicho.

—Pero nadie sabe dónde.

—Lo sé yo—dijo Conrado, ya fuera de la habitación.

Una vez en la calle, un cochero, al verle andar tan apresuradamente le ofreció sus servicios; titubeó un instante, se negó después con un gesto, y en vez de

alargar el paso lo acortó. Necesitaba coordinar las ideas.

Salió de entre el vaivén de la multitud, llegó á la calle de Solferino, entróse adelante por la puerta del número 9, y subió la escalera como un sonámbulo. Sólo al llegar á la puerta de la habitación, ya de él conocida, pareció despertarse.

Tiró de la campanilla, le abrieron y le entraron en la sala.

Al encontrarse otra vez en aquel lugar, perfumado por una penetrante fragancia de narcisos y jacintos, sintiendo en torno la presencia de la mujer bellísima, que allí, bajo aquel dintel, se le había aparecido como una visión, no desistió de su propósito; volvióse rápidamente y viéndola á ella, á la misma encantadora criatura, hizo una reverencia muy profunda... pero esta fué su única flaqueza.

Reconquistó al momento el imperio de sí mismo, sonrió á la que le sonreía, y cuando la vió sentada se sentó también. Inés continuaba sonriendo, y Conrado pensó que empleaba este torpe artificio para ocultar su turbación.

Bastóle una ojeada para comprender que Inés tenía algún proyecto; para desbaratarlo con más seguridad se tendió á fondo de improviso.

—Señora—dijo galante pero friamente—la primera vez que entré aquí tomando el nombre de Gracieta, fué con un pretexto; ahora vengo á pedirle á usted noticias de Gracieta.

—Y es otro pretexto...

—No, señora; vengo exclusivamente para preguntarle á usted: ¿dónde está Gracieta?

—¡Ya!—repuso Inés, tras de un momento de estupor que parecía verdadero.—¡Ya!... Mas supuesto que usted me interroga, permítame que á mi vez le haga una pregunta... prométame usted contestarme; ¿lo promete?...

Era indudable que trataba de marearlo.

—¿Quién es esa Gracieta que tanto le preocupa?

Inés, después de haber puesto por delante su trinchera, creyóse probablemente en seguro, y para confundir mejor á su adversario hízose la distraída, siguiendo con la puntita del pié el contorno de un arabesco de la alfombra. Pero cuando acabó esta tarea y volvió á levantar la cabeza, halló los ojos de Conrado de tal manera escrutadores, que vióse obligada á bajar los suyos y á mirar aquí y allá, no sabiendo dónde fijarlos.

—Usted sabe mejor que yo lo que ha sido de Gracieta—dijo lentamente Conrado:—Gracieta está aquí.

Movió Inés la cabeza como enojada, y clavó con desenfado la mirada en el rostro del importuno; pero éste, firme en su propósito, añadió:

—Es usted franca, lo leo en su semblante, mal podrá usted disimular, no lo niegue usted pues; Gracieta está aquí.

—¿Y por qué había de negarlo?—preguntó Inés con altanería.

—Eso digo yo también, ¿por qué había usted de negarlo? Es inútil tratar de ocultarme una cosa que cien

bocas podrán descubrirme si yo se lo pregunto. Oiga usted sino. Puedo plantarme delante de la puerta de su casa de usted, ó poner de centinela una persona de mi confianza para que siga todos los pasos de usted, para que vea quién entra y sale. Esto sería para usted muy fastidioso, créalo usted; pero nadie puede impedírmelo. Puedo también hacer hablar al portero ó á la doncella. Hay argumentos á los cuales no resisten las doncellas, y menos aún los porteros. Ya usted lo sabe. Y sabe usted igualmente que no debemos ponernos en el caso de tener que despachar á una buena muchacha que nos sirve bien.

Decía estas palabras en tono chancero, y seguía, mientras tanto, con los ojos, el piececito de la joven, el cual, fuera otra vez del baluarte de las faldas, contorneaba el arabesco de la alfombra.

Inés, sin suspender su tarea, y con la expresión sorda y monótona de quien ha tomado una resolución irrevocable, repuso:

—Pues bien, sí, no lo niego; Gracieta está aquí. ¿Qué quiere usted de Gracieta?

La pregunta, fría y desdeñosa, privó por un instante á Conrado de valor para proseguir; revelábale una voluntad de granito contra la cual se romperían todos sus propósitos.

Así es que siguió hablando con visible turbación.

—¿Qué quiero de Gracieta? Escuche usted: esa niña está unida á mi vida ociosa por un hilo purísimo, el único... Escúcheme usted: una mañana, al salir de una orgía, creía salir de un funeral; la nieve parecía

apresurarse á borrar mis pasos; asaltó mi pensamiento otra nieve, la de los años, volvíme á mirar el camino andado y no hallé nada, ni un afecto bueno, ni una buena acción.... porque no he conocido á mis padres, murió muy joven una hermana á la que hubiera querido mucho, y sólo hallé amigos y amigas que no me quisieron y que no quise. Llegaba casi al fin de la jornada y nada había hecho en el camino; no me acompañaba ninguna de mis acciones.... estaba solo. Había gastado el oro, el ingenio y el corazón en locuras de un cuarto de hora, y habían venido al fin la saciedad y el tedio; tenía aquí dentro un vacío, una tumba; cada desengaño habia enterrado en ella una ilusión.... Ví á Gracieta; vendía por unas cuantas monedas sus cabellos para dar sepultura á su madre. Juro á usted que pensando en el precio de aquella venta, me sentí pobre; todas mis riquezas no valían aquellos pocos reales.... Entonces....

—Entonces se presentó usted.

—¿Usted lo sabe?

—Lo sé todo.

Conrado calló y dobló la frente; al levantarla y lanzar una mirada frente á sí, vió que Inés no se había movido, y que volvía á seguir con el pié los dibujos de la alfombra.

—¿Qué quiero de Gracieta?—siguió diciendo con voz ligeramente conmovida—un gran consuelo; saber que es feliz por obra mía. Lo he prometido á mí propio, lo he prometido á aquella madre que me bendijo al morir; seré el padre de Gracieta. No sonría usted;

dentro de esta corteza de joven, se oculta un viejo que sufre.

Á las primeras frases, Inés quedóse inmóvil; á las últimas trocó la burlona sonrisa en una carcajada que quería parecer jovial, y era sólo estridente y nerviosa.

—Mófese usted de mí, tiene usted derecho; le hablo á usted con un lenguaje raro, que debe hacer reir á las mujeres jóvenes y bonitas como usted; mófese usted, ríase; esperaré á que vuelva usted á estar grave y seria, porque serio y grave es todo cuanto tengo que decirle.

Inés dirigió una rápida ojeada á Conrado, el cual se expresaba con calculada lentitud; no le interrumpió.

—El día que conocí á Gracieta, comprendí que había despilfarrado mi vida; no traté de cambiar su curso porque ya no era tiempo; la costumbre me había ligado con cien cadenas. Era débil, irresoluto, enojoso para los demás y para mí mismo; mi casa me parecía una linda prisión, mi querida un lindo juguete, y huí de la casa y rompí el juguete como un niño voluntarioso. Un solo pensamiento quedó en pié entre las ruinas del engañoso edificio, el de la buena acción que había realizado. Una sola imagen serena destacaba entre las cien figuras de la orgía, Gracieta; estaba á mi lado, silenciosa en medio del tumulto, pálida entre tantos rostros enrojecidos por el vino, vergonzosa en medio de la desvergüenza de los hechos y de las palabras. Un día la vuelvo á ver, no, la vuelvo á encontrar, porque sin darme cuenta de ello la buscaba. La

vuelvo á encontrar, y heme aquí otro hombre; y dígome á mí propio que no es todo tumba en mi pecho, supuesto que late el corazón de un modo insólito, y resucita la mente un mundo de bellísimos fantasmas. Pensando en cuánto bien puede hacerse con poco dinero, considero mis riquezas como un remordimiento, me siento más miserable con ellas. Tengo una gran deuda que pagar. Le pido á usted á Gracieta, sin otro derecho que el que tiene un hombre de cumplir una buena acción, pero es derecho sacrosanto.

Reapareció en los labios de la joven la sonrisa burlona de antes. Sin apartar los ojos de la alfombra, sin mover el cuerpo, meciendo nada más levemente la cabeza á cada palabra, empezó á hablar en tono chancero, bajo del cual temblaba íntima cólera:

—Rico y miserable... llevando en el pecho la tumba de todas las ilusiones... un viejo que se oculta tras la corteza de un joven... solo... sin afectos... cansado de las mujeres... hastiado de la orgía... hambriento del bien... un fenómeno, en una palabra. Debo de haber leído en alguna parte, que los buenos sentimientos son plantas que se aclimatan en cualquier terreno y crecen hasta en las mismas tumbas; sí, debo de haber leído esto en algún libro, no sé en cuál... y me felicito de ver, que alguna vez al menos, no mienten los libros. Los conceptuaba también como los hombres, como las mujeres, como la vida, como yo misma; una mentira.

Y tornó á alzar su linda cabeza, mostrando sonrisa mordaz.

Conrado extendió las manos hacia adelante, y clavó sus ojos en los de ella.

—Míreme usted—le dijo;—si miento, si mis intenciones no son puras, si abrigo ni aun la sombra de un pensamiento indigno de aquella virtuosa criatura...

Inés le interrumpió riendo.

—No invoque usted al rayo; los rayos son lugareños, más bien campestres desde la invención del pararayos. ¡Ah! ¡ah! perdone usted si bromeo, pero es la verdad que en Milán se arriesga poco al pedir que el fuego del cielo caiga sobre nuestras cabezas; ¡ah! ¡ah! aun cuando no estemos en Febrero y no haga un sol tan hermoso como el de hoy... Perdone usted si me río... estoy de vena. Por lo demás—añadió con acento serio, como para templar la dureza de la burla—no necesita usted jurarme nada, creo en la pureza de sus intenciones, usted me lo asegura y á mí me basta mirarle cara á cara... así... para no dudarlo.

Bajo la influencia de aquella mirada fascinadora, Conrado sintió correr por su cuerpo un leve frío...

—Así pues...—balbuceó.

—Así pues—respondió Inés con indolencia—resulta que me ha comprendido usted, y no quiere usted convenir en ello... Hablaré más claro... Señor Conrado, usted que tiene más experiencia que yo (advierta usted que no hablo al viejo que se oculta, sino al joven que se muestra), usted que tiene más experiencia que yo, ¿ha encontrado usted muchas veces en la vida, ya en usted, ya al rededor de usted, que los hechos correspondan á las intenciones?... Yo no, y estoy persuadida de

que no hay bribonada grande ó chica que no se haya empezado con muy diverso propósito. Tengo mis ideas sobre la voluntad humana, sí, señor, me permito el lujo de tener ideas, es lo único que tengo mío...

Conrado oía extático, y sin palabras con que interrumpir aquella charla entre impertinente y amarga.

—Los actos virtuosos y las acciones nobles, cuanto nos procura en el otro mundo el Paraíso y el contentamiento en este... ¿no está así bien dicho?... todas estas lindas cosas, si las queremos hacer no debemos empeñarnos en hacerlas. El día en que usted se propone á sí mismo realizar una buena acción, enciende usted en sí mismo una guerra que tiene usted mucha probabilidad de perder. Conozco gente que pasa la vida formando el propósito de mudar de vida. ¿No conoce usted gente de esa, señor conde?... ¿no cree usted que haya actos, ni nobles ni generosos, que se cumplen sin utilidad, casi sin deseo, y únicamente porque no había necesidad de cumplirlos?... Alguien debe de haber escrito esto; estoy segura.

Inés parecía poner burlón empeño en medir las diversas cláusulas de la oración, disponiendo las antítesis, escogiendo las palabras, haciendo notar los puntos y las comas, á la manera de un dialéctico de otros tiempos, lo cual en ella era, como todo, una costumbre. Tenía aquel palique algún objeto, teníalo también quizás la insistencia de la mirada, y aun el muelle abandono del cuerpo. Conrado sólo comprendió á medias, y apenas calló la joven tornó á hablar de Gracieta.

—Si no he entendido mal, quiere usted decir que

Gracieta en mis manos correría peligro. Tampoco yo lo niego, y sin embargo juro, no á usted, sino á aquella que fué mi madre y á quien no conocí, juro, repito, que permanecería pura; pero el mundo no lo creería así, y basta...

—Sea en buen hora; conviene usted en ello. Porque es lo que yo me pregunto: ¿qué podrá hacer por una joven de diez y seis años un pobre viejo, metido dentro de un joven. ¿Dotarla quizá?

Como si esta idea le pareciese la más desatinada de cuantas le habían ocurrido hasta el momento, Inés soltó una carcajada más sonora todavía que las anteriores.

—Dotarla no—repuso Conrado;—no tengo bastante edad, y la ley no me lo permitiría.

—La ley tiene muy buen sentido—observó Inés, con zumbona seriedad.

—Pero si no me es permitido dotarla, puedo darle una familia honrada y pobre, en la cual encuentre maternos cuidados, trabajo nunca interrumpido, una existencia sin los riesgos de la soledad, sin la incertidumbre del mañana y sin el temor de las enfermedades... y más adelante un mozo honrado y trabajador que la quiera y que merezca ser querido. Tengo la familia, tengo la casa, déme usted á Gracieta, y la hará usted dichosa.

Y como la otra no respondiera, añadió estas palabras, que eran más que otra cosa una súplica:

—No contraríe usted á un hombre que quiere realizar una buena acción.

Alzó la cortesana los ojos sin mover la cabeza, y clavándolos en el rostro de su interlocutor, le dijo:

—¿No conoce usted otra acción buena más que esta? Ya se conoce que es usted poco práctico en el asunto. Tampoco yo lo soy, pero entiendo algo, ¡leo tanto... y veo tantas buenas acciones en los libros!... ¿Quiere usted que busquemos juntos? Debe de haber una escuela para los deshollinadores de chimeneas en la cual, los pobres chicos aprenden el alfabeto los días de fiesta, reciben un panecillo los domingos y un vestidillo nuevo y una comida al fin del curso... Esta escuela tiene protectores; hágase usted protector de ella. Deben de existir igualmente sociedades filantrópicas para enviar los escrofulosos á tomar baños de mar, para cuidar de los niños de teta, para curar á los raquíticos, y para otras cien miserias. Algunas de estas sociedades emiten acciones, y muchos que, como usted, necesitan una buena acción, adquieren una de ellas. No producen nada en esta tierra, pero cuestan muy poco. ¿No le agrada á usted hacer lo que tantos hacen? Pues entonces, al salir de aquí detenga usted en la calle al primer chicuelo andrajoso que cruce silbando por la nieve, pregúntele usted si tiene madre—la tiene;—sígale usted: él corre, se pára delante de los escaparates, silba, burla, canta, alborota—al final de aquella alegría nerviosa de un chicuelo que casi tiene hambre, hay una pobre mujer que positivamente la tiene. Déle usted casa, ropas y trabajo. Después venga usted á verme, y si usted quiere, le daré un beso... ¿no? ¿tampoco le acomoda? pues ya no sé qué decirle...

Conrado se puso en pié y pronunció friamente estas palabras:

—Gracias, señora; yo veré á Gracieta.

Inés no se movió.

—¿Quiere usted que venga ella misma aquí, á decirle que no puede aceptar nada de usted, que usted no puede hacer nada por ella?

El conde no respondió. Inés añadió con dulzura:

—Me hará usted pensar que sus sentimientos generosos no saben manifestarse sino á favor de una joven de diez y seis años... Pero en fin, yo respeto la caridad hasta cuando me parece caprichosa. Prefiero creer que se interesa usted sinceramente por la suerte de Gracieta. Pues bien, tranquilícese usted, de Gracieta me cuidaré yo.

—¿Usted?—exclamó Conrado, volviéndose de pronto. En su ademán, en su acento, en su mirada, era patente el desdén.

—Yo—repitió Inés friamente;—yo, la cortesana; ¿le asombra á usted? El hombre que confiesa haber despilfarrado su propia juventud, ¿envidiaría una buena acción á la mujer que empieza apenas la carrera de la orgía? Haría usted mal—añadió, cambiando de tono—porque tengo aún más derecho que usted tiene á hacer un poco de bien. Soy novicia y usted ducho, pero á usted le ha quedado algo del mundo; á mí nada. Ante la conciencia somos iguales. La mirada de los hombres abre un abismo entre el hombre que paga por llevar una vida de vicios y la mujer que se hace pagar por llevar la misma. Y es justo. ¿Quién ha de

pretender que el mundo sea más generoso que la suerte?... ¿Me da usted un cigarrillo?... Gracias... Y si el derecho que usted califica de sacrosanto ha de ser una compensación de las mayores penas, ¿quién cree usted que ha sufrido más, señor conde? ¿usted, el hastiado, cuya vida fué un espasmo amargo y dulce, ó la mujer á quien usted compró las caricias? La mujer reía, ¿es cierto? mas no podía hacer otra cosa; la había usted pagado para que riese; bostezaba usted en su propia cara y estaba usted en su derecho. ¿Quién ha sufrido más, señor Conrado? ¿á quién de entrambos corresponde ahora la buena acción?.... ¿Tiene usted un fósforo?.... Gracias.

Inés había pronunciado estas palabras con fatuidad en la cual había no poco de afectación y desenfado. Mirábala Conrado, tratando de leer en aquel bello semblante, que desaparecía tras de una nube de humo; después arrimó la silla más cerca de ella y volvió á sentarse.

—¿Y cuáles son—le dijo—las intenciones de usted respecto á Gracieta?

—Hacer de ella una mujer que no se me parezca—repuso Inés friamente.

—¿Y por qué medios? ¿qué especie de poder tiene usted sobre esa niña?

—La quiero y me quiere.

—¿Y la estima á usted?

No hubo respuesta.

—¿Y la estima á usted?—repitió Conrado.

—Me estima.

—Y cuando habrá cesado de estimarla, ¿cree usted que la escuela de usted podrá serle eficaz todavía?

—Señor...—balbuceó Inés.

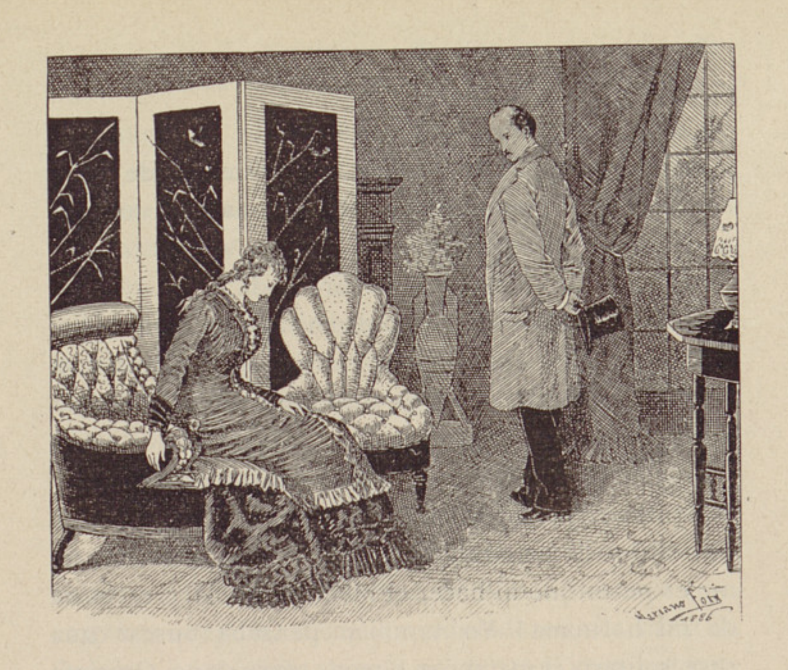
—Señora—dijo Conrado con dulzura—es en vano que se forje usted ilusiones; Gracieta cesará de estimar á usted el día en que el acaso, ó su malicia natural ó alguien le haga saber...

Un grito rompió la frase por la mitad. De entre las nubes de humo destacó el bello rostro de la cortesana, pálido, con los ojos espantados, con los labios entreabiertos y temblorosos.

Conrado, que había procurado templar con el acento la dureza de sus palabras, no acertaba á explicarse el súbito terror de Inés. Esta pareció luchar dentro de sí por brevísimo instante; después, con voz entrecortada por los sollozos:

—Señor Conrado...—balbuceó—no le diga usted nada... le haría usted mucho daño... no le dirá usted nada, ¿verdad?... porque... ¡si usted supiese!... ¡oh!... ¡sépalo usted!... ¡Gracieta es mi hermana!





XIII

Érase que se era....

La inesperada revelación hizo enmudecer á Conrado durante algunos instantes. ¿Por qué esta idea, que ahora tan natural le parecía, nunca le había venido á las mientes?

Miró á Inés; habíase transformado; parecía oprimida por el peso de aquella confesión. Permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el suelo; imagen viva del desaliento.

Conrado se puso en pié.

—Perdóneme usted, señora... los derechos de usted son sagrados... no tengo ya nada que hacer... no haré nada.

Y añadió con dulzura:—No diré nada.

Estúvose todavía un instante mirándola en silencio; dijo después:—Adiós—y se movió para marcharse. Un *no* suplicante le detuvo; Inés fijaba en él sus ojos arrasados en lágrimas.

—Quédese usted—dijo la cortesana con voz resuelta; —ahora soy yo quien le necesita; con una sola palabra ha reanimado usted mis incertidumbres; es cierto, no me es permitido ni hacer el bien, ni ser la protectora de mi hermana! Yo también pensaba buscar una casa solitaria y personas buenas, para dar á Gracieta un techo seguro y una familia honrada... pero no puede usted imaginarse cuán difícil es esto para una mujer... como yo. Usted lo ha encontrado, á lo que dice; pues bien, fío en usted; diré á Gracieta que acepte... con tal de que no sepa...

—Gracias por tanta confianza—interrumpió gravemente Conrado;—el secreto quedará cual si estuviese sepultado. Gracieta no sabrá nada... ¿pero sabe ella que es usted su hermana?

—¡No lo ha de saber!—respondió Inés, estupefacta de aquella duda.—¡Ah! comprendo; Gracieta le ha dicho á usted que le proporciono trabajo, que me ha conocido cuando vivía su madre... es una historieta que he inventado yo, y que ella aún no ha aprendido á contar sin ponerse colorada. No quiere convencerse de que

hay mentiras necesarias, y que con decirlas no se peca; en vano es que le advierta, que sin ciertos embustes inocentes, el mundo estaría á merced de los curiosos y de los desvergonzados... No se da á partido.

Al hablar de su hermana, Inés suavizaba más la voz, modulándola como una caricia.

—¿En qué piensa usted?—preguntó á Conrado, que la miraba fijamente.

—Buscaba una semejanza...

—Busque usted en buen hora—dijo Inés, presentando su linda cara—no la encontrará usted; rubia ella; rubia yo; nada más. Gracieta tiene los ojos azules, yo castaños—negros, dicen los aduladores;—la nariz de Gracieta es aguileña; la mía no; tengo la cara redonda y gruesa; Gracieta tiene una carita ovalada, un poco enjuta... Es más bonita sin comparación... ¡Oh! no; Gracieta ¡no se me parece!

Pronunció con un ímpetu estas últimas palabras, que revelaba secreta complacencia. ¿Cuál?

Era otra vez dueña de sí; poco á poco había vuelto á ser jovial, y hablaba con vivacidad, acompañando sus palabras de graciosas coqueterías.

—¿En qué piensa usted?—volvió á decir de allí á un instante.

—Pienso—contestó Conrado—en cómo no me ocurrió nunca que Gracieta pudiera ser hermana de usted, viéndola en esta casa.

—Yo se lo diré á usted. Ella lleva luto por su madre, y ropas de pobre, mientras que yo soy una gran seño-

ra y no visto de negro... La madre de Gracieta no era mi madre.

—Comprendo...

—No hay escape—dijo riendo Inés;—he de contarle á usted la historia. No son mi fuerte las narraciones, pero si usted se empeña, probaré... Pues señor; érase que se era... ¿qué es lo que era?

—Una monada de chiquilla, así de alta, que se llamaba Inés...

—¿Quiere usted que lo tome de tan antiguo? no importa; correré más, y así llegaré pronto al fin. Decíamos, pues, que una vez era una monada de chiquilla, así de alta, que se llamaba Inés; había oído hablar de una mamá, hermosa y buena, que había muerto al darla á luz; vivía con su papá, el cual era pintor, y dibujaba figurillas para entretenerla. Entre estas figurillas había una que representaba una mujer joven, de bello y bondadoso semblante. «Es la mamá», decía Inés, tratando de adivinar. «Sí, es la mamá, le respondieron, pero no la que murió, sino otra.» Algún tiempo después, la otra vino. Inés la miró bien, la reconoció—era, en efecto, la del dibujo—pero no quiso besarla.

Andando el tiempo la besó, porque la mamá viva también era buena.

Otra vez, el papá mostró á Inés otra figurilla, aunque no pintada, diciéndole: «Es tu hermanita.» «¿Mía?» «Tuya.» «Entonces podré hacer de ella lo que quiera...» Aquella figurilla de la que Inés podía hacer todo lo que quería, era Gracieta.

La cuestión de los dibujos andaba bien hasta enton-

ces para Inés y su padre, porque había siempre una porción de mozos barbudos que pagaban á buen precio el gusto de verse retratados. Mas llegó el año 59 (1), los mozos barbudos cambiaron de ocupación, y al pobre pintor de figurillas empezó á faltarle el trabajo y después á faltarle el pan. Tanto se acongojó por los padecimientos de su familia, que cuando acabó la guerra estaba enfermo. Al levantarse de la cama vióse envuelto en una red de deudas, de pagarés y de usuras...

Para salir de ella determinó lo siguiente: disolver cierta tinta de las que usaba y bebérsela. Algunas horas después, la pequeña Inés entraba en el estudio de su padre. ¡Qué cuadro!

La ligereza con que había empezado á contar la historia, habíase convertido en cinismo, y el cinismo en un quejido ronco.

—No ha terminado el cuento—prosiguió Inés;—mi padre agonizaba, quise gritar, me hizo seña de que callase, me cogió las manos, me las oprimió con fuerza y besándome desesperadamente en la boca, me dijo: «dí á la mamá que me perdone; tú piensa alguna vez en mí; no me sentía con fuerzas para vivir... ahora creo que las tendría... pero ya es tarde.» No dijo más. Llamé, acudió la mamá con la niña en brazos, y ante aquel horrible espectáculo, cayó de bruces sobre el cadáver. Escapósele Gracieta de las manos, yo la re-

(1) Alude el autor al año de la guerra con Austria, en el cual, una gran parte de la juventud italiana tomó las armas para batirse en pró de su independencia. (N. de L. A.)

cogí, y como atontada la mecía para que no llorase. Durante muchos años, ví lágrimas y miseria en torno mío; yo tan solo no lloraba; pensaba á menudo en mi padre, en mi padre que había ofrecido hermosos cuadros á cambio de pan para su familia, y que había acabado por arrojar los pinceles, y la vida con ellos. Parecíame aquel muerto el único hombre digno de vivir, y ladrones de su vida todos los vivientes. Cuanto más se borraban todas las memorias del pasado, más tenaz se mantenía la memoria de mi padre. Gracieta era pálida y enfermiza como su madre, mas se parecía á *él*, y yo la adoraba. Tenía yo nueve años más que ella, y cuando su madre estaba en cama con la tos, hacía yo de mamá. Íbamos pasando; viviendo de pan y de lágrimas; pero yo no lloraba. Me había hecho alta, me había hecho bonita, y cuando salía á la calle y todos me lo decían, respondía «Lo sé».—Me gustaban los vestidos de seda, las joyas falsas, los pendientes de similor. Me gustaba aturdirme, odiaba la miseria, aborrecía un trabajo penoso, pagado como de limosna... Me ofrecieron oro... Se acabó la historia. ¿Le ha divertido á usted?

Y como Conrado no contestase, Inés prosiguió:

—Me equivoqué; aún hay que contar. La pobre viuda, á la cual ya entonces me repugnaba dar el nombre de madre, vino tras de mí, me suplicó que volviese con ella... Aquella mujer tenía candideces de niña. Me habló de la virtud, del sacrificio, del amor de Dios y del amor del prójimo. Yo le hablé de mi padre, que había sido virtuoso y había pedido á Dios poder

emplear la vida por sus hijos... «Gracieta tiene catorce años, le dije, y el prójimo sólo espera que tenga diez y seis.» Lanzó un grito y me miró con espanto... «¿Lo ves?, añadí, pero no importa; yo salvaré á Gracieta; el vicio quiere cobrar el diezmo sobre la belleza harapienta. Yo soy bella; lo pagaré yo; yo vestiré de seda para que Gracieta lleve honradamente sus harapos; dentro de algunos años sería tarde; el mundo nos vestiría de seda á las dos.» ¡Ah! ¡qué mirada me lanzó la viuda de miedo y de lástima! Nada dijo; marchóse oprimiendo contra el pecho el negro mantón y sin volverse. Al día siguiente se mudó de casa para escapar á los chismes del vecindario. Pasé dos días sin ver á Gracieta, pero no pude esperar el tercero. Salí, desafiando las hablillas, las busqué y las encontré. La primera que me vió fué su madre, vino hacia mí para decirme alguna cosa, pero estaba Gracieta presente y se calló. Al besar á mi hermana, mi único afecto, lo único santo que había para mí en el mundo, sentí que se me enrojecía el rostro. Me hizo cien preguntas, respondí cien mentiras. Dije que estaba de aya en una casa rica, le prometí ir á verla con frecuencia... Mentía con aplomo; era mi deber; en los ojos de aquella débil madre, á quien mantenían inmóvil mis miradas, leí una tácita aprobación. Se convino, sin hablar, en que yo iría á verlas, en que no me lo impedirían. Gracieta debía permanecer inocente; su madre se convertía en mi cómplice para ayudarme á engañarla. Á cada nueva entrevista con mi hermana había nuevas preguntas, y había nuevas mentiras. La madre me miraba fijamente, sin decirme

nunca una palabra; su propia debilidad llegó á ser su fuerza; poco á poco, bajo aquella implacable repugnancia, me sentí desfallecer. «¿Cómo estás?», le pregunté un día; no me respondió, y estaba mala. Al día siguiente insistí «¿Cómo estás?» «¿Qué te importa de mí?» me contestó. Era verdad, ¿qué me importaba de ella? Si me hubiera importado, no pudiendo ocultarle como á Gracieta mi sonrojo, me hubiera muerto honradamente de hambre. Al tercer día la pobre mujer sufría mucho; Gracieta, que tenía los ojos encarnados, me dijo en secreto que no había dinero en casa para una medicina que le habían recetado á la mamá. Le dí un escudo y corrió á la otra habitación para enseñárselo á la enferma; yo, temiendo que volviera á devolvérmelo, escapé. Por la noche, entre las ansias que le cortaban la respiración, la enferma vino á mi casa, me puso en la mano la moneda y me dijo «Gracias» con un hilo de voz. No hice un ademán para detenerla, pero aquella noche no dormí. Al día siguiente fuí á su casa; la mamá estaba en cama con fiebre; alejé á Gracieta, me puse junto á la cabecera de la enferma, le pedí perdón, la supliqué que me dejara venir á ocupar la misma cama que ocupé de niña, le hice mil promesas que sabía yo misma que no podía cumplir. Me miró y lloró. Al día siguiente estaba yo de enfermera de una moribunda; la agonía de los tísicos es larga; trajes y joyas, todo lo consumí. Un día recetó el médico una medicina que había de tomarse á la mañana siguiente y no teníamos un céntimo. Al amanecer fuí á la cama de Gracieta; había salido; volvió media

hora después; traía el medicamento; ¡era rica! Contó que había ido á vender sus cabellos; que le habían querido dar veinte pesetas, y lo demás... Algunas horas después, la pobre enferma había muerto. Ante aquel cadáver indiferente y mudo, sentí inmensa piedad por Gracieta, que lloraba en un rincón.—Yo no tenía lágrimas.

Calló; luégo continuó, sin temblor alguno en el acento:

—Era necesario inventar un nuevo embuste. Inventé el siguiente: Un pariente de mi madre, enriquecido en el comercio, me tenía consigo para gobernar su casa. Gracieta lo cree todavía; no ha visto nunca al pariente y lo bendice. Le he recomendado que no diga á nadie que es mi hermana. Me ha preguntado «¿Por qué?». Creo haberle respondido que si lo dijese tal vez disgustaría al piadoso varón que me ha recogido. ¿Me cree? Obedece, y esto basta. Al menos, no le dirá nadie cuál es mi condición; no caerá al menos sobre su inocencia ni la sombra siquiera de mi afrenta.

—¿Qué hace ahora Gracieta?—preguntó Conrado, tras de un breve silencio.

—Está en una habitación retirada. Cose ó lee; está sola.

—¿No corre peligro de encontrarse con?...

—Tengo tomadas mis precauciones.

—¿La doncella sabe?...

—No sabe nada. ¿Quiere usted ver á Gracieta?

—No me atrevía á pedirlo.

—Ese cordón de campanilla da á mi cuarto. Tire usted y vendrá.

En tanto que Inés recobraba su graciosa indolencia,

Conrado fué á sonar la campanilla. Un instante después, giró una puerta con leve rumor sobre sus goznes, y apareció Gracieta, linda y sonriente. Pero al propio tiempo, por la puerta de enfrente, asomó la doncella y se retiró al instante.

—¡Él!—murmuró Inés palideciendo.

—¿Su tío de usted?—dijo Conrado con desenvoltura.—Siendo así, me marcho: dígale usted que su llegada me ha hecho huir.

Inés, estrechando la mano de Conrado, balbuceó «gracias».

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Gracieta cuando se quedó á solas con su hermana.—El señor Conrado conoce á tu tío, y yo no.

—No pierdes nada, es un señor muy raro.

—Vaya, pues me voy.... piensa en que estoy harta de esperar... el libro que me has dado es tan fastidioso!... Si tardas te revuelvo todos los vestidos... ¿Me das un beso?

—Ahora no—dijo Inés esforzándose en sonreir y amenazándola con el dedo. Pero cambiando repentinamente de idea, murmuró, arrojándose en brazos de la joven:

—¡Tanto monta!... Más vale ahora que después...

Mientras cruzaba la sala asomó otra vez la doncella.





XIV

Aparecen en la escena Arturo, Edmundo, Eugenio y otros personajes

Quiere hacerme una de las suyas!—había exclamado Antonio. Pero el exceso de parcialidad ofende hasta cuando adopta el aspecto de virtud, como sucede en el caso en que un servidor encomia el corazón generoso de su amo. No sería, por lo tanto, inútil advertir que el buen Antonio había conseguido llegar á estos elogios con la conciencia

tranquila, gracias á una sutileza filosófica por virtud de la cual todas *las* que el señor conde solía hacer, eran de los otros, y *suyas*, de él únicamente, aquellas que no hacía, pero respecto á las cuales cabía suponer el instinto, el deseo, la intención, la buena voluntad, el firme propósito, la necesidad de hacerlas...

Esta «una de las suyas», á diferencia de otras, hallábase, al parecer, tan cercana á la realización, que en verdad hubiera sido lástima que se malograse. Imaginaos, pues, si se movería Antonio: entregándose en cuerpo y alma á la tarea, al día siguiente, al anochecer, cuando la casita de la calle Lesmi hubo recibido los muebles y el canario de Gracieta, y los muebles, los canarios y los otros animalejos del arca de Noé de Valentina, pudo restregarse las manos y exclamar tres veces: «¡La ha hecho! ¡la ha hecho! ¡la ha hecho!» —se sobreentiende, «una de las suyas.»

Á las pocas horas de estar juntas Valentina y Gracieta ya eran amigas; la primera tuteaba ya á la segunda, animándola á que ésta hiciese otro tanto, lo cual intentaba Gracieta equivocándose siempre.

—Figúrate que soy tu mamá, la cosa no es tan difícil; con un poco de buena voluntad... ¡ha sido para mí tan fácil figurarme que tú eres mi hija! Y sin embargo yo no debía saber lo que son hijos, puesto que no los he tenido nunca!

Gracieta pudo muy bien contestar que ella, en cambio, sabía lo que era tener mamá, y que justamente por eso... pero se contentó con sonreir y decirle:

—Probaré!...

Y probaba, equivocándose siempre, ingeniándose para formular las preguntas de un modo indirecto, usando de mil cautelas para evitar los pronombres personales y ciertas construcciones gramaticales peligrosas.

—Esta rinconera estaría bien aquí—decía la señora Valentina—¿no te parece, Gracieta?

—Muy bien... y el costurero junto á la ventana, ¿no es cierto?

—Ciertísimo... ¿y tu canario?

—¿No sería mejor ponerlo con los otros?

—Mejor será, de seguro, así tendrá alguien cerca con quien echar un párrafo... ¡Ah! mira; esta otra mesita no cabe en tu cuarto, ¿dónde la pongo?

—Pon...erla en aquel...

—¿En cuál?

Aunque Gracieta no había olvidado que las habitaciones eran cuatro, vaciló para contestar:

—En la cocina, no; en la sala menos...

—Entonces en mi cuarto...

—Justamente, allí es donde estará bien.

Cuando estuvo cada cosa en su sitio, la señora Valentina tomó de la mano á la joven y visitó la cocina, la sala y los dos dormitorios admirando y haciendo admirar su buen aspecto.

—Ya verás, por la mañana, cuando éntre el sol, cuando haya sacudido el polvo á los muebles y barrido los suelos y la escalera... Ahora ya es tarde; te encenderé luz y... á la cama. Dejaré abierto tu cuarto; si quieres algo, llama fuerte... tengo el sueño algo pesa-

do... No te levantes hasta que yo éntre... Un beso y buenas noches.

—Buenas noches.

La señora Valentina entróse en su dormitorio, Gracieta oyó un gran aleteo en las jaulas y la voz de la buena mujer que con acento cariñoso decía:

—¿Te has hecho daño?... Vamos... contesta!...

—¿Qué ha sido?—preguntó la joven.

—Arturo, que dormía en lo alto de la jaula, ha soñado que volaba y se ha caído... ni siquiera se ha despertado... El tuyo, Mario, duerme, todos duermen... duerme tú también... ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Pocos momentos después habíase apagado la luz del aposento inmediato. Gracieta no tenía ganas de acostarse, acercóse de puntillas á la ventana y apoyando la frente en los fríos cristales, permaneció un rato mirando la extensa campiña que se perdía entre las sombras de la noche. Sentía el corazón lleno de gratitud, poblada la mente de ensueños y de serenas imaginaciones; veía en lo oscuro tres semblantes bondadosos que le sonreían: Inés, Conrado y su madre; oía multitud de palabras consoladoras, y diciéndose á sí misma que el mundo era hermoso, buenos los hombres y preciosa la vida, alzaba al cielo los ojos para darle gracias por haberla hecho tan dichosa.

Pensaba después en su condición primera, en la soledad de su habitacioncilla, en el melancólico vacío que la rodeaba... y al verse ahora centro de nuevos cariños, objeto de tantos pensamientos delicados, cas-

tellana regalada de aquel gentil castillejo, libre de correr por el huerto, de sentarse en la pradera más allá del huerto, y de dominar con los ojos la campiña, más allá de la pradera hasta la línea de los montes, preguntábase si todo aquello no era visión de la fantasía ú obra de encantamiento...

Volvióse hacia su cuarto, y al notar que aún ardía la luz, apresuróse á apagarla por no hacer gasto. Entonces y lo mismo, con efecto, que en los palacios encantados, entró en el aposento un rayo de luna para que la hermosa niña no fuese á oscuras hasta el lecho.

Tornó á empezar la fiesta con el alba; dieron de ella señal los canarios. Despertóse de súbito Gracieta, incorporóse á medias, se vió en un espejo y sonrió. Disponíase á levantarse, olvidando las recomendaciones de Valentina, cuando asomó ésta, más oronda y satisfecha todavía que la víspera—así, al menos, le pareció á la joven—y trayendo una taza.

— ¡Café! — exclamó Gracieta. — ¡Si no lo tomo nunca!

—Lo tomarás ahora; te calentará el estómago; es el vicio que yo tengo, lo tendrás tú también y así no serás perfecta y no me avergonzarás... Aún no han dado las seis—prosiguió la buena Valentina;—el *día* no empieza hasta las nueve; me quedan tres horas para arreglar la casa.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Lo que te acomode; mientras te vistes les daré el alpiste á los canarios.

Y salió. Poco después oyó Gracieta una voz que lla-

maba: «¡Arturo!» y al momento un aleteo y un gorjeo interrumpido.

—Vamos á ver de qué humor te has despertado esta mañana... ¿Tienes ganas? ¿Me cantarás el arieta? ¿Tomarás el alpiste de mi boca?

La postrera pregunta parecía hecha con los dientes apretados; y el canario, que había contestado á las anteriores, no contestó á ésta.

—¡Edmundo!

Nuevo aleteo y gorjeo nuevo; y la señora Valentina, con las mismas inflexiones de voz, decía:

—¿Cómo estás? ¿Bueno? yo también. ¿Qué tal de humor? ¿Bien? ¡tanto mejor! ¿Cantarás el arieta? ¿Subirás el pozalito? Vamos á ver...

Venció la curiosidad á la muchacha; medio vestida como estaba se asomó á la puerta y vió á la señora Valentina sentada, con Arturo en un hombro, y Edmundo muy afanado en subir con el pico un pozalito que caía fuera de la jaula, dentro de la cual otros siete canarios, puestos en fila sobre un bastoncillo, esperaban en silencio ser cada cual llamado por su nombre.

La señora Valentina atendía á estas operaciones con la mayor gravedad.

—¡Eugenio!—gritó.

Otra avecilla se separó de la fila, saltó á la portezuela de la jaula, que estaba abierta, y de allí al pecho de su ama.

—¡Qué bonito!—exclamó Gracieta.—¿Cómo ha hecho usted para enseñarles?

—«Cómo has hecho,» se dice.

—Es verdad.

—Dílo.

—¿Cómo... has hecho?

—Pues sencillamente considerándolos como personas chicas, como si tuviesen entendimiento, y hablándoles en serio y con claridad, reposo y lógica.

—¿Y la entienden á usted?

—«¿Te entienden?» has de decir.

—Sí... ¿Te entienden?

—Perfectísimamente. Ahora lo verás. ¡Violeta!

Violeta asomó también á la puertecilla y luégo voló al hombro de la proveedora de alpiste.

—Da pena—continuó la señora Valentina—ver cómo los hombres tratan á los animales; con gestos y voces sin sentido. Hay que tratarlos en serio, hablarles con claridad, reposo y lógica; entonces están atentos y entienden.

Gracieta se echó á reir; no estaba convencida.

—¿Está usted aquí?—dijo Valentina.—Salga usted y luégo se desperezará, señor poltrón.

El gato negro, interpelado de esta suerte, continuaba desperezándose, estirando el cuerpo, sin manifestar gran prisa; acudió al cabo; dió un par de cabezaditas contra las piernas de su ama y se le acostó á los piés. Entonces dió ella unas palmadas, y al punto Arturo, Eugenio, Edmundo, Violeta y los demás vinieron á revolotear piando alegremente en torno al *minino*, que ni siquiera se movió.

La muchacha repetía: «¡Qué bonito! ¡qué bonito!» y la «maestra,» sin mostrarse ensoberbecida por su

triunfo, se levantó dejando caer un puñado de alpiste y diciendo que se lo habían ganado. El gato negro se sacudió, pegósele á los calcañares y la acompañó á la cocina.

¿Qué podía hacer *Mario*, pobrecillo ignorante, entre aquella turba de sabios? Quizá por esto, al abrirle Gracieta la jaula, no quiso salir, y se contentó con picotear el alpiste en la mano de su dueña.

—Tú no sabes tantas monadas, pero las aprenderás —le decía Gracieta imitando, sin querer, el tono de la señora Valentina.

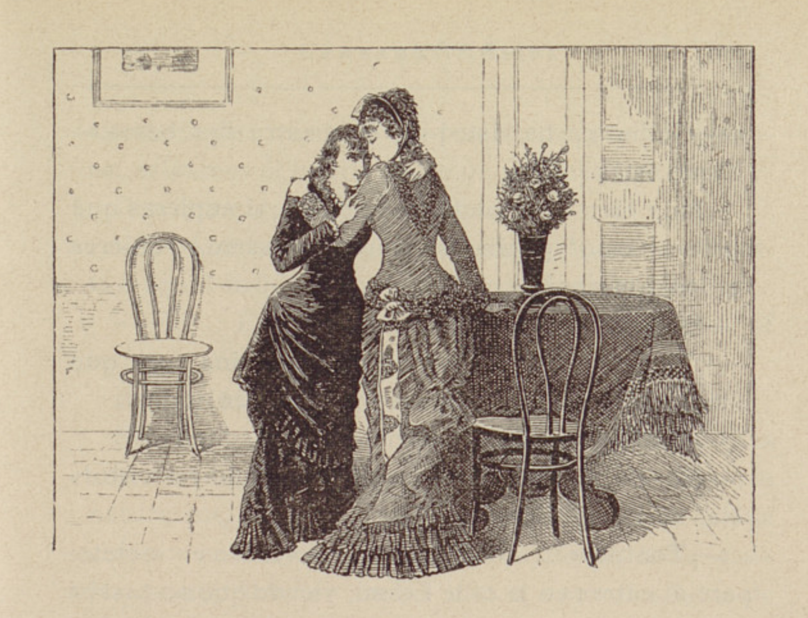
Y sin duda que Mario lo entendió, porque repuso, salvo error: «¡Yo sé cantar!»

Y cantó tan bien, en tono agudo, una arieta tan alegre, adornada con trinos tan difíciles, que la muchacha le aplaudió.

Los otros canarios procuraron hacer lo mismo, pero la voz de Mario sobrepujaba á todas las demás.

Después Gracieta acabó de vestirse, bajó á la cocina, ayudó á la *mamá*, y abriendo por fin la puerta que daba al huerto, dilató los extasiados ojos por la inmensa campiña.





XV

Visitas

Hacia el medio día llegó Inés.

Llegó á pié, modestamente vestida, con el velo caído, con el corazón agitado; atravesó presurosa la desierta calle, mirando en torno; al atravesar el puentecillo que daba al prado, algunas mujeres que lavaban ropa no alzaron siquiera sus semblantes curtidos... Entonces echó á correr... ¡hela ya á la entrada de la vivienda, en la salita... en brazos de su hermana!

—¡Nadie me ha visto!—le dijo entre dos besos.—¿Cómo estás?

—Muy bien—respondió Gracieta;—¡si supieras qué bonito es esto! ¿Quieres subir á mi cuarto? ¿quieres ver los canarios?

—Sí, vamos...

—¿Te sabrá mal que la señora Valentina sepa que estás aquí?—preguntó titubeando la joven.

—¿Por qué me ha de saber mal?

—No sé... al entrar decías: «¡Nadie me ha visto!» ¿Has venido en secreto?

—¡Tontuela!... No señor, no he venido en secreto: pero al entrar en la calle Lesmi, viendo que no pasaba un alma, empecé á decir: «Apuesto á que no pasa nadie antes de que llegue yo á la puerta;» y después he dicho: «¡Ah! si pasa alguno, ¡qué desgracia!» Me parecía que yo era tu novio y que venía á darte á escondidas un beso, como en las novelas... Y vamos á ver: ¿no eres tú mi amor? ¿no soy yo tu novio? Contesta.

—Toma—respondió Gracieta alzándose de puntillas y estampando un beso en las purpúreas mejillas de su hermana; después la echó un brazo al cuello y se la llevó hacia la escalera. Al llegar al rellano, desenlazó el cariñoso nudo, sonrió y dijo:

—¡Qué aturdida soy!

Nada más; su hermana lo comprendió y quedó perpleja.

—¿Qué hace ahora la señora Valentina?

—Trabaja.

—La incomodaremos—dijo Inés—y nos incomodará;

estemos solas mientras sea posible; bajemos á la cocina; salgamos al huerto; hace un sol hermosísimo...

Gracieta exhaló un leve suspiro.

—Volveremos arriba luégo—añadió Inés en respuesta á aquel suspiro;—quiero conocer los canarios...

—¿Sí?... Entonces tanto mejor. Bajemos, pues, al huerto... Ya verás, ya verás...

Bajaron al huerto.

Febrero había sido templado y en sus últimos días anticipaba á la campiña el tibio ambiente de Marzo; la naturaleza, despierta ya del sueño invernal, había abierto su inagotable estuche de joyas; lucía cada planta su pedrería y en los sulcos, entre dos hilos de nieve que resplandecían al sol, destacaban las primeras tintas verdes.

El huerto era grande, el prado inmenso: más allá, el campo surcado de olmos y de moreras, parecía un tablero infinito, y más allá todavía, tras de un velo de vapores, alzábanse los hermosos gigantes canos! (1) ¡Qué embeleso! Gracieta había pasado su infancia en casas privadas de vista, y casi no creía que desde Milán pudiese gozarse de tan bello espectáculo. ¡Y quién le hubiera dicho que en la calle Lesmi había un paraíso semejante!

Inés imitaba á la joven, inclinándose á mirar un insecto, un tallo de yerba, un pimpollo, buscando también y con la misma curiosidad ingenua... ¿el qué?

(1) *I bei giganti canuti.* Alude el autor á los Alpes, que desde Milán se divisan á lo lejos. (N. de L. A.)

Era un encanto mirar aquellas dos cabezas rubias tan unidas; aquellos dos semblantes de tan distinta gentileza, animados por el mismo afecto.

—¡Ah!

—¿Qué es?

—Una violeta.

Gracieta, que la había encontrado, estaba en su derecho al ponérsela en el pelo á su hermana.

—Sientan muy bien las violetas á los cabellos rubios.

Inés dejó hacer, dejó decir y sonrió con melancolía.

—¡Qué bonita estás!—exclamó Gracieta.

Dieron vuelta al prado y tornaron al huerto.

—Mira—dijo Inés—dentro de tres semanas, á más tardar, ya tendrás flores; mira.

—Ya lo veo: son jacintos que empiezan á salir.

—De seguro que son jacintos.

—No señora, son cebollas—dijo de repente una voz.

¿De dónde procedía? De un lugar digno y adecuado: de un campo de coles.

Riéronse las jóvenes de su equivocación, mientras que un hombrecillo, riéndose también, las saludaba.

—Soy el hortelano—dijo;—el señor conde me ha mandado que haga un jardinillo delante de la casa, y en el fondo un cenador, con un andén á través del prado para ir hasta allí... Si ustedes quieren pondremos jacintos, pero eso de ahí son cebollas...

¡Un jardín!... ¡un cenador! Gracieta logró, mediante un esfuerzo, reprimirse delante de *su* jardinero, pero llevóse consigo rápidamente á su hermana, para decirle, brillándole de alegría los ojos:

—¡Un jardín! ¡un cenador!... ¡Qué bueno es el señor conde!—agregó tras de breve silencio.—¡Y cómo sabe adivinar lo que me agrada!

Pasó una nube por el semblante de Inés.

—¿Estuvo ayer aquí?

—No, no estuvo.

—¿No te ha dicho nunca nada?

—¿De qué?... ¡Ah! sí; me preguntó que cómo era que te conocía, le respondí... no le respondí, y no insistió. ¿Y si ahora me lo vuelve á preguntar?

—Puedes decírselo todo.

—¿De veras? ¿Y también á la señora Valentina? ¡Es tan buena!...

—También.

—Gracias; así al menos podré hablar de ti sin ponerme colorada.

Inés enlazó el brazo de su hermana con el suyo sin pronunciar palabra; pero Gracieta era indócil; á cada instante se detenía, y sujetando el brazo ú obligando á su hermana á agacharse, se ponía á examinar un tallo de hierba ó un insecto.

—¡Un capullo!—exclamó de pronto.

É Inés repitió:

—¡Un capullo!

—No—dijo Gracieta—no es un capullo: míralo, es redondo, pequeño y oscuro.

—No, no es un capullo—pronunció como un eco su hermana.

—La señora Valentina lo sabrá; vamos á verla.

—Vamos á verla...

Y emprendieron la carrera cogidas de la mano.

—Venía á buscaros—dijo la *mamá* que bajaba en aquel punto la escalera—tenemos una gran visita !

—¡ El señor Conrado !—exclamaron las dos hermanas y las dos se detuvieron.

Descendió Conrado los últimos escalones y fué á estrechar la mano de las jóvenes, diciendo no sé qué, admirando, sin darse cuenta de ello, la belleza de aquellas dos cabezas rubias que por primera vez parecían buscar el parangón.

Gracieta fué la que contestó.

—Señor Conrado...—dijo—Señora Valentina...

—Déjate estar de señorías—interrumpió la última sin más rodeos.

—Señor Conrado... Valentina—prosiguió en tono chancero la muchacha—tengo el honor de presentar á ustedes ¿ se dice así ? á la señora Inés, mi hermana.

No había cuidado de que Valentina se asombrara por cosa alguna. Apenas dijo *¡ oh !* y aunque hay cien maneras de decir *¡ oh !*, la flemática viuda había adoptado uno solo para todos los casos de la vida.

Este moderado, aunque sincero asombro, tuvo la ventaja de moderar el asombro fingido de Conrado. Tampoco él apenas dijo *«¡ oh !»*.

—Sí señores, es mi hermana—prosiguió Gracieta—y si no lo he dicho antes es porque la muy pícara me lo había prohibido... Somos hermanas, pero no hemos tenido la misma madre ; por eso ella no lleva luto, aunque quería mucho á la pobre mamá... ¡ Ah ! ¿ qué iba yo á decir? Ya lo sé: Inés tiene un tío rico, muy ri-

co, y muy avaro y muy malo, y al que teme mucho. Este tío le ha prohibido que se trate con los parientes de nuestro padre, porque no era más que pintor, mientras que su madre era de familia noble... ¿Hablo bien, Inés?

Inés dobló la cabeza y no la levantó.

—Me disgustaba tener secretos con usted, señor Conrado; entre los tres lo guardaremos mejor... porque no hay necesidad de que nadie sepa... Inés dice que es mejor callarlo, aunque no haya ningún mal en ello... Y usted, señor Conrado, si no lo sabía todo, sabía que Inés tiene un tío, y lo conoce... ¿Verdad que da miedo de tan feo como es?

—¿Lo has visto?—preguntó Inés alzando el rostro.

—Una vez; al subir la escalera; por lo menos imaginé que era él... un hombre alto, delgado, feo y viejo, ¿no es así?

—Así es—contestó Inés con voz apagada.

—¿Qué es esto? ¿lo sabe usted?—preguntó Gracieta á Valentina mostrándole el capullo que había recogido.

—«Lo sabes» debes decir; y si lo sé, respondo... pero no lo sé.

—Es un capullo—respondió Conrado.

—¿Un verdadero capullo?

—Sí, mírelo usted al trasluz.

—Hay dentro una cosa negra...

—Un gusano.

—¡Oh!—exclamó Gracieta disponiéndose á soltarlo.

—Una mariposa—corrigió Conrado riéndose.

Rióse también Gracieta; corrió después al huertecillo, dejó el capullo en el hueco donde lo había encontrado y volvió al instante. Visitaron la salita y la cocina, y al llegar á las jaulas de los canarios,

—Verás, Inés, verás—dijo Gracieta.

Arturo, Ricardo, Violeta, Edmundo, Rosa, Eugenio y los demás, acudieron al hombro, á la cabeza, á la mano de la señora Valentina, subieron el pozalito, cantaron ó callaron; y la sabia profesora consiguió todo esto merced á la fuerza persuasiva de su lenguaje reposado, claro y lógico.

—¡Qué nombres!—dijo Conrado.

—Los he elegido yo—respondió la señora Valentina—así hubiera llamado á mis hijos si los hubiese tenido. Un nombre bonito nada cuesta; por lo mismo los hijos de los pobres no deberían llamarse nunca Bartolomé, Crisóstomo, Pancracio ó Eleuterio. ¿No tengo razón?

Tenía una y mil veces razón; tenía razón siempre. ¿Acaso pudiera no tenerla una mujer tan razonadora como la señora Valentina?

Una hora de conversación transcurre presto. Inés tenía que marchar, y como á Conrado nada le obligaba á quedarse, se ofreció á acompañarla; despidiéronse juntos y juntos salieron. Esperaba á la puerta un coche; Conrado lo ofreció á su dama, entraron, saludaron con la mano á Gracieta que asomaba su linda cabecita por una ventana, y partió el carruaje al trote.

—¿Está usted contenta?—preguntó Conrado con acento jovial por extremo.



Riéronse las jóvenes de su equivocación.....

—Contentísima, ¿ y usted ?

—Ya lo ve usted, soy dichoso.

Callaron.

Conrado se balanceaba con cierta ufanía ; corregía las arrugas del chaleco, alisábase los bigotes, inclinábase á mirar por la portezuela, todo con fatuidad y desenvoltura adorables. Inés seguía con la mirada todos sus movimientos, pero estaba distraída.

—¡ Qué sol tan hermoso !—dijo Conrado.

—¡ Soberbio !

—Diríase que estamos en primavera.

—Seguramente.

Callaron.

—¿ Sabe usted lo que debiéramos hacer nosotros ?—manifestó Conrado con creciente petulancia.

—¿ Qué ?—preguntó Inés fijando en él serenamente sus ojazos.

—Darnos un beso para sellar la obra que juntos hemos realizado ; además, usted casi me lo ha prometido.

—¿ Cuándo ?

—Precisamente prometido, no ; pero me hizo usted entrar en ganas al decirme... ¿ se acuerda usted ?... «después venga usted á verme y si usted quiere le daré un beso.» ¡ Y tanto como quiero !

Y se reía.

Rióse asimismo Inés y más fuerte ; después echando atrás el cuerpo de manera que el semblante quedára casi oculto en la sombra, dijo :

—¿ Y si álguien nos ve ?

—Peor para él; pero el coche va muy de prisa y nadie nos verá.

Conrado se inclinó, llegó con los labios al lindo rostro y estampó en él un beso, uno solo; después soltó de nuevo la risa. Inés seguía con el cuerpo en la sombra.

—Se ha puesto usted colorada—dijo el conde mirándola fijamente.—¡Calle! ahora se ha puesto usted más.

—¡Es extraño!—repuso Inés.

Callaron.

Paróse de repente el carruaje; la sacudida sacó á entrambos de su distracción; estrecháronse la mano.

—Hasta la vista—dijo Inés—y que estemos siempre de tan buen humor.

—Siempre...

Conrado quedóse mirándola como atolondrado; luégo el coche partió de nuevo.

El viejo Antonio estaba, contra la costumbre, en el rellano de la escalera; hacía no sé qué... creo que nada... y no esperó á que su amo hubiese subido toda la escalera para tomar la palabra.

—Me pareció que llamaban; fuí á abrir... y nadie: quedé escuchando, oí que venía el señor, y por eso me he quedado aquí.

Conrado entróse en su cuarto sin responder; el criado no acertaba á apartarse de su lado.

—El señor tiene hoy un aire tan alegre, nunca lo he visto así... tanto que...

—Es cierto, Antonio, estoy muy alegre. ¿Qué decías?

—¿ Qué decía ?

—Sí ; decías «tanto que...»

Antonio miró al techo ; después imploró la misericordia de su tirano : «lo había olvidado.»

Conrado se desnudó sin pronunciar palabra, deteniéndose á cada punto, distrayéndose de un modo deplorable ; de seguro que sin el auxilio de Antonio se hubiera puesto al revés la bata.

Viendo que no había modo de hacerle hablar, el viejo recurrió á un medio heróico.

—«Tanto que...» ya lo recuerdo ; si quiere el señor que lo diga, lo diré.

—Dílo.

—Tanto que ha hecho el señor muy buenas cosas ; pero como esta, la verdad, como esta, ninguna...

—¿ He hecho muy buenas cosas ?—preguntó Conrado con irónica sonrisa.

—¡ Ya lo creo ! Pero esta les gana á todas. Me parece que estoy viendo á la señorita Gracieta... ¡ Cuán feliz debe de ser allí, con sus canarios, su huertecito, y la alegre compañía de mi hermana ! Ríe, salta, corre ; se le pone la cara encendida como una fresa. ¡ Vaya ! de seguro que está allí perfectísimamente !

Á todas estas interrogaciones, indirectas como ordenaba el respeto, contestó Conrado :

—Gracieta es feliz, tu hermana es feliz, yo también soy feliz...

—Y yo—exclamó Antonio—pero enmendó la frase añadiendo—... y yo no cuento para nada, pero si contase, sería el más feliz de todos.

—Déjame ahora; llámame para comer—dijo Conrado sonriendo al buen anciano para templar la dureza de la orden... Déjame...

Antonio, respetuoso las veinticuatro horas del día, tenía sus momentos de tácita rebelión. Él no lo notaba, pero nosotros lo notábamos muy bien; toda su obediencia no le impedía hacer siempre lo que le acomodaba.

Consiguió, pues, no moverse, fingiendo ó creyendo él mismo de buena fe que se apresuraba á marcharse. ¿Quién sabe? Quizá el amo le haría alguna pregunta, como había sucedido otras veces... Pero como no le hizo ninguna... era preciso pasar aquel bendito umbral y cerrar aquella bendita puerta... Quizás no, porque realmente que cerrase la puerta no se lo habían mandado...

—¿Cierro?—se aventuró á preguntar.

—Haz lo que quieras.

La contestación daba derecho á Antonio para quedar perplejo; primero dirigióse hacia fuera sin cerrar, volvió atrás y cerró, volvió á abrir y por último dejó cerrado.

Conrado quedóse escuchando los pasos del viejo, que se alejaba; luégo dejóse caer sobre el diván, pegó la boca á un almohadón y lloró.



XVI

El señor conde de buen humor

UANDO Antonio llegóse á la puerta y dió en ella dos golpes discretos para advertir al señor conde que la comida estaba en la mesa, hacía ya un cuarto de hora que el señor conde andaba arriba y abajo por el aposento en pos de una idea importuna que no conseguía sujetar.

—Voy—dijo; dió otras dos vueltas, inclinó la cabeza y salió.

En la mesa se mostró por extremo contentadizo ; la sopa era excelente, muy en su punto el pollo asado, los guisantes tempranos exquisitos, el vino delicioso. Antonio, que estaba en pié delante del aparador para recibir de la cocina los platos calientes y servírselos al señor, asomábase de vez en cuando al ventanillo para dar gracias al cocinero con una sonrisa ó con una palabra queda de estímulo. Aquella comida fué el ideal de las comidas; empezada y acabada con la regularidad de un reloj ; sin un tropiezo, sin un retraso, sin un melindre... y con apetito. Al servirse la fruta, Conrado dió en locuaz ; quiso que Antonio bebiese con él; y Antonio se negó una, dos veces, mas al cabo aceptó por obediencia, no sin cerrar antes el ventanillo á fin de que las miradas curiosas del cocinero, envalentonado por su reciente triunfo, no fueran testimonio de una familiaridad fatal para la disciplina.

¡Cosa rara! el antiguo servidor hizo esta observación sin pedir licencia para ello, después de haber vaciado de un trago la copa, como el respeto ordenaba.

—Bebe, viejecillo mío—dijo Conrado escanciándole más vino en la copa—bebe.

—¡ Oh ! ¡ oh !... gracias... ¡ basta ! ¡ basta !

—Bebe—insistió el amo—este día no es para mí como los demás.

—Ya se conoce.

—No, no se conoce.

—Eso es, no se conoce del todo, pero se adivina.

—Tampoco.

—Tampoco.

—Bebe, Antonio, bebe, y veamos si sabes después decirme lo que deja comprender mi cara... ¿En qué crees tú que he ocupado el tiempo antes de comer? ¿No lo adivinas? seguro que no: en llorar.

—¿Qué?...

—Lo que oyes; tú dirás «¡á sus años!»

—No lo digo...

—Pero lo piensas; no me lo niegues.

Antes de contestar, Antonio apuró la copa para cobrar fuerzas.

—No lo niego, porque el señor me lo manda; pero si no me lo mandase, lo negaría, sí señor, lo negaría... Á la edad del señor era yo un chiquillo... y no lloraba... ¡Á su edad! ¿Y qué edad es la del señor? vamos á ver... El señor nació...

—Déjalo estar; no importa; tienes razón; soy un chiquillo y he llorado porque era muy dichoso... Es verdad, las grandes alegrías necesitan lágrimas; cuando leí por primera vez este pensamiento lo creí una tontería; ahora me parece artículo de fe.

—Perdone el señor, pero es un artículo embustero —se apresuró á decir Antonio—déjeme decirlo; es un artículo embustero. Yo me acuerdo de cuando me pusieron los galones de cabo, delante de mi compañía, enfrente á una batería, en el campo de batalla... Era aquello una alegría muy grande ¿no es verdad? Pues no lloré; ¿qué figura hubiera hecho yo llorando?

Conrado soltó la carcajada, se levantó de la mesa y dió un golpecillo en el hombro al viejo.

—Tienes razón—le dijo.

«No tiene razón — añadió cuando estuvo solo; — ¿acaso no he mordido el almohadón, no he empapado en lágrimas un pañuelo y sin embargo soy extraordinariamente feliz? Sí, las grandes alegrías necesitan lágrimas. Siente uno una cosa que se le anuda aquí, una cosa que se le desata acá, así en los dolores como en los placeres, cuando hay tensión extremada en las fibras; la naturaleza obra de esta manera; debe ser así; lo es de seguro.»

Conrado hablaba en alta voz, como si se dirigiese á un interlocutor invisible; y unía el gesto á la palabra.

Detúvose al cabo delante del espejo, y levantando el índice:

«¡Conrado! ¡Conrado!—dijo; después rió, después se puso serio y añadió con mucha gravedad:—El vino, justamente cuando por la edad debe suponerse que tiene juicio, lo hace perder á los demás.»

De repente se quitó la bata, endosó otra prenda y escapó de su casa como un estudiante.

«Se la he pegado—decía bajando la escalera;—ahora Antonio entrará en mi cuarto á darme el café, no me encontrará, preguntará al ganso de Proto si me ha visto, y no me ha visto... ¡Se la he pegado!»

«¡Ah!»—exclamó ya en la calle, y como alguien se volviese al oirle, prosiguió en voz baja:

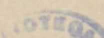
«La buena acción que hiciste es tuya, nadie te la quitará; bien puedes ahora reirte de tus lúgubres presagios. ¡Qué lástima que no nieve, para reirte también de la nevada! Has tenido el capricho de realizar una santa obra; ya no te falta nada y confío, por lo tanto,

mi querido Conrado, en que en lo sucesivo procederás con sensatez y no aburrirás á los amigos, ni te distraerás besando una copa henchida de champagne, ó una mejilla pintada. ¡ Hermosa noche ! Á estas horas Gracieta mira las estrellas desde la ventana ó enseña la lección al canario... Dejemos á Gracieta; ¿ qué hace á estas horas la linda Inés? porque realmente Inés es muy linda : tiene unos labios que parecen de coral, y unas mejillas frescas y suaves como el terciopelo... No se las pinta ; lo hubiera notado al besarla... y además no se hubiera puesto colorada... ¿ Por qué se habrá puesto colorada? Vaya... es muy bonita la tal Inés. Dejemos á Inés... En el Círculo estarán todos : Filiberto, Dominico, Félix ; ya hace algún tiempo que no me ven ; me asediarán á preguntas: *¿ qué ?... ¿ cómo ?* me parece estarlos oyendo... y yo, nada, mudo como una esfinge y burlón como una careta. Aniceto es capaz de decirme que el no habérseme visto en ocho días es para él lo más natural del mundo, supuesto que habiendo perdido el *corazón* debo haberme hecho *raro* (1). Es muy capaz de decirlo; ha tenido ocho días para pensarlo.»

Dos transeúntes al ver á un hombre de elegante aspecto que iba solo, mascullando palabras, lo miraron fijamente. Conrado se calló y apretó el paso; poco después prosiguió :

«Sí, estoy contento, soy feliz; he hecho una cosa que

(1) Retruécano intraducible: la palabra *Corrado* (Conrado en español) se puede descomponer en dos: *cor* (corazón) y *rado* (raro). (N. de L. A.)



ninguno de mis amigos ha sabido hacer; que yo mismo no había logrado hacer hasta ahora... Es muy grato poder decir: «en la superficie somos frívolos, pero en el interior filántropos»; es muy grato pensar que mientras bebemos *champagne* alguien nos bendice; sí, es muy grato. Sin embargo, no hay que decírselo á Filiberto ni á Félix; están en una edad en que sienta bien un poco de cinismo ante una copa llena... llevan el porvenir consigo; lo derrochan, y es una mina! Nosotros somos los viajeros sin equipaje y hemos de llevar el gasto del buen humor para no quedar en descubierto... Hoy estoy de vena; harto los aburrí la última vez.»

Llegó al Círculo; miróse en un espejo de la antecámara y atravesó las salas vacías; la última, donde solían reunirse sus compañeros, estaba también desierta. Había preparado las frases y la apostura no contando con aquel contratiempo. Esperó; parecía que lo hacían adrede; no entraba nadie. Conrado contó con los ojos los medallones de la alfombra, desde su butaca á la pared; había trece; tenía fijos los ojos en la pared y el pensamiento en aquel número. Un reloj, silencioso hasta aquel momento, empezaba á dejar oir el latido del péndulo y su acento monótono parecía, en el silencio, adquirir cada vez más fuerza; á lo lejos se oía, de cuando en cuando, el ruido de las bolas del billar... Dieron las ocho. Conrado levantó la cabeza, prestó oído... nadie.

Transcurrió otra media hora; oyóse en la sala vecina rumor de voces. El conde se puso en pié de un salto.

—¡Por fin!—dijo. Pero Aniceto y Filiberto se habían

detenido á la puerta y parecían discutir. Conrado mudó repentinamente de parecer, miró en torno, abrió una puertecilla en el fondo del aposento y bajó la escalera. Una vez en la calle respiró con libertad.

—Más vale así—dijo;—no estaba en vena de conversación. No sé qué es lo que tengo hoy; me falta algo; siento aquí dentro un vacío. Además, hubiera sido preciso responder al que me preguntase: «¿qué has hecho estos días?» «He hecho otra novia» ¿Y dónde tengo yo esa novia?

Conrado iba andando hacia la calle Solferino; al llegar al número 9 se entró casi en el portal distraídamente. Detúvose á tiempo; y apoyándose en la pared de enfrente, miró las ventanas iluminadas del segundo piso.

—¡Arrebatarla á ese viejo avaro no debe de ser muy difícil; yo no soy avaro ni viejo!

Alejóse á paso lento; al doblar la esquina se detuvo, dirigió una postrer mirada á la ventana y pronunció como en contestación á una secreta pregunta:

«Inés es más seductora, más graciosa, más bonita... sí, más bonita.»





XVII

Inés

Al día siguiente, á cosa de las doce, Conrado se levantó de la cama, se acomodó en una poltrona y mandó que le afeitasen. Nunca recibía Antonio esta orden, que debía transmitir á Proto, sin enfurecerse de su propia ignorancia. Le afligía el corazón ver aquel mastuerzo meter los dedos por el cuello de la camisa de su amo y plantarle las mana-

zas en la cara, sin el menor miramiento; tanto más cuanto que Proto no desempeñaba nunca su delicado oficio sin una sonrisa de complacencia que le partía la cara en dos y sin murmurar al oído de Antonio: «Fíjese usted en la gracia con que lo cojo por la nariz.»

El viejo hubiera dado cualquier cosa por no presenciar semejante horror, pero no sabía salir del cuarto, y ya que no de otra cosa, servía de testigo. Entonces Proto enjabonaba el rostro de Conrado; se apartaba luégo para afilar la navaja, para tocar esto y lo otro, sin hacer nada, siempre con aquella cara de estúpido partida en dos por la sonrisa... Á veces decía:

—Antonio, apártese usted, me quita usted la luz.

Antonio obedecía sin respirar, esperando á que Proto terminase para cogerlo aparte y decirle con voz solemne:

—Bribón, tú acabarás mal...

Aquel día, pues, á cosa de las doce, Conrado se hizo afeitar por Proto; después permaneció una hora larga ante el espejo, empleó aguas, pastas, cepillos y cepillitos, se puso guantes nuevos, y salió.

—Apostaría á que va á buscar novia—observó Proto.

El viejo respondió con una ojeada severa, á pesar de lo cual no pudo cerrar la boca del impertinente.

Y el impertinente tenía razón. Conrado había padecido de insomnio en la noche anterior; se había preguntado en balde durante largas horas qué era lo que le faltaba y habíase al punto respondido que lo que le faltaba era una mujer; que el puesto ocupado antes por Fanny la morena, estaba vacío; que hacía ya ocho

días que no debía estarlo, y que Inés era rubia y superlativamente guapa.

Fuése, pues, en derechura á la calle Solferino, número 9; subió la escalera, entró, le dijeron que esperase en la sala y esperó.

La anchurosa estancia hallábase engalanada toda ella de flores; parecía un templo preparado para amoroso rito: delante de las ventanas había dos camelias blancas, sobre la tabla de la chimenea jacintos en flor; y sobre el velador del centro un jarrón de porcelana con una guirnalda de cupidillos que aunaban todas sus fuerzas para llegar á un enorme ramo de violetas. ¡Qué voluptuosa languidez en la tibia luz, en el contraste de matices, en las ondas diversas de perfumes que se entrecruzaban en el ambiente!...

Lo mejor fué cuando entró la doncella á decir á Conrado que la señora, para que no se impacientase, lo recibiría en su cuarto de dormir. El conde Germinati había experimentado en otras ocasiones un estremecimiento semejante al que le corrió por el cuerpo al oir tal noticia, y no era nuevo para él el espectáculo que se ofreció á sus ojos cuando asomó al santuario de la bella: un semblante de serafín que le sonreía en medio de un bosque de cabellos que le caían por los hombros:—un capullo de rosa en un nicho de oro.

Y sin embargo, Conrado, que había entrado con aire ligero y frívolo cual compete á un hombre práctico, sintióse paralizado por una fascinación que no pudo vencer, y al estrechar la blanca manecita que se tendió hacia él, la conservó entre las suyas como atontado.

Habló Inés la primera; sentada ante el espejo y alzando los ojazos para mirar el rostro del visitante, se excusó de recibirle en aquel sitio á aquella hora: pero había padecido de insomnio durante la pasada noche, habíase levantado más tarde que de costumbre y para ella apenas empezaba entonces el día.

—Si no le desagrada á usted charlamos un poco mientras Nina me peina.

—Sí que me desagrada—respondió Conrado en tono chancero;—quisiera permanecer mudo para admirar á usted.

—Gracias—dijo Inés é intentó inclinarse, pero sintió un tirón del pelo y exclamó:—¡Ay!

—¡Ay!—repitió, siempre en broma, Conrado.—Nina, mucho cuidado ¡Nina!

La muchacha rió estrepitosamente.

—Sea usted testigo—dijo Inés tras de breve silencio —de que no llevo cabellos postizos...

Y prosiguió, volviendo el bello rostro:

—...de que no uso pomada roja en los labios, ni me doy esmalte en las mejillas y apenas, apenas, si me pongo un poco de *veloutine*, que no puedo soportar, pero que es indispensable. Si no parecemos de algodón en rama, si no somos vaporosas, no gustamos á ustedes... Y mire usted cómo hay que hacer para ponerse vaporosa y gustar á estos señores...

Tomó ella misma una borla, la introdujo en una caja de polvos blancos y frotóse ligerísimamente las mejillas, la barba y la frente; después agitando la gentil cabeza, encendió mil reflejos de oro y apareció por

un momento como circundada por una aureola de luminosos rayos, diáfana y mórbida cual soñada beldad.

—¿Le gusto á usted así, señor conde?

Y rió.

El señor conde no tuvo palabras para contestar y Nina recogió los cabellos, procurando abarcarlos todos con una mano, después los dividió con el peine en dos partes iguales, y dijo:

—Tome usted estos.

Conrado, fingiendo que la advertencia se dirigía á él, se apresuró á *tomar;* miróle Nina sonriendo, dijo Inés «gracias» y el conde se sacó un guante con los dientes y cambió de mano aquel tesoro para apreciar bien su valía. ¡Cuán suaves eran los tales cabellos! Así que en vez de sostenerlos sencillamente, los acariciaba, los soltaba por un momento, los volvía á tomar; al cabo Nina los recogió del todo.

—¿Me quedo así?—dijo á poco Inés disponiendo las dos trenzas en torno al semblante y anudándolas debajo de la barba...—¿Estoy bien?

Miróse en el espejo, exclamó que era un horror, que parecía un monstruo, libertó la linda cara de aquel lazo y se puso en pié...

Cada movimiento suyo era un encanto. Conrado la miraba extático hallándola ahora más bella que há poco, hoy más bella que ayer, y siempre, y sin comparación, más bella que Fanny, que Cándida y que todas las demás de su martirologio.

—Me quedo así—repitió Inés, volviéndose directa-

mente á Nina, lo cual significaba : «Ya no te necesito, vete». La doncella se fué.

De improviso, y como si esto tan sólo esperase, la hermosa se echó en brazos de Conrado y le estampó un beso que abandonó á sí mismo.

Conrado vaciló como un beodo, é Inés exclamó riendo:

—¡Qué pálido se ha puesto usted, señor conde!

—¿Me he puesto pálido? –respondió Conrado—¡es singular!

—No, no es singular... es que tuvo usted miedo de que me lo quisiera comer; eso ha sido.

Abrió después la puerta que daba á la sala y entró aspirando el perfume de las violetas y los jacintos con las membranas de la nariz dilatadas. El conde la siguió; no se había repuesto todavía del estupor que la acogida que había obtenido le produjera; había ido para poner asedio, en broma, á una fortaleza desmantelada; contaba con débiles resistencias, repulsas, mohínes, dengues y coqueterías, tomadas á préstamo á la virtud para hacer más seductor el placer, y hallábase con otra cosa; no lo contrario, sino otra cosa, la peor, lo incomprensible.

No acertaba á interpretar aquellos modales familiares, aquella sonrisa, aquel beso; ya se jactaba de haber inspirado á Inés una pasión, ya se sentía asustado, ya se acusaba de necio y vano.

Inés iba dando vueltas por la sala mirando de uno en uno los jacintos, dando de vez en cuando una ojeada fugitiva al conde y resuelta indudablemente á no

desplegar los labios mientras él no dijera alguna cosa.

—¡Qué hermosa está usted hoy!—suspiró Conrado.

—¡Qué hermoso está hoy el día!—repuso Inés, y ni siquiera se volvió.

Poco después fué á sentarse junto á Conrado y repitió:

—¡Qué hermoso está hoy el día!

—¡Qué hermosa está usted hoy!—repuso él en tono serio.

—¡Vaya! ¿Acaso le he ofendido á usted? Mi observación equivale á la de usted. «¡Hermoso día el de hoy!» «¡Qué hermosa está usted hoy!» ¿Qué diferencia hay entre ambas exclamaciones? Dígame usted otra cosa, ya que usted ha venido; por ejemplo, á qué ha venido usted...

—Á ver á usted, á decirle...

—¿Qué?

—Que estoy enamorado de usted; ya lo he dicho.

Inés no contestó; había vuelto á mirar hacia la ventana.

—Entra un poco de aire ¿lo nota usted? Y sin embargo, está cerrado todo... Deciamos...

—Decía que estoy enamorado de usted.

—¿De veras?

—De veras? ¿le sorprende á usted?

—Nada de eso; lo sabía, por el contrario; á cuantos hombres he conocido les ha sucedido igual desgracia, y no tengo una amiga á quien no haya ocurrido igual fortuna...

—Chancéese usted cuanto quiera, pero escúcheme.

—Le escucho á usted, pero advirtiéndole que no creeré ni una palabra de lo que diga.

—Entonces callo.

—Aun callando, no será usted sincero; la sinceridad no cabe en un hombre como usted cuando se halla junto á una mujer como yo. Vamos á ver, ¿ quiere usted ser franco una vez al menos?

—¿Qué he de hacer?

—Repetir lo que yo diga como un eco: vaya usted siguiendo: «He venido para hacerle á usted una declaración.»

—He venido para hacerle á usted una declaración.

—«Porque tengo el corazón desocupado.»

—Porque tengo el corazón desocupado.

—«Porque me gusta usted.»

—Porque me gusta usted, mucho, mucho, mucho...

—«Porque me parece que pasaría bien con usted el mes de Marzo, y parte de Abril.»

—Porque me parece que pasaría bien con usted el mes de Marzo, y parte de Abril... y el resto de Abril y del año y de la vida...

—«Es usted un eco infiel y charlatán.»

—Es usted un eco infiel y charlatán.

Riéronse á carcajadas.

—Acabo; «y porque la he creído á usted y la creo todavía enamorada de mí.»

Conrado se puso en pié y llevóse la mano al corazón para protestar de que aquello no lo quería repetir porque de ningún modo era verdad.

—Es verdad—dijo Inés.

—Seré ingenuo; es verdad á medias; á saber: la creí á usted por un momento enamorada de mí; ahora no lo creo ya.

—¡Hola! al cabo lo confiesa usted, caballerito!—exclamó Inés, entre burlas y risas;—¿y por qué lo había creído? ¡por un beso que no supe ni rehusar ni conceder sin ponerme colorada, después de haberme creído durante una hora otra mujer dando otros besos á mi Gracieta! Y ya me he vengado; ¿no se ha puesto usted pálido poco hace por un beso mío? Según eso tendría yo derecho á creerle á usted locamente enamorado de mí?

—¡Oh! créalo usted, se lo suplico.

—No lo creo.

Hubo un momento de silencio raro; después poniendo Inés sus manos en las de Conrado, le dijo con gracia irresistible:

—No nos engañemos á porfía; seamos lo mejor que podemos ser: buenos amigos. Marzo nos traerá las primaveras; Abril las clemátides; Mayo las rosas y los lirios; Junio, Julio y Agosto, flores de mil matices como dicen los poetas que no han salido nunca de su casa, hasta que Diciembre volverá á traernos los jacintos tempranos para adornar con guirnaldas una amistad que podrá desafiar al tiempo. Me dijo usted en otra ocasión que se conceptúa nada comparado conmigo; que con relación á usted yo soy una virgen; que también usted tiene algo de escepticismo en el corazón y algo de niebla en la cabeza, y que hay momentos en que, como á mí, le inspira á usted asco la

vida; si todo esto es algo más que palabras, no desdeñará usted mi sincera amistad. El mundo, que no piensa como usted, le creerá á usted mi amante; no me importa.

Conrado no contestó desde luégo; parecía distraído; luégo dijo:

—¿Y qué creerá Gracieta?

—¡Qué cosas le ocurren á usted!... ¡Qué sé yo lo que creerá!... nada probablemente; sabe que somos amigos y no le parece raro, como se lo parece al mundo.

—Como se lo parece... ¿luego?...

—Me ha hecho usted tres visitas en pocos días; basta y sobra con ello; pasa usted ya desde ahora como mi amante á los ojos del portero, el cual representa y en el cual empieza el mundo.

—¿Y esto no le disgusta á usted?

—De ningún modo; soy libre de recibir á quien quiera y me agrade.

—¿Recibe usted á muchos?

—Á nadie más que á usted.

—Y...

—Ya...

—¿No es celoso?

—No.

—¿Se parece al retrato que hizo Gracieta?

—Se parece.

—¿Cómo se llama?

—Conrado, amigo mío, le advierto á usted que se distrae demasiado.

—Perdone usted—dijo Conrado riendo,—es verdad.

Calló un instante y continuó después:

—¿Cómo se llama?

—¿Vuelve usted á empezar?

—Acabo, ¿cómo se llama?

—No lo puedo decir; no quiere que se sepa; es la única obligación que me impone, las demás me las impongo yo.

—¿Cuáles?

—Respetarme; permanecer mujer perdida, sin convertirme en mujer viciosa. Á mí me gusta el lujo, la circunspección, la paz; obtengo todo esto; me basta.

—¿No es, por lo visto, avaro?

—Es avaro, pero está enamorado... á su manera; contentábase con una tercera, con una cuarta, con una sexta parte de mi amor por economía; pero como no pudo, se sacrificó y lo ha tomado todo.

—¿Y qué responde usted al que le dice: «la amo á usted?»

—Según y conforme.

—¡La adoro á usted!...

—¡Embustero!

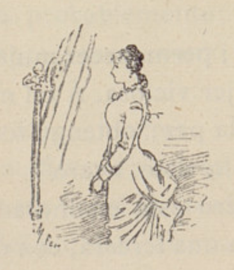
Al salir de aquel aposento, de aquel hechizo, Conrado parecía haberlo olvidado todo; anduvo un trozo de calle mirando las baldosas de la acera; después se rehizo, y volvió la cabeza: estaba seguro de ver en la ventana á Inés—no estaba.

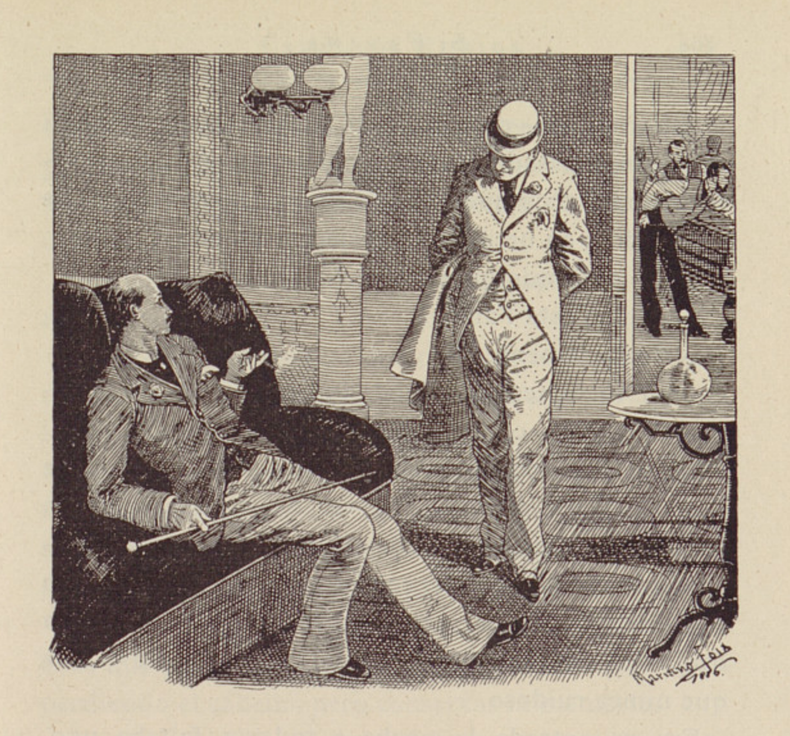
—¡No me ama todavía!—dijo y volvió á medir las baldosas de la acera.

En aquel mismo instante Inés, después de haber

dado vueltas por la habitación mirando distraídamente los jacintos, las camelias y las violetas, deteníase ante el espejo y murmuraba:

—¡No me ama todavía!





XVIII

En el Círculo y en el prado

El conde Germinati volvió aquella noche al Círculo; no había nadie. Se tumbó en un diván y aguardó fumando. Tenía la sonrisa en los labios, la agudeza á punto, extraña luz en los ojos.

Llegó Aniceto.

—Te encuentro envejecido—le dijo Conrado.

—Es verdad—repuso el otro sin alterarse,—cumplí el domingo pasado cuarenta y siete años; hasta el sábado podía decir que no tenía más que cuarenta y seis cumplidos; en un día he envejecido un año.

Llegó el Dominiquino.

—¿Como está Fanny?

—Perfectamente.

—¿Y tú sigues padeciendo insomnios?

—Siempre—contestó el otro bostezando.

Llegó Filiberto, llegaron los demás; á cada cual le decía Conrado la suya; en vez de exponerse como blanco á las alusiones y á las chanzonetas, se adelantaba á los amigos. Hubo conformidad en reconocer en él al Conrado de los mejores días; se le comparó á la oveja descarriada de la parábola, y el redil estuvo mas que nunca ruidoso.

Era ya entrada la noche y todavía faltaba uno, Félix.

—Félix no ha venido—observó Conrado.

—Y no vendrá; le ha bastado saber que tú estabas enamorado, para considerarse con derecho á enamorarse también; advirtió que te conservabas fiel á tu Gracieta y dedujo que le era también lícito ser fiel. —Díjose á si propio: «Félix, si eres lícito serás feliz» (1).

Atento únicamente á mirar en torno para recoger el

---

(1) Juego de palabras intraducible: «*Felice, se* FE-LICE, *tu sei felice.*» (N. de L. A.)

efecto de su retruécano, Aniceto no reparó en la súbita palidez que cubrió el rostro de Conrado ni en la prisa que se dió á disimularla despidiendo dos bocanadas de humo.

Deshecha la humareda, Conrado reapareció tan sereno como antes.

—Aniceto, me regalas una novia... no sé qué hacer de ella; ¿pero dónde has ido á desentrañar esa?... ¿cómo la has llamado?

—¡Miren el inocente! ¿Por ventura no nos contaste tú mismo la historieta de los cabellos rubios en la tienda del famoso peluquero? ¿No nos has pintado tu mismo la cara de Virgen de Gracieta?...

—¡Calle! Pues es verdad—exclamó Conrado dándose una palmada en la frente.—¡Bravo, Aniceto! Vas perdiendo el cabello, pero conservas la memoria.

Aniceto no le oía; la musa del retruécano le soplaba.

—¡Qué lástima!—exclamó de pronto.

—¿De qué?—preguntó Conrado.

—¡Qué lástima que tu Gracieta no se llame Cracieta ó Cristina!

—¿De veras?

—Ya lo creo; como que entonces hubieses podido leer tu destino en tu propio nombre: Corrado—«adoro Cr.» (1).

—¡Magnífico!—dijo Conrado—pero prematuro; de-

---

(1) Otro juego de palabras que tampoco puede combinarse en castellano. (N. de L. A.)

bías haber esperado á que me enamorase de una Cristina. ¡Oh Aniceto! ¿por qué no atiendes á tu nombre? ¿por qué no conservas en él tus retruécanos? ¡Oh Aniceto! ¿por qué no los pones en vinagre? (1).

Rieron todos, incluso Aniceto, el cual se levantó á estrechar la mano de Conrado y á asegurarle que había hecho una obra maestra.

Media hora después, y ya separado de sus amigos, encaminábase Conrado á su casa; pero al llegar á la puerta no se detuvo, siguió adelante, cruzó aquella calle y otra á buen paso, acortándolo luégo hasta entrar en la calle Lesmi; entonces saltó una cerca y se entró en un campo.

Permaneció allí escuchando; no pasaba nadie, nada se oía; tentando la tapia, dió vuelta al recinto, detúvose ante una corta empalizada y puso la cabeza entre dos barrotes. Á poco distinguió los árboles, aún desnudos, una estrecha vereda y allá en el fondo la casa que blanqueaba en la oscuridad y los huecos negros de las ventanas del primer piso.

De improviso relampagueó una luz vacilante en aquellas ventanas; alguien subía desde el piso bajo; después la luz se hizo más viva y se fijó como una estrella en el aposento, después desapareció tras de un cuerpo que proyectó una sombra prolongada en el prado.

Aquel cuerpo llegóse á la ventana para cerrarla; se

(1) En vinagre: *In aceto*. (N. de L. A.)

detuvo, se retiró, cerró por fin; por largo rato brilló la lucecilla á través de los cristales; luégo se extinguió. El conde, olvidado de sí mismo, continuaba con la mirada fija en las tinieblas.





XIX

Fiesta íntima

Alumbróse gran claridad en el corazón de Conrado. Tres veces repitió la gran palabra, con estupor, con sobresalto, con júbilo: ¡Amaba! Aquel ansia indefinida, aquella inquietud, para las cuales buscaba un mes hacía cien pretextos; aquel humor vario, en el fondo del cual, y quizá inadvertido, latía comprimido un gran alborozo; aquel secreto es-

pasmo, todo aquello ¿era en suma amor? No el delirio amoroso aplacado por la saciedad; no la fiebre lúbrica prolongada con artificios y próxima á su curación por la repugnancia; sino el amor sencillo, el que hace palpitar el corazón sin quemar las fibras; que es deseo, pero ignorado de los sentidos; que es fiebre, pero honrada; que es delirio, pero generoso.

Repasando veinte años de amores hallaba uno semejante á aquel: el primer amor; la imagen gentil de Gracieta evocaba la memoria de otra gentil aparición de la primavera de su vida; cuando su corazón se abría como un capullo, y su pensamiento era alado, y santos sus anhelos... Aquella niña, ahora madre de los hijos de otro, más que á sí misma se parecía á Gracieta. Pero ¡ay! que si aquella niña había llegado sobrado pronto, Gracieta llegaba sobrado tarde!...

Cruel antojo regula las leyes del corazón; el primer amor cae sin madurar del árbol de la vida, el último nadie lo coge. Asi pensaba Conrado. Y recordaba el banquete dispuesto para la curiosidad del adolescente, para el deseo del joven, para el capricho sin ganas del hombre maduro; recordaba las cien mujeres apetecidas un instante y arrojadas después como frutas picadas; y no veía en aquella fácil recolección de amoríos más que un amargor que había durado veinte años. ¿Por qué no había hecho sobrevivir el primer amor á la primera mujer que había encontrado? ¿Por qué con él no había compuesto la fuerza de la juventud, la compañía y el consuelo de toda la vida? ¡Ah! porque la tentación era grande, el mal ejemplo asiduo, poderosa

la curiosidad; porque cien árboles ofrecían con mil ramas los frutos del vicio y no había sino extender la mano para recoger la vanidad, el delirio y la culpa.

Ya era tarde; ese amor que nace puro de cien amores venales, es planta melancólica que crece en las ruinas de profanado templo. Hay que arrancarla antes de que ahonden las raíces, si es tiempo; si no, dejarla vivir desconocida.

Pero no podía Conrado no pensar en Gracieta. Aún amaba él más á aquel pensamiento que á ella misma; de ella podía huir, pero el pensamiento le hubiera seguido donde quiera. ¿Para qué, pues, huir de él?

Amar secretamente á Gracieta; saborear en silencio la dicha de verla y de estrechar su mano; hablarle y oir la regalada música de su acento, aspirar los efluvios de su inocencia, he aquí su única alegría. Ni otra cosa le guardaba el porvenir ni le era permitido esperar otra cosa.

Así considerando el pasado, como pensando en el porvenir, todos sus pensamientos fueron para Gracieta; pero ni uno de ellos adoptaba la apariencia del deseo; y hasta que el deseo no llega, la esperanza está lejos. ¿Mas qué podía esperar Conrado?

Tan sólo tornarse adolescente, él que ya se hallaba en el ocaso de la juventud; tan sólo procurar al corazón un juego; poner alas de nuevo á la fantasía; loquear como en otro tiempo; volver á cantar en voz baja las primeras estrofas de la vida. Proponíase ver á Gracieta como antes, hablarla como le había hablado,

llevar consigo y para él tan solo aquella fiesta íntima. Quería esconder á los demás su cofrecillo de joyas, é imaginaba reservados para sí todos los goces del avaro, más puros, porque ningún sobresalto los turbaba; más intensos, porque él solo disfrutaba de la contemplación constante del tesoro.

Pero en vez de todo esto, al siguiente día del gran descubrimiento, tras de haber combatido felizmente el deseo, no supo resistir al instinto y hallóse, casi sin percatarse de ello, en la sosegada casita de la calle Lesmi. Rió allí más de lo acostumbrado, charló en grande con la señora Valentina, le hizo mil preguntas indirectas y obtuvo la complicidad en un secreto; la sabia profesora daba, á escondidas, lecciones á Mario, y ya el discípulo no desconfiaba de ella, ya la escuchaba en silencio cuando le hablaba, ya se aventuraba á ir á tomarle de la mano un piñoncillo... pero no había que decírselo á Gracieta.

Prometió Conrado no decir una palabra, y cuando la muchacha cruzó canturreando por el huerto y alzó su cabecita de oro y nieve para enviar una sonrisa á la ventana, el conde sonrió también con gran sosiego, sin ponerse colorado ni amarillo, con admirable dominio de sí propio... Solamente el corazón latía con fuerza, ¿pero quién podía verle el corazón? ¿Quién podía contar las monedas de aquel cofrecillo? Conrado sabía que era rico y le bastaba.

Y volvió al siguiente día y al otro, ingeniándose siempre para justificar con un pretexto la visita. Tenía que dar órdenes sobre la manera de construir el pabe-

llón y el sendero que á él conduciría; sobre la amplitud del jardín; sobre la forma de las plazoletas...

—¡Qué diantre de hortelano!—decía—si le dejara uno hacer las cosas á su antojo no habría cuatro palmos de terreno para las flores.

—¿Y por eso se ha molestado usted en venir?—respondía Gracieta mirándole de frente y sin sospechar el incendio que promovía.

—¡Qué molestia! Lo hago con mucho gusto; estoy desocupado siempre y así me distraigo; le aseguro á usted que esto me entretiene, le aseguro...

Deteníase; aquellas aseguraciones eran peligrosas y no convenía abusar de ellas. También eran peligrosos los ojazos de la joven y no era prudente mirarlos con mucha fijeza y por mucho tiempo, sino desafiarlos un momento y huir: ver el color del cielo y adivinar el paraíso, leer el primer verso y declamar para sí, con mudo énfasis, todo el poema. De esta suerte procedía Conrado; cuando quería permitirse algún atrevimiento, adoptaba un aspecto más grave que el usual á fin de restablecer el equilibrio. Así, para apoderarse de una manecita de Gracieta y retenerla entre las suyas algún tiempo, hablaba con voz lenta, acompasada y solemne; para alisarle los cabellos, ya no bastaba, como en otra ocasión, encontrar no sé qué motita que había que quitar, sino quitarla de veras avanzando los labios y enarcando las cejas, como sucede en las operaciones difíciles.

En estos juegos inocentes, su malicia de hombre corrido era maestra, y maestra que, gracias á la igno-

rancia de Gracieta, lo presentaba todo como natural, hasta lo más desatinado.

Por ejemplo: obstinarse en querer encontrar la señal del mechón de cabellos cortados por él, en aquella selva de hilos de oro; esto era un desatino y otro el suspender las pesquisas al comparecer la señora Valentina. Gracieta, que nada de esto comprendía, hubiera podido, con dos preguntas nada más, poner en grande aprieto al conde; pero merced á su candor, se contentaba con fijar en él sus grandes ojos de maga...

¡Oh, aquellos ojos de maga! Conrado no los podía olvidar. Aun cuando estaba ausente, los veía fijos, lucientes y serenos; decididamente no eran dos ojos azules, eran dos ventanas del paraíso.

Había sufrido Conrado una transformación extraña; añadíase en la superficie diez años para quitarse veinte por dentro; en apariencia nunca había estado tan grave; en secreto nunca tan chiquillo.

Ya su casa no le parecía una prisión ni hostiles los muebles; los cupidillos de la tapicería, convertidos en mudos confidentes suyos, le escuchaban sin befa, y advertía que había comparado muy mal su alegría con la del avaro, porque el amor es pródigo por naturaleza, y de la peor casta de pródigos, de aquella que echa tesoros por la ventana sin favorecer á alma viviente.

Al regresar de la casita de la calle Lesmi, después de una hora de dulce martirio, sentía impulsos de parar al primero que pasara y decirle que amaba, que era feliz... y ya en su casa, tras de resistir á la tentación de

abrazar al viejo Antonio, cerrábase en su cuarto, y abría una caja de ébano que no contenía más que una mecha de cabellos rubios y un ramillete marchito de violetas.

Salía después al aire libre, porque las paredes del edificio no podían contener tanta dicha; cruzaba las calles con paso ligero, saludaba á los álamos de las fortificaciones como á antiguos amigos, hasta que queriendo pensar en otra cosa y proponiéndose ir al Círculo para aplastar á Aniceto bajo el peso de dos retruécanos monumentales, hallábase con el pensamiento y los ojos fijos en la lucecilla de las ventanas de Graciеta.

Mezclábase á su fiesta íntima algún suspiro, pero solamente para embellecerla más. «El muchacho había cambiado de veras», como decía el viejo Antonio; sí, había cambiado de veras. Todos los días, al salir de casa, encontraba en la puerta un pobrecillo al que daba limosna; encontraba otro en la primera esquina y otro más lejos y daba limosna á todos. Otras veces, en cambio, no por dureza de corazón, sino por magnanimidad que el vulgo no comprende, á saber, por no encontrarse á su paso con miserias, ó porque llevaba abotonado el gabán y le contrariaba detenerse y meter las manos en las faltriqueras, no daba un céntimo á nadie y encargaba á Antonio que diese la limosna el sábado.

Uníase á su alegría otra alegría, la certeza de que nadie podía amenazarle ni privarle de ella. «Porque, según decía Conrado, sólo tienen carácter durable las

dichas que dependen de nosotros mismos, que nacen y se alimentan en nuestro corazón y que se ocultan á los ojos de los profanos.»

¡Ah! no pensaba en que el alimento de su felicidad era el inadvertido deseo, oculto estímulo de cualquier goce; el deseo, que cuando cesa de alimentar el contento lo envenena; no pensaba en esto y era feliz.

Hacía tiempo que no veía á Inés; había también abandonado de nuevo el trato de los amigos; ¿pero qué le importaban á él ni Inés, ni los amigos, ni qué les importaba él á ellos? ¿Acaso no era otro hombre? Experimentaba cierta repugnancia á acercarse á una y otros; parecíale que en el saloncito de la cortesana ó en la sala del Círculo, revestiría su pasado, volvería á ser el que había sido.

Una tarde le dijo Gracieta:

—Ha estado aquí mi hermana hasta ahora mismo. ¿No la ha encontrado usted en la calle?

—No.

—Es raro; me ha pedido noticias de usted; me ha preguntado si venía usted á menudo.

—¿Y qué le ha contestado usted?

—Que sí, que ahora venía usted á menudo por el pabellón, por la plazoleta y por el andén.

—¿Qué hace la señora Valentina?

—Arriba está, iré á llamarla.

—Déjela usted estar.

Y encontraba nueva delicia en esta especie de misterio, del cual hacía cómplice á la joven.

Al siguiente día, al recordar á Gracieta y sus pala-

bras, recordó á Inés. ¡Ay, Dios! no había más remedio que hacerle una visita. Fué á hacérsela.

Subía cabizbajo la escalera cuando se oyó llamar por su nombre.

—¡Conrado!

—¡Aniceto!

—¿Venías á mi casa?

—Sí... es decir... no; ¿vives aquí?

—Claro, en el tercer piso, ¿no lo sabías?

—No.

—¿Dónde vas?

—Donde vayas.

Bajó Conrado la escalera. Le era repulsivo hablar de Inés con Aniceto, aproximarla por aquel medio á los amigos del Círculo; sentía una clase de avaricia que no acertaba á comprender; pensando en la virgen tenía celos de la cortesana; no quería que perteneciese á los amigos la hermana de Gracieta.

Buscando un pretexto para explicar su presencia en aquel sitio, se fijó en un anuncio puesto á la entrada.

—¿Á que adivino dónde ibas?—dijo Aniceto.

—Seguramente que lo adivinarás; á ver al dentista del cuarto segundo. Lo he mandado llamar, y como no puede dejar á sus clientes y yo tenía una danza de todos los diablos en una muela... aquí, á la izquierda... he venido yo mismo.

—¿Y ahora?

—Ahora resulta que me ha pasado el dolor; lo de siempre: la vista y hasta la proximidad de la llave inglesa quita el dolor de muelas.

—¡Ya! por eso subías tan cabizbajo. ¿Pues sabes lo que yo había creído?—saltó Aniceto, mirando á Conrado fijamente—que buscabas la rubia del piso principal.

—¿Hay una rubia en el primer piso?—preguntó con indiferencia Conrado.—¿Y es guapa?

—El portero dice que sí; hace un mes únicamente que vive en esta casa. Nunca he conseguido verla bien... Se llama... ¿cómo se llama? Inés, si no me engaño.

—Bonito nombre... ¿Hacia dónde vas?

—Hacia allá.

—Yo hacia acá.

Y se separaron.





XX

El señor conde tiene caprichos

Estaba ya corriente el pabellón; dos grandes enredaderas lo guarecían de los rayos solares; estaba igualmente dispuesto ya el andén, ancho y cómodo, sin consideración al respeto excesivo que mostraba el hortelano á las lechugas y á las coles. No estaba todo, sin embargo, concluído; para dibujar

una plazoleta que fuera digna de Gracieta, había que elegir flores de varios matices y medir escrupulosamente su estatura, para distribuirlas de manera que las más altas no escondieran á las más chicas.

Después de haber apurado el hortelano toda su ciencia, Conrado no se dió por satisfecho; íbase él mismo á consultar á las lumbreras de Flora, y llegaba cada día con una simiente ó una plantita nueva puestas en cajitas á propósito.

Un domingo llegó muy temprano, subió la escalera y saludó á la señora Valentina que en pié, delante de la ventana abierta, aspiraba con delicia una brisa suave de Marzo, sin reparar en la cafetera que hervía á sus espaldas en el hornillo.

—¿Usted aquí, señor Conrado?

—Yo mismo; hoy es domingo, el jardinero no renunciaría á santificar la fiesta aunque ganara en cambio... el paraíso—que es lo que se desea—y me he dicho: arreglaré yo la plazoleta á mi gusto; lo arreglaremos nosotros y mañana le diremos que ha venido el Padre Eterno á trabajar por él. ¿No le parece á usted que es buena idea?

—Muy buena; lo que siento es que tendrá usted que quedarse solo mientras estemos en misa.

—Sé yo la manera de no quedarme solo—dijo Conrado.

—¿Cuál?

—No ir ustedes á misa.

—¿De veras?

—Sí, señora.

—No, señor;—repuso Valentina riendo.

—¿ Dónde está Gracieta?

—Mírela usted allí; habrá ido á examinar las florecillas que crecen junto al sauce... ¿no lo decía yo? Se inclina, mírela usted.

Y preguntó á voces:

—¿ Cuántas hay, Gracieta?

—Seis, contestó la joven; ayer había cinco.

Conrado se había puesto á su lado para no dejarse ver.

—Adivina...—empezó la buena anciana, pero Conrado la asió del brazo para que callase. Gracieta, después de haber levantado la cabeza para escuchar, volvió á inclinarse sobre las florecillas del prado.

—Déjela usted estar así—dijo el conde—y cúidese de que no se le salga el café y se le derrame.

—No se saldrá—repuso con aplomo la señora Valentina, y se encaminó tranquilamente hacia el hornillo.

Conrado no apartó ya los ojos de aquel fondo verde, sobre el cual destacaba, brincando como una gacela, la blanca y gentil figura de Gracieta.

Ignorando que la observaban, canturreaba por lo bajo, interrumpiendo la cantilena para hacer muy seriamente algún examen trascendental, cuyo resultado expresaba en alta voz. En cierto instante quiso salvar de un salto el andén trazado, y no habiendo logrado asentar el pié sobre la yerba, volvióse, levantóse un poco la falda y saltó con la mayor presteza.

—¡ Bravo!—gritó Conrado fingiendo la voz y escondiéndose.

Gracieta quedóse un momento inmóvil, hizo luégo un ademán malicioso y enderezó el paso hacia la casa.

Y cuando Conrado se asomó á la ventana hallóse de improviso con los grandes ojos serenos, los labios sonrientes y la mano menuda de Gracieta.

Sonrió y tomó la manecita, pero hubo de volverse á mirar hacia otro lado.

Tomaron el café; después Gracieta corrió al jardín rogando al señor conde que le «explicase la plazoleta», y el señor conde echó tras de ella para «explicarle la plazoleta.»

El terreno estaba removido y pronto para recibir las plantas. Entróse en él Conrado hundiendo los piés en los terrones, y dibujó con el bastón un círculo en torno suyo.

—Éste es el macizo; ¿le parece á usted bastante grande?

—Sí, sí.

—Pondremos en medio de aquí un rododendro... ¿Ha visto usted alguna vez rododendros?... El nuestro tendrá flores rojizas, casi negras; al rededor lirios, después una rueda de peonias y otra de claveles, luego yerba doncella y por último una banda de elíseo oloroso.

—Conozco los lirios, los claveles, la yerba doncella y también las peonias; pero el elíseo ¿qué es?

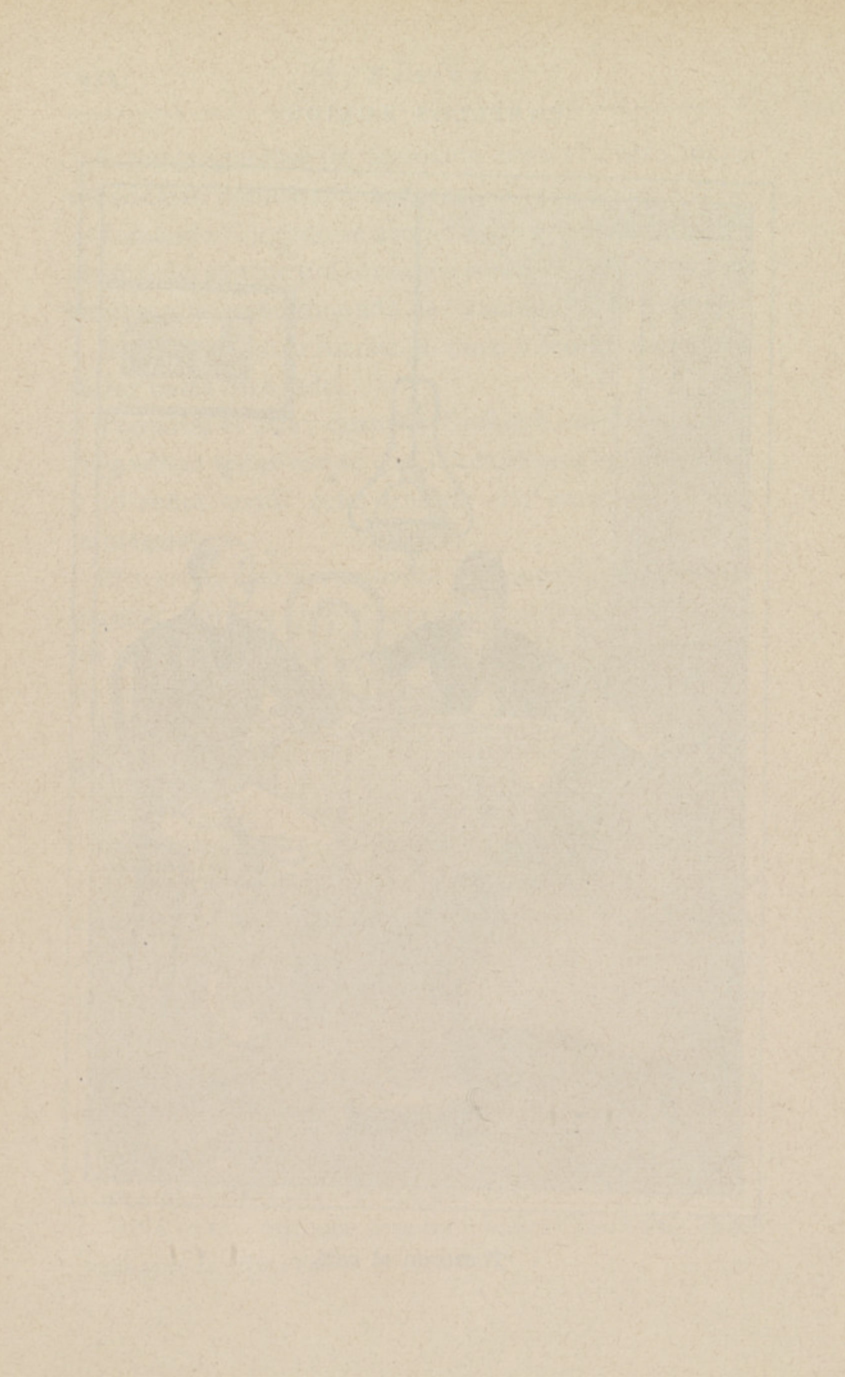
—Es el *elisium odoratum*.

—Y el *elisium odoratum* ¿qué es?

—No lo sé—dijo con mucho sosiego Conrado.—¿Empezamos la obra?



Tomaron el café.



—Empecemos — exclamó Gracieta batiendo las palmas.

—Usted puede marcharse á misa—manifestó el conde dirigiéndose á la señora Valentina, que presenciaba la escena con su habitual aspecto bondadoso y que se contentó con sonreirse sin moverse.

—Primero el rododendro.

—Y ¿ dónde está el rododendro ?

—Aquí está ; ayúdeme usted á sacarlo de la maceta; sostenga usted la maceta... yo tiraré.

—No señor, no se hace así—interrumpió «mamá» Valentina—hay que romper el tiesto; si no, se desprende la tierra, quedan las raíces al aire y la planta se muere.

—Va usted á perder la misa—contestó chanceándose Conrado.

—Y usted va á perder el rododendro.

—Tiene razón—dijo Gracieta.

—Sí que la tiene—replicó el conde.

El rododendro fué desprendido de la maceta con todas las precauciones que la práctica aconseja y colocado después en el hoyo dispuesto para el caso.

—Ahora riéguelo usted—advirtió la señora Valentina.

—Ahora lo riego — contestó Conrado—pero tenga usted cuidado de su alma, no pierda usted la misa.

La buena mujer sonreía sin moverse.

Una por una quedaron colocadas las plantas en redondel sobre los surcos ya trazados ; más de una vez el moreno semblante de Conrado rozó ligeramente la

rubia cabeza de Gracieta y sus ojos se encontraron y los labios se sonrieron tan de cerca que casi el sonreirse y el besarse era la misma cosa ; por último la difícil empresa llegó á dichoso término.

Entonces Conrado cogió por la mano á la muchacha, y apartándola á alguna distancia para admirar mejor el nuevo macizo, le habló así :

—Mire usted qué bonito efecto produce ; qué bien contrastan las tintas moradas de los lirios con el rojo-oscuro de los rododendros, el blanco y amarillo de los claveles con el azul de la yerba doncella.

La señora Valentina abría ojos tamaños porque las peonias tenían tres pulgadas de alto y los rododendros poco más de dos, y todo aquel contraste de matices únicamente existía en la ardiente imaginación del señor conde.

Pero Gracieta reía de muy buena gana y aseguraba también que el contraste era precioso.

—Sólo á usted no le parece primoroso nuestro macizo—dijo Conrado á Valentina.

—¡ Yo ! Si me parece un paraíso—fué la plácida respuesta.

—Menos mal... Y tiene usted que contentarse, ya que no santifica las fiestas... Señorita, dígale usted también á mamá Valentina que por Dios no pierda la misa.

—Mamá Valentina—repitió bromeando Gracieta, por Dios no pierda usted la misa.

Mas apenas hubo pronunciado estas palabras, fijó la mirada inmóvil en un punto del espacio, cual si acabase de aparecérsele triste imagen ; se le acabó la risa,

se le oscureció la frente, volvió la espalda y escapó á su cuarto.

Los otros fueron tras ella. La encontraron sentada junto á la cama y con el rostro oculto entre las manos; lloraba.

—¿ Qué te ha pasado, hija mía ?—preguntó la buena anciana besándole la frente y los cabellos.

—Nada—dijo Gracieta ; y al ver á Conrado se puso en pié, se enjugó el lindo semblante y sonrió melancólicamente.

—¡Ah! ¿ Quieres tener secretos conmigo ?—prosiguió Valentina.—Pues no está bien hecho ; al contrario, está muy mal hecho, malísimamente.

—Me he acordado de mi madre—repuso con sencillez Gracieta—y he llorado porque soy una ingrata, porque ya casi no pienso en la pobrecilla ; porque soy muy mala ; porque me río de sobra... por eso he llorado.

—Tienes diez y seis años—replicó la señora Valentina—y por eso ríes, y por eso te parece que olvidas á tu madre muerta, siendo así que la quieres más que á todas las cosas vivas... Cuando tengas nuestra edad ya no sabrás reir de este modo, ni tampoco querer... ¿ Es verdad, señor Conrado ?

Éste nada contestó por el momento ; pensaba en los muertos que en su corazón yacían y á los cuales no podía llorar. Al cabo dijo :

—Á nuestra edad, señora Valentina, aún se puede reir y querer y llorar ; llorar la dicha que no hemos sabido conservar ; la dicha que no nos es dado espe-

rar... pero á nuestra edad no hay que mostrar el llanto.

Y rió para corregir el tono de la elegía.

—Bien decía yo—observó la señora Valentina—bien decía yo que era una broma, porque yo debía haber entendido algo y no he entendido nada.

Mientras tanto Gracieta se había calmado, conservando melancólica serenidad.

—No sé qué es lo que sucede ; á menudo reuno todas las fuerzas de mi memoria para pensar en la mamá y no consigo ver su imagen, y en cambio cuando juego y río la veo siempre delante y sonriente; parece que ella misma me dice : «Esta noche rezarás por mí ; estaremos juntas en el sueño, ahora no pienses en cosas tristes; corre, vé por el prado, coge flores, canta...» Y yo canto y corro... así...

Y diciendo y haciendo desapareció como un duendecillo escaleras abajo, y poco después pudieron verla en el prado inclinándose, incorporándose y riéndose.

—¡ Hermosa edad !—suspiró Conrado.

—Hermosa edad—repitió sin suspirar la señora Valentina.

Sonó un reloj cercano.

—¡ Chist !—dijo Valentina al señor conde y á Gracieta—una, dos, tres...

—Sss...—pronunció en són de burla Conrado, y á la última campanada, recobrando la respiración, exclamó con voz hueca :—«¡ doce !» Ha perdido usted la misa ; por pronto que usted se vista y llegue á la iglesia, ya el cura habrá vuelto el misal. ¡ No hay remedio !

La buena mujer envió un suspiro al cielo como para tomarlo por testigo de sus buenos propósitos; después repitió con evangélica resignación:

—¡No hay remedio!

—Más vale así, y ahora ¿sabe usted lo que tiene que hacer? ¿No lo adivina? Adivínelo usted, niña.

—No sé.

—Debe usted convidarme á comer.

—¡Á comer!—exclamó Valentina—imposible; ni soñarlo...

—Muchas gracias.

La joven reía.

—No señor—repitió—no tenemos una comida bastante... ni una mesa bastante... pero el señor Conrado se chancea.

—Lo digo de veras: comeré, tengo hambre.

—Entonces...

—Entonces, me convida usted, muchas gracias, acepto muy reconocido; no haga usted extraordinarios por mí; por los entremeses no se preocupe usted; los suprimiremos.

—De seguro que los suprimiremos...

—Por otra parte con seis platos tenemos lo suficiente... sin embargo, no olvide usted el *paté de foie gras;* alguna fruta temprana, fresas por ejemplo... y, por supuesto, vino del Rhin.

La señora Valentina no se apuraba por cuatro bromas; dijo que sí con la cabeza, rió cuando entendió que había llegado el momento de reir, y marchóse después á visitar el gallinero para recoger los huevos fres-

cos y para convencer á un pollo de que debía dejarse cocer en pepitoria.

El convencimiento fué difícil por la fatalidad de que hasta los pollos poseen instinto que es superior al criterio; así es que únicamente cuando ya se los han comido es cuando comprenden que si el hombre se los come, es por su bien, ó sea para ascenderlos un grado en la escala de los seres... esto al menos manifestó la señora Valentina al señor conde.

Todo contribuía al buen humor.

—¡Qué mujer tan buena!—dijo Gracieta apenas la señora Valentina hubo salido;—¡y cuánto me quiere!

—No debe costar mucho quererla á usted.

—¿Por qué?

—Porque...

La respuesta era difícil, y Conrado tardó tanto en hallarla, que á la joven se le olvidó la pregunta. Oyóse en esto el gorjeo de Mario y reapareció la señora Valentina.

—Tengo que confiar á usted un secreto—dijo apresuradamente Gracieta;—recuérdemelo usted; sino, se me irá de la memoria.

—¿Qué dice Mario?—preguntó Conrado á la señora Valentina.

—Gracieta lo sabe. ¿Qué dice, Gracieta?

—Dice que está contento de hallarse á la sombra, en el hueco de la ventana, de ver el sol que abrillanta el verde de la campiña; dice que quiere mucho al airecillo que lo acaricia y á su ama que le da alpiste y lechuga fresca.

—¿Y dice siempre lo mismo?

—No; por ejemplo, cuando ve la luz de la mañana, me llama y me dice: «¡Gracieta! ¡Gracieta! albricias; la oscuridad ha desaparecido; renacen los árboles, reaparece el verde, reaparece el azul; despierta, Gracieta, ya llega el sol!» Y así continúa hasta que me despierto.

—¡Bravísimo! Así es ni más ni menos; dame ahora, aquí, en la mejilla, un beso muy grande.

Conrado trató de apelar á todo su desenfado para decir también: «Bravísimo, dame ahora, aquí, en la mejilla, un beso muy grande,» pero en el momento de abrir la boca sintió en la cara el calor de la vergüenza.

—Dígame usted ahora el secreto—dijo cuando se quedó solo otra vez con la muchacha.

—Verdaderamente no es mío, es de la señora Valentina.

—¡Ah! ¿de la señora Valentina?

—Sí... ¿sabe usted lo que he inquirido? que da á escondidas lecciones á Mario.

—¿De veras?

—De veras.—Y añadió riendo:—El mismo Mario me lo ha dicho todo. Yo hago como que no sé nada... Quiere darme una sorpresa.

El conde Germinati, no encontrando ya palabras que decir, apoyó el brazo de la joven en el suyo.

—¿En qué piensa usted?—preguntó Gracieta alzando la cabeza para mirar de frente á Conrado.

—En nada.

Pensaba en que Gracieta le llegaba un poco más arriba del hombro, en que tenía el paso ligero y en que al andar había de colgarse un poquillo de su brazo; no pensaba en otra cosa... Luégo á las voces de la «mamá» Valentina que llamaba, la muchacha se soltó para correr á preparar la mesa, y Conrado permaneció solo largo rato, caminando arriba y abajo por el andén y pensando otra vez en que Gracieta le llegaba un poco más arriba del hombro, en que tenía el paso ligero y en que poco antes se colgaba un poquillo de su brazo.

De repente resonó una voz gritando:

—¡Á la mesa!

—¿Tiene usted siempre apetito?—preguntó la señora Valentina.

—Siempre.

—Cierre usted un ojo.

Estaba Conrado á punto de prometer que cerraría los dos, cuando en el umbral de la puerta apareció un personaje inesperado.

—¡Inés!—exclamó Gracieta corriendo al encuentro de su hermana.

Esta adelantó con desembarazo, tocó apenas la punta de los dedos del señor conde, y al ofrecimiento de sentarse á la mesa, contestó que empezaba á sentir un apetito que ni siquiera había sospechado.

Aquel apetito debía de ser el de Conrado, supuesto que éste lo había perdido de repente.

Durante la comida refirió Gracieta á su hermana cómo el señor conde había tenido el raro capricho de

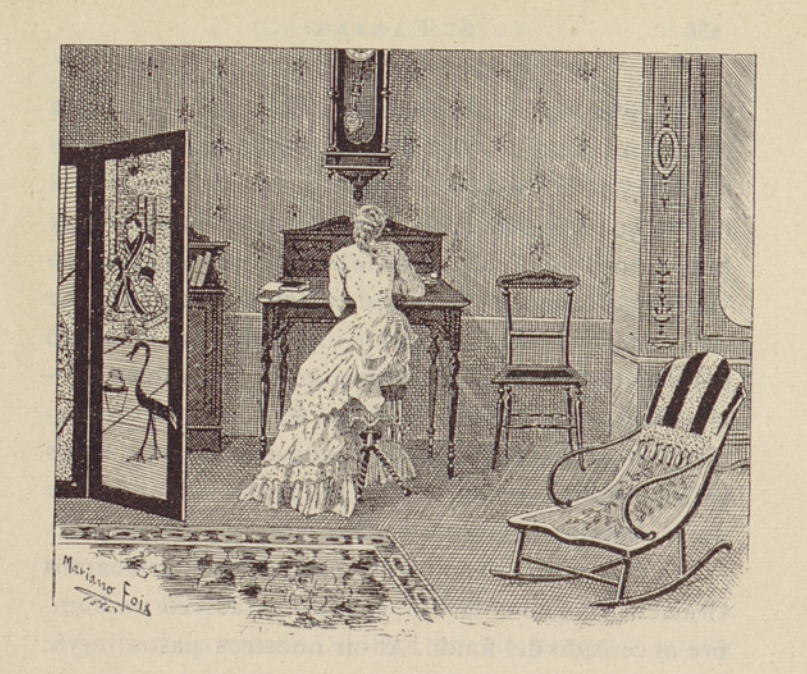
comer con ellas, así, en confianza, después de plantado un hermoso macizo en la plazoleta del jardín.

É Inés se limitó á decir que había sido en efecto un capricho raro.



comer con ellas, así, en confianza, después de plantado un hermoso arriate en la plazoleta del jardín.

E Inés se limitó á decir que había sido en efecto un capricho raro.



XXI

Primera carta de Inés al señor conde Germinati

Mi querido conde:

»Hace ya un siglo, ó una semana por lo menos, que no se le ve á usted por aquí. ¿Qué significa esto? Le escribo á usted porque tengo una sospecha. ¿La diré? Sí, porque sino sería inútil que le escribiese. Tengo la sospecha de que está usted enfadado conmigo. ¿Por qué? Esto es lo que no sé y tendría mucho gusto en saberlo y más aún en haber-

me equivocado. El hecho es que el otro día—debiera decir el otro siglo,—no me dijo usted cuatro palabras seguidas en la mesa, y Gracieta me aseguró ingenuamente que antes de que yo llegase estaba usted de muy buen humor. ¿Qué es lo que le he hecho yo á usted? Cavilo y más cavilo. ¿ Cómo tiene usted valor de hacerme cavilar tanto ? Juraría que soy inocente y sin embargo debo de haber hecho algo muy gordo. También Gracieta se asombra de no verle á usted ya, y los canarios y el gato negro y las flores que usted plantó, todos se asombran... todos menos la mamá Valentina que no se asombra nunca de nada.

»La otra tarde, después de ponerse el sol, estábamos Gracieta y yo en el jardín, cuando se acercó un hombre al cercado del fondo. Al oir nuestros pasos huyó; corrí al cercado y llegué á tiempo de verle saltar la tapia del campillo.

» Gracieta dijo : « Creí que era el señor conde.» «¡Cómo!—repuse—no puede ser ; el señor conde vendría por la puerta.» Gracieta ya no pensó más en ello, pero yo estuve pensando toda la noche : ¿ Quién sería aquel hombre ? ¿ Cree usted que está segura nuestra querida é inocente niña ?

»¡Ah ! ¿sabe usted ? Soy libre como el aire! Me deja. ¡ Qué alegría ! Lo que ha pasado es toda una novelilla. Se había enamorado de mí, y para conmover mi corazón tuvo la heroicidad de hacerse pasar por rico, mientras que el pobre vivía como podía. Por esto parecía avaro: ha consumido todos sus ahorros y me abandona desconsolado. ¡ Es cosa de llorar! ¡Pobre vejete ! Le

conoce á usted y me ha hablado de usted; no sé cómo fué, pero me preguntó si había usted venido á verme; le contesté que sí. ¡Cuántas cosas me ha contado de usted! Me ha dicho que es usted irresistible. ¿Es verdad? Me exigió que le prometiera no decir su nombre ni á usted ni á nadie, á usted sobre todo. Lo prometí: Se llama Aniceto L...

»¿Sabe usted por qué no mantengo la promesa? Porque no me ha creído capaz de mantenerla, y me ha dicho que tenía mujer é hijos y me ha conjurado en nombre de la paz de su hogar á que no le hiciera traición, siendo todo ello embuste, porque nunca ha tenido mujer ni menos hijos.

»Y volviendo al objeto de mi carta, ¿qué es lo que le he hecho á usted? Cavilaré todavía; pero si le queda á usted un poco de misericordia, se apresurará usted á disipar esta nube que oscurece el cielo de una mujer que tiene un mes de vacaciones y es feliz y desea estar en paz con los amigos.

Inés.»





XXII

La Providencia envía un marido

Conrado respondió por medio de una esquelita, donde las frases tiernas abundaban. Confesaba que había sido él, en efecto, el hombre que las dos hermanas habían visto junto al cercado del jardín y que había saltado la tapia para sustraer á las burlas de ella, de Inés, su celosa pasión de Otelo. Creyéralo ó no, era lo cierto que la seguía todas las noches, le contaba los pasos y hacía mil lo-

curas porque estaba enamorado perdido de ella, de Inés.

Había respetado sus escrúpulos y sus propósitos. Mas supuesto que ella estaba libre, atrevíase él á hacer la demanda oficial para ser admitido á reinar de por vida en el trono vacante de su amor.

Hecha la demanda, la llevó él mismo, y al notar que era acogida con una carcajada, interpretando erróneamente aquella jovialidad, creyóse con derecho para estrechar en un primer abrazo á la encantadora criatura... Poco á poco. Inés disponía de un mes de vacaciones y tenía empeño en disfrutarlo; mientras durase Abril no quería saber nada; tal vez en Mayo... En el ínterin deseaba distraerse, ser cortejada, «jugar» á mujer decente... un capricho como tantos otros.

En aquel diálogo se habló mucho de Aniceto.

—¿Se la echaba de rico y de avaro?—dijo el conde; —no le creía capaz de tanto esfuerzo; cuando no fabrica retruécanos es hombre listo.

—Es un egoista—manifestó Inés sin sombra de despecho.

—Le conozco bien.

—¿Y no sabía usted que era avaro y rico?

—No, en verdad—dijo Conrado riendo.

—Entonces no le conoce usted como yo; oculta á todos su riqueza y me abandona.

—Por economía.

—Por economía también, pero sobre todo para que no se descubra su verdadero estado... Aniceto L... es tan rico como el conde Germinati.

—¿Y el conde Germinati es muy rico? porque yo, en realidad, no lo sé.

—Yo sí.

Una vez más se desprendió Conrado de los halagos de aquella mujer seductora con las fibras agitadas por delicioso espasmo; llevaba en su alma extraña mezcla de bueno y de malo, de viejo y de nuevo, de deseo y de remordimiento, en la que la imagen de Gracieta se hundía y tornaba á flotar cual bella náufraga.

Cosa rara; tan desemejante como era el sentimiento que la inocente niña le inspiraba, servía de estímulo al que experimentaba por Inés.

Ésta ya no le dejaba en paz; hacíale purgar con mil penitencias el pecado de haberla casi echado en olvido; y si por un instante trataba de huir, al punto lo prendía entre sus garras de coqueta y se reía, se reía de él, de sus impaciencias, de la fiebre que en él atizaba de continuo, con indiferencia propia de una reina.

Conrado cometió el desacierto de dar poca importancia al capricho, mediante el cual difería Inés hasta Mayo la felicidad completa; creía que era antojo vano, propósito de fortaleza sitiada por hambre que no ve el instante de capitular. Cuando advirtió que bajo el barniz del capricho había la tenacidad de una porfía (¿qué otra cosa podía ser?), quiso librarse del lazo, volvió á escondidas al lado de Gracieta, escuchó la armonía de su voz, contempló extático el óvalo de aquel rostro sin mancha, procuró aturdir los sentidos con aquella embriaguez purísima que poco antes era su

único adorno. Pero habíase conturbado profundamente su corazón; ya se encontraba sobrado tímido y se enfurecía, ya se avergonzaba de su excesivo atrevimiento. Al estar junto á ella, una imagen se interponía, avivando el deseo, sugiriendo lascivos arrebatos que le amedrentaban.

En tales casos se apartaba bruscamente de la pobre niña, que lo miraba sin comprenderlo; escapaba y corría á desafiar la sonrisa de la hechicera Inés, creyendo triunfar del hechizo y de la resistencia.

Pero ella resistía y él tornaba á mendigar otras promesas.

Si aquella continua dilación era calculada, daba indicios Inés de ser gran calculadora; imposible era ya para Conrado apartar el pensamiento de una promesa que en tan dulce deliquio lo hacía caer. La misma felicidad, puesta vagamente en el porvenir, no ejercía tal fascinación; otras veces aplacaba el deseo, mas por un instante solamente; tal dicha, colocada en un punto fijo del tiempo, era el primer eslabón de una cadena de hierro.

Cada día que lo acercaba á Inés parecía alejarlo de Gracieta; sin darse cabal cuenta de ello, sentía Conrado que eran inconciliables aquellos dos afectos contrarios, y que un pensamiento perturbaba al otro, é imaginaba inadvertidamente que podría obtener algo de la niña inocente mediante la posesión de la cortesana.

Rara era la vez que, en grato coloquio con Gracieta, hablando de flores, de insectos, de la hermosa campi-

ña; al sentirse consumido por el casto deseo de besarle la frente, no osando hacerlo por no contaminarla... rara era la vez que no se sorprendiese á sí propio, contando los días que de Abril habían transcurrido, pensando que el citado mes tiene treinta y regocijándose de que no tuviese treinta y uno.

En el estudio de sostener vivo el fuego que ardía en las venas del conde, la cortesana era infatigable; conocía mil artificios y aprendió otros nuevos.

Un día Conrado, á la hora convenida, halló franca la puerta del cuarto de Inés y á ésta delante del espejo, vestida de oscuro y tendidos los cabellos por la espalda; en vez de correr hacia ella paróse como si le clavasen los piés y le ligaran brazos y piernas.

—He querido parecerme á Gracieta—dijo Inés mirándole de hito en hito.

Conrado no contestó.

—He querido adoptar el aspecto de la inocencia.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? Por juego, por divertirme; ¿qué diferencia hay entre Gracieta y yo?

Dijo y soltando con ímpetu el traje negro, quedóse con una simple saya, desnudos los hombros y blanca como una visión.

—Y ahora, ¿qué diferencia hay?—preguntó.—¡Pobre Gracieta!—añadió luégo, poniéndose una bata azul —¡si supiese! ¿Hace mucho que la ha visto usted?

—Anteayer—respondió Conrado.

Pero cada día aumentaba el despego; y una semana después al repetir Inés la pregunta:

—¿Hace mucho que no la ha visto usted?

Conrado respondió:

—Hace seis días.

Otra vez le dijo:

—Gracieta me ha dado expresiones para usted; ya no le ve, ni sabe qué pensar.

—¿Cómo está?

—Atrapó un resfriado; por lo demás bien.

—Iré mañana á verla.

—También yo.

Quedaban ya pocos días de Abril.

Al siguiente Gracieta, cediendo á las exhortaciones de «mamá» Valentina, se quedó en cama. Llegóse á la cabecera Conrado; la muchacha alzó el brazo de entre las sábanas para estrecharle la mano, púsose algo colorada y regañó á la buena anciana porque quería hacer de ella una señorita, una viciosa, obligándole á que guardase cama por una fruslería. Conrado no decía palabra; de pronto saludó á la joven y bajó la escalera. Valentina le siguió.

—Ocurren grandes cosas; ¡grandes!—dijo la anciana apenas estuvieron en la cocina.

—¿Qué ocurre?

—Verdaderamente, nada de extraordinario; porque pronto ó tarde tenía que suceder; se trata de un buen muchacho que ha visto á Gracieta y se ha enamorado de ella.

Conrado quedó como clavado en el sitio.

—¿Se asombra usted de que se haya enamorado álguien de Gracieta?

—¿Y quién es él?

—Un gúapo mozo, del que no hay nada que decir; alto como usted, moreno como usted; no tiene un aire tan... pero el que tiene no desagrada, por el contrario...

—¿Á Gracieta?

—¿Quién habla de Gracieta? La pobrecilla no sabe nada. Decía, pues, que es un guapo mozo; veinticuatro años escasos... en fin, que parece hecho adrede: harían una bonita pareja... Es artista, pinta también, como el padre de la muchacha; pero en vez de manchar lienzos que no se venden, pinta flores y chiquillos desnudos en los techos de las casas ricas, con lo cual gana lo bastante para vivir.

—¿Y cómo sabe usted todo esto?

—Lo sé porque él me lo ha dicho; el otro día me detuvo en la calle y me contó su amor y sus propósitos... si Gracieta quiere casarse, él se casará con ella; no está deseando otra cosa. ¿Qué me dice el señor de lo que ocurre?

—Nada.

—¿No le parece á usted también que es una verdadera fortuna? No podía apetecerse más; quizá ha venido demasiado pronto, pero...

—Precisamente, ha venido demasiado pronto, demasiado—se apresuró á decir Conrado.—Gracieta sólo tiene diez y seis años...

—Cumplidos; va hacia los diez y siete; además, en aquella cabecita hay mucho juicio; apuesto á que sabría hacer una buena ama de casa en muy pocos días. ¿No le parece?

Calló Conrado un instante; luégo dijo:

—¿Gracieta no ha notado nada?

—Nada; ni siquiera sabe que hay quien está enamorado de ella; creo yo que convendría hablarle del asunto; hacerle ver á escondidas al joven, para que manifestase si le gustaba ó no antes de dejarle entrar en casa; creo yo que convendría hacer esto, pero yo no entiendo ya de estas cosas. Decida usted que es su padre, como si dijéramos...

Una idea loca surgió entonces en la mente de Conrado; subir la escalera, penetrar en el cuarto de Gracieta, cubrir su rostro de besos, caer luégo de rodillas ante el lecho y rogarle que no fuese de otro, porque... ¿Por qué?... ¡Oh qué loca idea!

—Esperemos—contestó á la señora Valentina:—Mientras tanto cuide usted de no decirle nada; esperemos á que Gracieta esté del todo bien, á que se levante y entonces...

—Mañana se levantará.

—Mañana lo sabrá todo.

Y abandonó la tranquila vivienda tumultuosamente agitado el corazón.

Aquella misma noche Inés, mirándolo de hito en hito le preguntó:

—¿Con que casamos á Gracieta?

—Así parece—repuso Conrado, esforzándose en sostener la mirada escrutadora fija en él.—Con tal que Gracieta se contente.

—El novio es guapo, joven y honrado; trabaja y con fruto; ¿por qué no ha de contentarse?

—Porque al corazón no se le manda...

—No se le manda, pero se le aconseja; las palabras de los que nos quieren bien, pueden engendrar el germen de un afecto...

—¿Le hablará usted?

—No, usted; la señora Valentina cree, como yo, que es mejor así, porque nadie ejerce más dominio que usted sobre el ánimo de Gracieta. Así, pues, háblele usted, dígale que no puede procurarle el mundo suerte mejor á una pobre huérfana como ella; que no podíamos esperar más de la Providencia y que cuando la Providencia envía un guapo mozo, hay que tomarlo...

Conrado no respondió; é Inés que no le quitaba ojo, continuó de esta manera:

—¡Pobre niña! Hará dichoso al hombre que la tenga en esta vida por compañera.—Y añadió con un acento que era cual caricia lejana:—¡Pobre niña!... ¿Qué tiene usted?—preguntó luégo;—no me da usted conversación, esta usted distraído, ¿en qué piensa usted?

—Pienso en Gracieta.

—¿Le aflige á usted que se le presente un buen partido?

—No me aflige; me preocupa—balbuceó el conde;—me preocupa, porque me considero en el deber de procurar su dicha y...

Había encontrado el hilo de una idea... parecíale mentira...

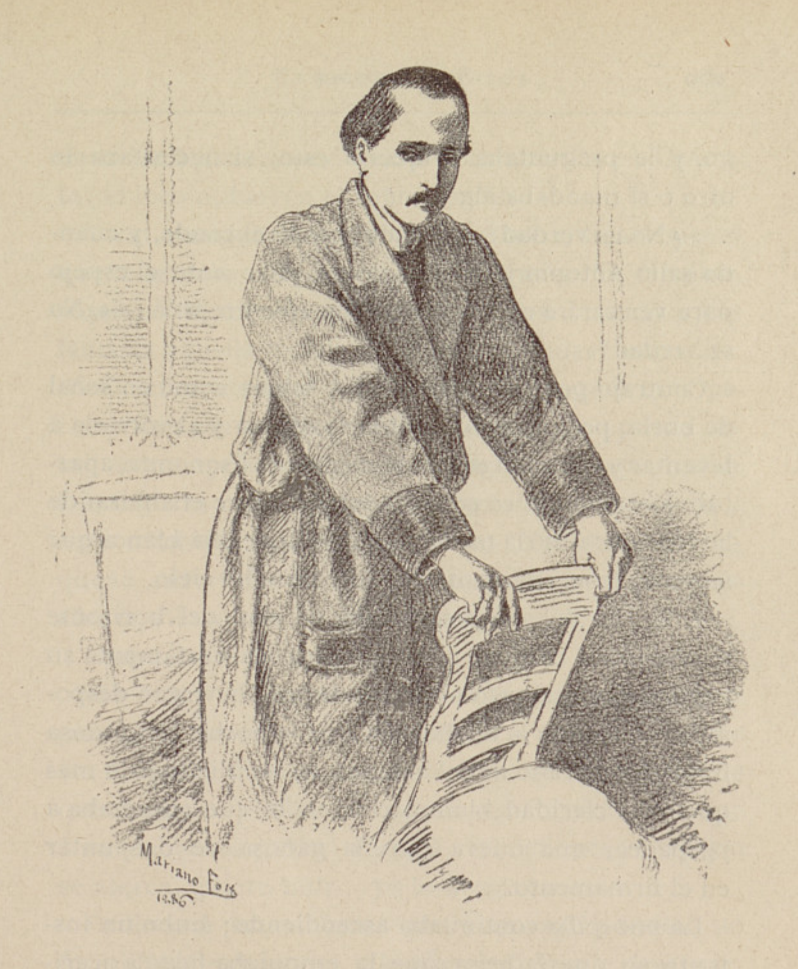
—...y con marido puede ser desgraciada. Quisiera conocer á fondo el corazón del joven que ha de ser es-

poso de Gracieta; saber cuánta es su energía, su ánimo, su honradez... reconocerlo, en suma.

—Si todas las muchachas casaderas hubieran tenido que esperar á que un antiguo amigo de la casa reconociese si el marido futuro era digno de serlo, no habría más que solteronas por el mundo... Dígame usted, ¿es que quiere usted casarse con Gracieta?

Á tan rara pregunta, seguida de una larga y vibrante carcajada, repuso Conrado de un modo no menos raro: dió un beso á Inés y rió, con risa breve y nerviosa.





XXIII

Conciliábulo secreto

«DÍGAME usted, ¿ es que quiere usted casarse con Gracieta ?»

Andaba Conrado arriba y abajo por su cuarto mientras Antonio le decía no sé qué cosas, en las que danzaban el señor Filiberto y el señor Domin-

go, y le preguntaba si quería esto, si necesitaba lo otro ó si mandaba algo.

—¿No es verdad?—saltó de pronto el conde, y cuando salió Antonio y quedó solo se puso ante el espejo para ver cara á cara á su interlocutor y repitió:—«¿No es verdad?»

Contrajo por un momento los labios como en señal de burla, pero al punto dobló la cabeza y al volverla á levantar y ver en el espejo su taciturna fisonomía, apartóse lentamente, se echó de bruces sobre el alféizar de la ventana y fijó la mirada en una nubecilla blanca que subía apresuradamente por la curva del cielo.

Á la luz del crepúsculo iba el azul del horizonte perdiendo el confuso albor que adorna castamente su belleza, como el velo nupcial adorna á la virgen desposada. Y cuando la oculta mano de la noche voluptuosa hubo desgarrado aquel velo, ya no se distinguió más que una claridad blanquecina en la que empezaba á parpadear una nueva estrella ganosa de despuntar en el firmamento.

La nubecilla continuaba ascendiendo; hubo un instante en que la brisa que la empujaba llegó á acariciar la frente de Conrado. Apareció entonces por el último confín del horizonte una línea tenebrosa, y no bien hubo aparecido cuando ya había crecido y se había agigantado: la nubecilla proseguía ascendiendo.

«Ese loco nubarrón—pensó Conrado—ama á la nubecilla y la nubecilla no le ama: extiende él sus negros brazos y ella atemorizada huye buscando su salvación

en todos los ámbitos del cielo; la nubecilla es Gracieta; el loco nubarrón el señor conde.»

Y sin cambiar de postura, aspirando el fresco viento que le azotaba el rostro y le despeinaba los cabellos, continuó siguiendo con la mirada y animando en la fantasía aquella escena grandiosa y muda. Luégo dijo:

«El señor conde se encoleriza, relampaguea la impaciencia en ese enorme semblante negro; no puede caminar tan aprisa cual quisiera; algo murmura: le dice á la fugitiva que se detenga; ruega, implora, ordena y ruge como un condenado; ella no le atiende; es pequeña, pero tiene mucho juicio; sabe que del temido abrazo sólo puede nacer el huracán, y huye.»

Después añadió:

«El señor conde conoce todos los registros: ahora gime y se lamenta, extendiendo á la vez unos brazos sin fin para cerrar el horizonte á la fugitiva; á donde quiere que se vuelva no puede ver Gracieta más que á su tenebroso galán; titubea, se detiene; el peligro se acerca, quiere huir... ya la alcanzó.»

Brilló con luz vivísima un relámpago; resonó un formidable estruendo, y la blanca nubecilla desapareció en los brazos del nubarrón. Desencadenóse el huracán de improviso, cayó la lluvia á torrentes, los relámpagos, que sin intervalo resplandecían, eran mohínes, sonrisas, miradas de enojo... y la voz del trueno tenía dulces inflexiones, melancólicas cadencias, acentos de amenaza y de caricia.

Conrado habíase alzado cuan alto era frente á la ventana y manteníase derecho y con el rostro hacia

fuera para recibir las bofetadas del aguacero; y cuanto más arreciaba la lluvia y retumbaba el trueno gritaba:

«¡Así aman los nubarrones, ¡así! ¡así! ¡Gracieta! ¡Gracieta!»

El viento soplaba entonces impetuoso acumulando nubes sobre nubes; el nubarrón seguía creciendo: había recogido cuantos crespones vagaban por el horizonte: el cielo estaba negro en toda su extensión.

Pero, á poco, por allí por donde al principio había aparecido la línea de tinieblas, brilló, á la luz de un relámpago, una banda de azul: algunos momentos después habían pasado ya las nubes sobre la cabeza de Conrado: tornaban á fulgurar en el cielo las estrellas y el sordo rumor del trueno resonaba ya lejano.

El conde con el rostro bañado por la lluvia, habíase echado nuevamente de bruces sobre el alféizar y miraba y aplicaba el oído á una pregunta casi indistinta del fugitivo nubarrón: «Dígame usted, ¿es que quiere usted casarse con Gracieta?»

Le respondió un coro de voces roncas y sarcásticas con una de esas prolongadas y penetrantes risas que se oyen desde lejos: oía Conrado las voces sarcásticas y roncas de los amigos del Círculo.

—«¡El conde Germinati se casa!»

—«¡Él, el enemigo acérrimo del casamiento!»

—«¡Así son todos los enemigos acérrimos!»

—«El matrimonio es inmoral: si no hubiese matrimonio, no habría adulterio»—decía Filiberto.

Y Fanny decía:

«El matrimonio es contra la ley natural: ved sino los animales. ¿Dónde he leído yo esto? En aquel libro que se titula... ¿cómo se titula? de aquel francés que se llama... ¿cómo se llama? no importa, ved, sino, á los animales, cómo obedecen á la naturaleza, no se casan.»

—«El matrimonio—gritaba Felix—es una indecencia y ofende al pudor!»

Conrado dejaba hablar, y cuando callaron por fin aquellas voces vinosas no pronunció palabra y continuó con los ojos fijos en el espacio.

—«Sí, sería una apostasía, un escándalo inaudito—le dijo alguien por lo bajo—¿pero á ti qué te importa? Lo que cambian son las palabras, no tus ideas. Tú eres siempre igual á ti mismo: amabas el placer y lo pedías á los amigos del Círculo, á la orgía, á las mujeres fáciles: ahora, en cambio, lo pides á la campiña verde, á la soledad, al silencio, á la niña candorosa y difícil. Y si para llegar á ello necesitas pasar por el fuego purificador del matrimonio, pasas, porque el placer es la vida y el matrimonio como los retruécanos de Aniceto, como la maledicencia de los amigos, como la sociedad, como todo, es una palabra.»

«Verdad es—pensaba entonces Conrado.—Gracieta es joven, es bella, es inocente... y la adoro. Si la llamo mi mujer, ¿qué importa con tal que sea mía? Al fin y al cabo una condesa Germinati más graciosa que ella no la puede haber, no la puede haber, no la puede haber...

—«¡Condesa Germinati! ¿y qué dirá tu tío el emba-

jador? Y tus primos y tus primas ¿qué dirán? La marquesa Felicia no volverá á poner los piés en tu casa; ni siquiera te enviará una tarjeta el primero de año... ¿Y qué dirá el mundo? Se efectuarán las bodas sin fiestas, parabienes, ni versos; serás objeto de todas las conversaciones el invierno próximo; pero tú, impasible, saborearás la dulce ventura de ser marido de Gracieta, sentado al lado de ella junto al fuego.»

Conrado dejaba hablar, y la misma voz sumisa prosiguió:

« Apuesto á que Gracieta no sabe francés, apuesto á que no borda, ni toca el piano, ni canta más que de oído; de seguro que no ha tomado nunca parte en una conversación general; la cola del vestido la hará tropezar á cada paso; y quizá no sepa cuándo una señora debe permanecer sentada, ó levantarse del todo, ó levantarse á medias. Y un saludo ¿lo sabe hacer Gracieta? Y cómo hay que reir, y que sonreir, y que estar seria, y que mirar, y que alzar la voz ¿lo sabe Gracieta? No lo sabe, ¡qué lástima!

« Cierto—añadía el incógnito—cierto que es muchacha de mucha discreción y que aprenderá muy pronto todo esto... como lo ha aprendido su hermana... ¡Qué gran condesa haría Inés, si no hiciera otras cosas!»

Quedó en profundo silencio el ánimo de Conrado, después de las últimas frases que habían caído cual golpes de despiadado martillo. Pasada que fué aquella especie de aturdimiento, la misma voz, aunque con distinto acento, dijo:

—«Ciertísimo. Inés es Inés y Gracieta nada tiene que

ver con ella ; pero el mundo no piensa así ; sin embargo, á ti no te debe importar poco ni mucho de lo que el mundo piense. Digan lo que quieran, condesas tan puras como Gracieta no se hallan á docenas, aun entre las que ostentan sin mancha el blasón... El árbol genealógico del conde Germinati tiene ramas muy grandes y puede esconder un escandalillo y ennoblecer una mujer plebeya, especialmente siendo tan linda como Gracieta. Además, si la marquesa Felicia y el tío embajador y los otros y tú mismo, no os paráis en el rey Pepino, el rey Othon ó el rey Carlo Magno y buscáis el germen de la que ahora es planta colosal de orgullo, encontraréis, en los comienzos de la estirpe, algún bastardo.»

«Por otra parte, si una rama lateral es dañosa se la poda del árbol aunque sea árbol genealógico ; suprimes, por lo tanto, á Inés. ¿Quién ha de imaginar que el ángel es pariente de la cortesana, mucho más cuando ésta no lo ha dicho á alma viviente ? Envías lejos á Inés y tú mismo te vas lejos ; en todas partes se puede ser feliz.»

«¡Feliz! ¿ pero estás seguro de que serás feliz ? ¡Cuántas veces no has creído serlo ! ¡Y si esta felicidad que ahora persigues y que te parece la verdadera, resultase una de tantas imaginaciones ! Porque te late el corazón, porque desvarías, porque sigues las nubes con la mirada, te crees cambiado. No te fíes de ti propio. Ya has hecho lo mismo otras veces ; has tenido riquezas, juventud, amores, orgías, y díme : ¿ lograste ser feliz ? Un día, una hora, mientras duraba la embriaguez de

la mujer ó del vino, sí; pero venía luégo la saciedad, después la repugnancia, por último el desaliento, y ahora el más amargo escepticismo; el que te hace dudar de ti propio. Tus fibras son fuertes para desear, débiles para resistir el placer, y el placer te rompe los nervios y te arroja como un harapo en brazos de la felicidad, que no te quiere para nada...»

Conrado repetía:

«Has tenido riquezas, juventud, amores, orgías... y díme, ¿lograste ser feliz?»

«La juventud se va, se ha ido: la orgía te da jaqueca; el dinero duerme ocioso en tu gaveta; la felicidad está en otra parte.»

«¿Dónde?»

«No en brazos de Gracieta. La yedra añosa del bosque que el leñador ha arrancado con la hoz de los brazos del álamo potente, si se prende al arbolillo tierno, lo ahoga. Tú eres la yedra añosa; el gran árbol de tus ilusiones ha caído, te has sentido arrancar de todos los brazos por un leñador temible con hoz despiadada; ahogarías á Gracieta sin ser tú dichoso.»

«¡Bonito enlace el que imaginas! Estrechar la inocencia con el cinismo; la fe con el desaliento; la aurora con el ocaso. Enviar del brazo por las calles al reuma y á las viruelas y hacer que digan: «son marido y mujer». Ocurre esto todos los días, es verdad, pero todos los días nos reímos de esos inválidos de la vida, que se retiran á descansar uniéndose á una muchacha de diez y seis años... ¿Cuántos tienes tú, Conrado? Treinta y siete, treinta y ocho; tal vez más, no lo sabes á

punto fijo. Aunque los años ¿ qué importa si eres fuerte y sano y tu cuerpo es joven ? ¿Pero el alma, la que, entendámonos bien, la que así se nombra y comprende el corazón, el pensamiento, el deseo, la esperanza, la fe... ? Todo esto está envejecido, moribundo, muerto. ¡ Bonito enlace el que imaginas ! »

«¿ Quieres hacer venturosa á Gracieta ? ¿ Quieres no malograr tu buena acción ? Acepta las proposiciones de aquel pintor joven y buen mozo que tiene dos compañeros en la vida ; la fe en el porvenir y el trabajo; da una buena dote á la muchacha y sacarás de pila un guapo chico.»

Conrado cortó la charla del invisible consejero apartándose con ímpetu de la ventana y volviendo á pasear arriba y abajo por la habitación. Verificóse en sus ideas el remolino que produce el soplo de un niño en la procesión de átomos que bullen en un rayo de sol: Gracieta, el pintor, la dote, Filiberto, la marquesa... y después Gracieta demasiado candorosa, é Inés, y el mundo, y las burlas, y después Gracieta que no sabe el francés, y otra vez Filiberto y Félix y la marquesa.



XXIV

La hostería del Pichón

H! qué hermosos aparecen los castaños hacia últimos de Abril! Están limpios y orondos como chiquillo con traje nuevo. ¡Qué lindo y risueño verde! ¡Cómo relumbran al sol las hojas nuevas que eran botones ayer! ¡y qué grato susurro si el soplo del viento las acaricia! Son los primeros charloteos de la estación y son charloteos discretos. ¡Oh¡ qué hermosos aparecen los castaños hacia últimos de Abril! El polvo del camino no ha subido toda-

vía á empañar su limpieza, las arañas campestres no han tenido tiempo de tender sus hilos de rama á rama, ni las orugas de acartonar las hojas... Son castaños recientes; han nacido ahora mismo vestidos así!

Y Gracieta batía las palmas, y con los ojos, con la risa y con la vibrante vocecilla festejaba la mañana espléndida que anunciaba un espléndido día.

Inés y Conrado sonreían y la rechoncha Valentina que había de arreglarse de modo que su paso se ajustase al de la muchacha, tenía de vez en cuando que dar un salto que recordaba los últimos rebotes perezosos de una pelota de goma.

Respirábase humor jovial en el ambiente. Gracieta había ya convalecido, é íbanse todos de campo. Salir de puertas afuera, andar un kilómetro á pié antes de encontrar un coche que cruza por acaso; hacerse conducir al pueblecillo inmediato; no saber dónde, cuándo y cómo se almorzará y se comerá, y vagar por los senderos á lo largo de los canales sombreados de acacias... dichas son éstas que no se pueden describir.

—¿Pero encontraremos el coche?—preguntó la señora Valentina que empezaba á resollar fuerte.

—Puede—respondió Conrado—y rió.

—¿Y si no encontramos coche?—repitió á poco la buena señora!

—¡Ay qué gusto si no lo encontrásemos!—gritó aturdidamente Gracieta.

Hallaron el coche, sin embargo, al doblar una vuelta del camino, parado á la sombra, con dos caballos que impacientes piafaban y un cochero dormitando en el

pescante; parecía propiamente que le hubiera puesto allí una maga.

Entraron los cuatro en él y se dirigieron al pueblecillo.

«En la hostería del Pichón encontraréis buen vino y buena comida.» Así lo dice un palomo en embrión que cuelga de una varilla mohosa con un rótulo entre las patas.

La muestra no es engañosa ; sólo que creyendo que habla únicamente á la gente del campo, sobreentiende que la *buena comida* es para los domingos, y aquel día era lunes.

Sobre un semblante todo beatitud, colocad una risita que le sirva de luminaria y tendréis el semblante del hostelero y su astuta sonrisa mientras participaba tan desconsoladora noticia.

—¿ Así pues ?—dijo Inés riendo.

—¿ Así pues ?—repitió sin reir la señora Valentina.

—Así pues, los señores ya lo saben, es decir, no lo saben... han de saber que el lunes es día desgraciado; ni haciéndolo adrede no se podía escoger peor. Los domingos mis parroquianos hacen *repulisti*, como se dice vulgarmente.

Y acompañó la docta frase con un soplo muy fuerte en la palma de la mano; con tal comentario el latín se convierte en el idioma más vivo y más fácil del universo.

—Veamos los restos—dijo Conrado sin apurarse.

—Sí señor—dijo el hostelero, en cuya fisonomía se pintaba la complacencia de un aficionado á comedias

que representa en una la primera parte — han dejado un poco de jamón, también algo de queso; hay vino, hay peras y miel, ¿es bastante? No será bastante para los tres; quizá buscando bien encontraremos chuletas, mas de cuatro no... puedo mandar que cojan guisantes tempranos: ¡ah! olvidaba un poco de atún en escabeche y una terrina de *foie gras*... Si aún no es bastante, retorceremos el cuello á un capón.

—No—dijo Gracieta—no retorzamos el cuello á nadie; basta con lo que hay, ¿no es cierto?

—Consuélese usted, señorita; el capón está muerto desde ayer; tuvo una muerte tranquila y no puede encontrar más bonita sepultura.

Y para no estropear con inútil palabrería aquel cumplimiento marchóse solemnemente el hostelero á dar órdenes á un cocinero y á un mozo que parecían recién salidos de la colada; tales estaban de pulcros y de blancos.

La señora Valentina, que miraba atentamente á Conrado decía para sí:—¡Ya entiendo, ya entiendo!—Al fin no pudo resistir más y dijo en voz alta:—¡Ya lo entiendo, señor mío!

Y Conrado, que antes sonreía, se echó á reir á carcajadas.

Gracieta, mientras tanto, había atravesado la cocina y llegado al jardín y había vuelto saltando á dirigir una mirada á la única calle del pueblecillo, donde el espectáculo insólito de un coche con dos caballos y cuatro señores de la ciudad había dado ocasión á que se aproximasen, con las manos en las caderas y ha-

ciéndose las distraídas, las comadres del vecindario.

En los primeros momentos de un día de regocijo entra quizá la dulzura de todas las gratas horas que vendrán después; por eso todo era fausto suceso para Gracieta.

—¿Nota usted, señor Conrado—decía—nota usted el airecillo? ¡cómo murmura por entre las acacias del vallado! óigalo usted... Mire usted ahora; mire usted el pichón de la muestra que parece que quiere levantar el vuelo... Mire usted ¡qué lástima! ya no lo hace. Ahora sí; los eslabones de la cadena chocan y parece el grito del pichón, ¿verdad? Dígame usted que sí por darme gusto.

—Ya lo creo que sí; exactamente el grito del pichón.

Reían.

En la pared que miraba al campo, y en el vano de una ventana fingida, estaba trazado un reloj de sol con esta leyenda: *Stat sol, hora fugit.*

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Gracieta.

—Que el sol queda, mas las horas pasan.

—Son las nueve—dijo la muchacha—¡qué gusto! ¡tenemos todo el día por nosotros!...

Atravesó la cocina, el jardín, y abierta la empalizada, se lanzó á una pequeña pradera cual si fuese una mariposa.

La espesa yerba estaba húmeda todavía del rocío, allí donde la sombra de las moreras formaba una cornisa al amplio verde, dorado por el sol.

No era posible corretear ni sentarse, fué preciso marcharse de paseo á orilla del canal por una senda

angosta, de uno en uno, Gracieta delante de todos y detrás la señora Valentina.

Los pajarillos que cantaban en lo alto del follaje, callaban al oir los pasos y las voces, y después de permanecer escuchando un momento, huían con vuelo rastrero para esconderse mejor.

—¿Qué pájaro es ese? preguntó Gracieta sin pararse.

—No lo sé—dijo Inés.

—Es un tordo—saltó la señora Valentina.

—Y cantaba: «¡Buenos días, Gracieta!» ¿No es verdad?

—Es verdad.

—Pues no es verdad, porque se ha ido.

—Ha tenido miedo de mí—dijo Conrado.

—¿Y esos dos que pasan muy alto y gritan con voz ronca?

—Son grajos.

—Nos han visto; suben más, gritan para darse ánimo... ¿son marido y mujer?

—De seguro, y habitan en aquella encina, en el primer piso; en la planta baja reside un pico-verde, ¿lo ve usted junto al tronco?

—Sí, sí, lo veo: está dando picotazos. ¿Y por qué pica si tiene abierta la puerta de su casa?

—Tiene usted razón, ¿por qué pica? debe de ser porque su padre y su abuelo hacían lo mismo.

Reían.

Un momento después parábase Gracieta haciendo señas de que callasen, para espiar el breve y luminoso

vuelo de un martín-pescador que iba rozando el agua del canal, ó para escuchar el silbido de un mirlo que parecía un reclamo de voz humana.

Conrado é Inés sentían que poco á poco se derretía el hielo que les hacía parecer fríos en comparación con Gracieta. Aquel verde inmenso de los campos, aquel azul sin mancha de los cielos, aquel contraste de sombras negras y de reflejos de oro; aquellos cantos, aquella paz, la eterna juventud, por fin, de la naturaleza, virgen y madre cada año, reflejábase á través de sus ojos en su corazón. Escuchaban las palabras de Gracieta como música no oída; cautivados por la fascinación del ejemplo, tenían á gala uno y otro ser los primeros en recoger una nota ó un color en aquella infinita armonía, en aquella paleta inconmensurable.

No habían dado más que cuatro pasos y ya eran las diez; hubo que volver atrás y apresurar el paso para llegar á tiempo.

—El cocinero tiene orden de poner las chuletas en la mesa á las diez y media en punto—dijo Conrado:—es preciso, pues, llegar á la mesa antes que las chuletas; ¡ánimo, señora Valentina!

—Es inútil correr—repuso la buena señora;—es inútil sofocarse; hemos empleado treinta y cinco minutos de allá aquí, parándonos á oir los mirlos, y á mirar los martín-pescadores; no nos detengamos ahora, y siguiendo al mismo paso llegaremos á tiempo.

—Si las chuletas se enfrían, será cargo de conciencia para usted.

—No se enfriarán, no se enfriarán.

Y el sol queda y las horas pasan.

—Tiene razón el cuadrante—dijo Gracieta después del almuerzo;—son las doce ¡cosa rara! no se oye aquí ni un reloj ni una campana; digo, no, una se oye: ¡qué vocecita tan humilde tiene!

—Para no fastidiar al prójimo—se le escapó á la señora Valentina. Tapóse al punto la boca y fué á sentarse en el prado, á la sombra de un moral.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Gracieta riendo—¿jugamos á correr ó al escondite?

—Juguemos—repuso Conrado.

—Sí, juguemos al escondite—añadió Inés—¿pero dónde nos esconderemos?

—¡Hay tantos vallados!—dijo Gracieta—Yo me esconderé, ustedes me buscan y el que me encuentre, me hace pagar una prenda... después te esconderás tú y luégo usted.

Y dicho esto tomó carrera; al pasar por detrás del vallado gritó:—¡Señor Conrado, no mire usted! y desapareció.

Poco después se oyó el grito de señal; Inés y Conrado, que habíanse quedado inmóviles y sin pronunciar palabra, miráronse á la deshecha y cada cual tomó por su lado.

Conrado fué el que encontró á Gracieta.

—La prenda—dijo riendo, mas con cierto temblorcillo en la voz.

—Sí, sí—afirmó la muchacha.

—Tiene usted que darme un beso.

Sobrevino Inés.

—La perdono—dijo Conrado, esforzándose todavía por reir.

—¿Qué prenda te perdona?—preguntó Inés.

—Un beso—contestó Gracieta—pero yo no quiero perdones; agáchese usted un poco para que se lo dé.

Presentó Conrado la frente y recibió de los virginales labios un casto beso.

Por los labios de Inés vagaba una sonrisa de esfinge.

—Ahora tú, Inés.

—No, usted, señor conde.

—Sí, y escóndase usted bien.

El señor conde se había escondido bien, tan bien, que estaba seguro de apurar á Gracieta, cuando pasados unos instantes, al ver una sombra tras del vallado, alzó la cabeza, que al punto bajó: tenía delante á Inés.

Procuró reir, pero sentía un embarazo que no acertaba á explicarse; salió del escondrijo y preguntó:

—¿Cuál es la prenda?

—La prenda será—repuso Inés—hablar á Gracieta del pintor que la quiere por mujer.

—¿Cuándo?

—Hoy; debió usted hablarle el otro día y no le habló y el pobre muchacho se impacienta. Gracieta no responderá en chanza á una palabra seria de usted. ¿Pagará usted la prenda?

—La pagaré.

Ya no jugaron al escondite.

La comida, sin embargo, fué alegre. Conrado creíase en el deber de mantener la jovialidad entre los expedicionarios y consiguió aturdirse á sí propio. Hubo un

momento en que le dijo á Gracieta, que estaba en frente de él:

—Antes de irnos, he de hablar á usted de una cosa seria; recuérdemelo usted por si se me olvida.

—¡Una cosa seria!—dijo Gracieta dejando el tenedor sobre el plato y fijando sus atónitos ojos en el semblante de Conrado.

—Una cosa alegre—corrigió éste apurando de un trago una copa de vino.

«Y el sol queda y las horas pasan»; sigue teniendo razón el cuadrante.

—Vean ustedes cómo, poco á poco, los árboles, las plantas, el cielo, todo va perdiendo color y las sombras se alargan. Está á punto de acabarse la alegría. Cojamos flores; el prado es un mosaico de ellas. ¿Pero por qué son casi todas blancas ó amarillas? ¿por qué no las hay encarnadas como en verano?

Y Gracieta, al decir esto, se inclinó sobre la yerba, levantóse el vestido y formóse un regazo que empezó á llenar de flores.

Inés, cediendo á un instinto de chiquilla, se puso el vestido como su hermana é hizo lo propio. Conrado, sin saber por qué, dejó que Inés se alejara á alguna distancia de él y se inclinó también para coger flores. La señora Valentina, espectador único de aquella égloga, sentada sobre el césped y con la espalda apoyada en la morera, luchó algunos instantes con el sueño; al cabo dijo que sí y se abandonó con sonrisa de beatitud en brazos del tentador...

La recolección de flores, que había empezado distraidamente, se convirtió en porfía.

—¿ Tienes muchas ?—gritaba Gracieta sin volverse.

—Sí, muchas.

—Más tendré yo.

—¡ Yo sí que tendré más!—exclamó Conrado quitándose el sombrero y echando dentro el haz que tenía.

Había flores amarillas, blancas y rosadas, toda la riqueza de Abril: pero faltaba yerba-doncella. En esto distinguió una Gracieta y dió vuelta al vallado para cogerla. Inés y Conrado, que habían acudido presurosos, halláronse solos un instante.

Se miraron, tenían las mejillas encendidas y experimentaban el embarazo singular de poco antes. No pronunciaron palabra; Inés soltó el recogido de la falda y Conrado vació el sombrero; las flores cayeron á sus piés y cayó con ellas su momentánea ilusión.

Volvió Gracieta, y al advertir la desgracia acaecida á sus rivales, les ayudó generosamente á recoger el botín...

«Y las horas pasan y el sol...» También engaña el cuadrante; el sol se va, se ha ido, dejando tras de sí, en el término del horizonte, una trémula irradiación de fuego y oro. Allá lejos flotaban algunas nubes como naves incendiadas; el resto del cielo ostentábase purísimo.

—Señor conde, ¿ quiere usted decirme ahora aquella cosa seria ?

El conde miró en torno como buscando escape; después balbuceó:

—Hay un hombre, un hombre honrado (no decía un honrado joven) que la quiere á usted mucho, que trata de hacerla dichosa.

—¿Esto es el preámbulo?

—No; es todo, si no me engaño.

—Pues si no es otra cosa, esta ya la sabía yo... y sé de quién habla usted.

—¡Ah! ¿usted lo ha visto?

—Lo estoy viendo, es usted, señor conde. ¿Qué hombre honrado hay que me quiera mucho y que no sea usted? Además, ¿acaso no le debo á usted mi dicha?

—Es verdad—dijo Conrado;—no hablemos más.

La vuelta á la ciudad fué triste; solamente Gracieta sentía aún la pasada alegría; sólo ella sabía exclamar jovialmente: «¡Cuánto nos hemos divertido!»

—Mañana es último de mes—dijo Conrado á Inés, cuando llegó con ella á la puerta de su casa.

—¿Ya?—respondió aquella... —Se equivoca usted; estamos á 29... No; tiene usted razón. Abril no tiene mas que treinta días.

—¿Y mi petición?

—¿Cuál?... ¡Ah! sí...

—¿Me responderá usted en Abril?

—No, en Mayo.

El conde Germinati exhaló un suspiro harto prolongado; estrechó la mano de la bella y se alejó con paso rápido y suelto.

Al volver la primera esquina siguió más despacio.

«He paseado junto á los canales, he oído el canto del mirlo, he visto dos grajos, un pico-verde en el

tronco de una encina, dos martín-pescadores que parecían de oro y de topacio... ¡ cuán feliz he sido!...»

Y proseguía:

«He jugado al escondite, he recogido las flores del prado, he hecho que Gracieta me diera un beso. ¡ Cuán feliz he sido ! »

El buen Antonio le salió al encuentro con su cara sonriente, más sonriente aquel día por maliciosa y oculta satisfacción.

En medio de la mesa del salón se pavoneaba un enorme ramo de violetas; al notar la grata sorpresa que en sus días había experimentado el «tirano» por un simple ramillete, Antonio imaginó que centuplicando las dimensiones del ramo, centuplicaría el placer de la sorpresa.

Pero Conrado quedóse como atontado mirándolo.

—¿ Quién ha puesto ahí esas flores ?

—Yo.

—¿ Y quién las ha traído ?

Había que contestar:

—¡ Yo!

—¿ Por qué ?

—Porque hoy... ¿ no se acuerda el señor ? Hoy es su cumpleaños...

—¡ Ah !

—Sí señor, hoy ha cumplido los cuarenta y uno.

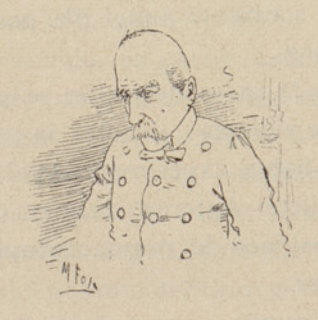
—¡ Cuarenta y uno !

—Claro; nació el señor en 18...; la cuenta es justa.

—Tienes razón; son cuarenta y uno. Gracias, Antonio, gracias.

Y apretó la mano del viejo, el cual fuese murmurando para sí:

«¡ Qué buen muchacho ! ¡ qué buen muchacho !»



XXV

7 de Mayo



EXPERIMENTABA Conrado las crueles ansias de una conciencia que no habiéndose nunca interrogado á sí misma, sabía manejar el sofisma como un cuchillo. Cada nueva pregunta abría un abismo ante el cual sentía la mente el vértigo de la incertidumbre.

Al cabo de una noche de insomnio creyó haberse convencido de que cuarenta años no son muchos, sobre todo si aparentan treinta y siete, y de que la des-

proporción de edad en los consortes no es casi nunca ocasión de disturbios domésticos.

Podía citar A, B, C y otras letras del alfabeto en apoyo de su tesis; y no dudaba de que con la estadística en la mano se podía probar lo siguiente como artículo de fe: «Para concertar un matrimonio feliz no hay mejores circunstancias que haber cumplido el esposo cuarenta años y no haber llegado la esposa á los diez y siete.» De lo cual nadie duda, porque ¿hay acaso alguna cosa que no pruebe la estadística?

Pero una voz que en vano había tratado de prevalecer, logró por fin hacerse oir:

«A, B, C son excepciones; cuenta que ninguno de ellos ha llevado la vida que tú; no se han consumido en los placeres; han conservado una juventud, la del corazón, y una virginidad, la del alma. A, B, C, eran buenas personas, confundidas entre el alfabeto del mundo; jamás dieron que hablar con un escándalo; vivieron tranquilos, laboriosos, sin gastar las fibras de su cuerpo; fantasearon sin dejar un girón de fe en cada abrojo del camino. Eran sanos é ingenuos; y si la edad no se mide por los años, eran jóvenes. ¿Á ti, en cambio, qué te queda? Deja á un lado las riquezas, y dí: «¿qué parte de ti mismo conceptúas digna de Gracieta?» ¡Oh! si tú pudieras decirle: «Oye, niña mía, un día me encontré ante una seducción; atraíame el deseo, pero me armé de fortaleza y triunfé de mí mismo, porque, sin conocerte, pensaba en ti!» Busca entre los restos de tu pasado una bella seductora desairada... No la encontrarás. ¡En cambio, á cuántas ten-

taciones vulgares has cedido! ¡Cuántos frutos podridos has acercado á la hastiada boca!»

Pasó aquel día; llegó el siguiente. ¡Sea Mayo bien venido!

Otra corriente detuvo aquel espíritu errante; la fascinación de otra idea lo atrajo; la impaciencia sacudió todos sus nervios.

Á las doce, no pudiendo resistir por más tiempo, escribió sobre una una tarjeta «*Mayo 1*» y la envió á Inés.

La respuesta fué de una sola palabra y de cien promesas: «*Quizá*».

Conrado quiso echar á correr, mas le detuvo extraña repulsión: el lazo de la corbata salía siempre torcido; la raya del pelo nunca quedaba derecha; perdió un tiempo precioso delante del espejo: sin darse de ello exacta cuenta, apareciendo muy presuroso, daba largas á su tocado, y cuando tuvo puesto el sombrero tal y como debe ponerse, se acomodó en una butaca, como aburrido, dejando que cayera el sombrero sobre la frente y que se estropeara el peinado.

Por último alzóse perezosamente, echó á andar, salió de su casa y en la primera esquina se detuvo. Alguien le decía:

«¡Ah! si tú pudieras decirle: «oye, niña mía, un día me encontré ante una seducción; atraíame el deseo, pero me armé de fortaleza y triunfé de mí mismo, porque pensaba en ti...»

Conrado pasó por casa de Inés, levantó la cabeza para mirar las ventanas; siguió adelante, más adelante y más adelante, hasta que se quedó en contempla-

ción extática ante el rostro de Gracieta, que le hablaba de los progresos de Mario.

Aquel día no fué nada atrevido; no hurtó ni un beso ni una caricia... estrechó la linda mano, dijo «buenas noches, Gracieta» y partió con cierta solemnidad.

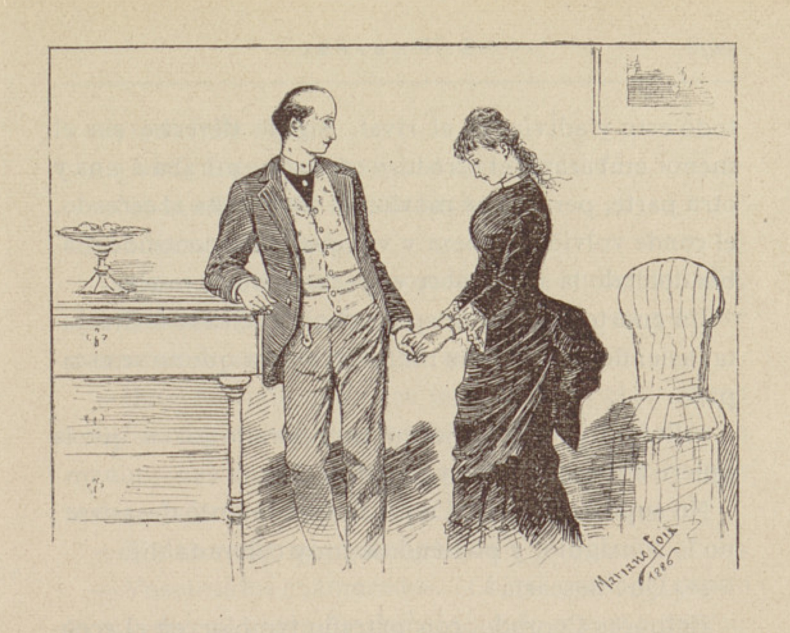
«¿ Qué habrá pensado Inés ?» se preguntó á sí propio en el camino.

Inés había pensado :

«No viene ; hoy no vendrá ; aceptar mi amor significa renunciar para siempre al de mi hermana ; él también lo sabe ; tanto mejor ; vendrá mañana.»

Pero al día siguiente tampoco fué.





XXVI

En el cual se advierte que los amigos del Círculo lo saben siempre todo

AQUEL día, al ir á ver á Gracieta, halló apostado en la calle, fijos los ojos en la casita que blanqueaba entre el verde de las moreras y de las acacias, á un joven, á un guapo joven, casi más alto que él, esbelto, pero robusto, de fisonomía abierta, sombreada por el bozo y por una leve tinta melancólica.

Fingiendo que nada veía, el señor conde había visto

todo esto y adivinado al rival. Siguió derecho sin el menor embarazo; el otro hizo como que miraba á una y otra parte, pero no se movió. Al dar vuelta al cercado, el conde volvió la cabeza y vió que el desconocido había doblado la suya sobre el pecho y no se movía.

Un cuarto de hora después decía Conrado á Gracieta, asiendo sus blancas manecitas para que no se escapase:

—Señorita ; hay un joven, un honrado joven que la quiere á usted mucho y que desearía...

No supo continuar. La muchacha intentó desasirse ; no lo consiguió, y poniéndose muy colorada dijo :

—¿ Qué desearía ?

Entonces Conrado, con extraño temblor en el acento, siguió de esta manera:

—Señorita ; hay un hombre, de alguna edad, pero hombre honrado, al menos así me lo parece, que la quiere á usted mucho y que desearía...

Diciendo esto había aflojado la presión; aprovechóse Gracieta y escapó como una avecilla que huye. Volvió después canturreando y con el semblante iluminado por secreto regocijo ; corrió por el andén y se ocultó entre la yerba evitando encontrarse á solas con el conde. El rostro de éste habíase oscurecido, seguía con los ojos los movimientos de la pobre niña evitando también quedarse á solas con ella; después se despidió bruscamente.

Y Gracieta, en manera alguna asustada por aquellas rarezas, echóse en brazos de la señora Valentina, exclamando:

—¡Qué feliz soy!

—¿Sí? ¿Y por qué hoy más que otro día?

—No sé—balbuceó la muchacha.

¡Tenía un secreto!

Al siguiente día, en el momento de cruzar la calle, oyó Conrado pasos presurosos tras de sí y su nombre pronunciado una, dos veces: era Filiberto.

—Hace un siglo que no se te ve—díjole el joven con levísimo acento de ironía á la vez que le apretaba la mano;—has abandonado á los amigos; verdad es que todos vosotros hacéis lo propio...

—Todos vosotros ¿qué significa?

—Vosotros los enamorados... Chico, perdona, repito lo que dicen, y con fundamento á lo que me parece, porque sólo el amor y un amor como el tuyo, puede hundir de tal modo á la amistad.

—¡Ah! ¿se sabe que estoy enamorado?—preguntó Conrado, con el tono burlón con que acostumbraba replicar á las chanzas de sus amigos.

—Se sabe, sí señor, se sabe.

—¿Y se sabe también qué clase de amor es el mío?

—Se sabe todo; es un amor puro, de esos que inspira á los diez y seis años una niña que no ha cumplido todavía diez y siete.

Conrado tuvo fuerza para sonreir, haciendo seña al amigo de que continuase.

—Tu amada es rubia, esto ya lo sospechábamos; es bonita, nadie te ha hecho la injusticia de dudarlo, pero hay un inconveniente.

—Veamos el inconveniente.

— Un grave inconveniente; es una muchacha honradísima, para llegar á la cual hay que pasar por las horcas caudinas: ó toda la vida ó nada.

— ¡ Diantre ! ¿ pues entonces ?

— Entonces... atiende... no es que yo te calumnie, te calumnia el mundo... te casas... Felicino ha estado dos veces en el Ayuntamiento para ver si se habían publicado las amonestaciones: no se han publicado aún.

— ¡ Cómo ! ¿ aún no ?

— Te casas, pues; dejas que chille tu parentela, haces de la niña una condesa deliciosa y te la llevas. La condesa Gracieta sería la joya de nuestros salones, pero no puede permanecer en Milán á causa de su hermana.

El conde no acertó á reprimir un ademán de sorpresa; lo disimuló lo mejor que pudo, preguntando:

— ¿ Con que Gracieta tiene una hermana ?

— Ya lo creo; una hermana, que nada tiene de inocente; que se deja mantener: una rubia preciosa, perteneciente á la familia de las *aristocráticas*, como nosotros las llamamos. Esta preciosa rubia es el punto negro del idilio; está locamente enamorada de ti y detesta á su hermana; han ocurrido escenas terribles de celos... ¿ dí que todo esto no es exacto ?

— Exactísimo, ¿ acaso lo dudas ?

— Yo sí, pero el mundo no... ¿ y cuándo será la boda?

— La semana que viene.

— ¿ Y dónde os estableceréis ?

— En la cúspide de una montaña; he comprado un castillo roquero algo arruinado: lo restauraré sin des-



La muchacha bajó al suelo los ojos.....

pojarle de su aterrador aspecto... Tendrá puente levadizo, y un trompetero para avisar la llegada de los amigos que vengan; tú también vendrás. Me preparo una felicidad á estilo de la Edad-media. Ya verás, ya verás; ¿hacia dónde te diriges?

—Hacia ningún lado.

—Adiós, Filiberto; mil cosas á aquellos locos.

Y Conrado dejó plantado al amigo, el cual, por la estupefacción, permaneció algún tiempo en medio de la calle.

—Señorita—dijo Conrado á Gracieta, con insólita seriedad;—ayer se me escapó usted á lo mejor de una revelación; es preciso que hoy me escuche usted.

—¿Qué revelación?—balbuceó, tratando de sonreir, la joven.

—Ó mejor dicho, una embajada. Prométame usted estarme atenta.

La muchacha bajó al suelo los ojos y dijo con un hilo de voz:

—Lo prometo.

—Hay un joven, un guapo joven, á lo más veinte y cuatro años, que está enamorado de usted y la quiere muchísimo; ¿ha visto usted á ese joven?

Gracieta tenía la cabeza doblada sobre el pecho y no respondía. Conrado siguió con afanoso acento:

—Ese guapo joven, es además excelente artista; trabajador, honrado... quiere hacer á usted dichosa... y la pide en matrimonio...

Hallóse sin palabras por un instante.

—¿Qué responde usted? diga usted algo.

É insistiendo, añadió:

—No hay que decirle que no.

Y como la muchacha seguía silenciosa, Conrado le puso la mano en la barba para alzarle el rostro: al hacerlo sintió el calor de dos lágrimas mudas. Inclinóse entonces para mirarla, pero Gracieta rompió en sollozos y escapó.

El conde llevóse la mano á la boca y borró con los labios la huella de aquellas lágrimas. Durante algún tiempo quedóse inmóvil; después, obedeciendo á repentina idea, salió, cruzó varias calles con apresurado andar, subió una escalera muy conocida y dijo á espaldas mismas de Inés:

—Aquí estoy.

Ella le miró en el espejo antes de volverse, y á Conrado parecióle oir esta inexplicable exclamación:

—¡Qué lástima!





XXVII

Partida

Inés lo había dicho: aceptar su amor era renunciar al de Gracieta. La angelical figura de la inocente niña desapareció en la oscuridad de una lontananza sin medida. Durante algunos días fué como si no hubiese existido, y su recuerdo no volvió á la mente de Conrado hasta algún tiempo después, y como si se tratase de una persona querida ya

difunta. Vino, pues, el luto, después el dolor ardiente é inmediato que sucede al llanto vertido por la que yace enterrada. De todas suertes, Gracieta para Conrado estaba muerta, completamente muerta.

Volvió á su memoria como criatura viva, al pensar que debía ir á verla un día ú otro, fijar su mirada en aquel blanco y virginal semblante, y sentir nuevas inquietudes ante el azul de aquellos claros y lucientes ojos.

Llegó aquel día y Conrado se asombró de no sentir cuanto había imaginado; la inquietud de la joven borró la suya, y su perplejidad en mirarle de frente, dióle ánimos para clavar en ella los ojos por largo tiempo. ¡Ah! ¡Cuán bella era también Gracieta!

Le preguntó cómo estaba.

—No va mal.

Luego no iba muy bien, lo cual se conocía. Habíase resfriado de nuevo por estar de noche á la ventana mirando á las estrellas; tenía la voz algo enronquecida y un poco de tos. Conrado, atónito de su propia desenvoltura, le ordenó que se cuidara, que guardase cama, y se hizo prometer absoluta obediencia.

De aquel pintor joven que quería casarse con ella, no se habló palabra; pero antes de irse, la señora Valentina le dijo en secreto que Gracieta aún no había contestado nada y que el pobre muchacho continuaba pasando por allí mañana y tarde suspirando como un fuelle.

—Y mientras suspire de lejos—observó juiciosamente—poca esperanza hay de que la muchacha se inflame.

Un gesto de Conrado dió á entender que tenía mucha razón.

Intentada la primera prueba, no había ya motivo para interrumpir las visitas, tanto más cuanto que Gracieta no estaba muy bien. Quiso Conrado recobrar las costumbres de otros tiempos y al siguiente día volvió á la casita de la calle Lesmi. La primera persona con quien se encontró, subiendo la escalera, fué Inés, que le precedía.

—¿ Tú aquí ?—le dijo volviéndose.

—¿ Te sorprende ?—balbuceó el conde procurando dominar su turbación...—¿ Cómo está Gracieta ?

Á estas palabras siguió un rumor en el rellano de la escalera. Conrado levantó la cabeza, Inés la volvió; sólo distinguieron el borde de un vestido negro que desapareció por el hueco de la puerta.

Miráronse en silencio.

—¿ Nos habrá oído ?—preguntó palideciendo el conde.

—¿ Qué importa ?

—¿ Cómo le explicarás ?...

—Á mi manera... con una mentira; le diré que me quieres, que te quiero, que somos novios y que nos casaremos... quizá. Los novios bien pueden tutearse.

—¡ Ah ! no le digas eso !...

—¿ Y por qué no, si puede saberse ?—interrogó Inés con sonrisa algo sarcástica.

Poco después apareció Gracieta en el rellano; se manifestó asombrada y bajó sonriendo la escalera para besar en ambas mejillas á su hermana.

Conrado le alargó la mano, pero ella no vió el ademán, movió graciosamente la cabeza y dijo:

—Buenos días, señor conde—y escapó hacia el jardín llevándose tras de sí á Inés.

Ésta la miraba con ojos penetrantes.

—¿Cómo te encuentras hoy?—le preguntó.

—Hoy me encuentro muy bien y mañana y siempre; no quiero volver á enfermar. ¿Te parece bien pensado?

Aquella alegría oprimía el corazón.

Al caer de la tarde la señora Valentina intervino diciendo:

—Niña, hay que entrar en casa y meterse en la camita.

—Eso es—repuso Gracieta—y dormir hasta mañana como una marmota; no señora, no.

—Si no quieres acostarte, estate en tu cuarto leyendo; pero aquí, al relente, no; las noches son frías y una enfermedad se coge pronto... tienes tos...

—¿Tienes tos?

—No hacerle caso; no tengo nada, estoy bien.

Alguna idea desazonaba á Inés, miró varias veces con secreta impaciencia al conde y luégo se despidió bruscamente.

Aunque de mala gana, Conrado la siguió.

¡Ah! Gracieta ya no existía para él!

En el trayecto apenas despegaron los labios; preguntó el uno, contestó por monosílabos la otra, y al llegar á casa de la cortesana, detuviéronse como por tácito acuerdo.

—Estoy cansada—dijo Inés.

—Me esperan—dijo Conrado.

Diéronse las puntas de los dedos y se despidieron:

—Hasta la vista.

Media hora después llegaba Conrado á pié á la calle Lesmi. Á la tenue claridad del crepúsculo vió avanzar por el lado opuesto un carruaje que se detuvo delante la casa consabida. Abrióse la portezuela y salió una mujer: Inés.

Ésta vió al punto á Conrado, y en vez de entrar encaminóse á él directamente.

—Hemos querido engañarnos recíprocamente—dijo con extraño acento.—No empieza con mucha sinceridad nuestro amor; quizá por lo mismo dure más. Necesitaba verme á solas con mi hermana y tú también, á lo que parece. Puesto que no lo hemos conseguido, vente al coche, hablaremos.

Obedeció Conrado como un autómata, y cuando empezó á rodar el carruaje, se asomó para mirar la casita blanquecina que parecía huir de él para esconderse en la sombra.

Subieron en silencio la escalera, y al llegar al saloncito, Conrado se echó sobre un diván. Inés se desató las cintas del sombrero y sin quitárselo se sentó al borde de una butaca. Permanecieron un rato inmóviles y silenciosos. Á la pálida luz que penetraba por las ventanas, semejaban entrambos dos sombras.

—Es inútil pedir luz—dijo Inés;—debes preferir estar á oscuras.

Conrado no repuso.

—¿Por qué volvías al lado de Gracieta?—preguntó la hermosa con tono ligero.

Tampoco Conrado contestó.

—No lo sabes tú mismo; yo te lo diré; volvías porque la quieres ó porque así al menos te lo dicen los sentidos. Al rodearte de la aureola de enamorado, te santificas, te consideras incapaz del mal y confías en cometerlo involuntariamente... como lo quiere el destino. ¿Leo bien en tu corazón?

No hubo respuesta.

—Esto no sucederá—prosiguió Inés bajando la voz aunque sin ira.—Aunque tenga que matarte, aunque tenga que matarla, no llegarás hasta Gracieta.

—¡Cuán celosa eres!—exclamó con amargura el conde.

—¿Te duele que lo sea?

—¿No has dicho que me querías?

—¿Y tú lo has creído?

Las tres ironías se cruzaron frías é inexorables. Inés continuó:

—Te conozco demasiado; hay en ti mucho de mi naturaleza y de la tuya en mí... Pues bien, sí, he mentido, ¿qué importa? ¿No es mi vida toda una mentira? Sólo es mío mi corazón porque no ha sido nunca de nadie... No, no te quiero, no podré quererte nunca. ¿Te duele acaso?

Conrado había vuelto á su mutismo.

—Pudiste hacerte y hacerla feliz—añadió Inés tras de breve silencio—ahora es tarde. Puede un conde ser el amante de una mujer como yo; esto es lícito, deco-

roso, hasta laudable... pero no puede ser marido de una pobre y santa criatura como Gracieta. Has elegido ser mi amante : todo, pues, ha terminado entre ella y tú.

Conrado se levantó de pronto, y cogiendo las manos de la cortesana le dijo gravemente:

—He jurado respetar la inocencia de tu hermana y no la he ofendido ni con una palabra... mañana por la madrugada partiré.

—¿Para volver...?

—Cuando se haya casado Gracieta.

Incorporándose perezosamente, sonó Inés la campanilla y pidió luces; luégo dijo:

—Quiero verte la cara ahora.

Al resplandor de un candelabro la cortesana fijó los ojos en el taciturno semblante de Conrado.

—Eres gallardo—dijo—eres generoso. ¡Qué lástima que no me haya enamorado de ti!... Y por otra parte, ¡qué fortuna!

—¿Por qué?

—Porque mi amor no podría hacerte dichoso.

Después lo besó y le dijo:

—Buen viaje.

Al día siguiente, cuando creía que Conrado había partido, lo vió entrar Inés en su casa; palideció.

—¿Qué significa esto?

—Significa que no me marcho, que no me puedo marchar; fuí á decirle adiós á Gracieta y,... seré un insensato, seré un necio, pero creo que la pobrecilla me quiere; ríe cuanto quieras; sí, me quïere, estoy seguro y me quedo.

Inés permaneció indecisa por un instante; después, cediendo á repentina idea, tomó las manos de Conrado entre las suyas, y clavando en él los ardientes ojos:

—Sí—dijo—Gracieta te ama! Será una vergüenza más en mi vida, pero no importa, ¡cásate con ella! Creí que el amor de una cortesana podría ser un obstáculo; ya veo que nunca lo es; cásate con ella y hazla dichosa. Yo partiré, iré muy lejos para que no llegue hasta vosotros la sombra de mi afrenta. Nadie sabrá nunca que la condesa Germinati tiene una hermana como yo.

El conde tenía doblada hacia el suelo la cabeza, y al oir la última palabra murmuró como hablando para sí:

—¡Lo sabe Filiberto, lo saben los amigos del Círculo, lo saben todos!...

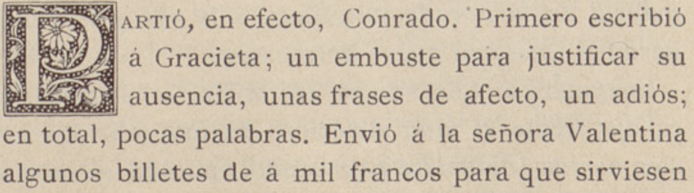
Y calló.

Inés habíase dejado caer en una silla y tenía fijos en tierra los ojos. Hubo un largo silencio.

—Partiré—dijo Conrado, y salió.

Inés no se movió, no levantó la mirada; parecía la estatua de la aflicción.





XXVIII

Regreso

PARTIÓ, en efecto, Conrado. Primero escribió á Gracieta; un embuste para justificar su ausencia, unas frases de afecto, un adiós; en total, pocas palabras. Envió á la señora Valentina algunos billetes de á mil francos para que sirviesen de dote á la muchacha; le recomendó que el casamiento se efectuase pronto... pronto, pronto; que los esposos habitasen la casita de la calle Lesmi, y partió.

Fué sin saber adonde; primero á Turín, luégo á

Suiza, después á Alemania, por último á Venecia; así transcurrieron veinte días. Á punto de volver á Milán, pensó que veinte días era poco, que tal vez no se habría terminado todo, que era preciso viajar y distraerse todavía.

Volvió á Trieste, pasó á Viena, de allí otra vez á Suiza, y otra vez á Turín, hospedándose en las mismas fondas y visitando los mismos monumentos. Transcurrió otro mes y entonces se dijo que ya era hora de volver á Milán, y apenas dicho ya estaba en el tren.

En el camino sintió la fiebre de impaciencia y de afán que da el regreso; había pensado en Gracieta; pero por más que se esforzó en figurársela tal y como la había dejado, no lo consiguió. Obligado á mirar cara á cara el nuevo estado de cosas, abrió los ojos y los mantuvo fijos, durante todo el trayecto, en aquella imagen tan diversa, pero sin embargo tan querida.

Vió á Gracieta al lado de aquel joven poco antes para ella completamente desconocido, y ahora tan unido á ella; la vió sonriente, venturosa, con púdica malicia en la mirada, orgullosa á la vez y sencilla; hermosa, mas con nueva hermosura.

Imaginábase Conrado ya en Milán, en la desierta calleja, frente al nido silencioso de una felicidad recién nacida; deteníase titubeando, aplicaba el oído á las voces de la naturaleza, suaves como el eco de tranquilo alborozo; después oía otra voz que pronunciaba fuerte un nombre, un nombre ignorado que le hacía latir el corazón, y veía asomarse á la ventana, á ella, á

Gracieta, rubia y esplendorosa como un rayo de sol, y después bajar la escalera y arrojarse en brazos de un hombre tan dichoso como un dios...

Á esta visión sucedía oscuridad en el pensamiento, y por delante del bello fantasma cruzaban negras sombras:—eran el despecho, el remordimiento, celos injustos y crueles, el pavoroso reflejo del porvenir... pero poco á poco tornaba la luz, tornaba la figura gentil de Gracieta y empezaba de nuevo la visión de aquella felicidad sencilla y pura.

Llegó á Milán y antes de ir á su casa quiso ir á la calle Lesmi. Era la hora más calurosa de un día calurosísimo de Julio; por la consabida calleja no pasaba nadie; Conrado se detuvo un momento; fijó la mirada ante sí, la dirigió en torno; nada había cambiado; las mismas acacias sombreaban el mismo canal, de donde partían, mezcladas con el rumor de la ropa golpeada, las conversaciones interrumpidas y quedas de las lavanderas que desde allí no se veían. El vallado se encorvaba en un sitio abriendo una entrada, lo mismo que antes; aquel álamo, aquella morera, aquel monigote de carbón trazado por un chicuelo en la tapia, estaban allí, delante de él, como si los hubiera dejado el día anterior. Solamente en la casa de enfrente, entre las ocho vidrieras que relumbraban al sol, había una reemplazada por un pedazo de papel blanco.

«Alguien la habrá roto esta mañana» pensó involuntariamente Conrado. Y como no faltase ni una línea al cuadro que grabado llevaba en la memoria, sintió que recobraba su espíritu el valor y que se fijaba en

su mente una idea, que durante dos meses no le había ocurrido, idea que en un punto se convirtió en duda, en esperanza y en incertidumbre.

«Lo ves—se dijo á sí propio—nada ha cambiado; Gracieta está soltera todavía.»

Movióse, apretó el paso y sólo se detuvo en el primer peldaño de la escalera, porque le palpitaba fuertemente el corazón.

Nadie le salió á recibir ni se oía ruído alguno; no se atrevía á pasar adelante antes de que se rompiera aquel silencio sepulcral. En esto resonó una voz como un saludo, una vocecilla alegre y sonora, la de Mario. Conrado subió la escalera.

Para dar mejor la sorpresa, dudaba entre asomarse de pronto al cuarto de Gracieta ó llamar ahuecando la voz. Pero en el vano de la puerta apareció, sin producir ruido, un cuerpo: la señora Valentina.

Vió al conde y lo miró sin sorpresa, aunque con atónita mirada: cuando él abrió la boca para hablar, le hizo seña de que callara y entró en el cuarto de donde salía, andando de puntillas; el conde la siguió como un autómata.

Allí estaba Gracieta, frente á él, caídas las luengas trenzas sobre su blanca y descarnada faz, cerrados los ojos, inmóvil en su lecho de virgen.

—¡Muerta!—exclamó.

La señora Valentina, repuso con voz apagada:

—¡Todavía no!

Estas palabras despertaron á alguien que dormía, á Inés, la cual cediendo á la fatiga de una noche en vela,

habíase dormido en una silla. Ella también había sufrido; irguióse en pié, se restregó los ojos, vió á Conrado y saltó echándose en sus brazos y mordiéndole con beso salvaje.

Después, sin decir palabra, se apartó de él, que trastornado, vacilante como un beodo, repitió hablándose á sí mismo:

—«¡Muerta!»

—¡Todavía no!—dijo Inés.

Y fuése á sentar en un rincón, donde permaneció largo tiempo con los ojos extrañamente fijos en el rostro de Conrado, pálida y silenciosa, imagen viva del infortunio que había entrado en aquel aposento.



XXIX

Á la cabecera


odavía no !»

Ni le habían dicho otra cosa ni otra cosa había preguntado; la historia de dos meses estaba contenida en aquellas palabras.

La señora Valentina, sentada á la cabecera, Inés con los brazos colgantes sobre el respaldo de la silla, con la mirada fija y como clavada en una visión, esperaban.

Conrado no tuvo fuerzas para pasar del umbral; esperaba también.

De pronto agitó un estremecimiento á aquellos tres

desconsolados seres. Gracieta había exhalado un gran suspiro.

No era el postrero: abrió los ojos, dirigió en torno y como con fatiga la turbia mirada, y de improviso centelleó en ella viva luz.

—¡ Señor Conrado !—pronunció con voz sonora.

Aproximóse el mísero al lecho, estrechó entre sus manos la mano descarnada y febril que le ofrecían, cruzó medrosamente su afligida mirada con la mirada de la joven, que nada tenía ya de terrestre, y no habló.

—¿ Cómo está usted ?—interrogó Gracieta.

—¿ Y usted ?—repuso Conrado suavizando la voz y modulándola como una caricia—¿ y usted, cómo está ? ¡ Ah ! ¿ Por qué se ha puesto usted enferma hallándome yo lejos ? ¿ por qué no me han avisado ?

—Estoy bien—balbuceó la pobre niña—estoy bien.

Libróse de la amorosa presión en que tenía la mano, y bajando la voz como el que comunica un secreto,

—Quiero curarme—dijo—ahora trataré de curarme.

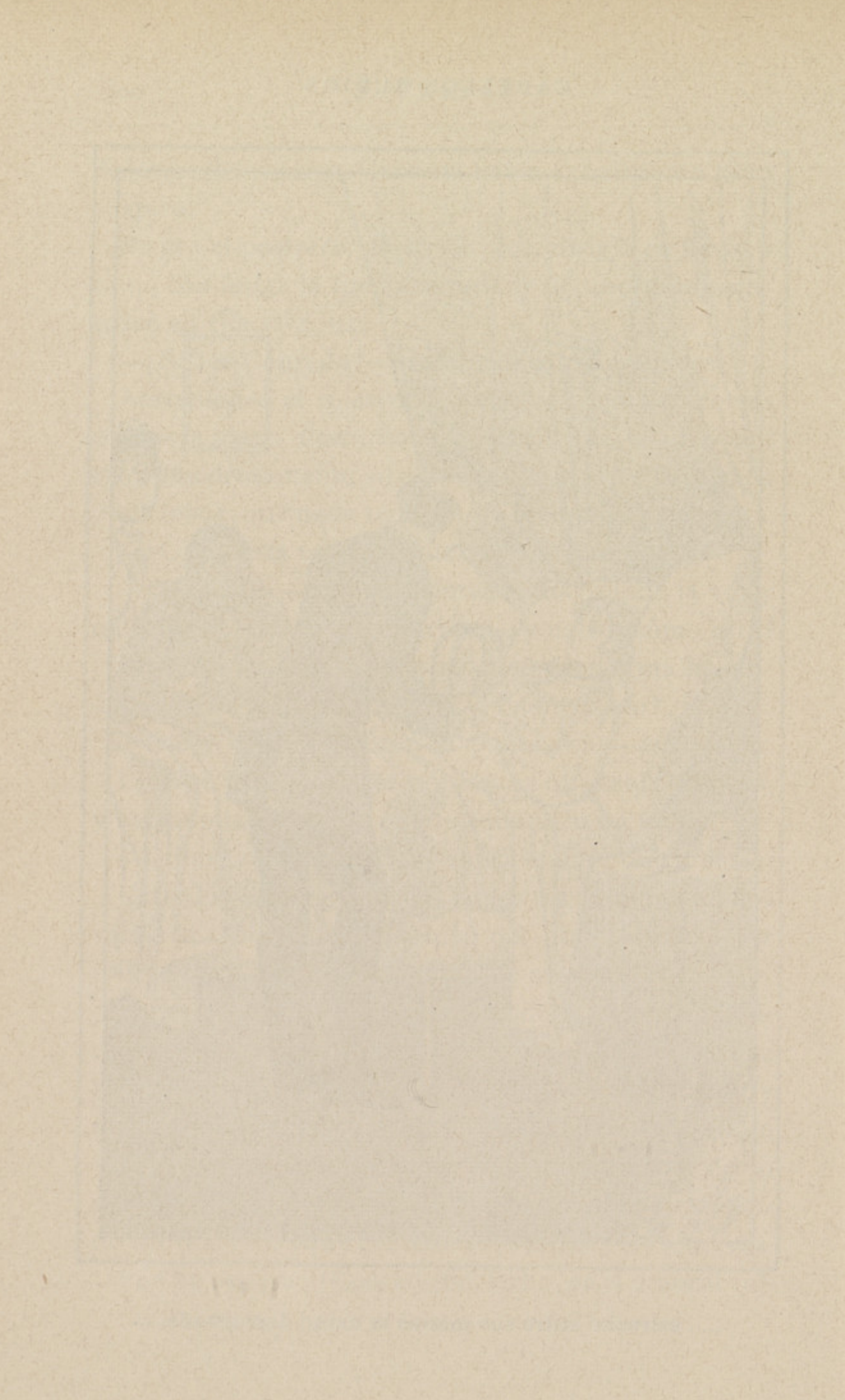
Cerró los ojos y movió los labios sin hablar, después volvió la cabeza con el ademán del que escucha; por último cayó en el mismo sopor de antes.

Largo tiempo permaneció el conde á la cabecera; miraba las trenzas larguísimas y dos bucles rebeldes que formaban una cornisa de oro sobre la frente blanca y diáfana como el alabastro... Bella era Gracieta hasta en brazos de la muerte; la fiebre se había apiadado de su gentileza, y sobre las hundidas mejillas había extendido un velo rojizo que ocultaba los surcos y las sombras.

Por fin se apartó Conrado del lecho; en el umbral vol-



..... estrechó entre sus manos la mano descarnada.....



vióse una vez más, y oprimiéndose desesperadamente la frente con los puños cerrados, salió de la habitación.

Inés se alzó como un autómata sin apartar de él los ojos; cuando salió, salió detrás. Halláronse en el rellano el uno frente al otro. Conrado miró una crucecita negra que recordaba haber visto en el cuello de Gracieta y que yacía rota en el suelo. Al cabo dijo, como hablando para sí:

«¡Pobre Gracieta!»

Inés le oyó, mas no repuso; lo contemplaba extática. Todo en su semblante demacrado expresaba gran dolor y gran ternura; extraña luz brillaba en él de vez en cuando. Y extraña era también la expresión de aquel rostro; parecíale á Conrado que revelaba nueva desventura y no acertaba á desprenderse de aquella mirada penetrante.

—¿Qué tienes?

—¿Qué tengo?—respondió Inés poniéndole entrambas manos en los hombros y haciéndole estremecer con su contacto; y prosiguió con acento tierno y suave cual regalada música:—yo nada, Conrado, nada...

Después dijo:

—¡Gracieta se muere!

—¿Quién es el médico?

—El doctor B.

—¿Y qué dice?

—Que no hay remedio; que Gracieta se muere.

Inés apartó por fin los ojos del rostro de Conrado y los fijó extraviados en el suelo. Oíase su respiración afanosa y veíase cómo se alzaba y bajaba su seno.

—Dios sabe—murmuró con voz sorda y sin pestañear —Dios sabe que hubiera muerto contenta con tal de hacerla feliz! ¡ Ahora ya es tarde! ¡Gracieta se muere!

Irguió de repente la cabeza, lanzó un relámpago con los ojos y profirió con enternecido acento estas feroces palabras:

—¡ Mejor es que muera la pobre Gracieta!

Conrado la miró fijamente creyendo que desvariaba; y tan claro apareció el recelo en su fisonomía que Inés sonrió melancólicamente y le dijo:

—¿ Me crees loca?

El conde bajó algunos escalones no sabiendo qué contestar; volvióse luégo... la desconsolada joven lo contemplaba con amorosa piedad.

—¿ Qué tienes?—tornó á preguntarle.

No obtuvo respuesta. Y entonces, sin fuerzas para resistir más, oprimido el corazón por nueva angustia, bajó los últimos escalones, ya sin volverse, salió, corrió á su casa y se arrojó lloroso en brazos de Antonio. Una hora después contemplaba con ojos enjutos el infortunio al que había dado un nido digno de la felicidad.



XXX

Delante de la ventana



AL día siguiente Gracieta quiso levantarse, diciendo que estaba fuerte y que se encontraba muy bien.

En vano Inés y la señora Valentina procuraron detenerla, por lo menos hasta que llegase el médico.

—No temáis nada—respondió la joven—no me hará daño.

Hablaba con notable sonoridad de acento, y agregaba á las palabras la acción de levantarse: leíase en su semblante una voluntad que se rebelaba, cual si quisiera triunfar del mal en desesperada lucha.

Vistióse en silencio, reuniendo todas sus fuerzas para cumplir su propósito, deteniéndose porque se desvanecía á cada instante, pero sin darse nunca por vencida; por último bajó de la cama y, vacilante, fué conducida á un amplio sillón. La congoja le cortaba la respiración, la calentura le abrasaba el cuerpo.

Le trajeron un vestido blanco, mas ella pidió el de todos los días, el de luto: después se hizo arrimar á la abierta ventana y quedóse contemplando silenciosamente el jardín.

Valentina é Inés no se apartaban de su lado.

Poco después viendo en un cristal de la ventana el incierto reflejo de su rostro, dijo sonriendo:

—Ya lo veis; me pongo buena...

Y en verdad que de aquella suerte encendidas las mejillas por la fiebre, podía engañar á la piedad y al anhelo...

Pero ni se engañaba Inés, ni se engañaba Valentina: «Es verdad», dijeron á un tiempo y cambiaron una afligida mirada.

Gracieta se sumergió de nuevo en sus contemplaciones, y de ellas poco á poco pasó al reposo del sueño.

No por eso la dejaron sus enfermeras; para ellas no había otra cosa en el mundo á qué atender: hacía ya muchas semanas que vagaban por aquellas estancias

invadidas por el dolor, como dos espectros, mudas y olvidadas de sí mismas.

—Señora Inés, decía por acaso la señora Valentina; hay que comer algo.

—No tengo gana.

Otras veces era Inés la que decía:

—Mamá Valentina, ¿que no almuerza usted?

—No tengo gana.

En medio de aquel silencio de agonía, resonaban á lo mejor las vocecillas alegres de los pájaros abandonados en la jaula. Valentina entonces pasaba al otro cuarto y les distribuía melancólicamente alpiste y alguna palabra de cariño.

Los canarios multiplicaban sus seducciones y sus monadas; hacían cuanto había que hacer para detenerla, pero todo era en balde; había desaparecido la alegría de la casita blanca... Un día que la enferma tuvo más calentura que de costumbre, la «mamá» Valentina dijo muy seria á sus pensionistas:

»Rezad; mañana ya no tendremos á Gracieta.» Y los canarios rezaron tanto y tan bien que Gracieta venció la calentura.

Hacía algunos instantes que la joven, al parecer, dormía; de pronto abrió los ojos y se puso á escuchar.

Escucharon también las dos mujeres y nada oyeron; pero unos momentos después alguien con paso ligero subió la escalera. Inés y Valentina se volvieron: era Conrado. Gracieta no se movió para saludar al recién-llegado, pero le sonrió en los cristales de la ventana.

—¡Levantada!—exclamó el conde con algún temblor en la voz y acercándose;—¿luego va mejor?

—Sí, estoy mejor, estoy bien—repuso la pobrecilla, mirándolo sin titubear fija y largamente.

Tornó de nuevo la mirada al jardín; del macizo la pasó al andén; del andén al vallado; de aquí á los campos de oro, y por último á los blancos gigantes (1) y al azul del horizonte.

La mañana era espléndida; el sol, ya abrasador, no había llegado todavía á la ventana; las cigarras, pegadas á los árboles, llenaban el aire con su chirrido, callándose si un gorrión se detenía en su misma rama. Una mariposa revoloteaba ante la ventana como para posarse en ella, luégo alzaba el vuelo y no tardaba en ser un punto blanco en el cielo azul. Una se posó, en efecto, y mientras permaneció allí, con las alas extendidas como una vela, inmóvil sobre el alféizar, Gracieta no apartó de ella los ojos; cuando alzó el vuelo, y tras de algunos giros, fué primero un punto blanco en el horizonte y después desapareció del todo, murmuró:

—No la veré ya.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó Conrado con acento de cariñosa reprensión.

—Porque no volverá ya—replicó sencillamente Gracieta.

Y para borrar por completo la impresión de tristeza producida por sus palabras, añadió, inclinándose trabajosamente sobre el alféizar de la ventana:

---

(1) Los Alpes.

—¡Qué bonito está nuestro macizo, señor Conrado! y el andén ¡qué bonito! ¡y el pabellón!...

Perdió fuerzas y dejóse caer sobre el respaldo. Era una congoja.

Un soplo, leve al principio como el aliento de un niño, más fuerte luégo, vino á orear la frente de Gracieta.

—Le hará á usted daño estar al aire.

—No; me hace bien; me hace pensar... ¿adivine usted en qué? Inés, adivínalo tú...; me hace pensar en la hostería del *Pichón*, allí abajo, en medio de los campos y los canales... Este mismo vientecillo que me sopla en la cara, porque sabe que tengo calor, obliga á balancearse á la muestra que sostiene aquella mohosa varilla. ¡Qué hermoso día aquel! ¿Sé acuerda usted, señor Conrado?

Hablaba con fatiga, pero la voz salía limpia y fuerte.

—Ya lo creo que me acuerdo—dijo Conrado para hacerla callar;—por la mañana paseo, charlando, para olvidarse del apetito; luégo el almuerzo.

—No se acuerda usted bien. ¿Y los dos grajos que pasaron sobre nuestras cabezas? ¿Y el martín-pescador que rozaba el agua del canal?

—¿Y el pico-verde?—dijo Valentina,

—Sí, el pico-verde que llamaba á la puerta de su casa, y el mirlo que silbaba como un pilluelo...

—Después jugamos al escondite; después cogimos flores—prosiguió Conrado.

—Sí, sí, y la vuelta, y los castaños ¡qué limpios estaban entonces! ¿Se acuerda usted? El otro día los ví; ¡cuántas hojas secas! ¡Cuántas telarañas!

Hizo con los labios un gestecillo de desagrado y dijo:

—¡No quiero á las arañas!

Y calló.

El sol prolongaba en aquel momento su rayo hasta acariciar con él la mano de la enferma. Conrado, sin mover ruido, se aseguró de que Gracieta dormía, entornó las maderas y se retiró á un ángulo de la habitación, á donde le siguieron los ardientes ojos de Inés.

Al principio el conde no reparó en ellos, después se dió cuenta de aquella mirada fija, profunda, que ya semejaba tierna, ya feroz: por último hizo seña á Inés de que se acercase. Obedeció ésta sin ruido, sin apartar de él los ojos, como una sonámbula...

—¿Qué tienes?

—Nada, Conrado, nada.

Y el acento con que pronunciaba estas palabras era cariñoso.

—No es verdad; algo me ocultas, habla...

—Ahora no—contestó Inés bruscamente, y le volvió la espalda.

Llegó el médico, examinó la enferma; le tocó la frente y el pulso sin despertarla, se acercó gravemente al conde, y mirando en torno para cerciorarse de que no le oían las dos mujeres, que permanecían inmóviles como estatuas, abrió la boca para decir...

Conrado tuvo miedo de lo que diría, é impidió la confidencia, preguntando con angustioso acento:

—Ha querido levantarse, quiere estar á la ventana, ¿debemos dejarla? ¿No le hará daño?

El médico miró atento al que así le hablaba y comprendió.

—No señor, no le hará daño—dijo melancólicamente, y se movió para marcharse.

—¿Volverá usted esta tarde?—preguntó el conde dando un paso hacia él.

—Sí señor, esta tarde.

Tornó á reinar el silencio de la aflicción.

Hacia el medio día Gracieta exhaló uno de esos suspiros prolongados, seguidos de largo silencio, que hielan la sangre á los que asisten á un moribundo.

Las dos mujeres y Conrado acudieron.

—¿Qué quieres?

—Nada—respondió Gracieta... ¡Ah! sí, algo quiero.

—¿Y qué es lo que usted quiere?

—No sé.

Y dobló la cabeza para pensar.

—¡Ah!—dijo—ya me acuerdo; quisiera guindas.

—Ay Dios mío!—exclamó Valentina;—¡si ya no hay!

—No importa—repuso Gracieta sonriendo.

—Piensa otra cosa.

—Ya pienso... no recuerdo... ¡Ah! me parece que quisiera pan negro, como el de los labradores... pero duro y que tuviese que ablandarlo en leche recién ordeñada... y luégo correr... correr...

La congoja le cortó la palabra; cuando le pasó dijo:

—No, tampoco es esto... No me acuerdo de nada, no quiero nada.

Algunas horas después, dejó el sol la ventana de Gracieta, pudieron desentornarse las maderas y dejar

entrar el aire y el canto de los pájaros y los aromas de la extensa campiña. Una fiesta inagotable era aquello para la pobre niña, que con ojos vagos todo lo miraba, queriendo abarcar por última vez con sus miradas la tierra y el cielo que le había sonreído siempre.

Animaron aquel día, transcurrido junto á una ventana abierta, cien menudos episodios; la blanca nube que pasaba por el cielo, desenvolviéndose como un velo de desposada; la codorniz que repetía sin cesar sus tres notas en los surcos; la hoz de un campesino que relumbraba al sol, allá á lo lejos... todo añadía una estrofa al dulce canto de la naturaleza que la moribunda leía con enamorados ojos.

En esto, de lo alto de la ventana cayó una cosa menuda y movible que se detuvo en el aire suspendida de un hilo. Gracieta, que la había creído una gota negra, reconoció uno de los animales que no quería —una araña.

No se sobresaltó, sin embargo; la miró largo tiempo con curiosidad, vió cómo retorcía el hilo, volvía á subir y volvía á bajar con la rapidez de un acróbata, y cuando hubo desaparecido en su agujero esperó á que bajase otra vez... por último exclamó:

—¡Pobrecilla! ¡nadie la quiere!

Más tarde, cuando ya los rayos del sol rozaban la tierra, Gracieta dijo suspirando:

—¡Se ha ido!

—Aún no—respondió Conrado asomándose á la ventana.

—Pues ya no la veo.

Rogó con un gesto que la pusieran en pié, para verla otra vez, y la vió y le dirigió una sonrisa.

Después revoloteó un insecto y luégo un murciélago atrevido.

—¿Y Mario?—preguntó Gracieta—¿dónde está Mario, Inés?

La mísera interpelada salió sin contestar.

—¡Pobre Inés mía!—dijo la joven—¡qué buena es! ¿No es verdad que es muy buena, que merece ser dichosa?

—Es un ángel—respondió la señora Valentina.

Conrado no respondió nada.

Volvió Inés con la jaula de Mario.

—¡Pobrecillo!—exclamó Gracieta—¡Te he abandonado! ¿Ya no me conoces? ¡Canta, Mario; canta!

Y como el canario no quisiera cantar, murmuró:

—¡Ya no me conoce!...

Empezó el silencio del crepúsculo; luégo despertáronse uno tras otro los concertistas nocturnos; los grillos en el vallado; las ranas en el canal; el buho, con su nota prolongada y melancólica; de vez en cuando se distinguía la risotada estridente y desapacible del pavo real de una quinta lejana.

Ennegrecióse después el cielo... apareció una estrella mientras temblaban todavía en el aire los últimos rayos de luz difusa.

De allí á poco Conrado entornó las vidrieras para que el vientecillo de la noche no diese en el rostro de Gracieta, y se retiró de puntillas.

Llegó el médico; acercóse á la joven é inclinóse para

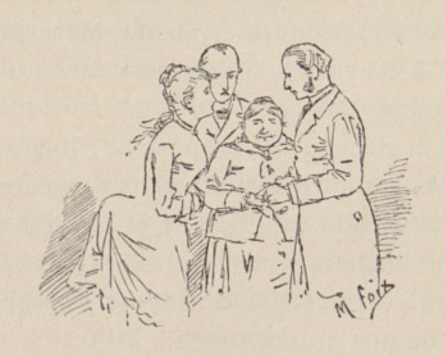
mirarla, conteniendo la respiración... De pronto se incorporó, le tocó la frente, le levantó bruscamente un brazo y lo dejó caer; después encendió un fósforo...

La repentina luz iluminó tres espectros rígidos é inmóviles en diferentes puntos de la estancia.

El médico aproximó la tenue llama á los labios de Gracieta... luégo se apartó sin decir palabra.

Los tres circunstantes llegáronse hasta él como autómatas; únicamente sus ojos interrogaban en la sombra. El médico extendió las manos y reuniendo á los tres en un solo abrazo, dijo :

—¡ Valor !





XXXI

Una estrofa de Mario

Descendió la negra noche; ni lágrimas ni sollozos había en el callado aposento. La Juana, una vecina pobre, sabedora de la desgracia, acudió llorosa. Por algún tiempo las tres mujeres moviéronse como sombras en torno al cadáver. De vez en cuando Valentina interrogaba medrosamente el rostro de Inés, que parecía petrificado por el dolor, mientras Conrado, adosado á la pared, seguía aquellos silen-

ciosos movimientos con mirada indiferente, casi con curiosidad.

Cuando el cuartito estuvo dispuesto y la cama preparada con blanquísimos lienzos y fué preciso colocar en ella á la hermosa niña que se había desposado con la muerte, las mujeres se acercaron á Gracieta, y una, Juana, le movió el brazo que cayó y quedó colgando.

Permanecieron indecisas durante algunos momentos.

La más resuelta fué Inés; dió vuelta al sillón; se puso en frente de la muerta y los tres que la miraban vieron que le sonreía. Aproximáronse todas; levantaron el débil cuerpo y lo transportaron al lecho; después cada cual retrocedió de espaldas.

La señora Valentina dijo en secreto algunas palabras á Juana; sacó de un armario un traje blanco y lo depositó sobre una silla; por último hizo seña á Conrado y á Inés de que saliesen con ella.

En el umbral de la puerta que daba al jardín, alzaron los tres los ojos al cielo, que estaba purísimo y resplandeciente de estrellas y permanecieron así largo rato. De pronto la señora Valentina rompió con un sollozo la barrera de las lágrimas y fuése á la cocina á llorar. Inés y Conrado quedáronse con los ojos secos cual absortos en una visión.

Volvió la señora Valentina, se acercó á ellos y hasta que se alejó, seguida de Inés, no advirtió Conrado que le habían dicho:

—Usted quédese aquí.

Quedóse y volvió á mirar una estrella más fúlgida

que las otras y á escuchar el hálito que, como un lamento, recorría de vez en cuando la llanura, despertando las yerbecillas y agitando las plantas negras en la oscuridad.

¿Cuánto tiempo estuvo así, sin ideas, sin otra sensación de la vida que un estupor de muerte? Mucho tiempo.

Después apartó del cielo los ojos y vió inmensas tinieblas: echó á andar, se entró por el andén y agregó una sombra moviente á las inmóviles sombras de la noche. ¿Y cuánto tiempo estuvo así? Mucho tiempo.

Palidecían las estrellas, la brisa fresca y húmeda del alba empezaba á soplar en la campiña, cuando el conde tornó á la casita que blanqueaba sobre el fondo ceniciento del horizonte. Subió la escalera y al llegar al descansillo retuvo la respiración, esperando casi que se abriera la puerta para dejar pasar un adorado fantasma.

Empujó la puerta, que cedió con quejumbroso chirrido, entró, y dió algunos pasos... La luz de una vela alumbraba una visión.

No era verdad que Gracieta hubiera muerto; únicamente había dejado el luto para vestir las galas de desposada; además, había tenido el capricho, antes de ir á la boda, de acostarse en su cama de doncella, y allí el sueño engañador habíale entumecido los miembros y cerrado los ojos, no los labios, que sonreían á las bienandanzas del porvenir. Caíale una trenza á lo largo de su pálida faz; la otra, bajando desde la almohada, tocaba casi en el suelo y teñíanla de reflejos de fuego y

oro la llama de la vela y el débil resplandor del alba que asomaba por las vidrieras.

Inmóvil Conrado ante aquel lecho, veía de nuevo otro amanecer que le había mostrado la visión adorada en la tienda del famoso peluquero, con el propio contraste de luces en torno al semblante de nieve.

¿Quién puede aprisionar al pensamiento? Ni la misma desventura lo consigue. Erguido ante el gentil cadáver, Conrado hizo en un minuto un largo viaje con Gracieta viva, y sonrió y rió con ella, olvidados entrambos de la muerte.

Al volver al cuartito y encontrarse delante de aquel cuerpo consumido y de aquel blanco y menudo rostro, «No es verdad que haya muerto—pensó;—tenía que ir á la boda y ha tenido el capricho de acostarse vestida así, en su cama de doncella, para esperarme... Ahora mismo despertará...»

Y dió un paso adelante y concentró toda su potencia visual en una mirada que era un beso; parecíale que al impulso de aquella fuerza magnética el cuerpo de Gracieta se estremecía, y cuando la llama inquieta de la bujía arrojaba sobre el semblante de la muerta una sombra móvil, pensaba: «Ahora mismo despierta.»

En esto, de la pared á que el conde volvía la espalda, se apartó un cuerpo y avanzó sin ruido... Conrado se volvió sin sobresalto.

Era la «mamá» Valentina, á quien habia vencido el sueño en una silla.

—Señor Conrado...—dijo.

—Chist!—repitió el conde con voz muy queda...—Va á despertarse.

La buena anciana lo miró moviendo la cabeza.

Dió Conrado un paso más, inseguro, y se halló junto á la cabecera de la muerta.

—¡Gracieta! ¡Gracieta!—murmuró como loco.—¡Despiértate, Gracieta!

Calló y prosiguió luégo con voz sumisa:

—¿No sabes tú cuánto te amaba? ¿Nadie te lo ha dicho? ¡Oh! cuánto te amaba, Gracieta! Si es cierto que tú también me amabas y que te ha faltado un consuelo, sábelo ya; yo te amaba mucho! ¿Me oyes? Soy yo, el señor Conrado, soy yo...! Sonríeme... así... mírame por última vez... soy yo...

Y cediendo á la fuerza del delirio, alzó con trémula mano los párpados helados de la muerta y dobló la cabeza para buscar su mirada vidriosa... El horror se apoderó de él; cayó de rodillas junto al lecho, pidió perdón á Gracieta, y lloró.

Pocos instantes después se levantó, recogió las trenzas en las que relucían algunas lágrimas y, grave y solemne, las dispuso melancólicamente en torno al bello semblante.

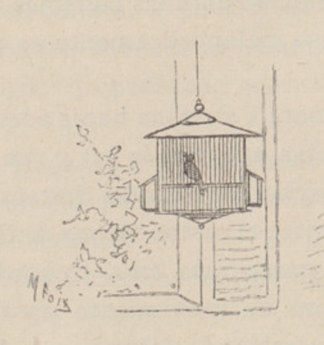
En tanto, la señora Valentina había adelantado como un autómata, había apagado la luz y ¡oh siniestro espectáculo! al resplandor del alba destacábase en todo su horror la muerte; el rostro blanco de Gracieta cambióse al punto y pareció de cera. Conrado que la miraba todavía, hizo un movimiento para retroceder, pero la señora Valentina lo detuvo.

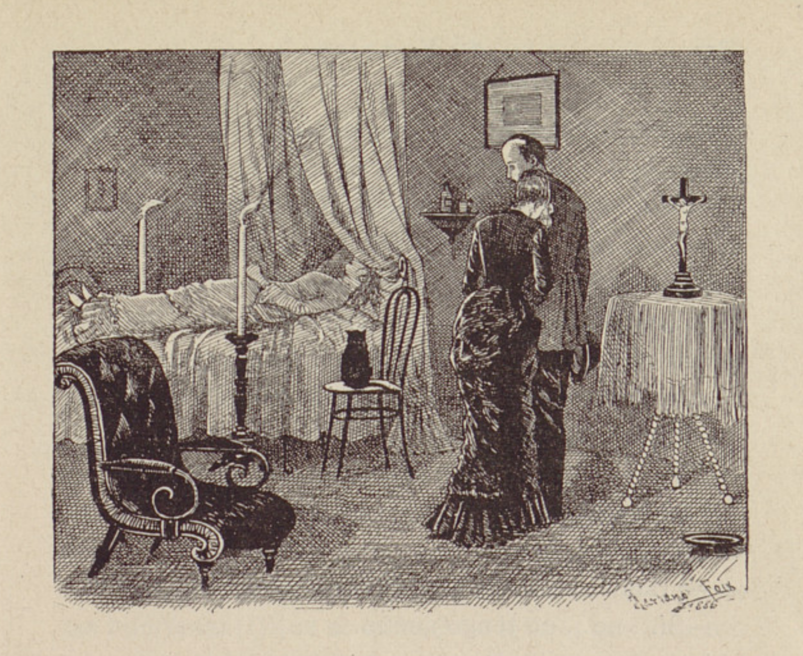
—El otro día me hablaba la pobrecilla de su próxima muerte (de esto sólo me hablaba á mí, creyendo la pobrecilla que yo era quien la quería menos); y me decía: «Mamá Valentina (¡ahora nadie me dirá mamá!) mamá Valentina, cuando me haya muerto, acuérdate de cortarme los cabellos y dárselos al señor Conrado... Son suyos—continuaba—y me será grato que algo mío no baje á la sepultura...» La pobrecilla hablaba así, ni más ni menos... Mire usted, parece que sonríe porque no he cambiado ni una palabra...

—No—dijo Conrado con trémula voz—no, pobre ángel, lleva contigo tu última belleza.

Entonces resonó un canto; entrambos se volvieron. Junto á la ventana, desde el ángulo donde yacía olvidada su jaula, Mario saludaba la mañana á su manera. Y decía:

«¡Gracieta! ¡Gracieta! ¡Albricias! La oscuridad ha desaparecido; renacen los árboles; reaparece el verde, reaparece el azul... Despiértate, Gracieta... ya llega el sol...»





XXXII

Últimas escenas

Las repetidas vigilias triunfaron de la voluntad; Inés durmióse con profundo sueño, y como la señora Valentina había tomado la precaución de cerrar las maderas de la ventana, la infeliz se despertó ya tarde. Al entrar en la cámara mortuoria, contempló alelada las velas que ardían junto al lecho debilitadas por la viva luz del día, é interrogó á Conrado que luchaba con el sueño para asistir con amarga

curiosidad á las últimas escenas de la comedia humana.

—¿ Qué han hecho ?—preguntó Inés en voz baja.

—Ha venido un médico ; lo ha enviado el Municipio para dar un nombre diverso á la dolencia que ha matado á Gracieta... ya esta en regla el asunto... Ha venido un cura para decirle cosas en latín ; también este asunto está en regla... han venido dos á tomarle medida ; no se ha hecho más.

Y sin pestañear, Conrado prosiguió con la mirada fija en la sábana que cubría el cuerpo y el rostro de la muerta.

—¿ Has dormido ?—le preguntó Inés.

—Sí... no... no tengo sueño.

La pobre mujer le miró vagámente.

—Quisiera verla—dijo luégo, con voz temblorosa—¿ está hermosa todavía ?

—Mírala.

Y dando un paso, Conrado descubrió el semblante de la muerta.

Inés dió un grito.

—Ven—pronunció con acento cariñoso—no permanezcas aquí ; te hará daño... ven, Conrado, ven.

Lo cogió por la mano, le hizo bajar al saloncito, le obligó á sentarse en el sofá, lo rodeó de silencio y de oscuridad y logró que el sueño se apoderara de él á traición.

Al despertarse, ya cerca del anochecer, Conrado se puso en pié, abrió la ventana y vió sentada junto al sofá á Inés que lo miraba con extraña expresión de

terneza y de angustia. — Él, conmovido, se acercó:

—¿Por qué me miras así? ¿qué tienes?—dijo.

—Nada, nada...

—No es verdad—añadió Conrado; pero sin saber por qué no se atrevió á insistir, y dirigiéndole una medrosa ojeada, salió del aposento.

Inés le siguió.

—¿Gracieta?...—preguntó el conde volviéndose.

—Mañana.

Llegó el mañana; cruzó la desierta calle una salmodia conocida; se oyó después el murmullo de las comadres de la vecindad... hubo un gran silencio; de nuevo se escuchó la salmodia y el canto argentino de las huérfanas (1) que se extendió á lo lejos por los campos; por último salió Gracieta en un pequeño ataúd cubierto de flores; tras de ella Inés, la señora Valentina, Antonio, Juana, alguna vecina y muchos pobres. Escucháronse sollozos sofocados y el breve cortejo desapareció tras de la esquina.

Pocos minutos después salió de la casita blanca un coche y se encaminó al cementerio.—Conrado llegó á tiempo para distinguir de lejos el ataúd que habían ya bajado al hoyo... Cuando la multitud se alejó y hubo visto á Inés ceder á las instancias de Valentina y de Antonio y marcharse, adelantóse, tomó como los demás un puñado de tierra y lo echó sobre la henchida fosa.

---

(1) Que asisten en Milán á los entierros como aquí los niños del Hospicio. (N. de L. A.)

Tenía doblada la cabeza sobre el pecho, pero no lloraba. Al levantarla vió al lado opuesto de la tumba un joven alto, apuesto y lloroso—y lo reconoció. Sintió vehemente impulso de acercarse á él, de estrecharle la mano, de llorar con él, de llamarle amigo, hermano...

Al hacerlo, se hubiera sentido más consolado, se hubiera estimado más á sí propio, pero no lo hizo... cedía al mundo.

Celoso de las lagrimas de aquel desconocido, de su plegaria muda, pero ferviente, fingió que se alejaba. Anduvo vagando entre las tumbas, y cuando el desconocido se marchó, fué otra vez á la fosa, cayó de hinojos, y apoyó los labios contra el suelo para susurrar á la muerta estas palabras:

«¡Te he amado más que él, más que todos!»

Recogió algunas piedrecillas y las dispuso sobre la huesa de modo que formasen la palabra «*¡Adiós!*» después dirigió al rededor una ojeada para cerciorarse de que nadie lo había visto y se alejó con rápido andar y sin volverse.

Al pasar al otro lado de la verja que separa la ciudad de los vivos de la ciudad de los muertos, dijo con amargo gesto:

«¡La comedia ha concluído!

¿Mas por qué rehacía el camino que siguiera el fúnebre cortejo? ¿Qué fascinación le atraía á la calle Lesmi? ¿Qué parte de Gracieta habíase quedado en la casita blanca?

Sentía no sé qué necesidad de volver á subir aquella escalera, de volver á ver el aposento de la pobre niña.

Llegó y entró; dirigió primero la mirada en torno; luégo la detuvo por largo tiempo en la cama, esforzándose en borrar una faz cadavérica y colocar en su puesto una sonrisa entre dos mejillas de rosa.... y cuando lo consiguió y Gracieta reapareció bella, palpitante, enamorada, entonces sonrió. Pero muy pronto prefirió la imagen descarnada de la muerta y la evocaba miedosamente de nuevo para rebelarse contra ella al instante.

Se asomó á la abierta ventana: miró aquel cielo que había mirado Gracieta antes de morir; no tenía las mismas nubes, no era el mismo. Entonces volvió los ojos á la campiña que permanecía tal como era.

Absorto en esta contemplación oía de vez en cuando rumor de pasos á sus espaldas, los de la señora Valentina, y se acordaba de Inés: ¿dónde estaba Inés?

En esto vió caer ante sí una cosa negra pendiente de un hilo; era una araña. Por instinto iba á matarla, mas se detuvo porque acudieron á su mente estas palabras:

«¡Pobrecilla! ¡nadie la quiere!»

Y pensó: «Esta mísera criatura, de la que se ha compadecido Gracieta, goza aún de vida, sube y baja por su escala y se prepara á la gigantesca empresa de tejer por delante de la ventana una tela colosal que le asegure una juventud abundante en placeres y una digna vejez.....»

Después exclamó en voz alta:

—¡Gracieta! ¡pobre Gracieta!

Era mediodía é Inés no llegaba. ¿Dónde estaba Inés?

Tras de haber dicho *adiós* á la señora Valentina Conrado se marchó, porque tenía que marcharse, y volvió á su casa, porque tenía que volver...

Sentada en una butaca del salón le esperaba una mujer hacía dos horas...

—¡Inés!

Y el conde detúvose en el umbral oprimido por repentina é inexplicable angustia.





XXXIII

En el cual se averigua lo que tenía Inés

Inés no pronunció palabra; únicamente lo miraba con aquella expresión indefinible de medrosa ternura, de anhelo y de afán, que tantas veces había aparecido á Conrado como un enigma.

Ella no se movió; acercóse él casi con repugnancia;

sentóse á su lado, y tras de haber buscado qué decir, inclinó la cabeza sobre el pecho, murmurando:

—¡Gracieta! ¡Gracieta!

Pero su pensamiento estaba lejos de la pobre muerta: ¿dónde estaba? Ni él mismo lo sabía. Tenía miedo; ¿de qué?

De improviso se ciñeron dos brazos á su cuello y una boca ardiente buscó su boca para imprimir en ella un largo beso. Al sentir aquella presión y el fuego de aquellos labios, estremecióse Conrado de los piés á la cabeza.

—¿Qué tienes?—balbuceó procurando con suavidad desprenderse.

—Nada, déjame estar, quiero oir cómo te late el corazón; no te muevas.

Y bajando la cabeza para apoyarla en el pecho de Conrado, resbaló hasta quedarse de rodillas. Conrado trató de incorporarla.

—Déjame, déjame—repetía Inés.

Permaneció así largo tiempo sin mostrar el rostro; en el profundo silencio que reinaba oíanse sus lágrimas caer una á una sobre el pavimento. Al cabo alzó la frente.

—He llorado—dijo—y me ha producido gran bien.

—¡Pobre Gracieta!—murmuró Conrado no sabiendo qué decir; y tenía incierta la mirada y oprimido el corazón por un sobresalto singular.

—¡Está muerta!—dijo Inés levantándose bruscamente.—¿Lo sabes? Está muerta, muerta y enterrada; ya no sufre. Y yo vivo y te amo.

Esta última frase sonó como una amenaza y Conrado la oyó como una injuria; palideció.

—Sí, te amo—prosiguió Inés con áspero acento—¿no lo habías advertido? Á mí misma me parecía imposible, y sin embargo es cierto. Estoy bien despierta, soy yo quien te habla, y no es esto un delirio de mi mente; te amo. Este amor tiene poco más de dos meses, no llega á tres; pero es ya muy grande y lo siento crecer todos los días. ¡Quién me dijera, cuando me hacía la frívola por divertirme, cuando te atormentaba por complacerme con tu flaqueza y cuando me entregaba indiferente á ti, quién me dijera que en pos de tantos días de burlas, de juegos y de enojos, debiera llegar uno en que empezara á amarte tanto! ¿Pude nunca imaginar que tras de haberte alentado para que te casaras con Gracieta, tras de haber sentido que se me desgarraba el corazón en su agonía, tras de haber sepultado con ella una parte de mí misma, llegase á regocijarme casi de ello? Sí, porque, escucha: si ahora volviese Gracieta á la vida, yo que hubiera aceptado contenta la muerte en su lugar, conozco que tendría celos, que no podría consagrarle un afecto puro. Es odioso; me causa horror á mí propia; pero ¿qué culpa tengo yo de amarte tanto?

—¿Qué significa esto?—interrumpió Conrado; y trató de incorporarse; pero aquellos brazos de alabastro que anudaban un lazo á su cuello, tenían nervios de acero en aquel punto.

—¡Oh! no me hables así!—dijo Inés, con el suave acento de la adoración;—¡sé bueno para conmigo! ¡Ah,

Conrado mío! ¡Si supieras! ¡He sufrido tanto! ¡Sufro tanto todavía! Y tú también sufres. Existe ahí, frente á nosotros, un gran dolor para sujetarnos, apenas terminada la embriaguez de nuestro amor. Pero yo puedo darte una alegría, una alegría inmensa. Mírame cara á cara; así, ¿nada adivinas? Escucha cómo me late el corazón. ¿Nada notas? Eres ciego y sordo, ¡pobre amor mío! Adivina, pues, adivina.

Conrado logró ponerse en pié, y apartando la silla con la mano, dijo friamente:

—La situación no es á propósito para comedias, ¿qué significa esto?

—Significa—balbuceó Inés con voz débil y mirándole temerosamente á los ojos—significa que soy la madre de tu hijo.

Al sonido de aquella palabra quedóse Conrado aturdido; luégo, como si comprendiese tardíamente su significado, rugió cual fiera herida:

—¡Loca! ¡loca! ¡loca!

Quiso decir algo más; no supo; logró dominarse; sonrió de su mismo terror, y acercándose á Inés, que continuaba mirándole con ojos desmesuradamente abiertos,

—¡Loca!—repitió, pero con voz más suave, casi acariciadora—¿es chanza? ¿verdad? ¡Pobre Inés! ¡Has sufrido tanto estos días!

Ella, engañada por aquel acento, desarrugó la frente y sonrió con melancolía.

—¡Conrado mío!—dijo.

Y nada más; él le cogió la mano esperando que pro-

siguiese; al fin, impaciente, la soltó; pero Inés lo aferró por la muñeca y lo mantuvo sujeto.

—Deja que te mire bien... quiero que te parezca, que sea tu retrato... ¿Por qué no me dices nada? ¿Cómo es que no me miras? ¿Por qué no me preguntas de él? ¿Quieres que te refiera cuánto me ha hecho padecer, que te diga sus caprichos, sus impaciencias? Á veces no me dice nada y me parece que lo he perdido... como á ti; luégo se enoja y lo vuelvo á encontrar y me hace sufrir con su amante cólera... como tú...

Una risa sardónica, una risa atroz despertó á la pobre madre de su ensueño.

—Vamos á ver—dijo Conrado;—eres madre, perfectamente; ¿y qué tengo yo que hacer?

—He venido á pedirte el derecho de vivir honradamente hasta...

—Hasta el día aquel... y después, y siempre: comprendido, pagaré; ahora déjame.

—Me arrojas—gritó Inés;—¡arrojas á tu hijo!

—Cállate, desventurada—dijo el conde aproximándose—pudieran oirte.

—¿Y qué importa? No me oculto...; que me oigan todos...

Un agudo dolor le hizo acabar la frase con un gemido. Conrado le atarazaba las muñecas.

Al soltarse de aquella presión, la infortunada miró como atontada, y sin quejarse, el amoratado círculo del brazo.

—¡Loca!—dijo Conrado con voz sorda.

—Sí, loca—respondió Inés;—loca porque te desprecio y no sé dejar de amarte.

Siguió un silencio desgarrador.

Inés había escondido el rostro entre las manos para no ver la amarga risa del conde.

Éste, al fin, se puso junto á ella y le tocó un brazo; la infeliz se puso en pié de un salto.

—He sido cruel—le dijo Conrado;—sí, tienes razón, he sido cruel, ¿qué quieres que le haga? No tengo ya corazón; me lo han lacerado, robado y enterrado. Cuando te acusaba de representar un papel de comedia fui injusto; perdóname. Pero tú eres una insensata, una pobre insensata; porque, vamos, piénsalo bien... ¡tú, madre de mi hijo! ¿no comprendes que es imposible? El destino no puede querer cosa semejante!...

—El destino lo ha querido—repuso Inés tristemente...—pero tienes razón; no pensemos ya en ello... ¡Para ti es horrible lo que para mí es tan grato! Habrá que poner remedio... me iré muy lejos y te daré á tu hijo, para morir después, si así lo quieres; y si me dices que viva, viviré en una soledad desconocida de los hombres... El mundo es grande; buscaremos un rincón donde pueda yo esconder mi amor de madre, con tal de que *él* sea feliz contigo...

Conrado oía, como el que oye las voces del delirio, moviendo la cabeza á cada frase, mas sin enojo.

—¿Y quién te asegura?...—comenzó á decir;—pero no siguió.

—¿Quién me lo asegura? ¿Puedes tú creer que se

engaña una madre? ¡He sufrido tanto y sufro tanto y él es quien me hace sufrir!

—¿Quién te asegura—prosiguió el conde con esfuerzo—quién te asegura que sea mío?

Una por una, lentas é inexorables, cayeron estas crueles palabras sobre la pobre mujer, que vaciló y cayó sin sentido en una silla. Por un momento Conrado, cediendo á un repentino horror de sí propio, quiso echarse á sus plantas; pero reprimió aquel generoso impulso y quedóse inmóvil contemplándola.

La mísera probó á ponerse en pié, y cayó de nuevo en la silla; hizo otra prueba reuniendo sus fuerzas todas y cuando se sintió firme,

—En otro tiempo no era tan débil—dijo;—él tiene la culpa... adiós, Conrado.

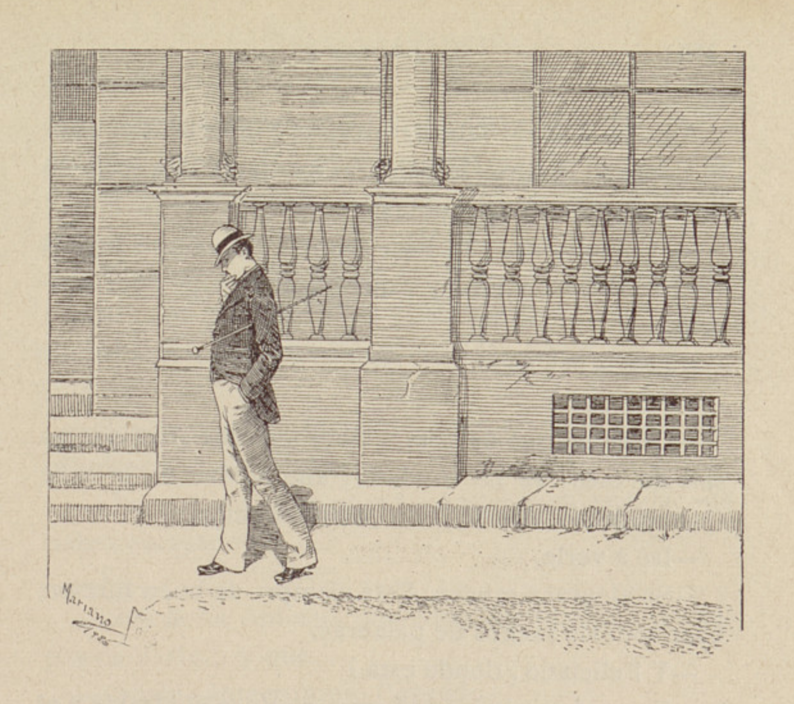
Éste no dió un paso para detenerla y la infeliz atravesó la sala vacilando; al llegar á la puerta se detuvo, se volvió, mantuvo por largo tiempo fijos los cansados ojos en su amante, que doblaba la cabeza como un culpable.

—¡Me das lástima!—dijo con voz sorda—y desapareció.

El conde escuchó los pasos que se alejaban, y cuando ya no los oyó, acercóse á la ventana para verla.

Y la vió, vestida de negro, pálida, dolorida, rubia, ¡como Gracieta!





XXXIV

En que Aniceto hace un retruécano más

Por largo rato permaneció Conrado en sus habitaciones, vagando como un espectro; y cuando Antonio fué á advertirle con acento suspirante que la comida estaba dispuesta, tomó el sombrero y salió.

Fuése primeramente al Círculo, aunque no era hora todavía; después al café donde solían reunirse los amigos; pidió algún plato que probó apenas, y quedóse de nuevo como atolondrado.

Alguien llegó al cabo de un rato, Filiberto, y al punto Conrado le cortó la palabra, mediante una serie no interrumpida de preguntas:

—¿Cómo estás? ¡Ya hace tiempo que no nos hemos visto! Bárbara y Fanny ¿qué hacen? ¿Qué hace Aniceto?

—¿No sabes nada?

—¿De qué?

—De su ataque de gota... Hace algunos días que no sale de casa; se ha mudado; ahora vive en la calle Castelfidardo, donde vivió en otro tiempo.

—Iré á verle.

—Se alegrará mucho. Está siempre de buen humor; hace todavía juegos de palabras.

—Y Feliciano ¿dónde está?

—En mal camino, en el que conduce al alcalde y al cura; está enamorado por lo serio.

—Esto lo sabía, ¿no ocurre nada más?

—Sí; que ha empeorado; que si no se han publicado las amonestaciones, están á punto de publicarse. La muchacha es bonita; él la encuentra preciosa... hasta que sea su mujer.

—¿Y Domingo?

—Aquí está.

En efecto, el Dominiquino llegaba en aquel momento con su modorra habitual; giró una perezosa ojeada en torno, no vió á los dos amigos que sonriendo lo miraban, y viendo, en cambio, una butaca que parecía convidarle á echar en sus brazos una siesta, se dejó caer en ella de golpe.

Entonces soltaron los dos la carcajada. El Dominiquino levantó los ojos, los adivinó, si no los vió, é hizo seña de que se acercaran á él, lo cual cumplieron.

—Y ahora hablemos de ti—dijo Filiberto;—te encuentro de buen humor, señal de que estás fuera de peligro. ¿Pudiste escapar de las redes de la rubita?

—Sí—respondió Conrado con voz sorda y oscureciéndosele el semblante.

—¡De qué modo lo dice! ¿Acaso será ella la que habrá escapado?

—Sí...

—Bien decía Aniceto, que aquella inocentita era capaz de liarte... y que...

—Cállate—interrumpió Conrado.

—Y que...

—Cállate—dijo—¡ha muerto!

Filiberto y Domingo se miraron y no pronunciaron palabra. La falsa jovialidad que habían mostrado los tres interlocutores, desapareció.

—Voy á casa de Aniceto—dijo por fin el conde;—y marchóse solo.

Ni á Filiberto ni á Domingo les ocurrió siquiera la idea de acompañarlo.

Sobre los labios de Conrado vagaba cínica y sarcástica sonrisa; dijérase que asistía á la parodia de un drama que se representaba en su corazón.

El recuerdo de Inés se había borrado, por supuesto, de su memoria. Unicamente al pasar por la calle Sol-

ferino, levantó la cabeza y dijo para sí: «Tendré que acordarme de ella; haré un nudo en el pañuelo.»

Aniceto al ver á «su querido, á su mejor amigo» tuvo un arranque de cariño y quiso echarse en sus brazos, pero la gota le tiró de un pié y le obligó á caer de nuevo en la poltrona. Entonces dijo:

—No la he domado todavía, pero la domaremos. No es la primera vez. Te acuerdas de que, estando en esta misma casa, tuve malo un pié y lo creí reuma? Pues era gota. ¿No es verdad, Martina, que era gota? No me lo dijeron por no asustarme.

Martina era una mujeraza de unos treinta y cinco años, férrea y angulosa, que se contentó con bajar la cabeza sin hablar y sin moverse.

—He venido aquí—prosiguió Aniceto—porque Martina me curó la otra vez admirablemente; ella y la gota ya se conocen.

Al mirarla de nuevo, casi estuvo el conde por creer que la gota y Martina eran una misma cosa, sin decidir cuál de las dos era capaz de clavar mejor á Aniceto en una silla. Pero esta idea que, como tantas otras, cruzó como un relámpago por la mente de Conrado, no se detuvo en ella.

Aniceto continuaba moviendo la lengua tanto como no podía mover el cuerpo.

—Nada me dices; tienes aspecto sombrío; dí lo que te parezca, no me tengas compasión; todavía no me han enterrado; ya verás cómo me curo. Además tú que has estudiado, sabes el dicho famoso «*gutta cavat lapidem*», «la gota cava la lápida», y si la quita, es señal

de que no la ha puesto (1); me parece que la cosa es clara.

—¡Bravo!

Parecióle á Conrado que Martina estaba cada vez más inmóvil, solemne, férrea y negra.

—¿Esta señora es el ama de casa?

—El ama precisamente no; la de esta casa es una vieja decrépita. Martina es la... ¿comprendes?...

—Ya—dijo Conrado con voz fuerte—la criada.

Aniceto sonrió y miró al soslayo la mujeraza, que permaneció impasible.

Al pasar de nuevo bajo las ventanas de Inés, el conde alzó la cabeza sin dejar su amarga sonrisa y se dijo: «Á estas horas espera; esperará hoy todo el día; mañana escribirá una carta conmovedora; la comedia no ha concluído; ya lo verás, Conrado.»

(1) Como tantos otros, este retruécano de Aniceto no tiene equivalencia castellana. *Cavare*, en italiano, significa quitar; de aquí el equívoco del amigo de Conrado. (N. de L. A.)





XXXV

Segunda carta de Inés al conde Germinati

Te he esperado; estoy resuelta y me voy; me iré lejos...»

(El conde dejó caer la carta y dijo en tono zumbón: «No se moverá de Milán.» Dió algunos pasos

por la estancia, detúvose delante del caído papel, lo miró un instante, lo recogió y leyó:)

«Te he esperado; estoy resuelta y me voy; me iré lejos: ¿Dónde? Poco importa el sitio. Andaré hasta fatigar á todos los recuerdos de mi pasado, hasta llegar sola á un lugar remoto donde la cortesana pueda ser madre sin sonrojarse.

»He pensado mucho en tu destino, en el mío, en el de tu hijo. Tienes razón, no tengo derecho á ser creída. Además, aunque quisieras no podrías engañarte á ti mismo por completo; duda venenosa te mordería el corazón á cada instante. Mejor es, por lo tanto, tu egoísmo que tu piedad.

»Te dejo sin rencor, porque he leído en tu pensamiento, porque miro el fondo de tu alma noble; el cielo, además, me ha procurado un gran consuelo: la certeza de que un día podré devolverle su padre al fruto de mis entrañas. Vive dichoso, pues, y espera; no está lejana la hora en que tu corazón se abrirá á la alegría inmensa que hace al mío tan indulgente. No has perdido á tu hijo; yo, su madre, pongo al cielo por testigo; espéralo.

»He nombrado dos veces al cielo; no te rías de mí, pobre Conrado. Gracieta nos ha dejado y pienso que vendrá un día en que nosotros dejaremos á nuestro hijo. He aquí por qué busco un mundo que no se parezca á este, donde la hermosura se halla tan próxima á la vergüenza y la virtud es tan querida por la muerte. No te cuides de mí; estoy resignada en el dolor, tranquila en el abandono; llevo conmigo todo mi porvenir,

la mejor parte de mí propia, la que quedará en este suelo cuando yo me haya reunido con Gracieta.

»He vendido mis trajes y mis joyas; podré vivir honrada algunos meses; basta.

»Hice ayer un hurto en tu casa: te cogí un retrato que te afea, pero que me mira con los ojos cariñosos de otro tiempo.

»Si vuelves á la tumba de Gracieta, díle que su desventurada hermana... No, nada le digas; ya ella no está allí; te la había dejado por algunos instantes; ahora lo sabe todo y me sigue, me consuela y me hace mirar á lo alto. Vive feliz, tu hijo te lo ruega.

Inés.»



XXXVI

Vida nueva



No se irá — repitió Conrado, y añadió poco después:—Hagamos bien las cosas; soy casi tan rico como Aniceto; Inés está bien enterada.»

Sacó de un cofrecillo un fajo de billetes de banco, los metió sin contarlos en un pliego, escribió encima el nombre de Inés, la calle Solferino, el n.° 9, y llamó á Antonio.

Èste acudió; tenía los ojos hinchados y se esforzaba

en mantenerse derecho como la disciplina doméstica lo exige, pero el conde no reparó en nada.

—Vé á casa de la señora Inés, calle Solferino, n.º 9; te dirán que está haciendo el equipaje, pero que no se ha marchado aún.

—¿Se marcha?

—Se marchaba. Entregarás á ella en persona este pliego y le dirás que se lo mando yo con muchas expresiones.

Antonio no se movía.

—Véte—dijo el conde.

Y Antonio se fué.

Media hora después, volvió con el pliego en la mano.

—¿No ha querido aceptar?

—El pliego no; ha aceptado las expresiones y....

—¿Y qué?—preguntó pensativo el conde.

—Estaba pálida, pálida; debe de estar enferma. «Antonio»—me ha dicho—«¡Pobre Antonio!»—me ha dicho—«¡adiós!» ¿Por qué me ha dicho «Pobre Antonio»?

—Está bien—dijo Conrado—iré.

—Se marcha hoy.

—Está bien.

Cuando estuvo solo continuó:

«Iré mañana; sepa al menos que no creo una sílaba de lo que cuenta, y que si el juego le sale bien, es porque yo me presto á ello.»

Volvió al Círculo, volvió al café y permaneció contemplando la cara soñolienta de Domingo, imagen viva del aburrimiento.

Al oscurecer quiso, por curiosidad, pasar por bajo de las ventanas de Inés; estaban abiertas de par en par y oscuras. Cruzó una sospecha por su mente:

—¿La señora Inés?

—Se fué en el tren de las 7 y 35—respondió el portero;—hace una media hora lo más.

—¿Á dónde?

—No lo ha dicho.

Una jovencilla que estaba cabizbaja en un rincón, levantó el lloroso semblante. Era Nina.

Conrado la vió, la reconoció, pero tuvo vergüenza y huyó.

«Lo ha tomado en serio—dijo cuando se encontró de nuevo en la calle—¡quién lo creyera! Tanto mejor; escribirá; el correo hace las cosas muy bien, ahorra encuentros penosos, palabras fatigosas, coloquios angustiosos y difíciles.»

Pero Inés no escribió; pasó una semana, pasaron dos, tres, cuatro. Conrado esperaba; por último imaginó que la viajera había hecho fortuna en el extranjero y se propuso no esperar por más tiempo. Y esperó todavía, pero en vano. Al cabo envió una sonrisa al ignorado domicilio del ignoto individuo, ruso probablemente, que le arrebataba la última amante y puso su corazón en paz.

Era ya tiempo de reconstruirse á sí propio, de rehacerse su vida ó por lo menos sus costumbres, y buscar si no un goce, un olvido. Había que desembarazar el corazón de los residuos del tiempo, donde había anidado el hermoso ídolo, sepultado ya. Había que volver á la

orgía, á los besos frecuentes de las copas y de las bellas á las nieblas del pensamiento y del cigarro, despertarse completamente del ensueño que con los ojos abiertos había tenido y ser de nuevo lo único que podía ser un hombre como él á los cuarenta y un años, un consumado solterón.

Reanudó antiguas amistades, entabló otras nuevas y allí donde eran más desenfrenadas las orgías, allí iba él sardónico, desdeñoso, insolente. Á su inquieto sarcasmo nada resistía; sus burlas hacían reir á carcajadas y temblar á escondidas.

Más que nunca puso á prueba cuánto puede la arrogancia entre los hombres; cada cual le instigaba á zaherir á los otros por temor de ser el zaherido; su palabra áspera y pronta era un cuchillo, su mirada una fascinación, su cinismo llegó á ser un cetro.

Bárbara y otras damas de su jaez, exceptuando á Fanny, emprendieron un torneo en regla para que él escogiese, pero no escogió. Un día al quedarse solo con Fanny, mientras Domingo, como habitualmente, dormitaba, miró fijamente y por algún tiempo á la joven, la cual se turbó, se puso encarnada y al fin se dirigió hacia él. Pero él volvió á otro lado la cabeza.

Entre los comensales del vicio, había un mocito, un adolescente que apenas frisaba en los veinte años, á quien Conrado miraba por acaso á hurtadillas con cariño, pero que al descubierto trataba siempre de zumba. Quiso aquél en cierta ocasión replicar con energía, y al sentir que penetraba hasta lo hondo el arma formidable de su adversario y que los amigos se reían,



Angelino llevó quince días el brazo en cabestrillo...

cometió la acostumbrada tontería de encolerizarse.

Resultó del caso un duelo, á consecuencia del cual Angelino (que así el mancebo se llamaba) llevó quince días el brazo derecho en cabestrillo, sintiéndose penetrado de vivo reconocimiento é inexplicable afecto por Conrado, el cual le otorgó permiso para tutearle.

—¿Cómo has venido á parar á esta grey de holgazanes?—le preguntó un día el nuevo amigo.—¿No tienes madre? ¿no tienes hermana?

Angelino tenía hermana y madre.

—¡Necio!—exclamó el conde—porque tienes veinte años te consideras dueño del porvenir; abre los ojos; sabe que cuando pusiste aquí el pié era ya sobrado tarde, si no hubieses dado conmigo. Véte, aún estás á tiempo.

—¿Y tú por qué vienes? Yo vengo por ti...

—Tengo una casa; te hago dueño de ella. Allí me verás; pero deja estas mujeres y estos hombres, que lo único que tienen es sexo.

—¿Quieres que te lo diga?... Hay dos Conrados en ti; uno muy agradable; el otro fastidioso como un predicador; al que quiero yo es al primero.

Conrado se calló, luégo dijo:

—Tienes razón; ¿no has notado que me chanceaba?

Pero la «estúpida manía» (así la apellidaba él mismo) de corregir á Angelino con sermones, le dominaba con frecuencia, ya á los postres de una comida, ya en un cuarto de hora de hipocondría, ya tras de haber

mantenido la jovialidad entre los compañeros. Era otra extravagancia que causaba más risa aún que sus jocosidades. Atribuíase la causa á un cierto vino del Rhin, sólo á aquel, y con este motivo planteábase un problema enológico que no obtendrá nunca solución probablemente, á saber: «Si el vino del Rhin tiene la virtud de desarrollar, en burlas, el sentido moral.» Reíanse mucho. ¡Oh qué desvaríos oratorios! ¡oh qué bromas, eternamente juveniles! ¡oh qué alegres veladas!

Poco á poco se avezó Conrado á su nueva vida é hizo por hábito ó por necesidad cuanto había empezado á hacer por despecho contra la suerte... Todos sabían ya su desgracia; pero el episodio de Gracieta no había dado pábulo á gárrulas conversaciones, porque delante del conde nadie osaba chancearse, y él ausente, menos; Filiberto, que se había arriesgado un día, enmudeció de golpe al sobrevenir Conrado; Fanny, con la peor intención, le dijo: «Vaya, sigue, Filiberto;» pero éste, con admirable prontitud, empezó á hablar de Aniceto y de su Martina y de su gota.

Tornó un día Conrado á la tumba de la pobre niña; del *adiós* que había trazado sólo quedaba intacta la primera letra. Inclinóse, y recogiendo otras piedrecillas y disponiéndolas como un mosáico, escribió *¡Gracieta!* y pensó: «¡Le parecerá que la llaman!» Otro día él y la «mamá» Valentina le llevaron las flores del jardín que tanto le gustaban.

Había permanecido algún tiempo sin volver al lado de los amigos, hasta que vencido otra vez por amargo despecho, restituyó la nota sarcástica «indispensable,

según decía Angelino, para la armonía perfecta de la orgía.»

Volvía de cuando en cuando á la casita blanca, pero encontrábase allí con la resignada melancolía de la señora Valentina, lo cual acrecentaba su enojo. La paz de aquel sitio, la indiferencia de aquellos horizontes, de aquella campiña, de aquellas flores plantadas por Gracieta y que crecían sin embargo ufanas, parecíanle al conde imágenes impasibles de una fuerza cruel y caprichosa.

—Habré de marcharme—le dijo un día la señora Valentina.—¿Qué hago yo aquí?

—No, quédese usted; no la abandone.

—Es verdad, me parecería que la dejaba sola.

Tras de breve silencio, añadió:

—¿Tiene usted noticias de la señora Inés?

—Sí... está buena.

—¿Y dónde está?

—Viaja.

—¡Viaja!—repitió Valentina como un eco.—¿Y el señor por qué no viaja? ¿por qué no se distrae?

—Porque... ni lo sé yo mismo.

—¡Pobre señor Conrado! Consuélese. El bien que ha hecho está escrito donde no se borra.

—¿Está usted segura?

—¿De que esté escrito?

—No, de que yo haya hecho bien—añadió con amargura Conrado.—Las flores, las plantas, el claro sol, la hermosa nieve... todo esto es un bien, nadie lo duda, y el que lo hace está celoso del bien que podamos ha-

cer usted ó yo... He hecho morir á Gracieta más pronto... éste es todo el bien que he hecho. Pero no tenga usted cuidado, me pasó la manía, no volveré á las andadas.

Volvía á los amigos, á las copas, á las locuras, pero no estaba curado, le faltaba siempre una cosa: la mujer.

Juzgándolo con risas falsas y con embriagueces fingidas, el tiempo parecíale á Conrado un viejo gotoso. Viendo ante sí la imagen viva del aburrimiento y sintiéndose fatigado de tanto trasnochar, creía á veces que se apoderaba de él una enfermedad: entonces se mantenía en pié para no ceder al sueño y no asemejarse ni por un instante al Dominiquino.

Resonó un día en las paredes del Círculo una risotada amplia y sincera, á la cual se unió de todo corazón Conrado. Aniceto habíase curado á lo mejor de la gota para dar algunos pasos y caer ¿dónde diríais? en los brazos de la severa Martina, que lo estrecharon en lazo férreo ¡ay! y *legítimo*.

Los circunstantes se dividieron en dos bandos: «¡Mejor es la gota!» decían los unos. «¡Mejor es Martina!» aseguraban los otros, y no hubo manera de ponerlos de acuerdo.

Resonó otro día en las paredes del Círculo una risotada igualmente prolongada, pero no tan sincera... Félix se había casado con una prima suya y—primer acto de sensatez con el que iniciaba su carrera patriarcal—había ido á comunicar la noticia á sus amigos uno por uno, porque reunidos los temía.

Á tan grotesca nueva Angelino rió de sobra; Conrado no rió poco ni mucho.

Y así iban pasando los días *gotosos*, como decía el conde Germinati.





XXXVII

Tercera carta de Inés al conde Germinati

*V*** Marzo*

Hace veinte días que eres padre, padre de una criatura que se llamará Conrado como tú. Creí que deseaba una niña para que tuviera al menos el nombre de la pobre muerta que tanto hemos querido: ahora estoy segura de haberme engañado y de que mi secreto afán era dar á luz un varón que se te pareciera.

»No te he escrito antes porque he estado enferma de

mucho peligro. ¡Tenía tanta esperanza de morir! El cura de esta montaña te hubiera escrito, en tal caso; tú no hubieras abandonado tu hijo á la caridad extraña; hubieras venido á recoger la preciosa herencia de una desventurada, y yo me hubiera ahorrado el pesar horrible de haber de abandonarlo ahora que lo he oído llorar, que me he sentido acariciar por su aliento tenue y suave, que he llenado de besos su carita de rosa y terciopelo.

»Pero tenía fiebre, era una insensata; el cielo no ha querido perdonar ni un dolor y una culpa á una mujer que ha sufrido tanto y que tan culpable ha sido; me ha dejado vivir para que hoy pueda decirte:

»Conrado, soy joven y robusta, tengo un afecto purísimo en el mundo, conozco que amaría la vida, y muero para devolverle su padre á mi hijo. Sí, Conrado, cuando llegarás á estos montes no hallarás rastro alguno de esta miserable, sólo hallaras una madre muerta que es cosa santa!...

»Nuestro hijo—no te ofendas de que por una vez, al menos, lo llame así—nuestro hijo lo cría una molinera del valle del Varaita; cualquiera te dará las señas, es el único molino al pié del monte y todos conocen á Narcisa; la encontrarás fácilmente. ¡Cuán dichosa hubiera yo sido si hubiese podido criarlo yo misma! Pero he temido no contar luégo con bastante fuerza de voluntad para arrancármelo del seno;... he temido quererle demasiado... Además, á los niños les perjudica el cambiar de lactancia... y además... pero ya es mucho, y aun demasiado, ¿no es verdad? el que una criatu-

rita haya tenido la desgracia de nacer de una mujer como yo.—Narcisa es una buena muchacha, sana, honrada y fresca. ¿Estás ya contento, Conrado? Sí, ya lo debes de estar...: aunque la dicha de ser padre sólo es semejante de lejos á la de ser madre, debes de serlo porque recobras á tu hijo.

»Veo desde aquí que una duda cruel ha envenenado todas las horas de los largos días que han transcurrido; la duda de haber rechazado un sér al que has dado la vida. Podías muy bien creerme engañadora ó engañada, pero arrancar del corazón y de la mente hasta el más leve temor de que yo fuese sincera y segura, como lo soy, no podías hacerlo.

»Ya quedas libre de penas; ya no puedes temer que sea falsedad lo que me cuesta la vida; ya no puedes creer que una madre abandone á su hijo para que un extraño lo recoja y le preste amor fingido y nombre supuesto. Regocíjate; empiezas verdaderamente á ser padre.

»Muero, Conrado; en estos días en que se despierta la campiña, en que late la vida en cada surco, abandono voluntariamente la tierra.

»He dicho que no pude escribirte antes por estar enferma. Lo estaba, en efecto; ayer y anteayer me abrasaba una fiebre desconocida y rara; no hubiera sabido morir; miraba la nieve que relumbraba al sol, sentía los primeros tibios efluvios de Marzo; veía los montes, ásperos y severos, convertidos de pronto en buenos y magnánimos, prodigar al valle sus hilos de plata para fecundar los gérmenes impacientes por

nacer y oía miles de voces que me llamaban por mi nombre; eran los árboles que me mostraban sus yemas; los campos que me mostraban el verde nuevo, ¡sus hijos!

»Pensaba en el mío, corría á verlo ó besarlo; carecía de vigor para decirle «adiós» para siempre. Estaba enferma, como ves; ahora ya estoy buena.

»Pienso que mi muerte no sólo es necesaria para mi hijo y para ti, sino que será útil para mí misma; tú podías concederme un poco de la estimación á la cual había yo insensatamente renunciado en el mundo y que llega un día en que la consideramos preciosa; podrás decir á mi hijo el nombre de su madre; mostrarle de qué modo ella le hubiera sonreído si le hubiera sido dado vivir para quererlo; enseñarle á bendecir su memoria y á rezar por ella.

»Á rezar, Conrado; aunque tú no seas creyente, enséñale á rezar... tú no sabes cuánto consuela por la noche, al acostarse, abrir los ojos y mirar un mundo lejano en las tinieblas.

»Enséñale á no desalentarse por las injusticias de la tierra, porque la justicia está en otras regiones; dile que aquellos á los cuales la inmerecida desgracia enseña á dudar, son míseras criaturas; menos desdichadas, no obstante, si aprendiesen la fe de otras desventuras merecidas, y dile ¡oh! dile que hacer el bien es un sacerdocio, pero que no basta querer, hay que ser digno de hacerlo.

»Nosotros somos la prueba, Conrado; sabemos ya que una ley austera rige hasta las buenas obras y las niega

á los indignos de ellas, y que esta ley es á la vez que austera muy generosa porque sujeta nuestro propio bien á la condición del que queremos hacer á los demas; ya lo sabemos, Conrado.

»Para mí es tarde; he caminado harto á la vista por el camino de la afrenta; ya no me es lícito retroceder; todo el bien que de hoy más puedo cumplir es no dejar mi vida en este mundo como un obstáculo.

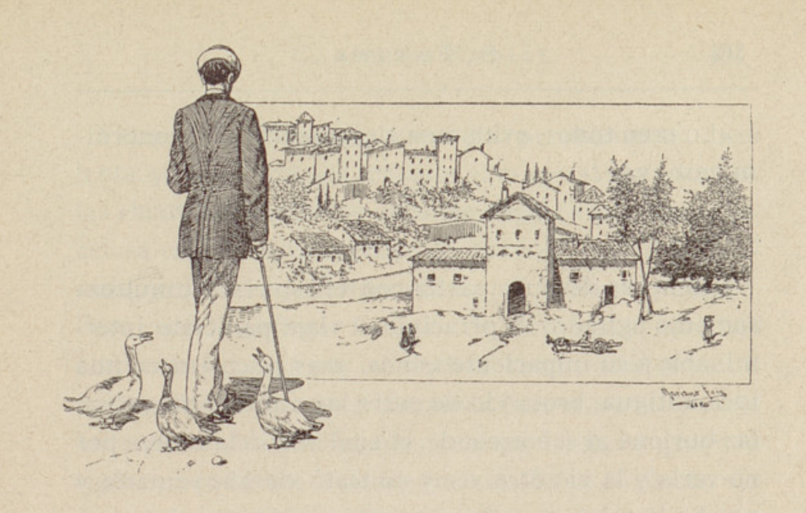
»Para ti es otra cosa; has errado, cual ánima vagabunda, de placer en placer, sin contaminarte por completo; puedes encontrar más adelante el consuelo del bien que quisiste hacer y que no lograste. Quizá sea esta una de tantas injusticias como ofenden nuestros menguados cerebros y nuestros corazones, miserables y tristes.

»Pero la justicia está en otras regiones y espero obtenerla por mis intenciones cual si fueran obras...

»Adiós, Conrado; del ferviente amor que te he profesado muchos meses, quédame lo bastante para sentir la melancólica ternura de esta palabra que te dirijo por última vez: «adiós».

»Y tú, apresúrate; nuestro niño pide tu primero y mi último beso.»





XXXVIII

Madre é hijo

Ante los ojos de Conrado brilló siniestro resplandor. Fijó en el espacio la mirada y vió horrorizado á Inés, rubia, pálida y buena como Gracieta, en los brazos de la muerte, y le pareció oir un gemido lejano, como una vocecita que llamase á la madre, muda para siempre, y que rechazase al padre desnaturalizado.

Después le animó una esperanza: «¡Quién sabe! No ha terminado todo aún; quizá la desventura espera la sentencia de temido juez.»

¡El juez era él mismo!

Obedeciendo á generoso impulso envió este telégrama urgente, á Inés, en el Molino de la Narcisa, en V***:

«Lo creo todo: evita una desgracia y un remordimiento; voy.

CONRADO.»

Dos horas después partía con el espíritu tumultuosamente agitado. Al principio el viaje parecíale interminable á su impaciente temor, mas poco á poco una idea antigua, brotando de entre las nuevas, mostró su faz burlona al señor conde, el cual volvió la cabeza por no verla y la vió otra vez y no trató de ahuyentarla y por fin la miró y cambió con ella amarga sonrisa.

«Llegarás á tiempo—le decía aquella sonrisa amarga; —no ha muerto todavía; sólo que has cometido una imprudencia al expedir un telégrama prometiéndole que vas... porque no es posible saber si verdaderamente tiene *aquel* propósito; ahora que está segura de ti, se matará más pronto. Para encontrarla viva debiste dejarla con la duda, hacerle creer que tienes el pecho de roca y que una vez ella muerta, su hijo, *tu hijo*, no contará con nadie... De todas suertes, tranquilízate, no ha muerto todavía.»

Al llegar á Saluzzo, Conrado había recobrado el dominio de su pensamiento: había vuelto á ser él mismo; únicamente, de vez en cuando, de entre la glacial indolencia con la que parecía prestarse al desenlace de una comedia sobrado larga, surgía como un recelo ó un temor que le hacía estremecer.

El camino trepaba con hábiles rodeos á la montaña para extenderse después cual cinta polvorienta por el valle.

Cuando la diligencia ascendía penosamente, más lenta que una tortuga, cuando el mayoral abandonaba las riendas, cuando los caballos dejaban colgante la recelosa cabeza, apoderábase de nuevo el terror de Conrado y hubiera querido echar pié á tierra y correr. Pero cuando al llegar á lo alto de la cuesta, el carruaje empezaba á rodar por el declive con atronador ruido acompañado de su propia sombra que, cruzando valles, saltando tapias y arbustos, parecía fatigar á quien lo siguiese, entonces el conde, recostado en su rincón oía distintamente el irónico consuelo:

«Tranquilízate, no ha muerto todavía.»

Llegó por fin á un anfiteatro formado por los montes; después, por estrecha garganta de la sierra, á otro anfiteatro en todo semejante al primero; allí del verde fondo de un bosquecillo destacaban unas pocas casas y un campanario... era la aldea de V***.

La primera persona á quien con voz trémula preguntó por el alojamiento de la señora Inés, le señaló con el dedo una casita verde situada sobre un cerro y flanqueada por dos chozas de barro.

El aldeano le había dado aquellas señas con la mayor naturalidad; únicamente se había detenido un poco en la calle para ver al señor desconocido, el cual al volverse y verlo creyó leerle en la cara la misma advertencia que una voz sarcástica le había gritado por el camino: «No ha muerto todavía.»

Llegó á la casita verde; le palpitaba fuertemente el corazón; se le acercó una aldeana.

—¿La señora Inés?

—Aquí vive, pero no está en casa.

—¡ Ah ! ¡ no está en casa !

—No ; salió esta mañana temprano y aún no ha vuelto.

Súbita palidez cubrió el rostro del conde ; la aldeana prosiguió :

—Desde que tiene el chiquitín á criar en casa de la Narcisa, le sucede á menudo estar todo el día fuera de casa.

—¡ Ah ! ¿ le sucede á menudo ?

—Sí señor ; si quiere usted aguardarla ya no puede tardar.

—¿ Dice usted que no puede tardar ?

—No ; pero si quiere usted verla antes, puede usted ir al molino de la Narcisa.

—¿ Y dónde está ese molino ?

—Allá, ve usted, allá, cerca de aquellos olmos ; á la orilla del Varaita, á la otra parte de aquel puentecillo de tablas. ¿ Tiene usted buena vista ? ¿ Lo ve usted ?

—Lo veo.

—Si no me equivoco, usted es el marido de la señora Inés. Se pondrá muy contenta. ¡ Le espera hace tanto tiempo ! Pero como el señor viajaba... ¿ no es cierto ? ¿ Y ha tenido el señor buen viaje ?

—Muy bueno... gracias... ¿Ve usted todos los días á la señora ?

—Todos los días; soy yo quien la sirve.

—¿Y la ha visto usted también esta mañana ?

—Sí, señor.

—Y estaba de buen humor ¿ verdad ?



Si no me equivoco, usted es el marido de la señora Inès.

—Creo que sí; de muy buen humor no está nunca; pero si he de decir verdad, me parece que sí que estaba de buen humor esta mañana...

—Voy á casa de la Narcisa.

—Vaya usted hacia abajo siempre, hasta el Varaita, no puede equivocarse; pase usted el puente de tablas... Verá usted el chiquitín... ¿Cómo no me ha preguntado usted por él?

—¿Es bonito?

—Como un ángel.

Y dando la vuelta descendió por el rápido sendero; al llegar al pié del cerro miró al rededor. ¡Qué hermoso espectáculo! La mirada allí, libre de la cornisa de los montes, extendíase siguiendo por largo rato el curso del Varaita, engrosado por las nieves que empezaban á derretirse y que al sol poniente relumbraban como cascos de plata en la frente severa de los montes. Sobre todos ellos se erguía, hundiendo la cabeza entre las nubes, el Monviso. En el valle despertaba mil rumores sumisos dominando los cuales resonaba el hinchado torrente; empezaba el crepúsculo, tan breve entre montañas. El conde se dominó y apretó el paso.

Llegó al molino; pasado el puentecillo de tablas se detuvo; habíale parecido oir un grito: ¿dónde?

Adelantó: un hombre enharinado de los piés á la cabeza le salió al encuentro riéndose.

—¿La Narcisa?

El hombre continuaba riendo.

—¿La Narcisa?—repitió el conde.

—La Narcisa soy yo!—gritó una voz fresca, y al

propio tiempo apareció en el umbral del cuarto de la molienda una aldeana, joven y guapa, con un niño dormido en brazos.

—No haga usted caso de Juan—dijo—es un infeliz... no es de aquí, sino de Brossasco, donde son así casi todos... La Narcisa soy yo, ¿qué quiere usted de mí?—preguntó con extraña inquietud.

Conrado sin apartar los ojos del niño preguntó:

—¿Es de usted?

—No señor, es de un conde, de no me acuerdo qué... de allá, de Milán; el nene se llama Conrado; bonito nombre, ¿no es verdad? ¡Y mire usted cuán bonito es él!

Diciendo así se aproximaba, volviéndose un poco para que el otro pudiera distinguir la dulce carita del durmiente. Pero en lugar de mirar al niño, Conrado miraba al rededor con cierta impaciencia despechada.

—Sí, es bonito—dijo bruscamente;—¿y dónde está su madre?

La Narcisa se puso colorada y no respondió.

Contrajo amarga sonrisa los labios del conde, y acercándose á la vecina estancia:

—Inés—dijo con voz fuerte—Inés, soy yo: ¿por qué te escondes?

Blanca y pálida como un fantasma apareció Inés en el umbral; el conde se acercó á ella y le tomó la mano con desenvoltura.

La Narcisa, que no comprendía nada, sonreía y fué la primera en romper el silencio.

—Se despierta—dijo acercándose;—mírelo ahora, señor conde... Perdóneme, la señora condesa me había dicho que era el señor; mírelo ahora...

El niño, al despertar, prorrumpió en un grito que se ahogó al punto en el seno de Narcisa.

—¡Cuánto mama! ¿lo oye usted?

—Sí...—repuso Conrado sin mirar apenas, y añadió volviéndose á Inés:

—¿Te han pasado las melancolías?

La ligereza con que fueron pronunciadas estas palabras, hirió como un puñal el corazón de la sin ventura; alzó los ojos arrasados en lágrimas, miró al conde, y salió de prisa al campo.

Conrado, conmovido á pesar suyo, la siguió, dejando á Narcisa en el umbral donde se había sentado para que mamase mejor el niño.

Anochecía; los montes blanqueaban al ocultarse entre las sombras; ambos desdichados permanecían inmóviles y sin mirarse.

—Inés.

No hubo respuesta.

—Inés!

Enjugó el lloroso semblante y dijo sin amargura:

—¿Lo ves? ¿Lo ves ahora?

Y calló. Conrado hizo un esfuerzo: y cogiéndole ambas manos, díjola con acento grave:

—Sí, soy malo, soy cruel; siento odio hacia mí mismo; perdóname. Ese niño no es nada aún en mi vida, pero lo será todo, yo te lo prometo... le dotaré, seré el mejor de los padres.

—¿Lo ves? ¿lo ves?—repetía la infeliz.

Y tras de largo silencio, prosiguió:

—¿Ves cómo es necesaria mi muerte? He querido

dejarte hacer; me he ilusionado por un instante; he sido débil, he aprovechado el pretexto que me ofrecías para retardar algunas horas... me ha faltado valor para separarme de mi niño sin verle antes en tus brazos... Ven—añadió con voz firme—ven y cumple con tu deber.

—¿Dónde?

—Á abrazar á tu hijo delante de su madre; después todo acabará; ven.

—Inés! ¡Inés!

—Tranquilízate... ahora se te antoja un extraño, con el tiempo lo querrás más que á ti mismo. Sí, esa pobre criatura á la que apenas has mirado, será todo para ti en la vida; y no serás el mejor de los padres, serás su padre, eso serás; ven...

—Inés, ¿qué intentas?—exclamó Conrado hallando un grito de sincera ternura.

—Lo único honrado que puede hacer la deshonra: ocultarse. Lo que ante el mundo será una buena acción, ante mi hijo y ante ti es un deber... ven...

—No, no voy; prométeme vivir; lo creo todo; reconoceré á mi hijo...

—¡Pobre Conrado!—contestó Inés;—¿me crees? ¿me crees á mí? ¡Ah, no te crees ahora ni á ti mismo. ¡pobre Conrado! ¿Acaso mi vida toda no es una mentira? Y el mundo, los hombres, el cielo que permiten la duda, ¿no son también una atroz mentira? Sólo la muerte no es mentirosa.

—Lo creo todo, lo creo todo.

—Entonces ven—dijo Inés besándole en la cara—siento que vuelvo á amarte.

Le cogió por la mano y lo entró en la casa, en un cuartito detrás del molino, donde en una cuna de mimbre yacía el niño con los ojos cerrados.

La Narcisa suspendió el balanceo de la cuna, y al punto el niño abrió los ojos, por lo cual dijo la nodriza: « Tiene mucha malicia; es un diablillo este ángel.»

Inés nada decía, miraba de hito en hito á Conrado, el cual, obedeciendo á aquel estímulo, se inclinó y depositó un prolongado beso en la frente de la criaturita que levantó los ojos.

—¡Cómo te mira!—dijo Inés en voz baja.

Después, inclinándose también y sintiendo celos por aquella mirada:

—No estoy celosa,—dijo—no, pero mira: yo soy tu mamá, tu pobre mamá que...

El resto de la frase la ahogaron los besos.

Media hora después el niño dormía. Inés y Conrado, andando de puntillas, salieron de la casa.

Había cerrado la noche; escondía la luna su faz tras de los montes, y las sombras habían invadido la llanura; de vez en cuando brillaba aquí y allá, en las tinieblas, el luminoso surco de una estrella errante. Pocos insectos dejan oir su voz en Marzo, poquísimos en aquel valle; oíase, pues, tan sólo el grave rumor del torrente que parecía haberse acrecentado.

—¡Cuán feliz soy!—dijo Inés, y echó á andar con paso lento llevando á Conrado de la mano.

Caminaron largo rato en silencio; dócil el conde á los caprichos de ella, ella obediente á las ideas que cruzaban por su cabeza; parándose unas veces de improviso, andando otras muy aprisa.

—¿No tienes nada que decirme, Conrado? ¿No me hablas de otros tiempos? ¿No me preguntas cuánto he sufrido? ¿No me dices si has sufrido tú también?

—¿Para qué amargarnos en balde?—contestó Conrado violentándose; el pasado ya no existe.

—Y sin embargo, nosotros somos sus hijos—repuso con un suspiro Inés.

Y cuando tras de larga pausa creía el conde que ya pensaba en otra cosa, seguía hablando la desdichada de esta suerte:

—¿Crees tú que no sería yo capaz de padecer hambre, fatiga, miseria, todo aquello que tanto he temido hasta ahora, por alcanzar lo que hasta ahora tanto he despreciado, la estimación del mundo? ¡Qué ilusos somos! Se nos figura que estamos solos en la tierra, no pensamos en que tal vez hay una persona querida que nos acompaña sin que la veamos y que acogerá el pretexto de un vergonzoso deleite si no le procuramos lícita coyuntura de pedirnos todo nuestro amor y de ofrecernos todo el suyo... Y díme, ¿cómo la cosa más santa puede nacer de una culpa? ¿has pensado tú en ello alguna vez, Conrado?

Conrado lo pensaba entonces; no respondió.

—Dejémonos de melancolías—dijo Inés volviendo el blanco rostro hacia su compañero como para interrogarle;—hablemos de nuestro chiquitín. ¿Le encuentras bonito? ¿No es verdad que se te parece?

—Sí, es bonito... se me parece... supuesto que tú lo dices... ¿Cómo quieres que yo pueda notarlo si apenas lo he visto?

—No tengas cuidado—le repuso con acento singular la pobre madre—lo verás mucho y por largo tiempo; tú mismo buscarás en aquella carita de ángel las huellas de tu poderoso afecto de padre y le hablarás, como yo lo he hecho, sin esperanza de que te responda, y espiarás, sí, espiarás en sus labios, con el más dulce placer que hayas nunca sentido, su primera palabra... ¡Y qué feliz serás, Conrado!

El conde no respondió; experimentaba cierto despecho por su flaqueza y sentíase avergonzado del sacrificio que aceptaba. Tenía deseos de decir: «¡Calla, calla al menos!» pero nada dijo. Quiso abandonar el brazo de su compañera y se contentó con dejarlo sacar del suyo sin detenerlo.

Habían llegado á lo alto de una vereda peñascosa, desde la cual se dominaba el torrente que rugía en el fondo, muchos metros debajo de sus piés; distinguíase entre la oscuridad blanquear los remolinos espumosos y resplandecer en el agua el fulgor de las estrellas.

El espectáculo era encantador, pero Conrado no lo advertía; de pronto sintió que le oprimían las sienes dos manos ardientes y temblorosas, sintió en los labios el fuego de dos besos, una sola palabra murmurada entre ellos: «¡adiós!» después un grito agudo... y después nada...

La desventurada madre al llegar á lo alto del camino habíase precipitado en la rugiente sima.

Conrado corrió como un loco á la orilla del sendero sondeando con los ojos la oscuridad; cuando le pareció columbrar un cuerpo más negro que la negra

sombra de las aguas, dejóse resbalar por la pendiente.

El ímpetu del torrente era irresistible, pero la desesperación prestaba fuerzas hercúleas al infeliz; consiguió alcanzar el cuerpo que cual sobre un lecho conducían las ondas, aferró con los dientes las trenzas que se desataron, y mediante un esfuerzo supremo tocó la orilla.

Una vez allí desató las húmedas ropas de la desdichada, le tocó la frente y abrió sus crispadas manos. Permaneció largo tiempo inmóvil, conteniendo la respiración, aguzando la mirada para sorprender en las tinieblas una contracción, un hálito, un signo de vida.

Asomó sobre los montes la luna á contemplar tan lastimoso cuadro; á su repentina claridad vió el conde ensangrentado el bello rostro.

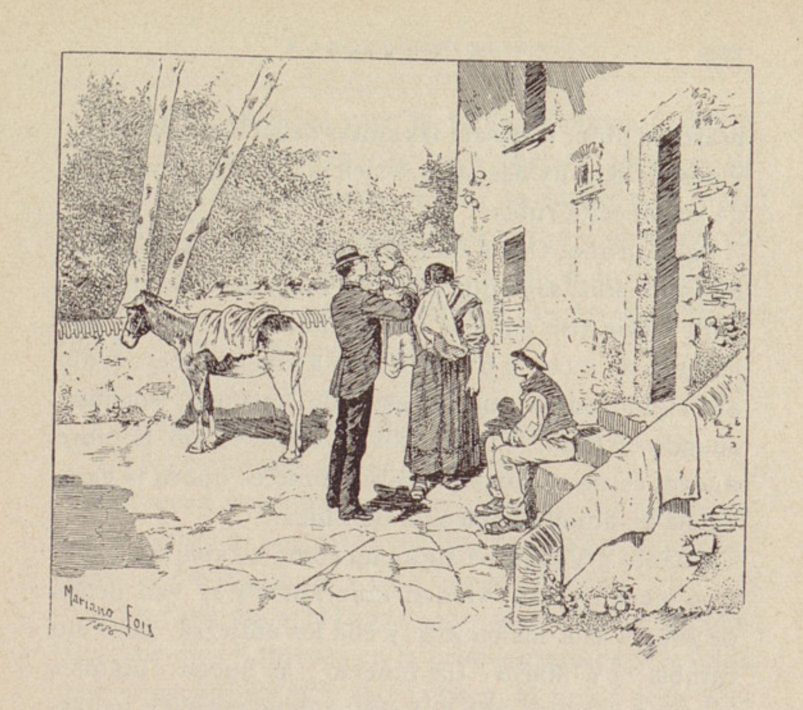
Con estremecimientos de frío y de terror sacó el pañuelo, lo empapó en el agua y lavó la frente nacarada y las mejillas y los labios entre los cuales había un hilo de sangre.

Agitóse Inés, y con voz que ya no era del mundo:

—Gracias—murmuró.—¡ Tu hijo!

Nada más... y se dibujó la última sonrisa en aquellos labios purificados por el beso de la muerte.





XXXIX

Cabellos rubios

Conrado viaja; salva ríos y montes y huye, perseguido por remordimientos sin nombre; luégo, uno tras otro, los fantasmas negros se aplacan y lo abandonan, hasta que sólo las visiones de la aflicción quedan contemplándole con compasivos ojos, mientras él atraviesa taciturno los últimos pueblecillos que lo separan de V***.

Y un hermoso día, al caer la tarde, allí, en el valle del Varaita, delante de la Narcisa que llora y de Juan que ríe y mira con espantados ojos, coge entre sus

brazos al niño, le desata las cintas de su blanco gorrito, y despacio, muy despacio, acaricia los rizados vellones de su cabecita rubia.

Pasa un año. Otros años vuelan y pasan. Antonio no ha cambiado; sabe que debe permanecer en el mundo para servir á su amo; se ha prometido á sí mismo por lo tanto no morir y ha empezado á no envejecer; vedlo ahí rígido en la puerta, estirado, erguido, solemne cuando el *tirano* entra ó sale en casa; es un hombre nuevo, como es nueva la casa, como es nueva la existencia en aquel pueblecillo de Suiza.

Cuanto á Valentina sigue tal como estaba; sus canarios vienen y van, vienen ignorantes y se van llenos de saber; ella los bautiza y ella los entierra, pero no cambia. ¿Y Mario? Ha muerto; la buena «mamá» piensa á veces en que allá arriba debe también hallarse una linda jaula para él.

Sólo Conrado envejece; déjase crecer la barba; nadie le arranca los hilos de plata de sus cabellos. No está alegre, pero es feliz; profunda paz, contentamiento que brota del fondo de un dolor lejano... he aquí su felicidad, la única felicidad de la tierra.

En el pueblecillo todos le conocen y le quieren, porque da como limosna á los pobres pan y sonrisas. Y cuando entrambos, padre é hijo, cruzan cogidos de la mano, todos se vuelven para mirarlos y alguno los bendice.

Conradito es hermoso; con sus grandes ojos negros, con sus mejillas de rosa y con su rizada cabellera es tan hermoso, que parece más hermoso cada día.

Con frecuencia, al caer la tarde, el pobre padre lo sienta en las rodillas y le hace charlar para oir su grata vocecilla; después piensa, se acuerda, le pide que se calle y lo mira largamente para ver de nuevo en él á... Y dice para sus adentros: «¡Ah, si en vez de!..» y se pára, se arrepiente é imagina que ha ofendido al niño, el cual le pregunta asustado:

—Papá ¿por qué me miras así?

Conrado levanta la cabeza y pregunta:

—¿No es verdad que se me parece?

Entonces Antonio, que se encuentra por acaso en contemplación junto á la puerta, avanza poniendo delante el pié izquierdo y dice con solemnidad:

—No cabe duda; la frente es la misma, la nariz idéntica, los ojos impresos en la propia estampa y teñidos con el propio barniz; sólo la boca, si he de decir verdad, es diferente.

—Sí, la boca es diferente—responde el embobado padre—y los cabellos no se parecen á los míos....

Conradito es curioso, como todos los niños de su edad; si ve un chiquillo sin camisa, descalzo y estropeado, con un pedazo de pan negro en la mano, pregunta:

—¿Por qué ese niño no va vestido como yo?

—Porque es pobre.

—¿Y por qué es pobre?

—Porque ha nacido así.

—¿Y qué ha hecho para nacer así? ¿Es un niño malo?

—La justicia está en otras regiones—responde entonces el padre.

—¿Dónde?

—Donde está la mamá.

Y el curioso Conradito quiere saber dónde está la mamá, por qué se fué, cómo era y si volverá á verla.

Conradito es bueno; dijérase que, sin saberlo, quiere compensar al padre de la dicha que no le puede conceder; no desobedece, no se atrasa. Y todos los días cuando encuentra por la calle á un pobrecito, recibe una moneda para que, al darla de limosna, haga sonreir á la andrajosa criatura.

—Has sido bueno—le dice su padre—y por eso has dado tú la limosna.

—¿Y si hubiese sido malo?

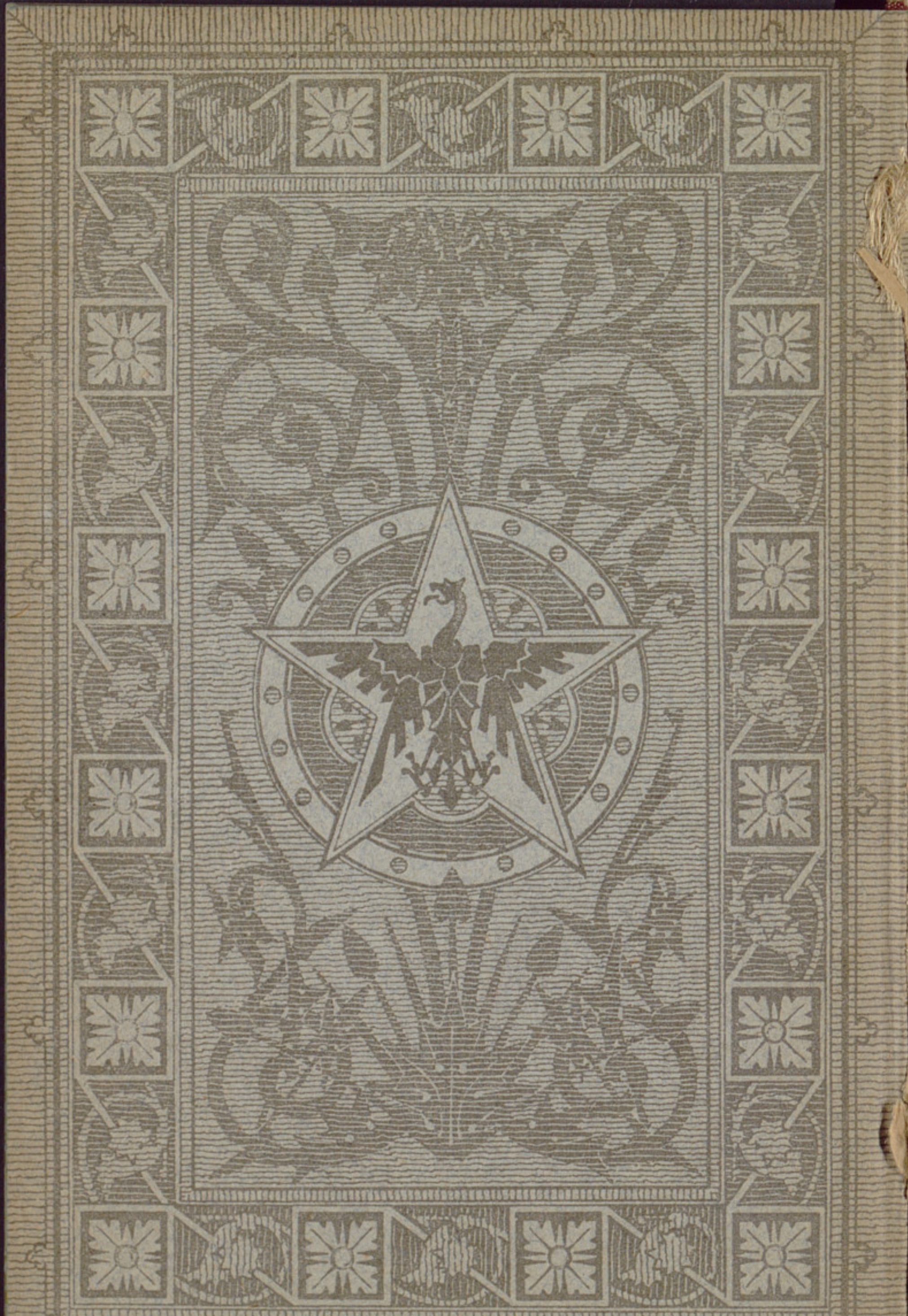
—La hubiera dado yo; porque has de saber que muchas veces, para hacer el bien, no basta quererlo hacer, es preciso ser digno de hacerlo. Ahora no puedes comprender estas palabras, pero acuérdate de ellas; son de tu pobre mamá.

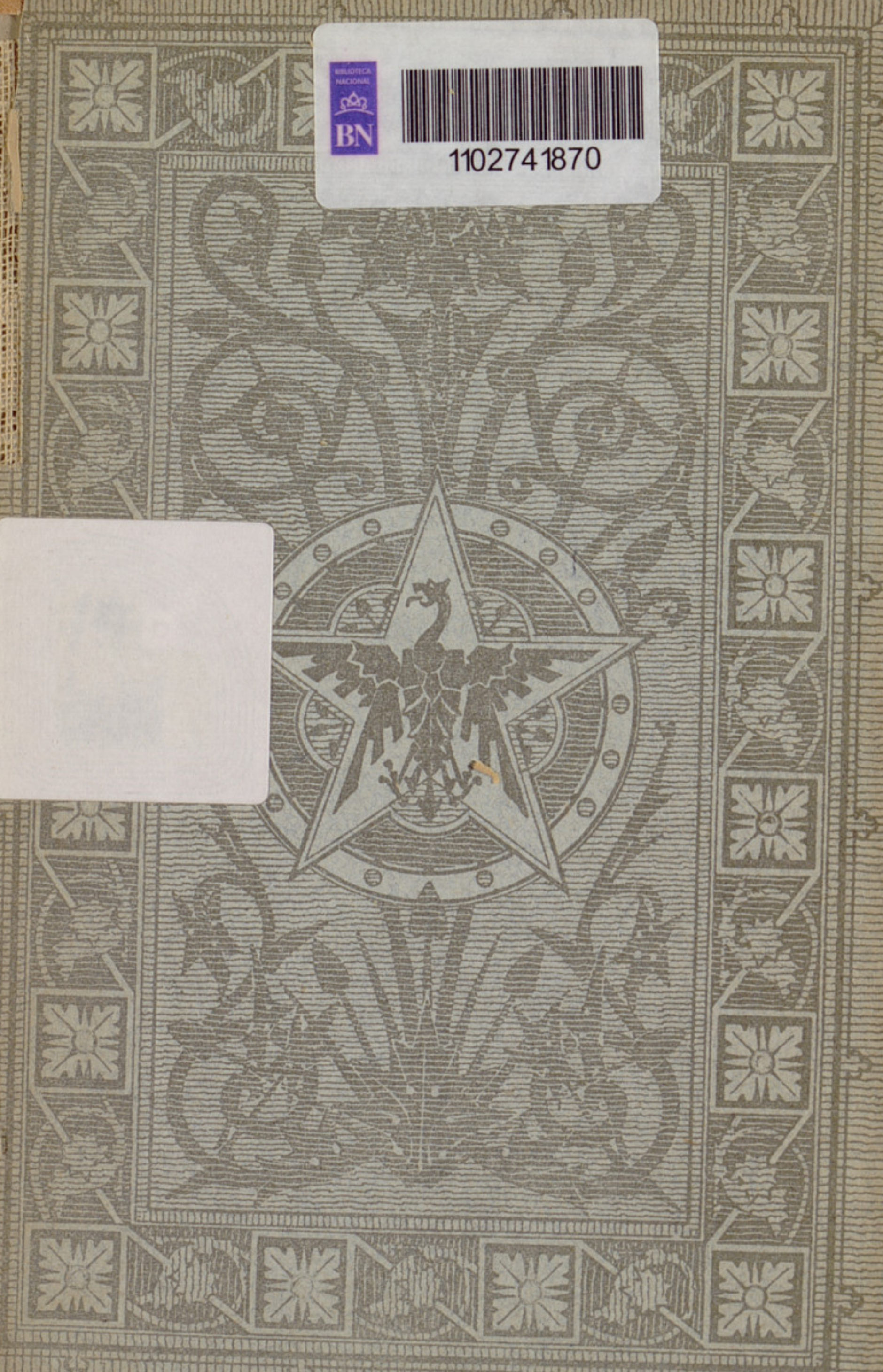


ÍNDICE




BIBLIOTECA
NACIONAL




BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1102741870